

“Eso que llamamos identidad -sea personal o colectiva- es algo que, según los teóricos que han estudiado el asunto, se va creando a través de sucesivas y permanentes operaciones de reconocimiento. Lo que es como decir que es siempre la visión del otro la que nos constituye -o que nos miramos en el espejo de los demás para saber quiénes somos, como se prefiera decir-. Las personas están pendientes de la opinión de otras personas, los países se comparan con otros países (habitualmente con los vecinos)... y las ciudades, con otras ciudades. Y Barcelona, aunque a veces algunos han defendido que debe mirarse en París, Londres, Berlín o alguna otra gran capital del mundo, con quien en realidad se mide es con Madrid”.

(Del editorial)

Núm. 72  
Verano 2008  
[www.bcn.cat/publicacions](http://www.bcn.cat/publicacions)



Barcelona **METRÓPOLIS** Verano 2008 Sobre turistas y turismo

Barcelona

# ME TRO POLIS

Revista de información  
y pensamiento urbanos  
Núm. 72  
Verano 2008  
Precio 3€

Cuaderno central

**¿Era esto lo  
que queríamos?**  
Sobre turistas y turismo

**Entrevistas con Judith Butler y  
Carlos Monsiváis**

**Evanescencia urbana:  
de Monsù Desiderio al 11-S**

**The Woodlands (Texas):  
las nuevas ciudades**

**El retorno del realquilado**

**La provincialización de Europa**

**Militando desde el extranjero**

Con artículos de Jordi Amat,  
Mikel Aramburu, Josep Maria  
Bernadas, Fina Birulés, Dipesh  
Chakrabarty, Jordi Coca, Mario  
Gaviria, Gregorio Luri, Joan  
Ramon Resina, John Urry, Sergio  
Vila-Sanjuán.





## Editorial

# Madrid, de reajo

Manuel Cruz

Fotos Elisa González y Laura Cuch

La pasada primavera, se presentó en Madrid esta revista. Los organizadores del acto quedaron gratamente sorprendidos por el éxito de la convocatoria, debido, sin duda, más al prestigio que conserva la *marca Barcelona* que al producto presentado (por definición, todavía poco conocido). En ocasiones así, se comprueba la persistencia en el imaginario colectivo (en este caso, de buena parte de madrileños) de determinadas imágenes y lugares comunes. Es el caso de la imagen de Barcelona como paradigma de cosmopolitismo y apertura de miras, inequívocamente presente en los asistentes a aquel acto.

Quizás esa admiración debería movernos a reflexionar. Por lo pronto, en el hecho mismo de que desde Madrid se nos tome como punto de referencia. Semejante atención expresa –da forma– un vínculo que, en el fondo, viene de bastante atrás. A poco que se piense, no tiene nada de raro que nuestras dos ciudades se hayan estado –utilizando la expresión futbolística– *marcando* mutuamente, se hayan mirado de reajo, se hayan tomado, implícita o explícitamente, la una a la otra como modelo. Eso es un hecho, pero, además, un hecho inevitable y –me atrevo a añadir– adecuado. En realidad, eso que llamamos identidad –sea personal o colectiva– es algo que, según los teóricos que han estudiado el asunto, se va creando a través de sucesivas y permanentes operaciones de reconocimiento. Lo que es como decir que es siempre la visión del otro la que nos constituye –o que nos miramos en el espejo de los demás para saber quiénes somos, como se prefiera decir–. Las personas están pendientes de la opinión de otras personas, los países se comparan con otros países (habitualmente con los vecinos)... y las ciudades, con otras ciudades. Y Barcelona, aunque a veces algunos (para mi gusto en un alarde de pretenciosidad, cuando no de escapismo) han defendido que debe mirarse en París, Londres, Berlín o alguna otra gran capital del mundo, con quien en realidad se mide es con Madrid.

Ello no significa, claro está, que deba medirse de cualquier manera, o en cualesquiera términos. Por poner un ejemplo bien frecuente, la comparación entre ambas ciudades basada en la identificación previa de barceloneses con catalanes y de madrileños con españoles (o castellanos) distorsiona los elementos en presencia, impidiendo una confrontación clarificadora. Lo propio ocurre con otros debates que en algún momento se consideraron prioritarios, como, por ejemplo, el de la capitalidad que ostentan nuestras respectivas ciudades. Enredarse a discutir acerca de si España tiene realmente dos capitales (como Milán y Roma, o Nueva York y Washington), o si Madrid es la capital de España mientras que Barcelona lo es de Cataluña –debate negativo por un doble motivo: Madrid pasa a ser vista exclusivamente como capital del Estado (como mera corte, dejando de lado su condición de villa), mientras que Barcelona queda identificada con (y reducida a) la capital de Cataluña– termina desembocando en un debate a medio camino entre lo terminológico y lo esencialista que acostumbra a dejar fuera de foco lo más importante.

Frente a planteamientos de semejante orden, se impone partir de una perspectiva distinta: abandonar un tipo de discursos superestructurales por no decir, directamente, artificiosos (como son, sin ir más lejos, los de la rivalidad), para dar prioridad a la realidad de situaciones y conflictos idénticos para los ciudadanos de ambos lugares. Enfocada así la cosa, se hace evidente que Madrid y Barcelona comparten su condición de metrópolis, las dos únicas –en sentido mínimamente propio– de España, con todo lo que ello implica. *Repensar* nuestras ciudades debería significar entonces atender a los problemas reales que ambas padecen (problemas infraestructurales de todo tipo, de cohesión social, etc.) y, tal vez sobre todo, extraer de esa comparación las consecuencias pertinentes. Si fuéramos capaces de asumir el reto, más de uno se iba a llevar una sorpresa.



**Barcelona METRÒPOLIS**  
número 72, verano 2008

**Editor**

Direcció de Comunicació Corporativa i  
Qualitat de l'Ajuntament de Barcelona  
Director: Enric Casas

**Edició y producció**

Imatge i Producció Editorial  
Director: José P. Freijo  
Passeig de la Zona Franca, 60 · 08038 Barcelona  
Tel. redacció: 93 402 31 11 · 93 402 30 91

**Direcciones electrónicas**

<http://www.bcn.cat/publicacions>

**Direcció**

Manuel Cruz

**Direcció editorial**

Carme Anfosso

**Edició de textos**

Jordi Casanovas

**Gestió editorial y coordinació cuaderno central**

Jeffrey Swartz

**Gestió**

Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91 · Fax 93 402 30 96

**Seccions fijas**

Martí Benach, Helena Encinas, Josep M. Fort, Gregorio Luri,  
Eduard Molner, Joaquim Noguero, Jordi Picatoste Verdejo,  
Karles Torra, Jaume Vidal.

**Colaboradores**

Xavier Batalla, Josep Maria Bernadas, Fina Birulés, Lluís Bonet i  
Agustí, Dipesh Chakrabarty, Jordi Coca, Fernando Díaz Orueta,  
José Antonio Donaire, Sergi Doria, Mario Gaviria, Juan Carlos  
Girauta, Alberto Hernando, Andrés Hispano, Raquel Insa-  
Ciriza, Rebecca Lewis, Joan-Lluís Lluís, Jorge Luis Marzo, Lilian  
Neuman, Juan Antonio Ramírez, Joan Ramon Resina, Nick  
Rider, Taller Schelotto, John Urry.

**Consejo de Ediciones y Publicaciones**

Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi  
Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan  
A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

**Diseño original**

Enric Jardí · Mariona Maresma

**Maquetació**

Santi Ferrando · Olga Toutain

**Fotografia**

Albert Armengol, Laura Cuch, Eva Guillamet, Antonio Lajusticia,  
Christian Maury, Helena Encinas, Ana Portnoy, Pere Virgili.

**Fotografia Cuaderno central**

Enrique Marco

**Agradecimientos**

Ministerio de Turismo y Deporte del Uruguay

**Archivos**

Cordón Press · Corbis · Age Fotostock · Magnum Photos

**Ilustración**

Montse Ginesta

**Correcció y traducció**

Tau Traductors · L'Apòstrof SCCL · Daniel Alcoba

**Edició de web**

Miquel Navarro

**Administració**

Ascensió García. Tel. 93 402 31 10

**Distribució**

M. Àngels Alonso  
Tel. 93 402 31 30 · Passeig de la Zona Franca, 60

**Comercializació**

Àgora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431  
[info@agorallibres.cat](mailto:info@agorallibres.cat)

**Depósito legal**

B. 37.375/85 ISSN: 0214-6223

Los artículos de colaboración que publica Barcelona.

METRÒPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha  
de ser necesariamente compartida por los responsables de la  
revista.

**Consejo de redacción**

**Carme Anfosso, Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Judit  
Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Cristina  
Gonzalbo, Daniel Inglada, Jordi Martí, Francesc Muñoz,  
Ramon Prat, Héctor Santcovsky, Jeffrey Swartz.**

**Comité asesor**

**Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib,  
Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel  
Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor Garcia  
Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsiváis,  
Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando  
Vallespín.**





## 1 Editorial

Manuel Cruz

### Plaza pública

## 4 Desde la otra orilla

*Lo urbano, dialéctica entre plan y libertad*

Juan Carlos Girauta

## 6 El dedo en el ojo

*Descomposición y entropía de Barcelona*

Alberto Hernando

## 8 La mirada del otro

*Una ciudad y su envoltorio*

Nick Rider

## 10 Metropolitica

*Militando desde el extranjero*

Rebecca Lewis

*No da igual gane quien gane*

Xavier Batalla

## 15 Masa crítica

*Judith Butler: "El género es extramoral"*

Entrevista de Fina Birulés

## 23 De dónde venimos / a dónde vamos

*Evanescencia urbana: de Monsù Desiderio al 11-S*

Juan Antonio Ramírez

*The Woodlands (Texas): regreso a las nuevas ciudades*

Raquel Insa-Ciriza

## 29 Historias de vida

*El retorno del realquilado*

Lilian Neuman

## 34 Voz invitada

*La provincialización de Europa en la era de la globalización*

Dipesh Chakrabarty

### Cuaderno central

#### ¿Era esto lo que queríamos?

## 46 El debate turístico entre buscadores y receptores

Jeffrey Swartz

## 48 El mundo móvil

*La globalización de la mirada del turista*

John Urry

## 58 Falacias históricas

*Turismo y arte: dos relatos paralelos del pasado reciente*

Jorge Luis Marzo

## 62 Los efectos territoriales

*La sostenibilidad sólo soñada*

Fernando Díaz Orueta

## 66 Culturas en diálogo

*Ciudad, cultura y modelos turísticos*

Lluís Bonet i Agustí

## 70 Entre el amor y el odio

*La efervescencia de la "turismofobia"*

José Antonio Donaire

## 76 Sobre turistas y turismo

*La imagen de Barcelona a través del cine*

Andrés Hispano

## 78 Viajero cobarde, viajero quimérico

Joan-Lluís Lluís

## 81 Piriápolis: modelo territorial y turístico en tres tiempos

Mabel Olivera, Salvador Schelotto y

Álvaro Soba (Taller Schelotto)

## 84 Propuestas / respuestas

*¿Qué turismo queremos?*

Josep Maria Bernadas

*La España turística imprescindible e insustituible*

Mario Gaviria

*Barcelona, ciudad de todos*

Joan Ramon Resina

### Ciudad y poesía

## 90 Exilio

Clementina Arderiu

### Observatorio

## 92 Palabra previa

*La ciudad guapa*

Jordi Coca

## 95 Zona de obras

*Ciudad de muros*, de Teresa Pires

do Rio Caldeira, por Mikel Aramburu

*Habíamos ganado la guerra*, de Esther

Tusquets, por Jordi Amat

*Barcelona y la modernidad. La ciudad como*

*proyecto de cultura*, de Ferran Mascarell,

por Sergio Vila-Sanjuán

## 101 Cine

Jordi Picatoste

## 102 Teatro

Eduard Molner

## 103 Música

Karles Torra

## 104 Artes plásticas

Jaume Vidal

## 105 Artes en la calle

Marti Benach

## 106 Rincones vivos

Gregorio Luri

## 108 En tránsito

Entrevista con Carlos Monsiváis

Sergi Doria

## 112 A pie de calle

Helena Encinas

### Portada y contraportada

Fotos: Enrique Marco

Siempre será necesaria la planificación urbana, pero importa debatir acerca de sus límites, y no parece que la inflación burocrática de los ayuntamientos vaya por ese camino. Más bien dan por hecho que la creciente intromisión en la vida de la gente es algo natural e imprescindible.

# Lo urbano, dialéctica entre plan y libertad

Texto **Juan Carlos Girauta** Escritor y periodista

La idea de complejidad ha penetrado todas las disciplinas poniendo en tela de juicio cuantos modelos teóricos matan el sentido por la vía de la simplificación. Sería ingenuo y hasta ridículo excluirla justamente de la comprensión de lo urbano, donde viene generando de antiguo felices reflexiones. Mi favorita es la del científico Ilya Prigogine, padre el concepto de “estructuras disipativas”, que se vale del ejemplo de Brasilia para glosar la arrogancia de lo que otros han llamado ingeniería social: “El mundo físico, tal como lo conocemos actualmente, es menos manipulable de lo que preveía su lectura clásica. Sucede igual, *a fortiori*, con las sociedades humanas. [...] En mi visita a Brasilia, he visto un modelo urbano estereotipado: diseñar una ciudad, a modo de un pájaro que aterriza, es inmovilizarla y desprestigiar la creatividad de las generaciones futuras”.

Estas palabras del Nobel de Química de 1977 (coautor de una saludable llamada a la alianza entre ciencias duras y ciencias humanas, o entre el hombre y la naturaleza<sup>1</sup>) me sugirieron el título del artículo *Frankenstein en Brasilia. Razón, ciencia y complejidad social*.<sup>2</sup> Ciertamente, la capital de Brasil funciona como metáfora a la hora de poner ante el espejo de su insolencia a esos “creadores de vida” llenos de buenas intenciones, pero, en la práctica, sistemáticos fabricantes de monstruos. La complejidad de la vida sigue funcionando como barrera a todos los doctores Frankenstein que en el mundo han sido, y la de los sistemas sociales (entre los cuales la urbe es ocasión y materialización de complejidad) sigue desalentando a los planificadores.

Las ciudades nacen y crecen, pero no deberían “inaugurarse”. Sin embargo, Brasilia fue inaugurada en 1960. El curso ganado por el urbanista Lucio Costa (el principal arquitecto sería Oscar Niemeyer) es sólo la más visible de las tentativas utópicas urbanas de nuestra infeliz era, sometida a políticos empeñados en hacernos felices según su modelo. Recordemos la ciudad encargada a Le Corbusier: Chandigarh (en la India) complació por fin su tantas veces frustrada inclinación a inventar el mundo desde cero.

Pero a qué viajar tan lejos cuando vivo sobre una utopía maleada, vapuleada y ajustada con el tiempo a la realidad. Una utopía llamada Plan Cerdà. Se urdió bajo el influjo del

París de Haussmann, higiénica destrucción de un casco antiguo congestionado para trazar rectilíneos y amplios bulevares. Higiénica pero también estratégica, pues en la Francia convulsa de mediados del XIX resultaba endiabladamente difícil a las tropas perseguir revolucionarios por las callejuelas erráticas del viejo París. Subraya Robert Hughes que “[...] había una enorme diferencia entre los proyectos de Haussmann y Cerdà. Cerdà sólo tuvo que construir, ya que en la Barcelona de 1860 no había nada parecido a una cuadrícula. La mayor parte de los distritos [...] eran todavía pueblos independientes [...] separados físicamente de la Ciudad Vieja por espacios de campo abierto. Todo este terreno, exceptuando el Paseo de Gracia y un puñado de monasterios, granjas y chabolas, constituía una página en blanco: la utopía del diseñador.”<sup>3</sup>

Ildefons Cerdà no pensaba en reprimir a ningún revolucionario porque él mismo era socialista, imbuido de las ideas de Cabet y su ciudad ideal Icaria. Ningún teórico hablaba entonces de complejidad ni condenaba la ingeniería social que, de hecho, y *avant la lettre*, inspiraba la visión de los socialistas utópicos antes de guiar la mano férrea de los socialistas *científicos*. Así que, sin complejidad y sin complejos, Cerdà diseñó una cuadrícula monótona e igualitaria obs tinada en mezclar unas clases sociales que él creía destinadas a convivir en armonía y sin distinguos, con la mayor naturalidad. A ciertas cantidades preestablecidas de manzanas iguales correspondía un hospital, un mercado o una escuela.

¿Por qué la realidad no siguió las pautas de Cerdà? En primer lugar, la burguesía catalana se negó, y un sector de las igualitarias manzanas se convirtió en zona residencial y distinguida (de la Rambla de Cataluña a la derecha). En segundo lugar, un sinfín de especulaciones –y a menudo corruptelas– alimentadas por los propietarios de los terrenos acabó con las manzanas abiertas y ajardinadas.

Resumiendo, la utopía cuadrículada y esponjada de las buenas intenciones se ajustó a las necesidades e intereses de la verdadera ciudadanía barcelonesa, con su correspondiente estructura de poder. Naturalmente, ninguna especulación (y ninguna corruptela) habría dado sus frutos sin la connivencia del Ayuntamiento. También las castas políticas locales son de



Ilustración: Montserrat Ginesta





un cierto modo, independientemente de cómo se vean a sí mismas o de cómo quieran reflejarse en la posteridad.

La urbe, cualquier urbe, plantea a los grandes decisores políticos y económicos un desafío principal: el de manejar la relación dialéctica entre orden y espontaneidad, entre planificación y libertad. Con la dificultad añadida de comprender y admitir el fenómeno de la autoorganización, del orden espontáneo. Siempre habrá que organizar y desplegar las infraestructuras básicas. Pero importa debatir acerca de los límites de la planificación, y no parece que la inflación burocrática de los ayuntamientos vaya por ese camino. Más bien se da por hecho que la única vía es la contraria, que la creciente intromisión de distintas administraciones en la vida de la gente es algo deseable, natural, imprescindible. Sin embargo, la realidad es tozuda, y cualquier exceso en la planificación (y cualquier sesgo ideológico, por ejemplo, que trate de condicionar o determinar el modo en que la gente organizará su ocio y sus intercambios de todo tipo) será corregido por los afectados ignorando sin más las previsiones. En Sevilla podrían aprovechar algunas instalaciones inauguradas en la Exposición del 92 para reflexionar en común... sobre por qué tales instalaciones no se han usado casi nunca del modo en que los planificadores suponían. El

consultor de gobiernos y grandes empresas (y teórico del *management*) Michael Porter señalaría que es inútil ofrecer plataformas físicas para ciertos tipos de intercambio cuando tales inquietudes no preexisten. Primero se busca el *cluster*, nos diría Porter, la agrupación, vía tradición, de gentes que se dedican a una cierta actividad, y después se apuesta por ellos desde la Administración con alguna posibilidad de éxito. El fracaso de algunos viejos “polos de desarrollo” demuestra hasta qué punto esta obviedad ha sido a menudo ignorada.

El ágora griega fue el resultado de haberse realizado los intercambios en un cierto lugar de forma preferente, no un espacio predeterminado por las autoridades para tales intercambios. Para alcanzar ese dudoso logro hay que llegar a Roma. Por eso el ágora es más o menos triangular (lo espontáneo exhibe pautas, como los fractales, pero desconoce las formas geométricas puras) y el foro adopta formas rectilíneas. Y ahí radica posiblemente la principal diferencia entre las dos grandes visiones de lo urbano. **M**

#### Notas

- 1 *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- 2 *La Ilustración Liberal*, nº 19-20.
- 3 *Barcelona*, Anagrama, Barcelona, 1992.

La operación estética de Barcelona fue un éxito muy publicitado. Sin embargo, a las ciudades antiguas, como al profesor Aschenbach en “Muerte en Venecia” o a las viejas matronas grotescamente maquilladas, se les descompone el rebozo con suma facilidad.

# Descomposición y entropía de Barcelona

Texto **Alberto Hernando** Escritor y crítico

Toda ciudad es el resultado de la dialéctica entre imagen y apariencias, materia e intangibilidad, piedra y carne, energía y entropía, vida y descomposición. En ese antagonismo de contrarios, la vetusta Barcelona ha crecido hasta abarcar prácticamente todo el espacio comprendido dentro de sus *limes* municipales. Fue a partir de los Juegos Olímpicos de 1992 cuando el consistorio aceleró y consumió esa expansión, realizando un gran esfuerzo por limpiar la mugre y las marcas sórdidas que el tiempo había trazado en su arquitectura; eliminando los focos de chabolas y los pocos descampados, escombreras y muladares que quedaban; saneando barrios abyectos, en especial El Raval; creando nuevos enclaves de viviendas en zonas fabriles obsoletas y frente a las playas inhóspitas recuperadas para uso público. Lo que no pudo ser adecentado, se intentó ocultar con disimulo.

Qué duda cabe de que hubo una ilusión ciudadana suscitada por ese propósito de rehabilitación (*Barcelona, posa't guapa*). Ilusión altruista, pues pocos se quejaron de que el espectáculo de los cambios formales encubría grandes negocios financiero-inmobiliarios, mientras se mantenía la precaria vida de los barceloneses. La operación estética fue un éxito muy publicitado. Sin embargo, a las ciudades antiguas, como al profesor Aschenbach en *Muerte en Venecia* o a las viejas matronas grotescamente maquilladas, se les descompone el rebozo con suma facilidad dejando ver de nuevo su faz arrugada y marchita. Un deslizamiento perverso (la incontinente avaricia del sector inmobiliario y especulativo, cuyo aspecto más cruel ha sido el *mobbing* empleado contra desvalidos ancianos), un fenómeno imprevisto (la llegada de un cuarto de millón de inmigrantes) y varios desastres fortuitos (el socavón del Carmelo, el caos en los transportes debido a las ineptas obras del AVE y el incendio de una subestación eléctrica) han bastado para que al engalanado traje de la Barcelona Olímpica se le rompieran las costuras. Lo contingente, ineluctable *fatum*, siempre amenazará toda pretensión municipal.

Ahora, finalizado el ensueño de aquella revitalización estética, constatamos que los intentos por mantener el buen

aspecto que había logrado la ciudad resultan impotentes para frenar su vertiginosa descomposición y entropía. Veamos esa funesta lógica que se esparce como una metástasis. Poco hay que decir sobre los espacios tradicionales donde se inhuma la descomposición humana. En los abarrotados cementerios de Barcelona, la putrefacción de los cuerpos, su gusanera y hervidero de miasmas, no sólo se disimula y cubre con la mayestática arquitectura de lápidas, mausoleos y nichos, sino también con el eufemismo administrativo de zonas verdes. Esa discreción sacra y municipal contrasta con la visibilidad obscena de lo que Barcelona excreta. Las basuras de la ciudad crecen exponencialmente y una interferencia en su recogida o exportación a otros municipios supone una amenazante distopía (Nápoles como referencia) a punto de cumplirse. En concierto con las basuras, por las noches, como si fuese un acto subrepticio, en las aceras se amontonan muebles y desechos. En muchos casos, esas deposiciones —expresión del fracaso del valor de uso— componen efímeras “instalaciones” de arte *povera* o emulan la escultura de Antoni Tàpies en el Passeig de Picasso. En general, estos abandonos son yacimientos de una subeconomía de subsistencia. Actividad ésta cuyos recolectores, asimismo, son un “desecho” del sistema productivo; igual que los “sin techo”, que deambulan como sombras espectrales por la ciudad, suponen un “desecho” del sistema social.

A la visibilidad externa de la descomposición se agrega la intestina licuefacción putrescente de las heces humanas que fluyen por el arcano alcantarillado como mefíticos ríos. De niño, en la playa de Sant Sebastià o en el rompeolas, veía los restos, como si fueran pecios de un naufragio, de la descomposición de la ciudad: animales muertos, zurullos, guñapos, tablas, condones... Esos detritos mantenían “la forma”. En la actualidad, con los potentes colectores y el vertido de las cloacas lejos de la costa, la forma se pierde, se difumina, se atomiza. Pero las resacas marinas son arteras y, debido a ellas, las playas de Barcelona están bañadas por un sospechoso mar de informes partículas en suspensión, color parduzco y olor indefinido.



Ilustración: Montserrat Ginesta





Al deterioro de la ciudad contribuyen también las acciones incívicas y el vandalismo: destrucción del mobiliario urbano, cabinas telefónicas o cajeros automáticos; rayado o quema de coches; arrojar todo tipo de basura por los suelos (especialmente en los circuitos de ocio nocturno); proliferación de pintadas crípticas (*taggers*), etc. En apariencia, esas conductas destructivas son gratuitas y fruto de la irracionalidad, pero, en cierta manera, suponen síntomas de un malestar social, un *contra-decir*, una forma impotente de impugnación del sistema y, en última instancia, una señal de que el conflicto inherente a todo orden, existe.

La carestía de la vivienda, el bajo poder adquisitivo de los explotados inmigrantes y la desaceleración económica son factores que anticipan que los antiguos barrios abyectos que se trataron de dignificar volverán a ser marginales. La inmigración se ha asentado en esos barrios y, mal que nos pese, se *guetarizará* en ellos. El multiculturalismo creará sus propios territorios convivenciales, sus nichos de precariedad (pisos pateras), su estética original o mestiza, su hampa, sus códigos de identidad y, también, para contener los conflictos xenófobos, su propia e inorgánica policía.

Una de las manifestaciones más evidentes de entropía humana es el envejecimiento de la población. Barcelona

está condenada en un futuro próximo, así se deduce de sus actuales índices de natalidad, a ser una ciudad donde predomine una población proveya y amedrentada. ¿Cambio climático, aumento de la capa de ozono? El verdadero desastre ecológico de Barcelona es que sus mujeres, endeudado el matrimonio en una hipoteca a la que se destina el sueldo entero de un miembro de la pareja, no puedan permitirse tener hijos o, a lo sumo, sólo podrán engendrar uno, ya en una edad con un cierto riesgo físico para ellas. Mientras tanto, ¿qué medidas ecológicas propone el Ayuntamiento?: reciclar basuras y el Bicing. Es cierto que también promete la construcción de viviendas de protección oficial, cuyo reducido número y arduas condiciones de acceso representa un gesto homeopático, pero no soluciona el problema.

Entre los barceloneses va calando un formulado sentimiento de ir a peor, de que el deterioro de las condiciones de vida es progresivo y que cada vez es mayor la disyunción entre ciudadano, habitante y usuario. El socialismo con rostro urbano es incapaz de relevar al Estado con verdaderos y eficaces planes de bienestar social, así como ampliar la raquíta democracia que tenemos. Esa pérdida de ilusión –societaria y vital–, ese sentimiento de inercia insignificante constituye la mayor entropía que padece Barcelona. **M**





Barcelona tendría que ser menos neurótica, olvidar todo intento de autopromoción por lo menos durante cinco años y pensar en otras cosas, como por ejemplo tratar de ser más inclusiva.

## Una ciudad y su envoltorio

Texto **Nick Rider** Periodista

En Exeter, una modesta ciudad del oeste de Inglaterra, hay ahora, además de la catedral normanda, un moderno hotel de diseño con mucho estilo. Un antiguo hospital óptico de forma monolítica construido en 1901 ha sido transformado en una serie de elegantes habitaciones y espacios, con una paleta de colores compuesta de forma muy cuidadosa que incluye tonos claros y otros más vivos. Más allá de la sorpresa de ver tanta “cultura de diseño” internacional en una provinciana ciudad de Inglaterra, llama la atención su nombre: *Hotel Barcelona*. Al preguntar el porqué, la recepcionista se ríe. “No hay ninguna relación... Simplemente, al propietario le gustaron las asociaciones que genera”. Y es que, después de todo, ¿qué otra etiqueta podría sugerir mejor el sùmmum de la sofisticación contemporánea?

Así pues, la “marca Barcelona”, de un éxito extraordinario, recorre en la actualidad el mundo por sí sola, como una marca comercial de ámbito global caracterizada por un estilo de vida urbano y refinado, un diseño avanzado y el hedonismo mediterráneo. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que se oye hoy en día, la omnipresencia de su creación puede generar un sentimiento de desorientación, en ocasiones de alienación, entre muchos de los ciudadanos autóctonos de la ciudad.

Y lo mismo puede ocurrir con los procedentes de fuera. Personalmente, y perdónenme el romanticismo, me enamoré de Barcelona en los días en que la marca daba sus primeros pasos. Lewis Mumford ha escrito que uno de los objetivos de la vida urbana es “la intensificación de la experiencia”. Según este criterio, Barcelona era ideal. Era notablemente compacta, trazada como un teatro gigantesco en las faldas del Tibidabo y Montjuïc. En este espacio, la ciudad no era predecible ni homogénea. Un aspecto esencial de su personalidad era su pasado como ciudad industrial, caracterizada por su dureza y sequedad más que por una sofisticación convencional. Existía una relación difícil de descifrar entre los placeres que ofrecía y el culto catalán a la seriedad. Se trataba de un lugar contradictorio, de múltiples estratos, que resultaba difícil de definir con unas cuantas frases.

Numerosas ciudades poseen una imagen estándar: París, la ciudad de la luz; Nueva York, la ciudad que nunca duerme. La peculiaridad de Barcelona residía en que adquirió su nueva imagen a través de una campaña planeada. Las autoridades públicas actuaron como patrocinadores y ejes, encargando importantes proyectos, pero también subiéndose al carro de cualquier tipo de iniciativa que surgiese en aquella época, desde el *boom* de los bares de diseño hasta la alta cocina más atrevida e innovadora. Se invitaba a los ciudadanos a participar, a identificarse con una Barcelona nueva, con la cara lavada, ambiciosa, con estilo y de colores primarios. De este modo, se agitaron determinados ingredientes de la Barcelona vieja (como una presentación del *modernisme* pulida para la ocasión) con otros totalmente nuevos (la playa) en un cóctel fugaz pero seductor. Esta nueva imagen de marca debía ser inclusiva, así que el proyecto invitaba a todo el mundo a participar, desde los artistas de cómic del *Víboras* hasta Juan Antonio Samaranch.

En contraposición, la nueva imagen era selectiva en su intento de evitar elementos conflictivos que pudiesen indicar la presencia de grietas en el bronceado rostro de la marca Barcelona. Barcelona había sido una ciudad inquieta y rebelde, y la ciudad más grande de Europa en sufrir un intento serio de revolución social... un hecho totalmente pasado por alto en la actualidad. Soy consciente de que un levantamiento revolucionario, sobre todo cuando acaba en fracaso, deja profundas heridas y pocos deseos de repetir la experiencia. Sin embargo, el anarquismo y otros movimientos radicales constituían un torrente de energía e imaginación generado por los habitantes de la ciudad, y formaban parte de su creatividad tanto como el vidrio modernista.

El proyecto mantuvo su impulso al menos hasta el Fórum de 2004, acontecimiento basado en la premisa de que, para entonces, la importancia de la ciudad era tal que, hiciese lo que hiciese, el mundo lo consideraría automáticamente una maravilla.

A principios de los 90, pasé de estudiar el anarquismo a escribir guías de viajes. Por inocente que pueda parecer, no me sentía partícipe de la promoción de Barcelona como una marca. La idea era más bien que un grupo de escritores, procedentes de fuera pero con un conocimiento profundo de la

ciudad, ayudasen a los viajeros a hacer descubrimientos en vez de limitarse a sortear tópicos. En un primer momento, la marca Barcelona no era más que una curiosidad; sin embargo, pronto se convirtió en un punto de referencia inevitable y obligatorio. Lo que supuestamente constituía una expresión de la ciudad, en realidad reducía su realidad a unas pocas imágenes y sensaciones que, con el tiempo, fueron ganando en rigidez, un celoso conjunto de tópicos que te obligaban a ver Barcelona exclusivamente a través del prisma de una modernidad frágil y recién estrenada.

No pretendo bajo ningún concepto desprestigiar las extraordinarias transformaciones conseguidas gracias al “modelo Barcelona”: representaba un programa de medidas exhaustivo que no se amedrentaba ante lo extraordinario de su ambición, lo que lo hacía tan fascinante e intimidante para las autoridades municipales de otros países. El problema vino cuando el “proyectismo” se convirtió en una adicción, la autopromoción internacional comenzó a justificarse por sí misma y la línea divisoria entre renovación cívica y el carácter comercial del modelo se hizo cada vez más difusa.

Otro problema fue la intolerancia del proyecto Barcelona ante las críticas, lo que manifiesta un cuadro psicológico clásico de arrogancia provocada por una inseguridad neurótica. Los representantes municipales eran capaces de reaccionar con recelo o incluso hostilidad ante preguntas que se desviasen del optimismo oficial. Era prácticamente inadmisible detectar defectos en la ciudad ideal, como por ejemplo la mediocridad de una gran parte de su nueva arquitectura de segunda línea o el fuerte olor a autoritarismo que rodeaba el proyecto desde los primeros días, cuando se respondía a los vecinos que solicitaban espacios verdes con sermones sobre su ignorancia en cuanto a arquitectura moderna.

El modelo tenía unas ambiciones sociales enormes, pero fracasó a la hora de prever la magnitud del éxito de la marca. Puede parecer el colmo de la hipocresía que un escritor de guías de viajes se queje de que el lugar sobre el que escribe sea visitado por ingentes cantidades de personas. Y sin embargo, no puedo más que declararme culpable. Nadie supo prever los efectos cotidianos que tendría el inmenso caché de Barcelona como ciudad de moda: el desorbitado precio de la vivienda, la especulación o la suplantación de sus comercios antaño únicos por cadenas corporativas.

¿Sigue Barcelona queriendo su marca? Aunque la “proyectitis” carece ya de vigor o propósito, sigue atrayendo visitantes, por mucho que la ciudad quizá no sepa qué hacer con ellos. No obstante, como he apuntado antes, la marca Barcelona tiene vida propia y puede emprender aventuras por sí misma. La ciudad, mientras tanto, podría dejarlo correr, ser algo menos neurótica, abandonar todo esfuerzo de autopromoción durante al menos cinco años, y pensar en otras cosas, como por ejemplo cómo ser verdaderamente inclusiva en vez de generar la impresión de serlo, o tratar con menos desprecio los aspectos de la ciudad que la marca ha rehuido. Hacer lo contrario equivaldría a creer todo lo que uno ve en la publicidad. Y solo un idiota puede ser tan crédulo. **M**



Ilustración: Montserrat Ginesta





El actual duelo entre la senadora Hillary Clinton y el senador Barack Obama por ganar la nominación a la presidencia de los Estados Unidos del Partido Demócrata despierta fuertes pasiones en el mundo entero. Desde la batalla entre John F. Kennedy y Richard M. Nixon en 1960, no se ha visto tanta cobertura en los medios de comunicación internacionales. En Barcelona, los demócratas lo viven intensamente.

# Militando desde el extranjero

Texto **Rebecca Lewis** Presidenta de Democrats Abroad Spain Barcelona Chapter

Fotos **Pere Virgili**

El Partido Demócrata en el Extranjero (Democrats Abroad) fue fundado simultáneamente en Londres y París en 1964, cuando la mayoría de los estadounidenses que residían fuera de su país no tenían derecho a votar por no tener residencia fija en uno de los Estados americanos. Al final, en 1972 y después de años de trabajo de nuestros grupos de presión con los líderes del Partido Nacional, los comités de Londres y París fueron reconocidos e invitados a enviar nueve delegados (sin voto) a la Convención Nacional. En 1976, Democrats Abroad (DA) es reconocido como el brazo internacional oficial del partido con plenos derechos de representación (ocho miembros) en el Comité Nacional y con derecho a enviar veintidós delegados con voto a la convención presidencial cuatrienal. La estructura de DA consiste en un consejo que dirige el trabajo de las principales regiones (Europa-Oriente Medio-África, Asia-Pacífico, y México-Latinoamérica), tres consejos regionales y un consejo nacional en cada país con sus comités regionales o de ciudad. Contamos, además, con una pequeña oficina de apoyo y enlace en Washington D.C. Hoy por hoy, DA tiene comités oficialmente reconocidos en más de setenta países. Somos unos seis millones (¡recuerdo el orgulloso eslogan del presidente Pujol durante años!) de estadounidenses viviendo fuera de nuestro país, un número nada despreciable de votos potenciales.

Curiosamente nuestro contrincante, el Partido Republicano, no tiene brazo internacional ni está organizado fuera de los Estados Unidos. Probablemente antes contaban con el voto de las tropas en servicio fuera del país, pero el cambio ha llegado. Desde el año 2004, cuando un 60% de los militares se definieron como republicanos, la cifra ha caído en picado hasta un 46% a finales de 2006 y sigue disminuyendo, sin duda debido a la desastrosa guerra de Irak promovida por la Administración Bush.

Democrats Abroad Spain (DAS) fue fundado en enero del año 2004 en Barcelona, unos meses antes de las elecciones

presidenciales protagonizadas por George W. Bush y John Kerry. No fue difícil encontrar a gente dispuesta a organizarse aquí: el clima de preocupación, desconcierto y rabia tras cuatro años de la Administración neoconservadora de Bush y el creciente antiamericanismo palpable a nivel popular y a diario en la prensa española impulsaron el activismo entre la población norteamericana residente en Cataluña.

Primero se eligió la junta directiva del Comité España con miembros de Barcelona y Madrid. Tras conseguir el reconocimiento formal de nuestra región (Europa-Oriente Medio-África), rápidamente se formaron comités con sus respectivas juntas en ambas ciudades para empezar a movilizar votantes potenciales. Ni la injusta derrota de nuestro partido en las elecciones del año 2004 consiguió desanimarnos. Hoy en día, y en solo cuatro años, DA España es el quinto grupo más numeroso dentro de DA, detrás de Canadá, Reino Unido, Francia y Alemania. Este mes se aprobará la adhesión de un comité para Baleares en Mallorca y se está formando otro en Sevilla.

## DA Barcelona: la crónica reciente

El martes 9 de octubre de 2007 los líderes y activistas del Partido Demócrata en España (Democrats Abroad Spain) nos reunimos en el Ateneu Barcelonès para planificar nuestro trabajo de cara a las elecciones presidenciales del 4 de noviembre de 2008. Fue un día muy intenso de talleres y presentaciones sobre temas claves, entre los que destacaba por su importancia el de identificación e inscripción de votantes residentes en España (una cifra que se estima entre 80.000 y 100.000) con vistas a las primarias globales de DA en febrero.

Ese día contamos con una ponencia de Marc López, ex diputado del PSC-PSOE, sobre el tema de Internet como herramienta de campaña. Íbamos a tener por primera vez en la historia unas primarias globales que permitirían a



## “El clima de preocupación, desconcierto y rabia tras cuatro años de Administración Bush y el creciente antiamericanismo palpable a nivel popular y en la prensa española impulsaron el activismo entre los norteamericanos residentes en Cataluña”.

miembros de nuestro partido residentes en el extranjero votar *online*. De hecho, todo lo relacionado con la tecnología es un tema candente. Más adelante, en nuestra fiesta de clausura en el jardín del Ateneu recibimos al invitado de honor, el *conseller* Ernest Maragall. Se dirigió a nosotros en inglés, animándonos a seguir adelante con nuestros esfuerzos por conseguir una alta participación de los votantes potenciales en España y expresando una preocupación que nos parece ya generalizada fuera de nuestro país:

“Necesitamos tanto o más que vosotros que ganéis en las próximas elecciones”. Sabíamos que teníamos una gran tarea por delante, pero todavía no presentábamos el interés que iban a despertar las primarias de nuestro partido en el mundo entero...

¿Cómo podríamos identificar a esos miles de estadounidenses residentes en España, darnos a conocer entre ellos y asegurar su voto? No era nada fácil. No teníamos acceso a información sobre gente de nuestro país residente aquí, pero sí sabíamos que existía una población itinerante de miles de estudiantes en las principales ciudades del país, muchos jubilados, personas casadas con españoles, algunos profesores y empleados de empresas multinacionales, entre otros. Nuestros grupos de trabajo (absolutamente todos somos voluntarios y nos dedicamos a la política fuera de las horas del trabajo) se pusieron en marcha. Había mucho que aprender sobre reglas, procedimientos y canalización de la comunicación de cara a las primarias. El *caucus* de Iowa en enero y el *supermartes* del 5 de febrero se acercaban, la lucha entre los nueve candidatos presidenciales de nuestro partido se estaba avivando y nos urgía informar e implicar a los votantes.

A través de unos contactos establecidos con partidos del Gobierno de aquí, empezamos a identificar simpatizantes. Hemos encontrado a muchas personas que conocen y respetan nuestro país y nuestro partido, porque están vinculados a él profesionalmente, porque han estudiado allí, por un sinfín de razones. Saben que EE.UU. no es George W. Bush. ¡Todos quieren ayudarnos! No sólo estábamos agradecidos, sino realmente alucinados. Durante la campaña del año 2004 apenas habíamos existido. Salvo una visita de Diane Kerry (hermana del candidato) y otra de Michael Dukakis (candidato fallido a la presidencia en 1988), la presencia de nuestro partido en Barcelona pasó totalmente desapercibida. Ahora todo empezaría a cambiar. Nuestros simpatizantes catalanes nos propusieron abrir un debate a través de Internet con el propósito de pedir a los catalanes que nos ayudasen a buscar estadounidenses e incitarlos a votar. ¡Genial! No estaba claro hasta qué punto funcionaría, pero a continuación verán los resultados.

Llegó el día 3 de enero y los *caucus* del Estado de Iowa, el primer Estado en registrar sus preferencias electorales. Un *caucus* (posiblemente una palabra india originaria de la tribu algonquin, que significaba “reunión de los líderes de la tribu”) es una reunión donde los votantes forman grupos a favor de un candidato u otro, escuchan los argumentos a favor y en contra, y luego votan *viva voce*. Este método de votación forma parte de la tradición de nuestro país y se remonta a las primeras elecciones presidenciales en el siglo XVIII. En estos *caucus*, que se celebran en escuelas, iglesias e incluso casas particulares, se eligen por voto proporcional de cada candidato los delegados que asistirán a la Convención Nacional para elegir al candidato final del partido.

En las semanas previas a ese 3 de enero habíamos organizado comunicaciones y eventos sobre nuestros numerosos candidatos: Clinton (supuestamente la favorita), Obama (interesante, carismático, pero no tan conocido), Edwards (candidato a la vicepresidencia con Al Gore en el año 2004), Richardson (al que conocíamos por su largo currículum en política, además de ser el único gobernador hispano en EE.UU.), Biden, Kucinich (ganador del Premio Gandhi de la Paz en 2003), Dodd, Gravel y Vilseck. Bien entrada la madrugada del día 4 supimos que, contra todo pronóstico, ganaba Barack Obama, seguido de John Edwards y con Hillary Clinton en tercer lugar. La carrera cobraba vida.

Ya teníamos aprobado abrir un colegio electoral en Barcelona los días 5 (el *supermartes*, cuando un número importante de Estados celebran sus primarias) y 10 de febrero. Los residentes extranjeros teníamos toda una semana, hasta el día 12, para votar directamente en un colegio electoral, por Internet, por correo o por fax. Montamos el colegio en el Ateneu Barcelonès, ese emblemático club catalán que no es solo guardián de la lengua y la cultura de este país, sino también un ejemplo de apertura y progreso en nuestra ciudad adoptiva.

Dos semanas antes del 5 de febrero empezamos a recibir muchas llamadas. Habíamos hecho campaña para votar en el Ateneu, dejando folletos en todos los lugares de Barcelona que consideramos posibles puntos de encuentro de norteamericanos: escuelas universitarias y de idiomas, bares, restaurantes, gimnasios, cines, etc. Las llamadas y correos electrónicos de votantes que querían conocer más detalles sobre cómo inscribirse y cómo votar empezaron a multiplicarse. Así como llamadas de la prensa, de la radio y de la televisión a todas horas: “¿Quién ganará? ¿Qué es un *caucus*? ¿En qué se distinguen los candidatos demócratas? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué pasará en Irak?” Nos sentimos un poco desbordados, pero había que hacerlo y hacerlo bien.



## No da igual gane quien gane

Un peculiar sondeo trató de definir hace cuatro años al republicano George W. Bush y al demócrata John F. Kerry. Para sus partidarios, Bush, según un estudio realizado por WPP Group y Penn, Schoen & Berland Associates, era la cerveza Bud, y su rival, una botella de Heineken. Los republicanos veían a Bush como un automóvil Ford y a Kerry como un BMW. Los indecisos asociaban al presidente con McDonald's, mientras que al aspirante lo equiparaban con Subway, una cadena de bocadillos. Y si Bush era IBM, Kerry sería Apple Computer. Pero ni todos los demócratas son iguales, ni tampoco todos los republicanos cojean del mismo pie.

Los demócratas dominaron las factorías de ideas durante medio siglo, desde los tiempos del presidente Franklin D. Roosevelt. Un factor determinante de la hegemonía estadounidense en el siglo XX fue su modelo económico, una combinación de producción masiva y consumo de masas. Este sistema, apoyado en el *New Deal*, el nuevo pacto social auspiciado por el demócrata Franklin Delano Roosevelt, también es conocido como fordismo, en honor de Henry Ford, inventor y fabricante de los célebres automóviles Modelo T.

Entonces, el capitalismo sin prácticamente leyes dio paso a un sistema más reglamentado, por el que se aceptó que el Gobierno limitara el poder económico del capital. No era el Estado de bienestar como se entiende en Europa, pero tampoco era la jungla anterior.

A esta doctrina se la denominó "convergencia armónica", idea que los demócratas también aplicaron a las relaciones internacionales, en las que forjaron un mundo con estables instituciones internacionales.

El modelo rooseveltiano, sin embargo, comenzó a retroceder en la década de 1980, cuando Ronald Reagan sentó las bases de otro capitalismo basado en el triunfo de la tecnología y el espíritu empresarial. Y este cambio también ha afectado al papel de Estados Unidos en el mundo. En el siglo XX, la política exterior estadounidense, como la economía, fue más cooperativa. Ahora, con Bush, se ha tratado de deshacer el camino en el plano de las relaciones internacionales, como sucede en la economía. De la misma manera que el idealismo del presidente demócrata Woodrow Wilson inspiró la Liga de Naciones, Franklin D. Roosevelt auspició un nuevo orden internacional basado en la ONU y en el imperio de la ley. Pero en los mandatos de Reagan surgió la primera generación de *think tanks* (laboratorios de ideas) neoconservadores que después han sido la base ideológica de la política exterior de Bush.

Los republicanos conservadores han dominado la escena política estadounidense desde 1968 hasta ahora, con sólo dos paréntesis, el corto de Jimmy Carter (1977-1981) y el largo de Bill Clinton (1993-2001). Y sus ideas neoconservadoras y neoliberales se han convertido en artículos de fe. El resultado de todo esto está en los libros: el Estado de bienestar ha sido recortado, la presión fiscal más alta se ha reducido a la mitad desde los tiempos de Reagan, la moral tradicional se ha desaparecido y la política exterior ha ignorado a los organismos internacionales y se ha militarizado.

No da igual, entonces, gane quien gane en los comicios presidenciales del próximo 4 de noviembre. Los demócratas, con Barack Obama o con Hillary Clinton de candidato/a, representan ahora el cambio. **Xavier Batalla**



Llegó el 5 de febrero. Montamos el colegio electoral en el Ateneu. Abrimos a las 12,00 y cerramos a las 24,00. A primera hora ya había cola, la mayoría estudiantes. Un militante había estado paseándose por toda Barcelona en plan hombre anuncio –que despertó mucha curiosidad– durante varios días y los Jóvenes Demócratas (Young Democrats) se situaron frente a importantes escuelas de idiomas para repartir folletos entre los estudiantes que entraban y salían. Habíamos convocado a la prensa sobre las siete de la tarde y nos encontramos con la sala repleta de gente.

**“La prensa europea está viviendo una auténtica ‘obamamania’. Pero los militantes demócratas de aquí apoyaremos al candidato que gane la nominación del partido, sea cual sea nuestra preferencia personal”.**

Cientos de norteamericanos acudieron a votar a lo largo del día y vivimos momentos realmente emotivos: una mujer de ochenta años que había votado a los republicanos durante toda su vida se presentó para inscribirse en el Partido Demócrata y votar al senador Obama, anunciando su decisión en voz alta y haciendo propaganda por su candidato; una conocida cantante americana en Barcelona acudió a votar “por primera vez en su vida”; cientos de estudiantes también votaron por primera vez y se lanzaron (al principio tímidos, pero luego con la fuerza de sus convicciones) a hablar con la prensa, y no tuvieron ningún problema en identificarse como votantes de Obama; los periodistas andaban locos buscando a alguien a favor de Clinton.

A las doce de la noche contamos las papeletas e informamos a Madrid para que añadiera los resultados de su colegio electoral y enviara los primeros datos a Londres. Luego se enviarían todas las papeletas a Londres para el recuento. Ya sabíamos que Obama había arrasado, tanto en Barcelona como en Madrid, pero eran resultados parciales. Había que esperar a añadir los votos recibidos *online*, por fax y por correo. Cansados, pero muy, muy contentos con la participación y la incorporación de nuevos miembros que se inscribieron para poder votar –duplicamos–, nos fuimos a casa a esperar los resultados de las primarias en otros Estados. Los resultados nos demostraron que Obama había ganado en trece Estados y Clinton en ocho, más la Samoa Americana, aunque al haber ganado en los Estados con más delegados ella se situaba ligeramente por delante de su contrincante. Nada estaba claro.

El 20 de febrero Democrats Abroad anunció los resultados globales del voto extranjero: Obama había ganado seis delegados y Clinton tres. ¡Los votos de Barcelona a favor de

Obama proporcionaron un delegado más a nuestra región! Todavía nos quedaban más delegados por elegir en nuestra convención global en Vancouver el 12 y 13 de abril.

### **Una de las elecciones más disputadas**

En el momento de escribir esta crónica nos encontramos con una de las elecciones más disputadas para la candidatura demócrata en la historia de nuestro país. Obama está ganando en número de delegados, pero está todavía lejos de conseguir la mayoría. ¿Los ochocientos *superdelegados* (ilustres del partido y libres de votar como quieran) tendrán la última palabra? ¿Será Al Gore el candidato de compromiso si en la convención nacional de agosto nuestros dos candidatos se encuentran en un empate técnico? ¿Serán las primarias de ahora hasta junio decisivas? Lo que sí está claro es que la prensa europea está viviendo una auténtica “obamamania”. ¿Qué pensamos los militantes del partido aquí?

Pensamos que vamos a apoyar a cualquiera de los dos brillantes candidatos que gane la nominación del partido, sea cual sea nuestra preferencia personal. En cuanto al presumido candidato republicano McCain y el peligro que supone la falta de resolución de nuestra candidatura, basta conocer la trayectoria del senador de Arizona hasta ahora:

-En las últimas semanas se ha demostrado que estaba equivocado en sus conocimientos sobre la guerra de Irak en varias ocasiones.

-Está intentando distanciarse de su comentario sobre dicha guerra, en el que declaró que las tropas americanas podrían estar en Irak durante otros cien años. Es más “halcón” que Bush en política exterior, especialmente en referencia a Irak, China y Rusia.


-Está en contra de la libertad de elegir en el tema del aborto y piensa que deben modificarse las leyes al respecto.

-La Fundación en Defensa de los Derechos de los Niños le nombró el peor defensor de los derechos infantiles en el Senado el año pasado.

-En cuanto a la crisis hipotecaria, dijo que la solución para las personas en peligro de perder sus casas es “encontrar un segundo trabajo y no irse de vacaciones”.

-Es uno de los políticos millonarios más ricos del Senado.

-Dice ser defensor del medio ambiente, pero recibió un cero de nota de la Liga de Votantes Pro Política Medioambiental el año pasado.

*Ad infinitum.* 

*Estoy de acuerdo con Xavier Batalla: “No da igual gane quien gane” tratándose de los dos partidos mayoritarios de nuestro país. Pero gane quien gane dentro del Partido Demócrata, el 4 de noviembre de 2008, con nuestra victoria, ganará el mundo entero.*

Masa crítica

# Judith Butler

“El género es extramoral”

Entrevista **Fina Birulés**



¿Puede establecerse alguna relación entre las transformaciones políticas, derivadas de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 –el declinar de las soberanías estatales y la centralidad de las políticas de seguridad– y las transformaciones de la subjetividad política y del género? En sus últimos textos, la filósofa Judith Butler esboza en esta dirección una “ontología de la vulnerabilidad”<sup>1</sup>.

Su obra *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity* (1990), además de ser una de las más difundidas del feminismo mundial, ha sido considerada uno de los textos inaugurales de la *Queer Theory*, una corriente dentro de los estudios gays y lésbicos que trata de huir de las imposiciones teóricas y de las formas culturales y sociales de la diferencia de los sexos.

Poco inclinada a hablar de “posfeminismo”, Butler parte de los recursos conceptuales y políticos presentes en la tradición feminista para pensar la categoría de género más allá de la diferencia entre masculino y femenino y para volver a formular la pregunta acerca de “lo humano”. La filósofa pone el acento en la necesidad de resistir a la tentación de resolver las discrepancias en una unidad, pues, en su opinión, lo que mantiene vivo el pensamiento y las luchas políticas son precisamente las disensiones.

Esta entrevista se realizó en febrero de 2008 con motivo de una conferencia impartida por Judith Butler en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB).

**¿Podría hablarnos de su propia concepción de la crítica y de su relación con las conocidas palabras de Foucault: “No sé si hoy en día hace falta decir que el trabajo crítico implica aún la fe en la ilustración; considero que siempre necesita el trabajo sobre nuestros límites, es decir, una labor paciente que dé forma a la impaciencia de la libertad”? Uno de sus últimos escritos se refiere a ello y quizás podría relacionar la tarea de la crítica y su vinculación con el feminismo.**

La tarea crítica exige una preocupación por los límites, y Foucault se interesa particularmente en el problema de cómo este campo delimitado forma al sujeto. Si estamos formados como sujetos obedientes, si el Estado o alguna otra forma regulada de poder se nos impone y la aceptamos, devenimos sujetos de obediencia. Pero en cuanto nos preguntamos acerca de la legitimidad de este poder nos volvemos críticos, adoptamos un punto de vista que no está completamente formado por el Estado y nos interrogamos acerca de los límites que se nos pueden exigir.

Y si yo no estoy enteramente formada por este poder del Estado, ¿cómo estoy o podría estar formada? Formarse esta cuestión ya es empezar a formarse de otro modo, fuera de esta relación con el Estado, pues la crítica me distancia hasta cierto punto. Cuando alguien dice “no” al poder, dice “no” a una particular formación por el poder. Dice: no voy a ser sujeto de este modo y por los medios con que el Estado establece su legitimidad. La posición crítica implica un cierto decir “no”, decir “no” como un “yo”, y esto es ya una formación del “yo”. Muchos se preguntan sobre qué base Foucault establece la resistencia al poder. Lo que nos está diciendo es que en la práctica de la crítica nos formamos como sujetos, a través de la resistencia y el cuestionamiento. Foucault no

**Judith Butler** Ensayista, pensadora y profesora del Departamento de Retórica de la Universidad de Berkeley (California), es conocida por sus estudios sobre género y sexualidad, en los que aborda la cuestión de qué significa deshacer, resignificar, los restrictivos conceptos normativos de la vida sexual y del género.

presupone un sujeto preexistente que pueda decir “no” y criticar a la autoridad. El propio sujeto se forma a través de la práctica de la crítica. Y efectivamente, desde mi punto de vista, ciertas formas de crítica suponen un cuestionamiento de la inteligibilidad de las normas que nos constituyen como personas. Si yo soy interpelada por las autoridades existentes como ciudadana o como no ciudadana, como un género o a través de una categorización racial, debo luchar contra esta determinación social. Las normas establecen mi inteligibilidad social, las categorías a través de las cuales entiendo a la gente y a mí misma. Si desde un inicio se me atribuye un género, si se me llama “chica”, soy activamente una chica; el “yo” que emerge a través de este género es inteligible, en parte, como ser social: el género garantiza mi inteligibilidad y mi legibilidad como persona, y si cuestiono este género, me arriesgo a cierta ininteligibilidad, a perder mi lugar y mi legibilidad social como persona particular. Sin embargo, el “yo” podría decir “no” o podría preguntar “¿por qué?”, ¿con qué medios, con qué fin he sido generada, con qué derecho este *establishment* médico me ha atribuido un género, o con qué derecho la ley me ha atribuido un género? El “yo” toma distancia de estas normas de género, incluso si tales normas son las condiciones de su formación; esto es, no las abandona, no las destruye, sino que forcejea con ellas. ¿Puede rehacerse el género?, ¿puede entenderse como una práctica de la libertad?, ¿puede ser entendido como un modo de llegar a ser? Y si es así, ¿qué otras formaciones son posibles? En mi opinión, el feminismo implica un pensar acerca de las prácticas de libertad: cuando hacemos objeción a las prácticas discriminadoras en el empleo, a la reclusión en la esfera privada, cuando protestamos por la violencia contra las mujeres..., no es sólo porque queremos que las mujeres



consigan la igualdad, que sean tratadas con justicia. Igualdad y justicia son normas muy importantes, pero hay más: queremos ciertas libertades para las mujeres para que no estén totalmente limitadas a las ideas establecidas de feminidad o incluso de masculinidad. Queremos que sean capaces de innovar y crear nuevas posiciones. En la medida en que el feminismo ha sido, al menos en parte, un tipo de filosofía, es crucial para él hacer nuevos modos de género. Si el feminismo sugiere que no podemos cuestionar nuestras posiciones sexuales o afirma no necesitar la categoría de género, entonces me estaría diciendo que, en cierto sentido, debo conformarme a determinada posicionalidad o a una determinada estructura –restrictiva para mí y para otros– y que no soy libre para hacer y rehacer la forma o los términos en que he sido hecha. Y es cierto que no puedo cambiar radicalmente estos términos, y aunque decida resistir a la categoría de mujer, tendré que lidiar con esta categoría a lo largo de toda mi vida. De este modo, siempre que cuestionamos nuestro género corremos el riesgo de perder nuestra inteligibilidad, de ser llamadas “monstruos”. Mi lucha con el género, sería precisamente esto, una lucha, y ello tiene algo que ver con la *labor paciente de dar forma a nuestra impaciencia por la libertad*. Así, se puede entender la performatividad de género: la lenta y difícil práctica de producir nuevas posibilidades de experien-

cias de género a la luz de una historia y en el contexto de normas muy poderosas que restringen nuestra inteligibilidad como humanos. Se trata de luchas complejas, políticas, pues insisten en nuevas formas de reconocimiento. De hecho, en mi experiencia del feminismo estas luchas políticas han venido desarrollándose como mínimo durante el último siglo. Yo sólo ofrezco un lenguaje radical para estas luchas.

**Al hablar de performatividad y de la posibilidad de nuevas formas de ser, emerge la pregunta acerca de cómo valorar los diversos modos innovadores de agencia, pues no toda novedad tiene por qué ser “buena”. En su *Deshacer el género* habla algo de ello, pero ¿hay algún criterio que nos permita distinguir? ¿Es pertinente hablar aquí de universalidad?**

Si nos referimos a los diversos modos en que el género es entendido como forma o interpretación cultural del cuerpo, creo que no es apropiado hablar de géneros *buenos* y *malos*: el género es extramoral. Quienes quieren establecer géneros normales y géneros patológicos o persiguen regular el género están absoluta y universalmente errados. Hay operaciones ilegítimas de poder que tratan de restringir nuestra idea de lo que el género puede ser, por ejemplo en el área de la medicina, del derecho, de la psiquiatría, de la política social, en las políticas de inmigración, en las políticas anti-



violencia. Mi compromiso supone una oposición a toda medida restrictiva y violenta usada para regular y restringir la vida de género. Hay ciertos tipos de libertades y de prácticas que son muy importantes para el florecimiento humano. La restricción excesiva del género mina, socava, la capacidad humana para florecer. Y, es más, añado que el florecimiento humano es un *bien*. Sé que hay una actitud moral también en ello, pero que nada tiene que ver con decir “este tipo de género es *bueno* y este es *malo*”. Esto último constituye un uso peligroso de la moralidad, en cambio yo trato de desplazar la estructura moral hacia otro marco en el que podemos interrogarnos: ¿cómo sobrevive un cuerpo?, ¿qué es un cuerpo floreciente?, ¿qué necesita para florecer en el mundo? Y necesita varias cosas: ser nutrido, ser tocado, estar en ámbitos sociales de interdependencia, tener ciertas capacidades expresivas y creativas, ser protegido de la violencia, que su vida sea sostenida por medios materiales.

Hoy hay muchas personas con modalidades de género que son consideradas inaceptables –las minorías sexuales o de género– y que son discriminadas, consideradas anorma-

les, por los discursos psiquiátricos o psicológicos, o que son objeto de violencia física. A esta gente no se le da la oportunidad de que sus vidas sean reconocidas como dignas de ser protegidas o ayudadas, ni siquiera como vidas que sean merecedoras de duelo. Cuestionamos las normas de género que nos impiden reconocer ciertas vidas como dignas de ser vividas y que nos evitan proveer de condiciones materiales a través de las cuales estas vidas puedan florecer. Que se nos reconozca en público significa también ser entendidos como vidas cuya desaparición sería sentida como una pérdida.

Lo mismo se da también en la guerra: ciertas vidas se estiman dignas de ser protegidas, y otras se consideran extinguidas, radicalmente prescindibles. Se podría decir que todo mi trabajo gira alrededor de esta cuestión: ¿qué es lo que cuenta como una vida? y ¿de qué manera ciertas normas de género restrictivas deciden por nosotros?, ¿qué tipo de vida merece la pena ser protegida y que tipo de vida no?

**En las últimas décadas se han producido importantes cambios en muchos aspectos de la vida de gays, lesbianas e**

© APA / Landov / Cordon Press



**incluso transexuales. Por ejemplo, en nuestro país se han aprobado los matrimonios entre personas del mismo sexo. A la luz de sus reflexiones acerca de cómo un contexto más amplio de inteligibilidad tiene consecuencias ontológicas, parece que convendría reflexionar también acerca de hasta qué punto este reconocimiento puede llegar a generar nuevas formas de restricción, otras formas de normalidad.**

Si hay matrimonio, debe haberlo también homosexual; el matrimonio debe extenderse a cualquier pareja con independencia de su orientación sexual, si la orientación sexual es un impedimento, entonces, el matrimonio es discriminatorio. Por mi parte, no entiendo por qué hay que limitarse sólo a dos personas, parece arbitrario y podría ser potencialmente discriminatorio; pero sé que este punto de vista no es muy popular. Sin embargo, hay formas de organización sexual que no implican monogamia y formas de relación que no implican matrimonio o el deseo de reconocimiento por la ley –aunque sí por la cultura. Hay también comunidades integradas por amantes, ex amantes, amistades que cuidan de los hijos, que constituyen complejas redes de parentesco que no cabe describir como conyugales.

Estoy de acuerdo en que el derecho al matrimonio homosexual corre el riesgo de tener un efecto conservador, producir el matrimonio como normalizador y presentar como no normales e incluso patologizar otros modos muy importantes de intimidad, de parentesco existentes. Pero la cuestión es: ¿qué hacemos políticamente con esto? Yo diría que toda lucha por el matrimonio homosexual debería ser también por las familias alternativas, los parentescos y los modos alternativos de asociación personal. Necesitamos un movimiento que no logre los derechos de alguna gente a expensas de los de otra. Y pensar este movimiento no es fácil.

La exigencia de reconocimiento por parte del Estado debe ir acompañada de una crítica: ¿para qué necesitamos el Estado? A pesar de que a veces lo necesitamos para algunos tipos de protección (inmigración, propiedad, hijos), ¿debemos dejar que defina nuestras relaciones? Hay formas de relación que valoramos y que no pueden ser reconocidas por el Estado, para las que bastan las formas de reconocimiento de la sociedad civil o de la comunidad. Necesitamos un movimiento que se conserve crítico, que se formule estas cuestiones y las mantenga abiertas.

**Me gustaría traer a colación a una pensadora de la que me he ocupado en los últimos años, Hannah Arendt. Me consta que hay aspectos de su pensamiento que le interesan. ¿Qué lugar ocuparían en su obra la distinción arendtiana entre liberación y libertad? Asimismo, ¿cómo pensar la responsabilidad en el contexto de reflexiones como las suyas acerca de la importancia de la performatividad y la resignificación como prácticas políticas?**

Es cierto que, en general, no pienso en la libertad en términos de liberación. Sigo muy fuertemente influida por la *Historia de la sexualidad* de Foucault, quien nos previene de imaginar una liberación del poder. Nunca puede haber una liberación total del poder, especialmente en relación con la política de la sexualidad. Foucault dice dos cosas al mismo tiempo: nunca podemos liberarnos totalmente del poder (no hay margen

desde el que poder decir “no” al poder) y, por otra parte, no estamos nunca completamente determinados por el poder. Así que, a pesar de la imposibilidad de trascender el poder, se abre un espacio de libertad y quedan refutados tanto el determinismo como el voluntarismo radical. ¿Cuál es el espacio de libertad que se abre una vez hemos entendido esto? Aquí la libertad es un tipo de práctica, de lucha, un proceso continuo sin un principio ni un fin. Cuando esta práctica se ve sistemáticamente minada no podemos funcionar como sujetos políticos, nuestras capacidades políticas han sido socavadas.

Al referirme a la libertad, no aludo a un sujeto individual, en soledad, puesto que un sujeto es libre en la medida en que está condicionado por convenciones, normas y posibilidades culturales que hacen posible la libertad, aunque no la determinen: son las condiciones de posibilidad de la libertad. Quiénes somos como sujetos de libertad depende de modos no voluntarios de conexión con los otros; no sólo he nacido en un conjunto de reglas o de convenciones que me forman, sino también en un conjunto de relaciones de las que dependo para sobrevivir y que me constituyen como criatura interdependiente en este mundo. Las cuestiones de responsabilidad emergen en el contexto de esta socialidad.

Sobre la responsabilidad me interesan las productivas formulaciones de Levinas. Para Levinas no soy responsable de mis acciones –aunque, de hecho, también lo soy–, sino responsable del Otro, de la demanda del Otro. Y cualquier demanda del Otro es anterior a cualquier posibilidad de contrato social: sea cual sea la demanda que me plantea el Otro, me afecta, me implica en una relación de responsabilidad.

Los contratos legales no pueden describir adecuadamente esta situación de responsabilidad primaria. Ello significa que soy responsable incluso de quienes no están en una relación de contrato conmigo o no forman parte de mi comunidad, o de mi nación o no están ligados por el mismo marco legal. Esto ayuda a entender, por ejemplo, cómo podría ser responsable de aquellos que viven a distancia de mí, en otra organización política o de los sin Estado. En el marco levinasiano, incluso aquellos que no frecuentamos, cuyos rostros y nombres desconocemos, nos presentan una demanda. Se trata, pues, de aceptar la interdependencia global e incluso una obligación de proteger las vidas de quienes no conocemos. En Levinas esta obligación primaria se expresa con lo que comúnmente se denomina *mandamiento*, “No matarás”: un requerimiento a preservar la vida. Esto no significa que yo pueda o deba preservar la vida de cada individuo, sino que debo pensar qué tipo de estructuras políticas necesitamos para sostener la vida y minimizar aquellas violencias que la extinguen. Puedo luchar por un mundo que maximice la posibilidad de preservar y sostener la vida y minimice la posibilidad de aquellas formas de violencia que, de modo ilegítimo, quitan la vida o reducen las condiciones de que sea posible. Esto es parte de lo que estoy pensando hoy. Y no es fácil situar a Arendt en este contexto.

Pese a que el propio Levinas no era un pacifista, a partir de su pensamiento se puede desarrollar una filosofía de la no violencia e incluso una concepción de una comunidad política transnacional que tenga estos valores como fundamentales. Hay que tomar el marco levinasiano y desarrollar

Para la pensadora, la vida nunca es solo vida nuda, sino que siempre está saturada políticamente. La lucha de los palestinos de Gaza por la mera supervivencia es por sí misma una práctica de libertad. En la imagen, manifestación de palestinos en la frontera de Gaza con Egipto, el pasado mes de marzo.



un tipo de ética transnacional sobre la base de la no violencia, así como hay que estar en desacuerdo con él respecto a la diferencia entre ética y política, al pacifismo, a Israel.

**Ciertamente, no sólo somos responsables de lo que hemos hecho, la responsabilidad apunta al entrecruzamiento de autonomía y límite. En la medida en que siempre vivimos y sobrevivimos a través de una suerte de consentimiento que difícilmente se puede considerar voluntario, la responsabilidad política tiene que ver también con aquello de que nos hacemos cargo, aquello que deseamos que perdure, que queremos innovar y conservar. A menos que nuestra actitud hacia el mundo sea de indiferencia, podemos hablar de una responsabilidad política en el mantenimiento de estructuras y de hábitos o valores que impiden que en muchos ámbitos sea posible la libertad femenina.**

Empezaré con una crítica que Derrida hace a Levinas: si hay que responder a todas las demandas, ello supone una infinidad de demandas y ¿cómo decidir a qué conjunto de demandas responder? Acaso la responsabilidad sólo es posible al circunscribir un conjunto de demandas, esto es, llegando a ser irresponsable en relación con todas las demás. En un modo que le es característico, Derrida afirma que la responsabilidad, en sentido levinasiano, conduce a una necesaria irresponsabilidad. Pero esto es todavía malentender la singularidad de la demanda que se nos presenta. No basta con atender caso por caso. Pensemos, por ejemplo, en la violencia contra las mujeres: ciertamente a un violador o un agresor podemos considerarlo responsable ante la ley; en un marco legal, tiene que rendir cuentas después de que se hayan aportado pruebas. Necesitamos una institución legal punitiva, pero la cuestión es si la responsabilidad legal agota la idea de responsabilidad. No es un modelo adecuado para pensar todo el campo de las responsabilidades que tenemos, porque existe una cuestión fundamental: las violaciones, la violencia doméstica, continúan; ¿por qué estas prácticas sociales se reproducen una y otra vez en una cultura? Me parece necesaria una intervención más amplia, un tipo de llamada de atención sobre la violencia contra las mujeres, y contra las minorías sexuales; creo que es muy importante relacionarlas: violencia contra los transexuales, por ejemplo, contra las trabajadoras sexuales, contra los inmigrantes ilegales que no pueden recurrir a la ley, y violencia contra muchos grupos desposeídos de todo derecho. Necesitamos una política fuerte que vincule estas formas de violencia, y también la producción, a través de los medios de comunicación, de la educación, de un *ethos* que les haga de contrapeso. Mirando caso por caso se pierde el horizonte: estas formas de violencia forman parte de una práctica social –incluso socialmente aceptable entre ciertos tipos de hombre–, de un modelo social. Pero ¿cómo intervenir en el nivel de las prácticas sociales? Ciertamente con la ley, pero no sólo a través de ella, dado que tenemos una responsabilidad de rehacer el mundo, de instituir ciertas pautas de no violencia más generalmente. La responsabilidad política debe acompañar a la responsabilidad legal.

**En sus últimos libros trata el tema del lugar que ocupan pasiones y emociones como el duelo y la vulnerabilidad en**

**política. Señala, asimismo, la urgencia de preguntarse de nuevo “¿qué es lo humano?”. ¿No es sorprendente que todo ello lo escriba una autora que parece ubicarse en la tradición antihumanista, en la tradición de lo que en EE.UU. se conoce como French Theory?**

Hay que tener cuidado al hablar de “humanismo”. Basta dirigir la mirada a sus legados para ver que no hay un solo humanismo: las formas que emergen en Italia son muy distintas de las de Francia. Hay también un humanismo en la filosofía política liberal clásica no asimilable al literario. En cualquier caso, si estamos de acuerdo en que la antropología filosófica es una forma de humanismo que supone que hay una sola idea de lo humano y que es posible atribuir rasgos definitorios a este sujeto humano, entonces estamos tomando lo humano como algo *dado*, ya existente.

Lo que quiero sugerir es lo siguiente: que lo humano devenga posible –en momentos y lugares concretos– depende de ciertos tipos de normas sociales que están implicadas en el ejercicio de producir y de “de-producir” lo humano. En otras palabras, para que lo humano sea humano, debe relacionarse con lo inhumano o lo no humano, y esto es una operación diferencial del poder. Lo humano es producido y sostenido en una forma y es “de-producido” y no sostenido en otras formas: el ser humano es un efecto diferenciador del poder.

En EE.UU., por ejemplo, hay un discurso muy poderoso que trata de establecer lo humano como si emergiera de la tradición judeocristiana. Tenemos asimismo algunas políticas morfológicas que definen lo humano en términos de ciertas ideas de lo que debería ser un cuerpo humano. Y ello produce una población de individuos discapacitados cuyos cuerpos no se adecuan a la idea de morfología. El ideal regulativo de lo humano produce siempre un cierto “afuera”, y crea un problema: ¿cómo nos referimos a estos otros seres? Basta pensar en la historia de la esclavitud, cosa que pervive en EE.UU., donde todavía no está claro si todos los hombres negros que se encierran son humanos.

Lo humano no es algo dado, es un efecto diferenciador del poder, pero necesitamos el término porque sin él no podemos entender lo que ocurre. Me preocupan aquellas posturas que dicen: “lo humano pertenece al humanismo, ya no podemos hablar nunca más de lo humano”; “la elección, pertenece al voluntarismo, tenemos que dejar de hablar de elección”; “la Ilustración pertenece a lo que hemos desmantelado, ya no podemos hablar más de Ilustración”. Pero no se preguntan “¿qué es Ilustración?”, “¿por qué retorna lo ya sido?”, “¿por qué volvemos a lo humano?” Pues porque estos conceptos no nos han dejado, siguen formándonos. Y hay una nueva manera de entenderlos que parte de que éstos no tienen una única forma y que, de hecho, la regulación de la misma opera políticamente para producir exclusiones que hay que desafiar. Que alguien diga que una persona considerada no humana es humana supone una resignificación de lo humano y poner énfasis en que lo humano puede funcionar de otra forma. En ocasiones es importante usar el término precisamente de este modo como hace a veces el discurso de los Derechos Humanos: tomar a alguien a quien no se le atribuyen las características definitorias de lo humano y afirmar que es humano es un acto preformativo que redefine lo





humano a la luz de una liberación, en el contexto de una emancipación. No se trata de buscar lo que ya estaba allí, se trata de hacer que acaezca.

**En sus reflexiones recientes, cuando habla de “lo humano” lo vincula a la pregunta de qué vidas merecen ser reconocidas como dignas de ser protegidas o ayudadas ¿Cuándo habla de “vida”, parte de la distinción entre *bios* y *zoe*?**

La cuestión de la vida es difícil; tengo dudas acerca del modo en que la distinción que Arendt establece en la *Condición humana* ha sido popularizada por Giorgio Agamben. A pesar de que *bios* y *zoe* son analíticamente distinguibles, siempre están implicadas una en la otra. Tengo problemas cuando Arendt afirma que la finalidad de la vida no puede ser la vida misma. Para ella es una idea terrible, ya que sólo entiende la vida vinculada a valores y principios muy importantes. Arendt quería distinguir entre la vida que vale la pena vivir y la vida misma, y en esto seguía a Sócrates: una vida no examinada no merece ser vivida. De ahí que, para ella, fueran tan importantes el pensar, el juzgar y la responsabilidad, porque entiende que estas actividades humanas hacen la vida digna de ser vivida y si éstas no son posibles, entonces la vida tampoco. Pero no nos ayuda a entender por qué hay que preservar y cuidar la vida de los seres sensibles, incluida la de los seres humanos.

Arendt distingue entre esfera pública y esfera privada. La esfera pública es donde nosotros pensamos, juzgamos y actuamos; la esfera privada indica que alguien se ocupa del hogar, la comida, la reproducción de las condiciones materiales de la vida. Nos conviene recordar que hay una política de esta esfera. Las cuestiones de parentesco, de la familia, de la labor, son cuestiones políticas.

Me gustaría retroceder y preguntar por las condiciones de supervivencia: ¿qué hace falta para sobrevivir? Dependemos del entorno y de la alimentación; los alimentos deben ser bien distribuidos y la alimentación sana. Dependemos de la justicia y de la distribución económica. Creo que puede haber una política que nos permita ver que la vida nunca es sólo vida desnuda, que siempre está saturada políticamente. De ahí mi desacuerdo con la caracterización de Agamben de la nuda vida, por ejemplo cuando se refiere a los palestinos de Gaza, expoliados de sus derechos, expuestos a la brutalidad sin defensa, como reducidos a mera vida; no se trata de mera vida: hay una lucha para cruzar la frontera, para buscar alimentos, para reconstruir las casas destruidas o conseguir medicinas. Todas estas acciones son luchas, incluso diría prácticas de libertad. Las prácticas de supervivencia son extremadamente importantes; si decimos simplemente que son mera vida orgánica, no podemos reconocerlas como luchas políticas.

Para Butler, la violencia contra las mujeres, las minorías sexuales o los inmigrantes ilegales forman parte de un modelo social, y por tal motivo estas prácticas se repiten una y otra vez dentro de una cultura. En la imagen, participantes en una manifestación gay en la plaza de Sant Jaume de Barcelona.



“La vida siempre está saturada políticamente. Si decimos que las prácticas de supervivencia son mera vida orgánica, no las podemos reconocer como luchas políticas”.

**En sus últimos libros está tratando de pensar la comunidad en términos de relacionabilidad, perspectiva muy interesante que permite establecer un nexo entre las violencias mal denominadas “domésticas” y la bélica. ¿Cree que nos permitiría repensar la política internacional, global?**


Cuando EE.UU. fue atacado en septiembre de 2001, el Gobierno procuró construir rápidamente una idea del país como soberano, impermeable, invulnerable porque era inaceptable que sus fronteras hubieran sido cruzadas. El sistema fue crear imágenes muy poderosas, normalmente de hombres: hombres en el Gobierno, hombres luchando por salvar a gente del World Trade Center. Tuvimos una suerte de resurgimiento de la idea del hombre fuerte, eficaz y militarizado. Un hombre cuyo cuerpo no será nunca destruido ni afectado por nadie, que será pura acción y pura agresión. Se produjo una cierta idea de sujeto: ¿quién es el sujeto americano? ¿quién es América? Se ofreció una afirmación muy agresiva de la soberanía masculina –una cierta idea de la subjetividad masculina, que constituye también una autocomprensión nacional–, y luego aniquilaron la soberanía de Irak, de Afganistán, recurrieron a Guantánamo porque no está bajo la soberanía de Cuba y también está fuera de sus fronteras soberanas, de modo que podían hacer lo que quisieran. Se juega a la soberanía, se toma un cierto tipo de soberanía como prerrogativa, pero no se respeta la soberanía como principio.

Otra posibilidad hubiera sido decir: hemos sido atacados, aceptemos el hecho de que pertenecemos a una comunidad global, nuestras fronteras son porosas, la gente puede cruzarlas, tenemos que decidir cómo queremos vivir esto. Lo que necesitamos son nuevos acuerdos internacionales y también mostrar a EE.UU. vinculado a la ley internacional, porque recordemos que desde 2001, e incluso antes, Bush rechazó firmar casi cualquier tratado internacional. Puede que la cooperación internacional sea un *ethos*: somos dependientes de un mundo global, todos somos vulnerables, puede haber acusaciones y acuerdos. Pero son las naciones-estado quienes establecen acuerdos entre sí y la verdadera cuestión es la gente sin Estado: población insurgente, gente que vive en organizaciones no susceptibles de participar en los acuerdos internacionales. ¿Qué tipo de conexión se puede establecer aquí? Esto implica una política global, que no se restrinja a las naciones-estado. Me refiero a otros modos de pensar nuestra vulnerabilidad como naciones, nuestros límites como naciones y que vinculan la concepción del sujeto como fundamentalmente dependiente o social, así como las formas de organización política que buscan estructurar la política global en aras de un reconocimiento de la interdependencia.

**Bien, para ir terminando me gustaría formularle algunas de las preguntas que el pensamiento de la diferencia**

**sexual le ha planteado: ¿cómo explica, desde su concepción del género, la histórica asimetría entre los sexos? ¿Cómo explica la falta de reconocimiento de nuestro primer origen, el haber nacido de una mujer?**

Siempre me sorprende que, en Europa, se den estas grandes divisiones entre Irigaray y las pensadoras de la diferencia sexual, por un lado, y Butler, por otro, porque en EE.UU. trabajamos en las dos líneas. Para mí no existe tal contraste, en mis clases enseño Irigaray. Cuando estudiamos qué significados se han conferido a la reproducción sexual y cómo ha sido organizada, encontramos importantes convergencias entre la obra de Irigaray y la mía, porque la cuestión es: ¿cómo la escena de la reproducción llega a ser el momento definitorio de la diferencia sexual? y ¿qué hacer con ello? Y, a este respecto, podemos encontrar con diversos puntos de vista: el del psicoanálisis, que subraya la dependencia masculina de la madre y al mismo tiempo su rechazo; el que enfatiza la importancia de lo maternal como un valor femenino, como la base de la crítica feminista; y podemos encontrar también otra perspectiva que trata de abordar preguntas tales como: ¿por qué la sexualidad ha sido pensada de forma restrictiva en el marco de la reproducción sexual?, ¿qué significa que la diferencia sexual decida acerca de la reproducción?, ¿qué significa pensar la sexualidad no reproductiva en relación a esta gravosa escena simbólica de la reproducción? Cada estado-nación, cada unidad nacional religiosa, quiere controlar la reproducción, todo el mundo está muy inquieto con la reproducción: los conservadores españoles dicen “no” al aborto, ¿por qué? Porque es a través del control del cuerpo de las mujeres como se logra la reproducción de la población y se hace posible reproducir la nación, la raza, la masculinidad.

Todas nosotras estamos intentando cambiar estos valores y trabajar en ellos, tratando de encontrar otros espacios y posibilidades para lo femenino, para lo masculino, para lo que no es femenino ni masculino. Tenemos concepciones distintas sobre cómo pensar esta diferencia, pero, sin duda, todas tenemos interés en seguir la pista de esta diferencia. Dado que no podemos asumir una división tajante entre estas posturas, pienso que puede haber un diálogo entre ellas: ninguna de nosotras quiere aceptar la concepción de la reproducción sexual que transforma a las mujeres en un no ser que hace posible el ser del hombre. Todas partimos de ahí, aunque tengamos estrategias diferentes acerca de cómo salir de ahí. 

#### Nota

- 1 Muchas de sus obras han sido traducidas al castellano y al catalán, entre otras: *El género en disputa* (México, Paidós, 2001), *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción* (Madrid, Cátedra, 2001), *El grito de Antígona* (Barcelona, El Roure, 2001), *Cuerpos que importan* (Barcelona, Paidós, 2003), *Lenguaje, poder e identidad* (Madrid, Síntesis, 2004), *Deshacer el género* (Barcelona, Paidós 2006), *Vida precaria (Poder del duelo y la violencia)* (Buenos Aires, Paidós, 2006). Por lo que se refiere a entrevistas y artículos en volúmenes colectivos, cabe destacar: “El gènere com a actuació” (*Transversal*, núm. 15, 2001), *El gai saber, introducció als estudis gais i lèsbics* (Barcelona, Llibres de l'Índex 2000)



De dónde venimos

## Ruinas y mitos

A dónde vamos

## La ciudad planificada

© Paul Colangelo/Corbis

La pervivencia de las ciudades “reales” es engañosa porque oculta el hecho de que a menudo ha desaparecido lo que les otorgó su estatuto mítico. Las ciudades más fascinantes son las que no existen.

# Evanescencia urbana: de Monsù Desiderio al 11-S

Texto **Juan Antonio Ramírez** Catedrático de Historia del Arte. Universidad Autónoma de Madrid

No es ningún secreto: las ciudades más fascinantes son las que no existen. Me refiero a las que desaparecieron arruinadas, tragadas por el tiempo, o por la furia destructora de la naturaleza y de los hombres; a las que levantaron los escritores con los sillares de sus palabras; a las que visualizaron los artistas en sus cuadros y grabados. ¿Cómo olvidar urbes tan esenciales para nuestro imaginario colectivo como Babilonia, Sodoma, Troya, Pompeya, o Tenochtitlán? ¿Y qué diremos de Amauroto (la capital inventada por Tomás Moro), de la Ciudad del Sol de Campanella, o de la *ville radiuse* de Le Corbusier? La pervivencia de otras ciudades, aparentemente “reales”, es engañosa pues oculta la dolorosa realidad de que ha desaparecido ya, con mucha frecuencia, aquello que les otorgó su estatuto mítico: no es la Jerusalén “actual” lo que interesa a los peregrinos, y ya constató el poeta francés Joaquin Du Bellay, en el siglo XVI, que no era Roma lo que se encontraba en aquella ciudad contemporánea que dirigían los papas (“*rien de Rome en Rome tu aperçois*”). ¿Sigue existiendo Nueva York después de la caída de las Torres Gemelas?

Me gustaría echar una ojeada de soslayo al paradigma de la destrucción urbana centrando mi atención en la última generación de pintores manieristas (o la primera del barroco), en un ámbito relativamente periférico, y en talleres secundarios, porque es ahí donde encontramos la culminación artística de una preocupación por este asunto que venía de los viejos textos bíblicos y de las imágenes de destrucciones creadas por artistas flamencos del Renacimiento como El Bosco o Maarten van Heemskerck. La ruina combinada con la destrucción es la especialidad de un enigmático pintor, activo en Nápoles a principios del siglo XVII, conocido tradicionalmente como Monsù Desiderio. Poco o nada se sabía de él hasta mediados del siglo pasado, y no es mucho más, en realidad, lo que hemos avanzado desde entonces. Se piensa ahora que ese apelativo encubre en realidad dos personalidades distintas, Didier Barra y François de Nomé, cuya procedencia (ambos eran loreneses, de Metz) y supuesta asociación profesional habría favorecido su confusión y asimilación, después de la muerte de ambos, en una común personalidad imaginaria. El doctor



“La ruina combinada con la destrucción es la especialidad de un enigmático pintor, activo en Nápoles a principios del siglo XVII, conocido como Monsù Desiderio. Poco o nada se sabía de él hasta mediados del siglo pasado”.

Félix Sluys creyó reconocer a los componentes de este equipo en los dos jóvenes que ofrecen al rey Nemrod los planos de la Torre de Babel, en uno de los cuadros que se les ha atribuido (Roma, colección particular) <sup>1</sup>.

Lo cierto es que hay una temática común a muchas pinturas ejecutadas en Nápoles en las primeras décadas del siglo XVII: son vistas urbanas imaginarias, extremadamente fantásticas, y muestran numerosos edificios arruinados o en el proceso mismo de su destrucción. No suelen llevar fecha ni firma, ni tenemos apenas referencias documentales sobre ellos. La producción de estas obras parece haberse desarrollado bastante al margen del sistema oficial de los grandes encargos, y todo nos hace pensar en su procedencia de un taller especializado (en el que bien pudo trabajar una pequeña legión de colaboradores más o menos ocasionales, y no sólo los dos artistas mencionados), capaz de lanzar hacia un mercado abierto e internacional una ingente cantidad de pinturas de gabinete, con un espíritu común<sup>2</sup>. No se consideró todo aquello, seguramente, como una producción de gran empeño, y los precios debieron ser moderados. Así podríamos explicar cosas como la relativa uniformidad de los temas y de las fórmulas iconográficas junto a las evidentes desigualdades técnicas y estilísticas que se perciben incluso en el interior de las mismas pinturas. Preferimos, pues, seguir atribuyendo todo ello al viejo nombre genérico de Monsù Desiderio. Lo importante es que nos encontramos ante un conjunto de pinturas consistente, un verdadero “género” cuyo desarrollo limitado en el tiempo y en el espacio (Nápoles, entre 1600 y 1630, o tal vez entre 1610 y 1625) nos permite considerarlo como uno de los episodios más enigmáticos y fulgurantes de toda la historia del arte.

Son ruinas estáticas, en muchos casos. Aparecen esbozadas, con pinceladas cortas, casi neuróticas, o con barridos valientes (ahí han creído ver algunos las diferencias entre *De Nomé y Barra*), brillando como esqueletos arquitectónicos, alumbradas por una luz espectral. Las figuras humanas, diminutas y desmañadas, casi deshechas, permiten a veces reconocer los inevitables pretextos religiosos y moralizantes, aunque no es infrecuente que estas vistas urbanas aparezcan completamente desiertas, incrementándose así su apariencia de agria desolación. Es inevitable pensar, ante ellas, en la pintura metafísica y en los espacios de Salvador Dalí o de Yves Tanguy. Sugieren, de paso, un procedimiento de trabajo en el taller: primero se debían pintar los lugares con arquitecturas arruinadas y luego se les añadirían “escenas” humanas, eventualmente variables. En cada paso pudieron haber intervenido uno o varios ejecutantes. Lo importante, sin embargo, eran esos sitios con templos circulares, columnas rotas, torres seudogóticas y estatuas

derrribadas, ofrecidos al espectador como verdaderas *antivedute* arquitectónicas, nada complacientes en su enigmática inestabilidad. Me parecen especialmente significativos los varios ejemplos de ruinas junto a un mar eventualmente embravecido, como en *Jonás y la ballena* [A64] <sup>3</sup>, o *San Agustín a la orilla del mar* [A103]: nos recuerdan que Nápoles era una poderosa ciudad portuaria, pero evocan la móvil inestabilidad de una arquitectura que parece tener la misma fragilidad e inconsistencia espumosa que las olas.

Porque lo más importante es que Monsù Desiderio sigue la estela de Heemskerck al centrar una parte considerable de su obra sobre la destrucción “en proceso”: el templo circular se está desplomando en *El tributo del César* [A59], y lo mismo sucede con las torres puntiagudas en cuadros como *Arquitecturas imaginarias* [A48], *Conversión de Saulo* [A87], *Huida a Egipto* [A132], etc. Las columnas cayendo aparecen en *Destrucción de la casa de Job* (fechado en 1614 o 1624) [A9] y en *Martirio de una santa* [A3], pero alcanzan su apoteosis en la *Explosión en una iglesia (Asa destruye el ídolo de Priapo)* [A84], con un instante verdaderamente extraordinario: los tambores de los fustes se desplazan hacia los laterales formando un rombo y un zig zag, pero también hacia el frente, con atrevidos escorzos. La destrucción ocupa, pues, todas las direcciones del espacio imaginario, incluyendo el territorio que habita el espectador.

Un papel prominente juega aquí ya el destello luminoso de la explosión sobre el fondo oscuro de ese raro templo columnario. Porque el arte de Monsù Desiderio es tenebrista, gusta de la noche, y por eso muestra una notable propensión hacia los grandes incendios urbanos. Abundan, como era de prever, las escenas de Troya ardiendo, siguiendo el relato de Virgilio [como la A54, la A55 y la A97]: “...negra, con hueca sombra, vuela en torno la noche. ¿Quién el desastre de esa noche, quién las muertes, hablando, explicará, o podrá con lágrimas igualar los trabajos?” <sup>4</sup>. La huida de Eneas y Anquises tiene su eco bíblico en la salida de Lot y su familia de una Sodoma [A67, D64] que es como una antorcha gigantesca en medio de la oscuridad nocturna, también, a pesar de que en la Biblia se diga expresamente que la destrucción de esa ciudad tuvo lugar al amanecer: “Salía el sol cuando Lot llegaba a Soar. El Señor envió entonces, desde el cielo, una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra” <sup>5</sup>.

Hay entre estas pinturas otras urbes ardientes de incierta temática religiosa o histórica, con algunos casos especiales como *Incendio y ruinas* [A111], que parece contener el catálogo completo de todas las destrucciones instantáneas concebibles en aquella época: derrumbamiento, inundación, explosión e incendio abatiéndose a la vez sobre un ámbito urbano carcomido por el salitre y el tiempo. La



“San Agustín a la orilla del mar”, sobre estas líneas, evoca la inestabilidad de una arquitectura que parece tener la misma fragilidad e inconsistencia espumosa de las olas. A la derecha, “Explosión en una iglesia”, donde Monsù Desiderio consigue la apoteosis de la destrucción “en proceso”, que tres siglos después encontró un eco real en las repetidísimas imágenes del atentado contra las Torres Gemelas (página 23).

movilidad que sugiere todo ello es tan impermanente como el mundo de los sueños.

La obra de Monsù Desiderio no se ha podido valorar hasta el siglo XX, tras la experiencia histórica del surrealismo, pero su misma existencia, la abundancia de pinturas de este tipo conservadas, nos obliga a pensar en sus hipotéticos significados originarios. Algunos otros cuadros atribuidos al mismo taller, como *Naturaleza muerta* [A62], nos dan quizá algunas claves: “*Vana est pulchritudo*”, se lee en un papel, junto a los elementos clásicos en ese tipo de bodegones moralizantes (reloj, espejo, flores, libros...). Así que, por traslación simple, podría deducirse que también la hermosa y potente arquitectura antigua es percedera y fútil. Toda grandeza y toda hermosura son efímeras: se disuelven en el espacio y en el tiempo como la espuma marina o las pavesas de las llamas. Los pintores que ahora analizamos hicieron, pues, algo muy singular al convertir la destrucción arquitectónica en un género específico estrechamente emparentado con las *vanitas*. Ello explicaría su gran popularidad momentánea, y su olvido poco después, como si todo esto hubiera sido un asunto pictórico menor.

Efectuemos ahora un gran salto cronológico. El 11 de septiembre de 2001 el mundo contempló estupefacto, en un prodigioso directo televisivo, la destrucción arquitectónica de las dos torres gemelas del World Trade Center, emblema ostensible de Nueva York. Pero todo rascacielos (ya lo dijeron claramente en los primeros años treinta los redactores de la revista *Documents*, con Georges Bataille a la cabeza) exhibe su poder fálico penetrando en el ámbito celeste de los dioses. Estados Unidos se sintió, pues, ominosamente emasculado, y de ahí la naturaleza de su reacción política y militar, más genital que racional. Hemos comentado en otros lugares que la destrucción de esas torres actualizó, sin querer, el viejo mito de la Torre de Babel, que cayó a tierra envuelta en llamas, víctima de la furia divina, según una tradición iconográfica que estaba muy viva en la época de Monsù Desiderio. No hay duda de que quienes perpetraron el atentado neoyorquino veían en esos edificios el mismo significado que los textos bíblicos otorgaban a Babilonia: símbolos del orgullo, la depravación, la maldad opresiva y la impiedad del perverso infiel. Pero por encima de todo ello, creemos que esa destrucción fue presentada con las estrategias estéticas de las demoliciones controladas, una clase de

acontecimientos que atraen a numerosos curiosos, periodistas varios y cineastas. Es la destrucción como espectáculo. No hablamos de las ficciones literarias ni de las películas “catastrofistas”, sino del derrumbamiento completo y súbito de edificios reales mediante explosiones controladas. Las torres gemelas cayeron sobre sí mismas mientras lo veían en retransmisión directa todos los televidentes del planeta. Ese desplome hacia dentro (idéntico, insistimos, al de las demoliciones controladas) provocó muchos menos daños colaterales de los que habría producido un derrumbamiento lateral, por ejemplo. Otra consecuencia es que no dejó rastros arquitectónicos reconocibles: los dos edificios se hicieron “polvo”, literalmente, esfumándose en la atmósfera, y aún debemos estar respirando, en todas partes, alguna de sus diminutas partículas.

Otra *vanitas*, adaptada a nuestra época: ni siquiera los restos pueden proclamar la grandeza de la ciudad contemporánea. El *Roma quanta fuit ipsa ruina docet* que reproducía Serlio en su tratado renacentista de arquitectura no puede aplicarse a las torres de Nueva York. No quedó nada. La grandiosa nube de polvo y humo elevándose en los cielos de Manhattan evocaba sin querer el hongo atómico, paradigma de la aniquilación total. Y otra condena: el rebobinado, la vuelta atrás en las películas, la repetición infinita de la destrucción en proceso, la caída “en el acto” de las torres, una y otra vez, en rememoraciones y documentales, en ficciones o en innumerables copias caseras y páginas de Internet. La destrucción “procesual”, la nerviosa impermanencia, como en un sueño, de las ciudades pintadas por Monsù Desiderio, ha encontrado, al fin, un eco real que las hace comprensibles. Vanidad de la belleza urbana, vanidad de la fuerza imperial, una vez más. Evanescencia. Ⓜ

#### Notas

- 1 Félix Sluys, *Didier Barra et François de Nomé dits Monsù Desiderio*. Eds. du Minotaure, París 1961, p. 22.
- 2 La bibliografía sobre François de Nomé y Didier Barra es relativamente abundante, aunque no se ha podido progresar mucho en el terreno de los datos siendo los documentos disponibles todavía muy escasos. Para una intensa valoración crítica, vid. Pierre Seghers, *Monsù Desiderio ou le théâtre de la fin du monde*. Robert Laffont, París 1981. Todas las informaciones y una catalogación sistemática están en Maria Rosaria Nappi, *François de Nomé e Didier Barra. L'enigma Monsù Desiderio*. Jandi Sapi Editori, Roma 1991.
- 3 Colocamos entre corchetes la referencia al catálogo citado de M. R. Nappi.
- 4 Virgilio, *Eneida*, II, 360-62. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño. UNAM, México 1972, vol. I, p. 34.
- 5 *Génesis*, 19, 23.



Uno de los argumentos a favor de la construcción de las nuevas ciudades es que al comenzar de la nada se puede crear un entorno atractivo en el que vivir y que esté bien planificado, con una buena organización espacial.

# The Woodlands (Texas): regreso a las nuevas ciudades

Texto **Raquel Insa-Ciriza** Departamento de Política Económica de la UB (PPRE-IREA)

En un tiempo en el que la sostenibilidad y el cuidado del medio ambiente están tan de moda, aparecen de nuevo las nuevas ciudades. Las comunidades planificadas, o también llamadas “nuevas ciudades”, son aquellas en las que todos los aspectos del desarrollo de las mismas están proyectados de antemano. Son comunidades que buscan producir y ofrecer una amplia gama de servicios sociales y medioambientales y que a su vez buscan beneficios económicos. Estas comunidades han sido propuestas en bastantes países, durante muchos años, como nuevas formas o métodos de urbanización.

En América la planificación de las ciudades se remonta a tiempos coloniales. Jamestown, Filadelfia, Williamsburg, Anápolis y Washington D.C. fueron ciudades pensadas y diseñadas antes de que la primera casa fuese construida. Posteriormente, hubo un tiempo en el que no se pensó tanto en la planificación urbana. La idea de “planificación” fue reintroducida en Estados Unidos por los entusiastas de la concepción de las “ciudades jardín” inglesas de principios del siglo XX. Al igual que las ciudades jardín, las nuevas ciudades americanas fueron diseñadas para contrastar con las caóticas y nada saludables ciudades construidas durante la Revolución Industrial. Aunque en realidad las nuevas ciudades no empezaron a despegar hasta la siguiente década cuando la Works Progress Administration patrocinó las ciudades “verdes” que se encargaban de proporcionar casa a los trabajadores de clase baja. En los años sesenta las grandes ciudades empezaron a experimentar dificultades debido a la migración que procedía de los deteriorados centros urbanos y se dirigía a los suburbios, por lo que en 1962 volvió a aparecer el concepto de nueva ciudad. Ésta a menudo es vista como posible solución para los problemas de coste de la vivienda, integración social o crecimiento urbano. Suele ser de dos tipos: están las llamadas “independientes”, en las que existe empleo para sus residentes, y las “satélite”, o también llamadas “dormitorio”, en las cuales la gran mayoría de sus ciudadanos tiene que desplazarse a otra ciudad cercana a trabajar.

Uno de los argumentos a favor de la construcción de las nuevas ciudades es que al comenzar de la nada se puede

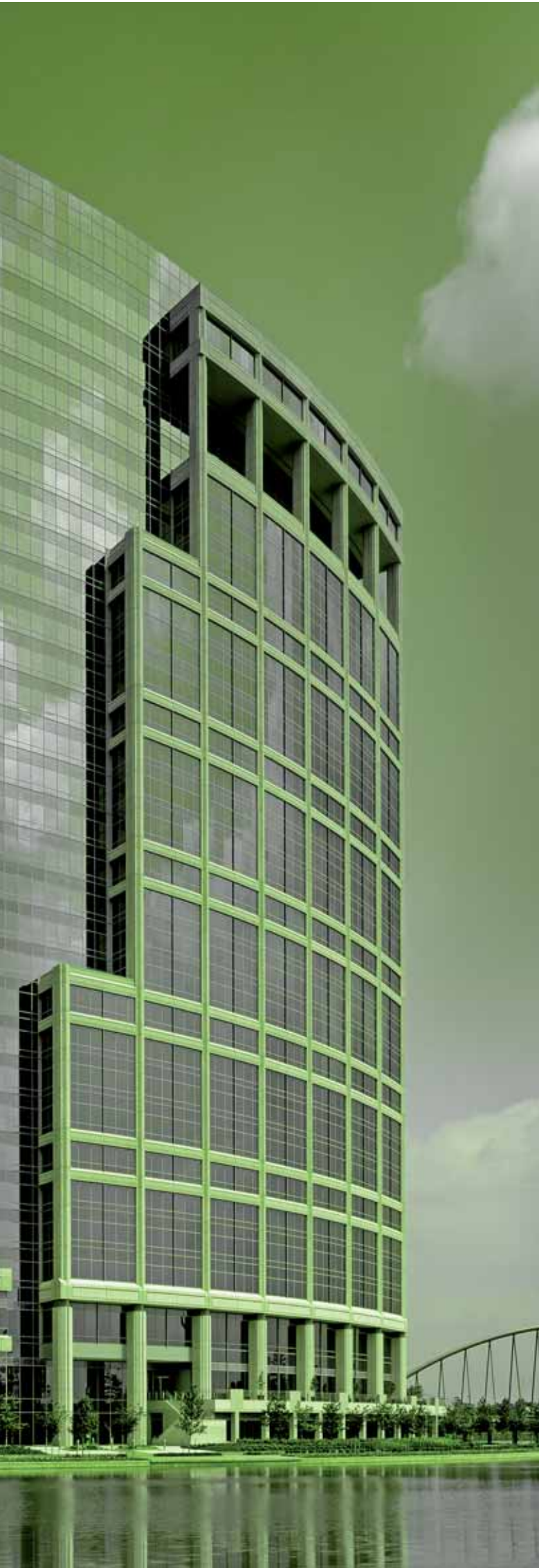
crear un entorno atractivo en el que vivir y que esté bien planificado, con una buena organización espacial. Algunas veces estas ciudades se han convertido en aventuras especulativas controladas por el sector privado, pero muchas de ellas permiten a los ciudadanos participar y opinar en el gobierno de la ciudad. En Estados Unidos las nuevas ciudades son creadas y desarrolladas por empresas privadas (promotores), y en muchas ocasiones reciben ayuda del Gobierno a través de préstamos garantizados.

En la construcción de las comunidades planificadas americanas, los promotores desempeñan diversas funciones, normalmente relacionadas con el sector público. La empresa privada construye las carreteras, las calles, el sistema de aguas residuales y provee otros servicios que normalmente proporciona el sector público. Por ello poseen una planificación y una estructura de gobierno distintas. En las nuevas ciudades el promotor actúa con un rol casi gubernamental, ya que pone en marcha el plan inicial, controla su posterior desarrollo, fomenta la creación de asociaciones vecinales para la conservación de las áreas comunes y trabaja para atraer empresas y comercios.

Para ilustrar el concepto de nueva ciudad vamos a hablar de The Woodlands (Texas), planificada y construida a principios de los años setenta por la empresa Mitchell Energy & Development Corporation, con la ayuda de un programa federal <sup>1</sup> (el Título VII) que fomentaba el desarrollo urbano. Es todo un ejemplo de éxito, más aún, es la única nueva ciudad de Estados Unidos que tiene un gobierno privado a través de asociaciones comunitarias que proveen la mayoría de los servicios públicos. También es un modelo de desarrollo urbano y de protección medioambiental, y es una de las ciudades con más zonas verdes del país.

The Woodlands tiene 10.100 hectáreas y está situada en la jurisdicción extraterritorial de Houston (Texas), a unos 43 kilómetros al norte de dicha ciudad, y cuenta con una población equivalente a la 33ª mayor ciudad en Texas (más de 85.000 habitantes). Como área no incorporada <sup>2</sup>, opera independientemente del gobierno de Houston o cualquier otra próxima a ella. Está formada por once vecindarios, y cada uno de ellos es como un pequeño pueblo con sus centros





comerciales, sus organizaciones comunitarias, escuelas, instalaciones de ocio y de salud. El plan inicial se basó en tres objetivos básicos. El primero era crear una comunidad donde la gente respetase la tierra y el medio ambiente (equilibrio ecológico), donde los ciudadanos pudieran vivir en absoluta libertad y existiese integración social y racial (desarrollo humano) y que a su vez obtuviesen una razonable rentabilidad económica (beneficios económicos).

The Woodlands ha sido la nueva ciudad más próspera de su generación. Lo que empezó siendo una comunidad residencial se ha transformado en una incipiente ciudad con suficiente desarrollo económico como para participar e influenciar en la política y la planificación regional. En la actualidad, proporciona empleo al 46% de su población. En ella se ubican alrededor de 1.300 empresas, que van desde pequeño comercio hasta grandes compañías.

El promotor no es el único que provee los bienes públicos o que gobierna. La participación ciudadana es muy importante y es el resultado de haber adquirido un sentimiento de pertenencia a un lugar determinado en el que vivir tranquilamente y haberse identificado con él. De acuerdo con Steven Ames (1998), la comunidad es la que mejor puede entender el valor añadido que proporcionan los ciudadanos, que constituyen la base para la creación de la planificación puesto que detectan y definen las pautas y las fuerzas que afectan a la comunidad, articulan un proyecto para guiar a corto plazo las decisiones y a largo plazo las iniciativas y crean herramientas que contribuyan a poner en marcha dicho proyecto. Las comunidades, por el hecho de estar más cerca de sus problemas, están más capacitadas para entenderlos y tratarlos. También tienen el poder de contar con la información necesaria para implementar planes urbanísticos y algunos tipos de políticas públicas.

Lo que hace especial a esta nueva ciudad es su forma de gobierno y su extremo cuidado y respeto por el medio ambiente. En The Woodlands, el promotor, The Woodlands Development (TWDC), ha perdido parte de su poder en beneficio de las asociaciones, que son las que gobiernan actualmente. Durante los primeros diez años de vida de la ciudad, esta fue controlada por el promotor y la asociación Woodlands Community Association (WCA) fue la única organización en la que los residentes podían agruparse para poder participar y dar su opinión. En agosto de 1992 aparecieron dos asociaciones más, The Woodlands Association (TWA) y The Woodlands Commercial Owners Association (WCOA), por lo que ahora son tres asociaciones las que configuran la estructura gubernamental.

Las personas que adquieren una propiedad en The Woodlands se convierten automáticamente en miembros de una de estas dos asociaciones. Lo mismo pasa con los propietarios de un negocio, quienes automáticamente pasan a pertenecer a la WCOA. Dichas asociaciones sin ánimo de lucro están estructuradas para servir a los ciudadanos, y están dirigidas o administradas, cada una de ellas, por un Consejo de Administración, formado por las personas elegidas por los residentes y propietarios entre los voluntarios que se presentan: cada dos años los residentes

**La Torre Anadarko, junto al lago Robbins, en The Woodlands, ciudad que comenzó como una comunidad residencial y que ha conseguido tanto desarrollo económico como para ser decisiva en la política regional.**



y propietarios de cada vecindario eligen a los miembros del Consejo de Administración de su propia asociación. Los consejeros tienen la plena y final autorización sobre sus presupuestos y los asuntos financieros y políticos de la ciudad. Las personas, ofreciéndose voluntarios para ser elegidos como representantes, quieren devolver o agradecer a la comunidad lo que les ha dado.

Los ingresos necesarios para proveer los servicios provienen de las tasas que pagan los residentes, que están calculadas en función del área en la que viven y del valor de su casa. Si el valor tasado no se corresponde con el valor real de la propiedad, la asociación estima el valor de la propiedad a día 1 de septiembre para poder calcular la tasa a pagar. Todos los propietarios en The Woodlands están sujetos a las normas del lugar y pagan dicha tasa anual. Ésta es obligatoria y cada Consejo de Administración de las asociaciones fija el valor de la misma durante la aprobación del presupuesto anual.

## “The Woodlands, planificada y construida a comienzos de los años setenta, es un modelo de desarrollo urbano y de protección medioambiental”.

Las asociaciones, como gobierno local, están implicadas en el desarrollo económico, en la localización o asentamiento de la población y en la protección medioambiental. Son las encargadas de proveer la mayoría de los bienes públicos. Sólo unos pocos de estos servicios vienen dados por agentes públicos, como la Municipal Utility Districts<sup>3</sup> (MUD), el condado de Montgomery y la Autoridad de San Jacinto River. Estas entidades operan de manera independiente y coordinada. La compañía promotora, TWDC, también se encarga de la construcción de la mayoría de las infraestructuras y cofinancia la creación de parques y la implantación de servicios en áreas que están aún en desarrollo. En este caso el sector público y el privado se complementan el uno al otro proveyendo servicios públicos.

También existen los Comités Residenciales de Revisión del Diseño (Residential Design Review Committees, RDRC), que se encargan de promover actos y de mantener la integridad estructural de las casas y los vecindarios, y ayudan en la coordinación del gobierno comunitario. Los comités revisan las mejoras o cambios en las viviendas y evalúan cualquier eventual quebrantamiento de las normas. Hay uno en cada vecindario, formado por de 3 a 5 miembros (voluntarios) elegidos por un año por los vecinos.

### ¿Cuál es el futuro?

The Woodlands da lecciones tanto a gobiernos como a promotores, ya que se ha construido una ciudad sostenible y en la que se ha sabido implicar al ciudadano. Esta forma privada de gobierno, al final, refleja el carácter y personalidad de las familias y personas. No existen partidos políticos que quieran acceder al gobierno local, por lo que no nos

encontramos con motivaciones electoralistas o partidistas que puedan influenciar a los ciudadanos.

The Woodlands nos ayuda a comprender cómo un gobierno privado, formado por tres asociaciones, puede proveer bienes públicos. También nos ayuda a ver cómo ciertos grupos o ciudadanos pueden implicarse de una forma tan directa en el gobierno de una ciudad. Este tipo de implicación es excepcional en Estados Unidos; es la única ciudad gobernada por una entidad privada. En concreto, el proceso de creación de un partenariado para poder hacer crecer la ciudad y la adquisición de poderes por parte de la comunidad han reforzado la idea de que la implicación de los ciudadanos puede reducir el poder que tiene el promotor o creador de la nueva ciudad tanto en su planificación y crecimiento como en su estructura de gobierno.

Pero, hay que ir con cuidado, ya que a veces en las nuevas ciudades es el promotor el que domina todo el proceso de toma de decisión, de desarrollo y de gobierno de la ciudad. La empresa privada que construye la ciudad se encarga de imponer normas o convenios basados en la legislación comercial. La regulación impuesta por una asociación de vecinos fuerte o la compañía constructora puede llegar a ser bastante amplia. Normas como la determinación del color con el que se debe pintar la fachada de la casa, la altura del césped o qué es lo que puedes poner en la parte de atrás de tu casa son claros ejemplos de dicha regulación. Los potenciales compradores deben conocer las normas y las tasas que tienen que pagar al convertirse en residentes.

A pesar de todo, hay que tomar ejemplo de The Woodlands, puesto que ha desarrollado un sistema que ha hecho posible que los residentes puedan determinar su futuro estatus y su forma de gobierno. En este caso, los ciudadanos están bien posicionados y tienen experiencia dentro del entramado gubernamental, por lo que podrán mantener y perfeccionar su comunidad. Tal como he dicho anteriormente, ha sido la ciudad más exitosa de su generación y se ha transformado en una incipiente ciudad con suficiente desarrollo económico como para participar e influenciar en las políticas y en la planificación regional. Queda por ver si las nuevas ciudades son una buena política planificadora o un buen instrumento de cara al futuro, o simplemente The Woodlands es un caso aislado. **M**

*Quiero mostrar mi agradecimiento al Sr. Joel Deretchin, vicepresidente de Asuntos Exteriores de The Woodlands Development Company (TWDC), por su excelente ayuda, su paciencia y su amabilidad.*

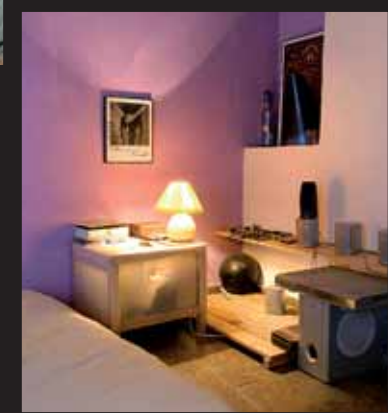
### Bibliografía

Ames, Steven C. 1998. *A guide to community visioning*. Oregon Visions Project.  
Levisohn, Bill. 1985. *The Woodlands: New Town in the forest*. Pioneer Publications, Inc.

### Notas

- 1 Con un préstamo de 50 millones de dólares y una subvención de 27 millones de dólares.
- 2 Una región se denomina “no incorporada” cuando no forma parte de ninguna municipalidad.
- 3 Subdivisión política del estado de Texas encargada de la provisión de servicios de agua, de las aguas residuales y del alcantarillado.

Historias de vida



# El retorno del realquilado

Texto **Lilian Neuman**  
Fotos **Antonio Lajusticia**





**Los supuestos románticos de este reportaje son hombres y mujeres de entre 42 y 59 años. Las circunstancias de la vida, su carácter y educación o una combinación de todo ello les ha llevado a quedarse al margen de la propiedad de una vivienda. A menudo comparten piso para poder asumir los altos alquileres. Y en todos se vislumbra una tercera edad fogueada en la seguridad a corto plazo.**

“La seguridad, según lo entendieron mis padres, venía de la cabeza y de ningún otro lugar”. “Nosotros somos los románticos. Estudios y libertad, eso nos inculcaron nuestros padres”. “A no ser que tuvieras el cerebro más vacío que el trasero de un mono [risas]... Si no, ¿por qué tus padres iban a preocuparse de que tuvieras una propiedad?”

Cuando Jordi, Roger, Ferran o Marie tenían veinte o treinta años se hablaba de “pillar un piso” o “pillar un estudio”, con total naturalidad. Las palabras “mobbing” o “burbuja inmobiliaria” sonarían a alguna rompedora *performance* teatral. Qué decir de “aval bancario de 14.000 euros”, a la hora de competir con otros treinta aspirantes para alquilar una vivienda, un derecho señalado por la Constitución, sin distinción de sexo ni edad.

“Cuando yo era pequeño, mi tía de la calle Escudellers alquilaba una habitación a un sastre, y aquel sastre me cosía la ropa a mí”. Muchos de ellos guardan estos recuerdos, de finales de los años cincuenta, o de los sesenta; casas en las que existía ese habitante más: la joven empleada que alguna vez había llegado de otra ciudad, el inquilino solterón que se resistía a abandonar la vida de realquilado –con plato de comida– y pasar de una vez por todas por la vicaría y, con ello, a formar el propio hogar. Quienes recuerdan aquellos años hoy son adultos que, de repente, viven un instante de perplejidad: “A lo mejor, es que yo no me lo he montado bien en la vida”.

Xavi tiene 43 años, un negocio propio y, como todos los hombres de este reportaje, responde con un enérgico “¡No!” a la pregunta de si se veía, hace veinte años, compartiendo piso o alquilando una habitación.

Cuando Jordi tenía veinte años, pensaba que a los 42 que hoy tiene sería esposo y padre. En cambio, su mundo hoy es esta luminosa y serena sala de estar, sembrada de objetos escogidos, buscados, incluida la antigua jaula en un rincón. Un mundo que abrió sus puertas hace medio año a Roger, de 47 años. En su cuarto, las corbatas anudadas, una de ellas regalo de su ex suegro (los objetos de todos hablan de historias sentimentales, de otras vidas, o de paternidad y maternidad, o de antiguas costumbres), sus relojes, su bola de la época de *bowling* en Calella... Y el preciado mundo de Jordi se ha extendido a la sala. Junto a sus frascos de pigmentos, está la colección de discos de Frank Sinatra, que comenzó a los

catorce años. Suena un disco, y Jordi descansa de los abrumadores exámenes de electrónica. Cuando los apruebe se dedicará a algo que ya ha creado a su alrededor: energías alternativas. Energías que circulan allí mismo, en el modo en que Roger corre una cortina o acomoda un mueble para la foto, con el cuidado de alguien que no se comporta así por respeto al inquilino titular, sino con sincera meticulosidad, la misma que emplea para limpiar su moto de coleccionista, en la terraza, bajo un esplendoroso jazmín que se sostiene alto y fuerte, aunque parezca inaudito, gracias a unas ramas aparentemente secas y raquílicas.

### Un mundo secreto

En cambio, el mundo de Javi, de 49 años, no puede ser visitado. Es un mundo calmo y silencioso, al que llegó después de su separación. Una noche estaba mirando el fútbol en su bar habitual, en El Clot, y se enteró de que Martín –de 63 años, divorciado–, alquilaba una habitación en su piso, en el mismo barrio. Pero el propietario “no debe saber” que Martín ya no vive solo.

Es el mismo caso de Xavi, a quien su propietario ha acusado de encubrir un negocio. Sencillamente, argumenta Xavi, cómo es posible afrontar un alquiler de mil euros si no a medias, o entre tres. Muchos administradores reprueban –a no ser que se trate de novios o novias, o de familiares– que se comparta un piso. (“¿O sea que si no me acuesto con mi compañera de piso –exclama por su parte Peter, de cincuenta años–, resulta que estoy haciendo algo ilegal?”)

En su cuarto, Javi tiene una foto de sus padres. “Mi madre sí me insistía en que lo importante era que pudiera comprarme una casa. Pero yo nunca he ahorrado y he vivido siempre al día. Yo siempre fui una cabra loca”. Cabra loca, “golfo sano”, a Javi siempre le gustó la noche. Ya no. Ahora, cuando tiene días libres en el trabajo, se dedica a dormir. “Uno ya está mayor”. Pero en su cuarto, además de la foto de sus padres, hay un cuadro que le dedicaron hace unos quince años. En él, se ve a Javi cantando en un karaoke. Una obra pintada al óleo que lo representa en los tiempos en que con su esposa tuvo un bar, y se sucedían las noches felices. Las noches de Javi hoy son diferentes. Con Martín no se encuentran mucho en el piso. Pero mantienen buena comunicación en el bar, delante del televisor y con el partido del Canal Plus. Allí está la verdadera sala de estar de la convivencia de los dos.

Ferran fue de esos golfos que nunca acudieron tarde al trabajo. Desde que en 1968 llegó a Barcelona, desde su pueblo de la Terra Alta, fue escalando posiciones en el mundo de la hostelería. Y también en un mundo ganado a pulso y a lo largo de los años: el Zeleste, el London, el Zócalo, El Nus... La enumeración de bares es más importante que la de las



“La juventud les desconcierta: ¿Por qué luchan los jóvenes hoy? ¿Por tener una casa? Pepe ironiza sobre los niños a los que ahora sus padres les compran un piso y ‘ya lo tienen todo resuelto’”.

casas en las que ha vivido. Los amigos de la noche han sido más hospitalarios que el costoso y minúsculo piso en la Barceloneta en que paraba para dormir, o la habitación en casa de una dama pizpireta de la que sólo recuerda con nostalgia al gato. Ferran cerraba la puerta y de todas formas era imposible eludir la telebasura que imperaba en la sala. Gan lector –se licenció en Sociología–, alguna vez tuvo que escribirle una carta plagada de faltas. Su casera no dejó de ser iletrada durante el tiempo en que Ferran vivió allí. En cambio, gracias a él y a otro realquilado –trabajador de la construcción–, pudo comprarse una tele más grande y mejor.

Durante aquel tiempo, Ferran retrasó cada día el regreso a casa después del trabajo, andando por sus bares de siempre. Pero el piso noble, enorme y con grandes librerías en el que hoy vive, es una casa de verdad. Es su casa, aunque no conste de ninguna forma legal y no sea él el titular, sino el antiguo inquilino.

En su habitación, desde la mesa hasta el centro de la cama se precipitan como en un alud diversos libros. Desde las memorias de Churchill a *La joya de la corona*, de Paul Scott. Un gran manual de cocina italiana en bellísima edición, Pessoa en su idioma original, un libro de cocina argentina,

**Ninguno de los protagonistas de este reportaje se podía imaginar hace veinte años que acabarían compartiendo piso o alquilando una habitación. Debajo, Jordi y Roger en la sala de estar del piso del que es inquilino titular el primero.**







ejemplares del *Selecciones* de los años setenta... Ni Ferran ni Yolanda (de 38 años, estudiante de cine) responden al perfil de personas que tienen que agradecer el “derecho a cocina” o “derecho a lavadora”, como suele leerse en los anuncios de “alquilo habitación”. Aquí quien sabe cocinar de verdad es Ferran, que, además de sus libros, dedica tiempo a la lectura de los guiones de Yolanda. Tiempo y críticas, despiadadas. Los dos perros Labrador, infinitamente cariñosos, van de un lado a otro, seguros y calmos, unos señores burgueses e ignorantes del incierto futuro: los bellos pisos de renta antigua siempre están en el punto de mira de un poder superior.

### **Ligera de equipaje**

Marie va por la calle sin bolso, libre y ágil. Solamente se la ve cargada cuando se dirige a Gracia a canjear sus lecturas en inglés. Porque ni acumular libros le interesa. Le interesa leerlos.

Ferviente admiradora de Frederic Forsyth y John Le Carré, Marie es francesa y llegó a esta ciudad en los años ochenta. Hoy su casa es esta habitación. Su vida y su personalidad están en las paredes de este cuarto en donde estallan los colores. Gran parte de sus efectos personales fueron a un guardamuebles. “Deshacerse de cosas es, sentimentalmente, difícil”. Tiró muchas, y guardó ropa de su madre, manteles bordados y exquisita ropa de cama.

En la habitación de Marie hay señales de su vida de gran viajera: México, Canadá, Asia, India, Australia... Su hija de veinte años, adoptada en la India, resalta en primer plano.

Pero hay muchas, muchas otras fotos que Marie no me mostrará. Están en un rincón, bajo una mesa cercana al tapiz de Afganistán. Marie sigue posponiendo el día en que abrirá aquella caja. Allí le aguardan todos sus viajes. El día que se decida a ordenar todo el material, no le importará desprenderse de los espacios físicos. Los paisajes y los lugares –y las casas; incluida la suya, porque Marie fue y vivió como propietaria–, pueden encontrarse en cualquier postal. Las personas, en cambio, todas las personas que le gustaría volver a ver a lo largo y ancho del mundo, no. Marie es amiga de sus amigos y suele ir a sus casas a regalarles algo de su saber culinario. Cada mañana se levanta pronto y va al club.

### **Renunciar a mucho, menos a vivir**

En la casa de Pepe el orden consiste en que siempre aparece una mano resolviendo un problema de último momento. Si el conejo Pinki ha hecho sus necesidades en el sofá, una mano –la de Fran–, al cabo de un momento ya ha recogido y cambiado la manta. Si la foto necesita una iluminación más cálida, aparece Núria que, no se sabe de dónde, ha cogido una tela con la que envuelve la lámpara.

A Pepe, empleado de Correos de 47 años, un día su padre le dijo: “Tú, el mayor, a currar.” El padre de Pepe había prosperado en París como carpintero y, al regresar a España, llamó al resto de la familia, desde el pueblo de Córdoba. Y desde entonces Pepe tuvo claro lo del curro, tuvo un matrimonio y dos hijos, un divorcio amistoso y una vida en la que se puede renunciar a mucho, menos a vivir (y a la sies-



Marie llegó a Barcelona en los años ochenta. Arriba, su habitación en un piso del barrio del Born. En la página anterior, Fran, licenciado en Filosofía y empleado de Correos, que con Núria comparte la casa de Pepe, alguien nada dispuesto a dejar de vivir “para pagar el puto piso”.

ta andaluza) “para pagar el puto piso”. En cambio, su casa ha estado siempre abierta y así ha ganado amigos, incluidos los de hoy. Fran, licenciado en Filosofía, trabaja también en Correos. Núria, su novia, es socióloga y trabaja en temas de juventud. Y la juventud a los tres les desconcierta: ¿Por qué luchan los jóvenes hoy? ¿Por tener una casa? Pepe ironiza sobre los niños a los que ahora sus padres les compran un piso “y ya lo tienen todo resuelto”. Me señala el mural pintado por dos viejas amigas-inquilinas. “Fue durante alguna de esas comidas en que el aperitivo se alarga hasta la madrugada”. Al propietario del piso, curiosamente, le gustó.

La vivienda se ha convertido, en palabras de Adoración Garmón, trabajadora social del distrito de Gràcia, “en una de las principales razones de exclusión social”. Cuando se trata de personas en la tercera edad, es difícil para ellos concebir que, tal vez, una buena ayuda cada mes sería una persona a la que alquilarle una habitación. “Para estas personas mayores, esto supone una revisión de sus creencias. Han sido educadas toda su vida en la idea de un lugar privado, sea de propiedad o no”.

En cambio, un día Roger se irá a su pueblo de Lleida a jugar a la *botifarra* en el casal, y a convivir con otros de su edad. Más cerca en el tiempo, Jordi aprobará los exámenes y hará algo para él trascendental: rellenar la jaula que hay en la sala con plumas de ganso, ponerle una bombilla y colgarla en un rincón. La jaula, me explica, emitirá una luz imprevisible y entrecortada. Como las vidas de todos nosotros. Un día, cuando se acabe el antiguo contrato de alquiler, Ferran

se irá a su pueblo de la Terra Alta y, como Roger, convivirá con otros veteranos. O a saber qué pasará.

Pero no hay duda de que en todos ellos se vislumbra una futura tercera edad fogueada en la seguridad a corto plazo. Tan corto como mañana, cuando la propietaria del piso de Marie vuelva a mirar por su balcón en el Born, preguntándose cuánto durará esta vez esa nueva tienda de diseño, la que acabó con el colmado de siempre, o con la vieja verdulería. Y esta joven casera –palabra de otro tiempo– abrazará a Marie como lo ha hecho durante la sesión de fotos, demostrando que esa dama ligera de equipaje es lo más sólido y consistente a su alrededor, mientras todas las casas y todos los pisos –por qué no, un día también el suyo– se convierten en quimeras al servicio del mejor postor.

No son románticos. Son ramas imprevistas de un guión que alguna vez se llamó “estabilidad”. Son quienes sostienen el poderoso jazmín que reina en la terraza de Jordi y Roger. Ramas secas y algo solitarias, al menos aparentemente, en las que Jordi confió –y no cortó–, porque al fin fueron ellas las artífices de un modo de vida no tipificado, y tampoco contemplado por la Constitución. **M**





# La provincialización de Europa en la era de la globalización

Texto **Dipesh Chakrabarty** Universidad de Chicago. Departamento de Historia  
Traducción **Alberto E. Álvarez** y **Araceli Maira**

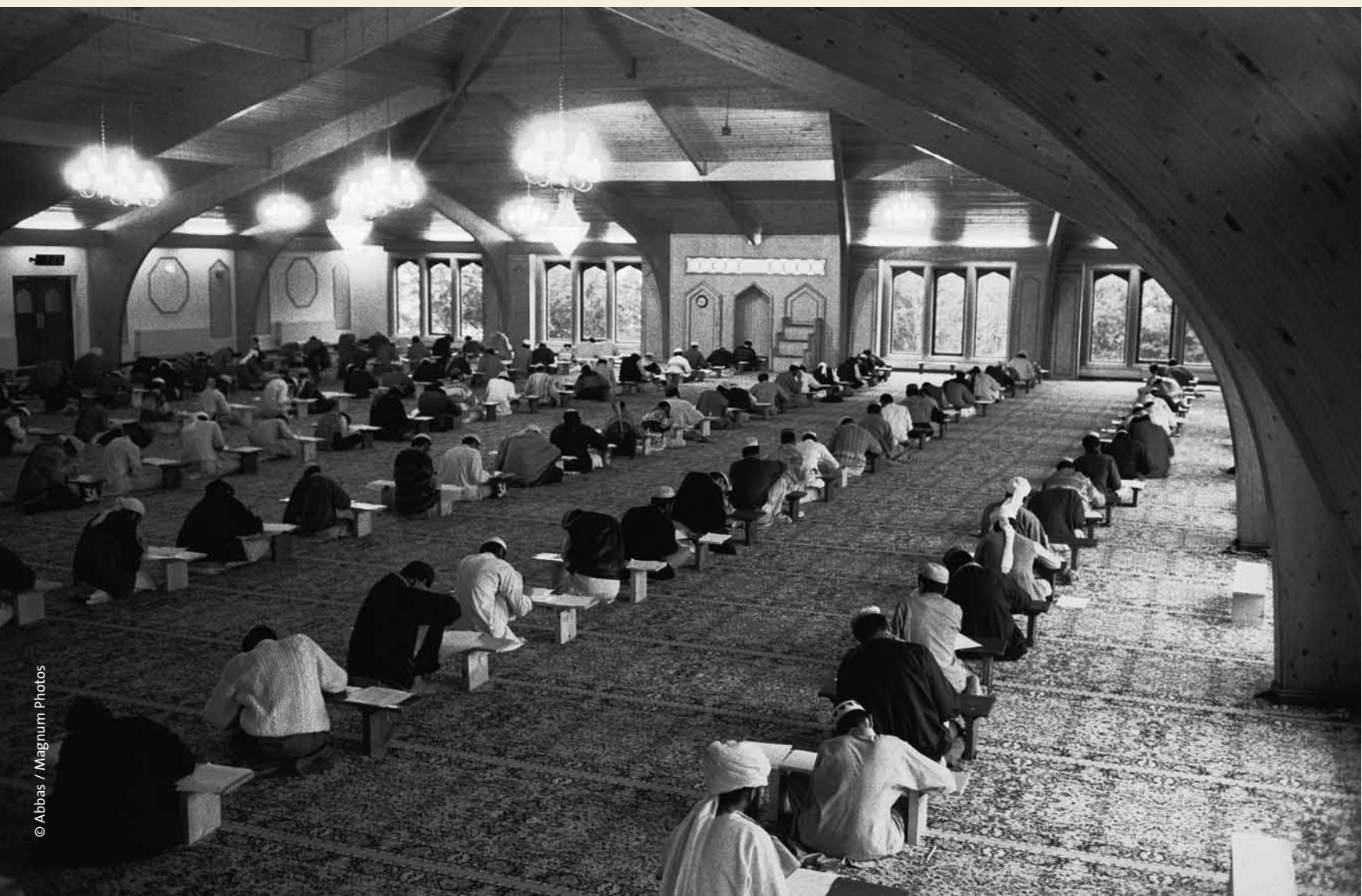
“Las denominadas ideas universales que los pensadores europeos produjeron durante el periodo que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración y que han influenciado en los proyectos de modernidad y modernización en todo el mundo, nunca pueden ser conceptos completamente universales y puros”, sostiene Dipesh Chakrabarty, reconocido investigador de la historiografía poscolonial india, en el prefacio a la segunda edición de su libro *Provincializing Europe* (2007), cuya primera versión castellana –bajo el título de *Al margen de Europa*– publica Editorial Tusquets en su colección “Ensayo”. Un análisis de la idea de Europa que ha presidido históricamente los debates sobre la modernidad en la India lleva a Chakrabarty a postular la necesidad de “descubrir cómo y en qué sentido las ideas europeas que eran universales habían surgido de tradiciones intelectuales e históricas muy particulares, que no podían aspirar a ninguna validez universal”. La consideración de que el pensamiento se vincula a los lugares es, pues, central en un proyecto de “provincializar Europa” que propone también un nuevo enfoque al estudio de la globalización y sus efectos. *Barcelona Metròpolis* ofrece en las siguientes páginas el prefacio de *Al margen de Europa*.



1.- Pese a todas las críticas que podían alegarse, la idea de Roland Barthes de que el mito opera haciendo que lo histórico parezca “natural” tenía elementos interesantes. Por descontado, con “histórico” Barthes no se refería a nada que pudiésemos encontrar en los libros de historia, puesto que para él esos mismos libros pertenecían a sistemas míticos de representación. La “historia”, en el famoso ensayo de Barthes sobre *El mito*, hoy, se refería a la actividad de vivir, una actividad que, al menos según Barthes, consistía en salvar la brecha hasta cierto punto (pues nunca podía salvarse por completo) entre la palabra y el mundo orientando el lenguaje más directamente hacia sus referentes de “ahí fuera”.<sup>1</sup> Involucradas en la actividad de vivir, las palabras poseerían sobre todo una connotación directa y práctica. La palabra “Europa” nunca me preocupó en mi infancia y juventud de clase media bengalí cuando crecía en la Calcuta poscolonial. El legado de Europa –o del dominio colonial británico, pues así es como Europa entraba en nuestras vidas– estaba en

todas partes: en las normas de tráfico, en las quejas de los mayores sobre la falta de sentido cívico de los indios, en los juegos de fútbol y *cricket*, en mi uniforme escolar, en ensayos y poemas del nacionalismo bengalí críticos con la desigualdad social, especialmente con el denominado sistema de castas, en debates explícitos e implícitos sobre el matrimonio por amor o concertado, en las sociedades literarias y los cineclubes. En la vida diaria, práctica, “Europa” no era un problema que nombrar o discutir conscientemente. Las categorías o las palabras que habíamos tomado prestadas de las historias europeas habían encontrado un nuevo hogar en nuestras prácticas. Nada había de extraño, por ejemplo, en que un amigo radical de la universidad se refiriese a alguien –pongamos por caso que fuera un posible suegro obstruccionista– como a una persona llena de actitudes “feudales”, o en debatir –durante horas interminables junto a una taza de café o té en restaurantes o cafés baratos donde solíamos quedarnos más de la cuenta– sobre si los capitalistas indios

**El activismo cultural de los inmigrantes en los países de Europa se dirige en gran parte a evitar la pérdida de los signos de identidad locales, activismo que, según el autor, no puede ser considerado como una “enfermedad de la nostalgia”. En la imagen, la escuela islámica Dar El Elum de Hilcome, Inglaterra, una de las más grandes de Europa, dirigida por musulmanes de origen indio. En la página 34, profesor de urdú y su alumna en una mezquita del Raval barcelonés.**



## “Cuanto más trataba de imaginar las relaciones en las fábricas indias mediante las categorías marxistas, tanto más me percataba de una tensión surgida de los orígenes profunda y provincianamente europeos de estos conceptos”.

eran una “burguesía nacional” o una clase “de intermediarios”, instrumento del capital extranjero. Todos sabíamos, en la práctica, lo que significaban aquellas palabras sin tener que colocarlas bajo ningún tipo de microscopio analítico. Sus “significados” no viajaban más allá del entorno inmediato en el que se empleaban.

Entonces, ¿por qué hablar de “provincializar Europa”? La respuesta se relaciona con la historia de mi propio desplazamiento de esta vida cotidiana de modo tanto metafórico como físico. Contaré brevemente la historia, pues creo que sus implicaciones superan lo meramente autobiográfico. Mi desplazamiento metafórico desde mi vida cotidiana de clase media se produjo al prepararme, en círculos marxistas de la ciudad, para convertirme en un historiador profesional para quien las ideas de Marx tenían que ser una herramienta analítica consciente. Palabras que eran familiares por su uso diario (debo explicar que había estudiado ciencias y gestión empresarial) echaban ahora a las analíticas, remontándose al nivel de lo que Barthes habría denominado metalenguajes “de segundo o tercer nivel”. El marxismo, incluso más que el liberalismo, era la forma más concentrada en que aparecían los pasados intelectuales de Europa en los círculos indios de las ciencias sociales.

La cuestión que abordo en este texto empezó a formularse hace dos décadas, cuando completaba el borrador de mi libro *Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940*.<sup>2</sup> Las raíces de mi interés en el estudio de la historia del trabajo se hundían en ciertos encendidos debates de mi juventud, en bengalí y en marxismo a la manera india, sobre el papel en la historia universal que el proletariado podía desempeñar en un país como la India, que era, aún, predominantemente rural. Había lecciones obvias que aprender de las revoluciones china y vietnamita. No obstante, cuanto más trataba de imaginar las relaciones en las fábricas indias mediante las categorías que Marx y sus seguidores ponían a mi disposición, tanto más me percataba de una tensión surgida de los orígenes profundamente –y, cabría decir, provincianamente– europeos de los conceptos marxistas y su indudable significación internacional. Hablar de personajes históricos cuyos análogos conocía de la vida diaria como a tipos familiares empleando nombres o categorías derivados de revoluciones europeas de 1789, o 1848, o 1871, o 1917 parecía una actividad doblemente distanciadora. Estaba, en primer lugar, la distancia de la objetividad histórica que yo trataba de representar. Pero también estaba la distancia de la falta de reconocimiento cómica, similar a lo que había experimentado a menudo al ver representaciones de obras bengalíes en las que actores bengalíes, caracterizados como colonos europeos, llevaban a cabo su imitación, con un fuerte acento bengalí, del modo en que los europeos podrían hablar bengalí, es decir, ¡sus propios estereotipos de

cómo los europeos nos percibían! Algo similar les ocurría a mis personajes de la historia bengalí e india, que llevaban, en mi texto, el vestuario europeo prestado por el drama marxista de la historia. Había una comicidad en mi propia gravedad que no podía pasar por alto.

Sin embargo, en las consideraciones sobre Marx que yo heredaba en Calcuta – siempre mediadas, por razones históricas, por la bibliografía en inglés disponible sobre la cuestión– no cabía la posibilidad de pensar en Marx como alguien que perteneciese a ciertas tradiciones europeas del pensamiento que se podían compartir incluso con intelectuales no marxistas o que pensasen de manera opuesta a la propia. La razón de esto no se encontraba en la falta de lecturas. Calcuta no padecía de escasez de bibliófilos. La gente conocía los entresijos de la erudición europea. Pero no había un sentido de las prácticas académicas como parte de tradiciones intelectuales discutidas y vivas en Europa. No existía la noción de que una tradición intelectual viva no proporcionase nunca soluciones finales a las cuestiones que surgiesen dentro de ella. El marxismo era, sencillamente, verdadero. La idea del “desarrollo desigual”, por ejemplo, tan medular en buena parte de la historiografía marxista, se trataba como una verdad, como mucho una herramienta analítica, pero nunca como una manera provisional de organizar información, ni como algo inventado originalmente en el taller de la Ilustración escocesa. Marx tenía razón (aunque le hacía falta una actualización) y los antimarxistas se equivocaban totalmente, cuando no eran inmorales: ésas eran las crudas antinomias políticas por medio de las cuales pensábamos. Ni siquiera Weber atraía un interés serio en los años setenta en el apasionado trabajo de los historiadores indios de orientación marxista. Hubo, de hecho, algunos prominentes sociólogos e historiadores no marxistas en la India. Vienen fácilmente a la mente los nombres de Ashis Nandy y los fallecidos Ashin Das Gupta o Dharma Kumar. Pero en los vertiginosos y turbulentos tiempos de la *entente* política y cultural entre la India de la señora Gandhi y la Unión Soviética, los marxistas eran los que ostentaban el prestigio y el poder en las instituciones académicas del país.

Mi temprano malestar –que después se convirtió en una cuestión de curiosidad intelectual– en relación con la tensión entre las raíces europeas del pensamiento marxista y su significación global no contaba con muchos adeptos entre mis amigos marxistas de la India, en aquel entonces. La única voz disidente significativa, dentro del bando marxista, era la del maoísmo indio. El movimiento maoísta, conocido como el movimiento naxalita (1967-1971) por una revuelta campesina en la aldea de Naxalbari en Bengala occidental, sufrió una derrota política catastrófica a principios de 1970 cuando el Gobierno aplastó sin piedad la rebelión.<sup>3</sup> El maoísmo, es cier-





© Steve McCurry / Magnum Photos



© S. Murphy-Laronde / Age Fotostock



© Patrick Zachmann / Magnum Photos

to, tuvo una vibrante presencia intelectual en la obra temprana del Grupo de Estudios Subalternos, con el que me identifiqué a partir de los años ochenta. Pero el maoísmo en sí se había convertido en un movimiento soterialógico en la época en que empecé a formarme como especialista en ciencias sociales y sus “correcciones” o “modificaciones” del pensamiento marxista eran prácticas. En lo concerniente a la cuestión de la europeidad de Marx, los maoístas eran indiferentes.

Mi malestar teórico se agudizó con la experiencia de alejamiento físico de mi vida diaria en la India. Dicha experiencia constituyó otra influencia importante sobre este proyecto. Me fui de la India en diciembre de 1976 para doctorarme en Historia en la Universidad Nacional de Australia y he vivido fuera del país desde entonces, aunque he mantenido debates con mis amigos indios mediante visitas anuales y conferencias, así como mediante la publicación con regularidad en la India tanto en inglés como en mi primera lengua, el bengalí. Sin embargo, sin la vivencia de la migración –combinación profunda de sumas y restas, surgimiento de nuevas posibilidades que no necesariamente compensan las que se cierran– dudo que hubiera escrito este libro.

Hasta que llegué a Australia, nunca había considerado de verdad las implicaciones del hecho de que una idea abstracta y universal característica de la modernidad política en todo el mundo –la idea, por ejemplo, de la igualdad, la democracia o incluso la de la dignidad del ser humano– pudiese tener un aspecto totalmente distinto en contextos históricos diferentes. Australia, como la India, es una pujante democracia electoral, pero el día de las elecciones no tiene allí nada del ambiente festivo al que estaba acostumbrado en la India. Ciertas cosas que en Australia se suponen esenciales para preservar la dignidad del individuo –el espacio personal, por ejemplo– resultan sencillamente impracticables en mi pobre y atestada India. Por otro lado, las estructuras de sentimientos y emociones que subyacen a ciertas prácticas específicas eran cosas que sentía hasta cierto punto ajenas hasta que, con el tiempo, yo mismo llegué a vivir muchas de ellas.

El hecho de ser un migrante me hizo ver de un modo más claro que antes la relación, necesariamente inestable, entre toda idea abstracta y su instanciación concreta. Ningún ejemplo concreto de una abstracción puede pretender ser manifestación de sólo esa abstracción. Por lo tanto, ningún país es un modelo para otro país, aunque el debate sobre la modernidad que se plantea sobre la base de “alcanzar” propone precisamente tales modelos. No hay nada como la “habilidad de la razón” para asegurar que todos convergemos en el mismo punto final de la historia pese a nuestras aparentes diferencias históricas. Pero nuestras diferencias históricas, de hecho,

“Ningún país es un modelo para otro, aunque el debate sobre la modernidad propone estos modelos. Nuestras diferencias históricas, de hecho, son relevantes. Los conceptos universales se traducen y configuran de manera diversa”.

En la página anterior, arriba, veteranos obreros de una fábrica textil de Bombay. En el centro, un grupo escolar con su maestra, en las calles de Delhi. Abajo, celebraciones del Año Nuevo chino en las calles de París.

son relevantes. Esto es así porque ninguna sociedad humana es una *tabula rasa*. Los conceptos universales de la modernidad política se encuentran ante conceptos, categorías, instituciones y prácticas preexistentes a través de los cuales son traducidos y configurados de manera diversa.

Si este argumento es cierto respecto a la India, será cierto también de cualquier otro sitio, incluyendo, por supuesto, Europa o, en sentido amplio, Occidente. Esta proposición tiene consecuencias interesantes. Significa, en primer lugar, que la distinción que he establecido arriba entre la cara figurativa de un concepto (cómo se *visualiza* un concepto en la práctica) y su cara discursiva (su pureza abstracta, por así decirlo) es, en sí, una diferenciación parcial y exagerada. Como Ferdinand de Saussure nos enseñó hace mucho tiempo, podemos distinguir entre la “imagen acústica” de una idea y su “imagen conceptual” sólo de una manera artificial. Las dos caras confluyen la una en la otra.<sup>4</sup> Si esto es así, como pienso, se sigue una segunda conclusión importante. Se trata de que las denominadas ideas universales que los pensadores europeos produjeron durante el periodo que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración y que, desde entonces, han influenciado los proyectos de modernidad y modernización en todo el mundo, nunca pueden ser conceptos completamente universales y puros (mientras sean expresables en prosa; no me concierne aquí el lenguaje simbólico como el álgebra). Pues el propio lenguaje y las circunstancias de su formulación deben de haber importado elementos de historias preexistentes singulares y únicas, historias que pertenecían a los múltiples pasados de Europa. Ciertos elementos irreductibles de estas historias locales deben de haber persistido en conceptos que, por lo demás, parecían valer para todos los casos.

“Provincializar” Europa era precisamente descubrir cómo y en qué sentido las ideas europeas que eran universales, al mismo tiempo, habían surgido de tradiciones intelectuales e históricas muy particulares, las cuales no podían aspirar a ninguna validez universal. Suponía plantear la interrogación por el modo en que el pensamiento se relacionaba con el espacio. ¿Puede el pensamiento trascender su lugar de origen? ¿O es que los lugares dejan su huella en el pensamiento de manera tal que puede cuestionarse la idea de categorías puramente abstractas? Mi punto de partida en este cuestionamiento, como he afirmado antes, era la presencia callada y cotidiana del pensamiento europeo en la vida y las prácticas de la India. La Ilustración formaba parte de mis sentimientos. Sólo que yo no lo veía así. Marx era un nombre bengalí muy conocido. Su educación alemana nunca se comentaba. Los investigadores bengalíes traducían *Das Kapital* sin el

menor asomo de preocupación filológica alguna. Este reconocimiento de una deuda profunda –y, a menudo, desconocida– con el pensamiento europeo fue mi punto de partida; sin ella no podía darse la “provincialización de Europa”. Uno de los objetivos del proyecto era, precisamente, ser consciente de la naturaleza específica de esta deuda.

Así pues, la relevancia global del pensamiento europeo era algo que yo daba por sentado. Tampoco cuestionaba la necesidad de un pensamiento universalista. Nunca fue, por ejemplo, objetivo de este libro el “pluralizar la razón”, como una reseña sería sugerir en una lectura algo descaminada –uso la palabra con respeto– del proyecto.<sup>5</sup> Como mostraré mi capítulo sobre Marx, no argumentaba contra la idea en sí de los universales, sino que subrayaba que lo universal es una figura de gran inestabilidad, una variable necesaria en nuestro empeño por pensar las cuestiones de la modernidad. Atisbamos sus contornos sólo cuando y en la medida en que algo particular usurpa su posición. Sin embargo, nada que sea concreto y particular puede ser lo universal en sí, pues entrelazadas con la imagen acústica de una palabra como “derecho” o “democracia” hay imágenes conceptuales que, pese a ser (a grandes rasgos) traducibles de uno a otro lugar, también encierran elementos que desafían la traducción. Tal desafío a la traducción es, desde luego, parte del proceso cotidiano de la traducción. Una vez expresado en prosa, todo concepto universal lleva en su interior huellas de lo que Gadamer denominaría “prejuicio” –no un sesgo consciente, sino un signo de que pensamos a partir de una suma particular de historias que no siempre nos resulta transparente.<sup>6</sup> De manera que provincializar Europa consistía entonces en saber cómo el pensamiento universalista estaba siempre ya modificado por historias particulares, pudiésemos o no desenterrar tales pasados plenamente.

Al acometer este proyecto era consciente de que había, y sigue habiendo, muchas Europas, reales, históricas e imaginadas. Quizá las fronteras entre ellas sean porosas. Me interesaba, sin embargo, la Europa que ha presidido históricamente los debates sobre la modernidad en la India. Esa Europa se hizo a imagen de un poder colonizador y, como he sostenido en el libro, no fue un producto únicamente de los europeos. Esta Europa era, en el sentido en que Lévi-Strauss usó la palabra, un “mito” fundador para el pensamiento y los movimientos emancipadores en la India. La reflexión sobre la modernización, sobre el liberalismo, sobre el socialismo –esto es, sobre diversas versiones de la modernidad– llevaba esa Europa a la existencia. En la India nosotros –y nuestros líderes políticos e intelectuales antes que nosotros– empleábamos esa Europa para resolver nuestros debates sobre las



## “Largamente esperamos un regreso de Europa en forma de ‘democracia’, ‘civilización burguesa’, ‘ciudadanía’, ‘capital’ y ‘socialismo’, igual que Gramsci esperaba un 1789 en su país”.

tensiones surgidas de las desigualdades y opresiones cotidianas en la India. Durante muchos y largos años esperamos un regreso de aquella Europa en forma de “democracia”, “civilización burguesa”, “ciudadanía”, “capital” y “socialismo” de la misma manera que Gramsci esperó que la “primera revolución burguesa” de 1789 se produjese en su país.

La primera parte de este libro pretende abordar la forma de pensamiento que permite postular una Europa de ese género. En ella argumento que está en cuestión una corriente concreta de pensamiento desarrollista a la que denomino “historicismo”. Se trata de un modo de pensar en la historia en el que se asume que todo objeto de estudio retiene una unidad de concepción a lo largo de su existencia y alcanza una expresión plena mediante un proceso de desarrollo en el tiempo histórico y secular. En este punto, gran parte de mi planteamiento se inspiraba en lo que Foucault afirmó en *Nietzsche: la genealogía, la historia*.<sup>7</sup> También antes, en mi libro sobre historia del trabajo, había procurado pensar de la mano de la crítica foucaultiana de toda categoría histórica que sea “o bien trascendental en relación con el campo de los acontecimientos o bien que recorra en su identidad vacía el curso de la historia”.<sup>8</sup> Pero el pensamiento postestructuralista no era la única base sobre la que pretendía apoyar mi crítica. No pude evitar darme cuenta de que, mucho antes de Foucault, un aspecto radical del pensamiento nacionalista anticolonial había repudiado en la práctica lo que yo denominaba “historicismo”, primero exigiendo y, con la independencia, concediendo efectivamente la plena ciudadanía a las masas iletradas en una época en que todas las teorías clásicas y occidentales de la democracia recomendaban un programa de dos pasos: primero educarlas, lo que las desarrolla, y después concederles sus derechos de ciudadanía. Así pues, yo sostenía que esta relación crítica con la historia desarrollista o en estadios integraba la herencia anticolonial. No era casual que el historiador del Grupo de Estudios Subalternos (y nuestro mentor), Ranajit Guha, en su libro sobre la insurrección campesina en la India colonial, rechazase la caracterización de Hobsbawm del campesinado moderno como “prepolítico”.<sup>9</sup> El pensamiento anticolonial resultaba, sin duda, un terreno fértil para el cultivo de las críticas postestructuralistas de Foucault al “historicismo”.

La primera parte de este libro se une a esta crítica desde varios ángulos. El resto del libro demuestra con ejemplos históricos que la modernidad fue un proceso histórico que implicaba no sólo la transformación de instituciones, sino también la traducción de categorías y prácticas.

2.- Hay –así lo espero– mucha historia en este ensayo. Pero no pensé en esta historia como representativa de tal o cual grupo en sociedades particulares. Puesto que se me ha rela-

cionado con Estudios Subalternos, que en efecto proyectaba inscribir en la historia de Asia meridional los pasados de los grupos marginales y subalternos, algunos críticos han visto en *Al margen de Europa* sólo pruebas adicionales de lo que el historiador indio Sumit Sarkar denominó “el declive de lo subalterno en Estudios Subalternos”, pues la segunda parte de *Al margen de Europa* extrae todo su material ilustrativo de la historia de la clase media bengalí, de los denominados *bhadralok*.<sup>10</sup> Esta crítica se ha formulado desde muchas posiciones, pero permítaseme citar sólo una fuente, una reseña anónima y furiosa publicada en Internet en la página en que Amazon.com publicitó primero este libro. La reseña acababa afirmando:

“Finalmente, el hecho de que el archivo de Chakrabarty esté constituido por el varón de clase media bengalí y de que él, junto con sus socios, se enzarce en teorizar y desatienda la investigación fundamental de la historia subalterna habla por sí mismo. [...]”<sup>11</sup>

Los puntos suspensivos de la cita no indican que he omitido un fragmento; son originales de la frase citada, un gesto dramático por parte del crítico sobre la obvedad de su tesis. ¿Qué más podría decir él o ella? ¡Mi elección de material de la historia del grupo social del que provengo hablaba por sí misma!

No escojo esta reseña por resentimiento. *Al margen de Europa* ha recibido censuras peores a manos de algunos críticos indios hostiles. Después de todo, los lectores son libres de hacer de un libro lo que quieran. Además, se aprende hasta de la más encarnizada de las críticas. Cito esta reseña concreta porque, a mi parecer, lo que sostiene la carga de la crítica es una lectura poco atenta del libro, especialmente de la introducción, en la que traté de explicar mis objetivos y métodos. Incluso si un lector discrepa de mis propósitos, la etiqueta de la crítica exige que mis propias afirmaciones explícitas sobre el asunto en cuestión se reconozcan. Afirmaba en la introducción que las historias que contaba no eran representativas de los *bhadralok*. Tampoco pretendía proporcionar una historia de ese género. Señalaba que las personas en cuyos escritos e historias me basaba no eran representativas de la mayoría de los *bhadralok*, que aquellos fragmentos de la historia *bhadralok* entraban en el libro primordialmente como parte de un argumento metodológico. Pero algunos críticos sencillamente hicieron caso omiso de esas afirmaciones. Me acusaron de abandonar la historia subalterna por los más “elitistas” horizontes de los pasados *bhadralok*. (Tengo demasiados parientes indigentes y semieducados como para no saber lo desafortunada y asignificativa –si se me permite acuñar una palabra– que la expresión “elite” resulta en este contexto, pero lo pasaré por alto.) Sus críticas provenían de una ausencia total de atención a lo que yo había advertido al explicar el cambio



entre las partes primera y segunda del libro. “Es difícil anticipar los problemas de los lectores distraídos”, afirmó una vez E.P. Thompson con frustración.<sup>12</sup> Ciertamente es difícil, pero permítaseme intentarlo una vez más.

Una de las tesis de mayor calado de *Al margen de Europa* es la de que el pensamiento crítico combate los prejuicios y, sin embargo, también encierra prejuicios, pues el pensamiento crítico, a mi juicio, sigue relacionado con los lugares (por más tenue que pueda parecer tal vínculo). De este modo, el libro se enfrenta hasta cierto punto con las maneras diversas en las que muchos teóricos, en su mayor parte marxistas, critican la idea de lo local. De hecho, tal posición es común a tantos marxistas que singularizar a uno en concreto podría resultar algo injusto. Es común en su concepción la idea de que todo sentido de lo “local” es un fenómeno de superficie de la vida social; es, en última instancia, algún tipo de efecto del capital. Estos estudiosos, por tanto, subrayan la necesidad de comprender cómo se produce efectivamente el sentido propio de lo local. Al mirar todos los sentidos locales de este modo particular, estos críticos no suelen plantearse sobre sí mismos ninguna pregunta sobre el lugar del cual procede su propio pensamiento. Es de suponer que producen su crítica desde “ningún sitio” o –lo que es lo mismo– desde “todos los sitios” de un capitalismo que siempre parece global en su alcance. En *Al margen de Europa* lo aceptaba como un tipo de pensamiento universalista –refleja lo que denomino Historia 1 en el capítulo sobre Marx–, pero es una manera de pensar que, a mi modo de ver, vacía todo sentido vivido de lugar asignándolo a lo que se considera un nivel

más profundo y determinante, el nivel al cual el modo de producción capitalista crea el espacio abstracto. En el capítulo dedicado a Marx trato de producir una lectura que se resista a esta interpretación y que vea la corriente subterránea de historias singulares y únicas, mis Historias 2, como enfrentándose siempre al empuje de tales historias universales y produciendo lo concreto como una combinación de la lógica universal de la Historia 1 y los horizontes heterotemporales de innumerables Historias 2. La falta de espacio me impide desarrollar más esta cuestión, pero también me arriesgo a repetir lo que ya sostengo en el capítulo 2.

Algunos teóricos de la globalización como Michael Hardt y Antonio Negri, por otro lado, celebran las formas contemporáneas de deslocalización como una herramienta expeditiva para la lucha global contra el capital. También parten de la proposición de que las “posiciones localistas” son “falsas y dañinas”. Falsas porque mediante la “naturalización” de las diferencias locales sitúan el origen de tales diferencias “fuera de toda duda”. Y dañinas porque hay que reconocer que las “identidades locales” de hecho “alimentan y apoyan el desarrollo del régimen imperial capitalista”. Es la globalización la que “pone en juego circuitos móviles y modulantes de diferenciación e identificación”. “Lo que hay que abordar, por el contrario”, aducen Hardt y Negri, “es precisamente la *producción de lo local*.”<sup>13</sup> El “lugar” que el capital crea hoy a través de su propia movilidad y la del trabajo es, en sus palabras, un “no lugar”.<sup>14</sup> Por ello el trabajo ha de exigir “ciudadanía global” –más movilidad incluso de la que el capital le permite en el presente– y convertir este “no lugar” en “ilimi-

**Los migrantes actuales en los países fundados por colonos o en Europa –como la mujer de la imagen, captada en su vivienda de Barcelona– viven con miedo de perder sus rasgos culturales, mientras que los europeos pudieron reproducir sus modos de vida allí donde fueron durante los procesos de colonización. En la página 43, mujeres indias colaborando en la construcción de la planta de acero soviética de Bhilai, en 1959. El entendimiento entre Indira Gandhi y la URSS supuso el predominio de los marxistas en las instituciones académicas del país.**



“El libro se enfrenta hasta cierto punto con las maneras diversas con que muchos teóricos, mayoritariamente marxistas, critican la idea de lo local. Entre ellos es común la idea de que todo sentido de lo local es un fenómeno de superficie de la vida social”.

tado”. Gracias a esa movilidad crecerá el sujeto revolucionario –“la multitud”– que desafiará lo que Hardt y Negri denominan el Imperio.<sup>15</sup> En sus términos, pues, la lucha contra el capital ha de ser al mismo tiempo un combate contra todas las formas de apego a sitios particulares, ya que el deseo de movilidad absoluta sólo puede basarse en el cultivo de un sentido de apego planetario.

No niego las aportaciones que se siguen en contextos concretos –especialmente en el nivel de la historia universal del capital, mi Historia 1– de líneas de pensamiento como la que me ha ocupado arriba. Pero, en líneas generales, encuentro que este argumento hace caso omiso de la historia en sí. Obvia la distinción entre la movilidad de los colonizadores que los europeos disfrutaron en su momento y la movilidad del trabajo migrante hoy en día, cualificado o no.

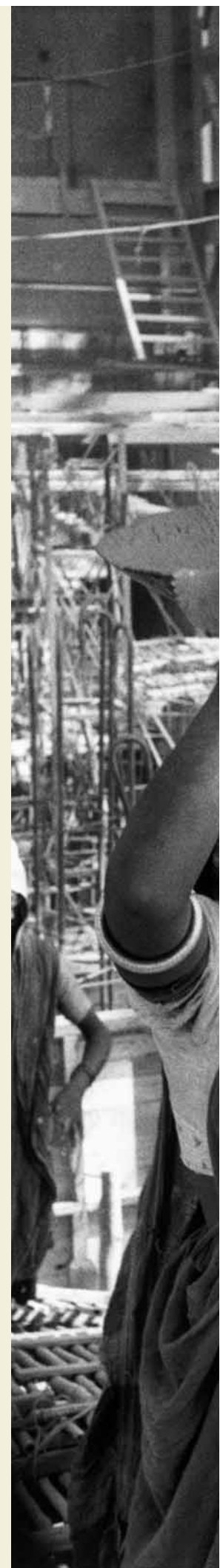
Adondequiera que los europeos fueron en busca de nuevos hogares, sus recursos imperiales y su dominio de los nativos les permitía reproducir –con modificaciones locales innegables– muchos de los elementos importantes de los mundos de vida que habían dejado atrás. ¿Perdieron los europeos de cualquier país sus propias lenguas debido a la migración? No. A menudo, los nativos lo hicieron. De manera similar, los migrantes actuales en los países fundados por colonos o en Europa viven con el miedo de que sus hijos sufran esta pérdida. Buena parte de su activismo cultural local se dirige a impedir que esto suceda. Sólo un crítico que esté ciego ante la cuestión del modo en que los legados desiguales del dominio colonial modulan efectivamente los procesos contemporáneos de la globalización puede rechazar este activismo como la enfermedad de la “nostalgia”.<sup>16</sup>

La diferencia no siempre es una trampa del capital. Mi sentido de pérdida que se sigue de mi globalización no es siempre el efecto de la estrategia de mercadotecnia de otro. No siempre el capital me embauca para que experimente “duelo”, pues el duelo no siempre me convierte en consumista. A menudo la pérdida en cuestión se relaciona con prácticas culturales que, por así decirlo, ya no “venden”. No todos los aspectos de nuestro sentido de lo local pueden mercantilizarse (ojalá fuese así). *Al margen de Europa* moviliza argumentos y pruebas en contra de los análisis que apuntan a aquellos caminos de salvación que avanzan inevitablemente a través del reclamo del no lugar.<sup>17</sup> Apoyándose en Heidegger y la tradición hermenéutica del pensamiento a la que pertenece Gadamer, *Al margen de Europa* trata de provocar una tensión productiva entre gestos de pensamiento de ninguna parte y modos particulares de ser en el mundo. Surtiese o no surtiese efecto mi crítica –no definiendo que mi propia crítica sea irrefutable–, la proposición de que el pensamiento se vincula con los lugares es central en mi proyecto de provincializar Europa. Me incumbía, pues, demostrar

de dónde –de qué tipo de lugar– surgía mi propia crítica, pues ese ser-de-algún-sitio es lo que le daba a la crítica tanto su fuerza como sus límites. Afirmaba que a fin de llevar a cabo mi crítica precisaba reflexionar por medio de formas de vida que conocía con cierto grado de familiaridad, y de ahí que recurriese a material tomado de aspectos de la historia de los *bhadralok*, la cual ha moldeado profundamente mi propia relación con el mundo. Sólo en el caso de esa historia podía aducir cierta competencia para demostrar con ejemplos los procesos de traducción de la modernidad. Esto no niega que haya muchas localizaciones diferentes, incluso dentro de Bengala y de la India, desde las que cabría provincializar Europa con resultados distintos.<sup>18</sup> Pero el argumento relativo al lugar y al no lugar puede seguir con nosotros.

En definitiva, *Al margen de Europa* es un producto de la globalización. La globalización fue su condición de posibilidad. Pero también es, como ha señalado Paul Stevens en un ensayo que contiene una perspicaz lectura de este libro, un intento de encontrar una posición desde la que hablar de las pérdidas ocasionadas por la globalización.<sup>19</sup> Agradezco la lectura de Stevens, pero es justo reconocer el modo en que la globalización, particularmente en Europa y en los estudios europeos, ha llevado este libro a emocionantes territorios intelectuales que no podría haber imaginado. A medida que los investigadores europeos y los especialistas en Europa han luchado por comprender los cambios que tienen lugar en el continente y en sus propios campos de estudio, a medida que han entablado discusiones sobre los futuros de Europa tras la globalización y han abordado cuestiones como la “Europa fortaleza” versus la “Europa multicultural”, se han abierto nuevos caminos de investigación. En su búsqueda de lenguajes con que comprender la posición de los inmigrantes y refugiados no europeos en Europa, la cuestión de la inclusión de Turquía en la Unión Europea, y el lugar de la Europa del Este postsocialista, han recurrido a modelos del pensamiento poscolonial para ver si se puede aprender algo de esa rama de investigación. Parecen haberse producido desarrollos comparables en los estudios medievales (europeos) y de la religión. Los especialistas han comenzado a cuestionar la propia idea de lo “medieval”, el esquema de periodización que subyace a tal denominación.<sup>20</sup> Los teólogos, por su parte, se hallan inmersos en el replanteamiento de la cuestión de la agencia divina en la “historiografía religiosa”.<sup>21</sup> Ha resultado gratificante para mí que este libro haya sido utilizado en algunos de esos debates [...].

Quiero terminar expresando mi agradecimiento a algunas personas cuyos comentarios [...] me han ayudado a ver los límites así como las posibilidades de esta obra [...]. M





© Marilyn Silversto/Magnum Photos

## Notas

## Prefacio a la edición de 2007

- 1 Roland Barthes, "Myth Today", en *Mythologies*, traducido al inglés por Annette Lavers, Nueva York, Hill and Wang, 1984, págs. 109-159 [Roland Barthes, *Mitologías*, trad. de Héctor Schmucler, México, Siglo XXI, 1980].
- 2 Dipesh Chakrabarty, *Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- 3 Para una historia de este movimiento, véase Sumanta Banerjee, *India's Simmering Revolution: The Naxalite Uprising*, Londres, Zed, 1984.
- 4 Ferdinand de Saussure, *Course in General Linguistics*, Charles Bally y Albert Sechehaye, (eds.), traducido al inglés por Wade Baskin, Nueva York, McGraw Hill, 1966, págs. 65-67 [Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, trad. de Mauro Armíño, Madrid, Akal, 2006].
- 5 Véase la reseña de Jacques Pouchepadass de PE, publicada con el título de "Pluralizing Reason", en *History and Theory* 41, n.º 3 (2002), págs. 381-391.
- 6 El "reconocimiento", escribe Gadamer, "de que toda comprensión implica inevitablemente algo de prejuicio da al problema hermenéutico su vigor real". Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*, Londres, Sheed and Ward, 1979, pág. 239 [Hans-George Gadamer, *Verdad y método*, trad. de Manuel Olasagasti, Salamanca, Sigueme, 2004]. Véanse las consideraciones de las págs. 235-258. Gadamer, en general, ve los prejuicios como "condiciones de comprensión".
- 7 Michel Foucault, "Nietzsche, Genealogy, History" en Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, Donald Bouchard (ed.), traducido al inglés por Sherry Simon, Ithaca, Cornell University Press, 1977, págs. 139-164 [Michel Foucault, *Nietzsche: la genealogía, la historia*, trad. de José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2004].
- 8 Michel Foucault, "Truth and Power" en *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings: 1972-1977*, Colin Gordon (ed.), traducido al inglés por Colin Gordon et al., Brighton, The Harvester Press, 1980, pág. 117.
- 9 Véanse las consideraciones del primer capítulo de este libro. Véase también el ensayo "A Small History of Subaltern Studies" en mi *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.
- 10 Véase el ensayo de Sumit Sarkar con ese título en su libro *Writing Social History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1997.
- 11 Véase la reseña de "Simicus" fechada el 10 de diciembre de 2000 y titulada "Wither Subalternity?" en [http://www.amazon.com/gp/product/customer-reviews/0691049092/ref=cm\\_cr\\_dp\\_pt/102-6961987-3021759?ie=UTF8&n=283155&s=books](http://www.amazon.com/gp/product/customer-reviews/0691049092/ref=cm_cr_dp_pt/102-6961987-3021759?ie=UTF8&n=283155&s=books).
- 12 E.P. Thompson, *Whigs and Hunters: The Origins of the Black Act*, Harmondsworth, Penguin, 1977, pág. 302.
- 13 Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2000, págs. 44-45 [Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, trad. de Alcira Bixio, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002].
- 14 *Ibid.*, págs. 208, 367.
- 15 *Ibid.*, págs. 396-401.
- 16 Para un fascinante examen de los colonos franceses con su propio sentido de la "nostalgia" en el siglo XIX, véase Alice Bullard, *Exile to Paradise: Savagery and Civilization in Paris and the South Pacific*, Stanford, Stanford University Press, 2000.
- 17 El argumento se ha recogido y ampliado después en Sanjay Seth, "Back to the Future?", *Third World Quarterly* 23, n.º 3 (2002), págs. 565-575; se ha publicado una versión más corta en G. Balakrishnan (ed.), *Debating Empire*, Londres y Nueva York, Verso, 2003, págs. 43-51. Saurabh Dube, "Presence of Europe: An Interview with Dipesh Chakrabarty" *South Atlantic Quarterly* (otoño de 2002), págs. 859-868.
- 18 Véase, por ejemplo, Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham, Duke University Press, 2003; Vicente L. Rafael, *White Love and Other Events in Filipino History*, Durham, Duke University Press, 2000; Ferderick Cooper, *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press, 2005; Achille Mbembe, *On the Postcolony*, Berkeley, University of California Press, 2001.
- 19 Paul Stevens, "Heterogenizing Imagination: Globalization, *The Merchant of Venice* and the Work of Literary Criticism", *New Literary History* 36, n.º 3 (2005), págs. 425-437.
- 20 Véase, por ejemplo, el libro de próxima aparición de Kathleen Davis, *Periods of Sovereignty* (2008).
- 21 Amy Hollywood, "Gender, Agency, and the Divine in Religious Historiography", *Journal of Religion* 84 (2004), págs. 514-528.









# ¿Era esto lo que queríamos?

Sobre turistas y turismo

Fotos **Enrique Marco**





Pese a su importancia, el sector turístico no ha merecido hasta ahora la reflexión teórica que le corresponde. Habría que preguntarse por qué los países pioneros en dar la bienvenida al turista no son los que generan los discursos más incisivos sobre el fenómeno.

# El debate turístico entre buscadores y receptores

Texto **Jeffrey Swartz** Crítico de arte

Sin llegar a plantear un cambio radical en las políticas turísticas del país o una reconversión económica que permitiera prescindir del turismo como importante fuente de ingresos, durante los últimos años se ha desarrollado un discurso más crítico con las formas y consecuencias de un sector que ha desempeñado un papel fundamental en la identidad de la España contemporánea. Con la exposición *Tour-ismes* en la Fundació Tàpies en el año 2004, o con los números monográficos dedicados al tema de otros foros de pensamiento –la revista *Transversal* (2007) de Lleida, o la publicación *Nexus* (2005-2006), de la Fundació Caixa de Catalunya– se ha querido profundizar en el significado del turismo para la vida económica, social, cultural y ambiental del país. Este cuaderno incide en ese debate con la voluntad de asimilar el reto que plantea y de recoger, ya en una fase más madura de intercambio intelectual sobre el tema, algunas opiniones y tendencias de reflexión sobre el turismo contemporáneo, tanto en España como en otras partes del mundo.

España es el segundo país del mundo en número de visitantes extranjeros por motivos turísticos y, en nuestro país, el sector dedicado a la recepción de turistas está mayoritariamente en manos de capital nacional. Esta combinación de turismo masivo e impacto directo (es decir, que los ingresos por turismo se han quedado en España) ha sido desde la década de los sesenta una de las principales razones del crecimiento económico del país. Sólo hay que recordar que los efectos del déficit comercial crónico que sufre España han sido contrarrestados de manera continua por las divisas extranjeras –y ahora europeas– aportadas por los visitantes. Sin embargo, el turismo ha tenido una importante influencia en otros sectores de la economía, como, por ejemplo, en la agricultura, que, gracias a la absorción nacional de su producción, no se ha visto obligada históricamente a abrirse a mercados extranjeros. Más recientemente y de forma más visible también ha influido en el sector de la construcción. Reconocer que la industria turística ha repercutido en la agricultura y en la construcción significa,

pues, admitir el notable impacto que ha tenido en la configuración del paisaje español actual, tanto urbano como rural.

Parece contradictorio que la importancia del sector, de la que son conscientes todos los ciudadanos, no haya merecido hasta ahora la reflexión teórica y analítica que le corresponde. Las razones de esta carencia histórica son múltiples, y el hecho de que durante los últimos años se haya intensificado el debate y el estudio de este tema no se debe a la aparición de nuevas realidades, sino a que las existentes se han vuelto más aparentes y acentuadas. Pero primero habría que preguntarse cuál es la razón de que los países pioneros en dar la bienvenida al turista no sean los mismos que generan los discursos más incisivos sobre el hecho turístico en todas sus vertientes.

Una de las razones es la propia naturaleza de la escritura del viaje, cuyo peso siempre ha recaído en el sujeto viajero en detrimento del receptor. La búsqueda es lo que genera el texto, y no el hecho de formar parte pasiva de la experiencia buscada. Recordemos que las palabras *turista* y *turismo* se introducen en los idiomas europeos a principios del siglo XIX a medida que se populariza entre las clases acomodadas *le grand tour*, el viaje de descubrimiento cultural que, normalmente, impulsaba a personas del norte a viajar hacia el sur. La crónica del viaje turístico, como antes los escritos de los peregrinos y descubridores, sólo ocasionalmente se ha interesado por el modo en el que el lugareño percibe el cuerpo extraño del viajero. Del mismo modo, a los antropólogos les ha costado dar forma textual al hecho eminentemente antropológico de su presencia en el medio del otro. Esto no empieza a cambiar hasta la llegada del poscolonialismo y la teorización de la *diferencia*.

Todos los destinos turísticos se revalorizan en función de la mirada del turista, que puede llegar incluso a debilitar la capacidad del país receptor con respecto al análisis de los efectos y significados del turismo. Durante la fase de iniciación –en lo que se refiere a España, estamos hablando de la época de los años sesenta y setenta–, el entorno que recibe al turista tiende a sorprenderse por las cosas que lo atraen, por los espacios y



detalles en los que se fija y por la forma en que gasta su dinero. El turista disfruta de cosas que la gente del lugar suele menospreciar y, de este modo, se abre una brecha entre valores que no se cierra fácilmente. Si, además, el visitante procede de una potencia económica con una cultura solvente y reconocida, su mirada tiene un valor añadido, y su presencia confiere valor a los lugares receptores, ya sean edificios patrimoniales, parajes naturales o playas aptas para el baño, que siguen siendo los espacios más anodinos de todos los destinos turísticos.

Por supuesto, esta operación por la que el turista orienta la escala de valores de la gente local sólo se puede entender partiendo de la desigualdad, ya sea real o meramente percibida. Es más factible atenerse al parecer y a los valores del visitante si la ciudad o comunidad en cuestión parten de un cierto complejo de inferioridad, basado, sobre todo, en desajustes económicos y en imaginaria cultural. Las estrategias turísticas ya reflejaban la complejidad de esta relación entre turista y país receptor en los tiempos del franquismo: por una parte, se sacrificaban valores autóctonos, desde la discreción en el vestir y el comportamiento hasta la configuración típica de un pueblo costero; por otra parte, la presencia del turista se utilizaba como arma propagandística con el argumento de que el turismo representaba un voto tácito a favor de las macro y micro políticas del país por parte de los visitantes. Sólo así se podía atender al turista con deferencia y, a la vez, interpretar su presencia desde la supremacía: “tenemos que darle lo que quiere, pero si viene es porque aquí estamos haciendo bien”.

En manos de la industria turística y las instituciones públicas, esta fórmula se ha mantenido más o menos intacta hasta la actualidad, con el importante matiz de que ahora se empiezan a cuestionar con mayor insistencia las políticas y prácticas que, según argumentan algunos, priorizan los intereses de los turistas por encima de las preocupaciones de la población local y de la sostenibilidad ambiental del territorio.

El cambio de discurso, y los intentos del sector de blindar a sus clientes frente a un tipo de reacción que incluso podría parecer hostil, marcan el estado de la cuestión actual. La industria y las instituciones que le brindan apoyo, que se dedican al marketing de un producto cada vez más complejo, y la profesionalización del servicio se encuentran actualmente con reticencias cada vez mejor articuladas, que han obtenido una respuesta favorable de una parte –eso sí, todavía minoritaria– de la opinión pública. Pero no sabemos exactamente por qué se ha llegado a este punto justo ahora, ya que muchos de los efectos negativos que se denuncian –la especulación urbanística, el abuso ambiental, la proyección de una imagen cultural distorsionada, la banalización de la oferta a favor del turismo de bajo coste– no constituyen en absoluto una novedad. Esta concienciación coincide con una coyuntura que ha convertido a los españoles en viajeros por motivos turísticos apasionados. ¿Es posible que esta capacidad de comparación recientemente formada, la experiencia del viajero buscador y no la del receptor de siempre, haya agudizado la percepción de que en España las cosas se podían y se pueden hacer de otra manera? **M**



Sobre turistas y turismo

# El mundo móvil



El viaje corporal comprende el mayor movimiento de personas entre fronteras de toda la historia. Las relaciones entre las sociedades del planeta se ven mediadas por flujos de turistas, a medida que un lugar tras otro se reconfigura como destinatario de estos flujos.

# La globalización de la mirada del turista

Texto **John Urry** Departamento de Sociología. Universidad de Lancaster

En 1990, al publicar por primera vez *La mirada del turista*, estaba mucho menos clara la importancia que iban a adquirir los procesos que actualmente denominamos “globalización”. De hecho, Internet apenas se había “inventado” y resultaba imposible prever cómo iba a transformar innumerables aspectos de la vida social, al ser asimilado de forma mucho más rápida que cualquier otra tecnología anterior. Y, apenas empezaba a sentirse el impacto de Internet, otra “tecnología móvil”, el teléfono móvil, transformaba el mundo de las comunicaciones “en movimiento”. En general, la década de 1990 fue testigo de una notable “compresión espaciotemporal”, dándose un “acercamiento” de la gente de todo el planeta mediante diversos avances tecnológicamente asistidos. De forma creciente, numerosos grupos sociales están experimentando una “muerte de la distancia” (Cairncross, 1997); Bauman, por su parte, habla de la transición desde una modernidad sólida y fija a una “modernidad líquida” mucho más fluida y acelerada (2000).

Parte de esta sensación de compresión espacial procede de los rápidos flujos de viajeros y turistas que se mueven físicamente de un lugar a otro, y especialmente de un aeropuerto nodo a otro. En mi obra anterior ya he diferenciado entre el viaje virtual a través de Internet, el viaje imaginario mediante el teléfono, la radio y la televisión, y el viaje corporal utilizando las infraestructuras de la industria turística internacional (Urry, 2000: capítulo 3; Urry, 2007). Durante esta última década se ha magnificado el volumen de “tráfico” en todos estos niveles; aunque no existen pruebas de que el viaje imaginario y virtual esté sustituyendo al viaje corporal, sí existen complejas intersecciones entre estas distintas modalidades de viaje, cuyas diferencias se hacen cada vez más difusas. Microsoft nos pregunta: “¿a dónde quieres ir hoy?”, y existen muchas formas diferentes e interdependientes de llegar “allí”.

En especial, el viaje corporal ha adquirido unas dimensiones enormes y comprende el mayor movimiento de personas entre fronteras nacionales de toda la historia. Debido a estas liquideces, las relaciones existentes entre la práctica totalidad de las sociedades del planeta se ven mediadas por

flujos de turistas, a medida que un lugar tras otro se reconfigura como destinatario de estos flujos. Existe un proceso omnívoro de producción y “consumo [de] lugares” de todo el planeta (véase Urry 1995). Entre los componentes centrales que contribuyen en la actualidad a conformar la cultura global contemporánea se incluyen el buffet de hotel, la piscina, el cóctel, la playa (Lencek y Bosker, 1998), la sala de espera del aeropuerto (Gottdiener, 2001) y el bronceado (Ahmed, 2000).

Este carácter omnívoro presupone el crecimiento de la “reflexividad turística”, el conjunto de disciplinas, procedimientos y criterios que permite a un lugar determinado (¿a todos los lugares?) controlar, evaluar y desarrollar su “potencial turístico” en el marco de las pautas emergentes del turismo global. Esta reflexividad consiste en identificar la ubicación de un lugar concreto dentro de los contornos geográficos, históricos y culturales que rodean el planeta, y más concretamente identificar los recursos semióticos y materiales del lugar, tanto reales como potenciales. Uno de los elementos de esta “reflexividad turística” consiste en la institucionalización de los estudios de turismo, de nuevas monografías, libros de texto, conferencias exóticas, departamentos y revistas. Existen asimismo numerosas empresas de asesoría vinculadas a Estados, compañías, asociaciones de voluntariado y ONG de ámbito local, nacional e internacional. El surgimiento de esta “industria del turismo” ha sido muy bien captado en la atroz figura del antropólogo del turismo Rupert Sheldrake, en *Noticias del paraíso* (1991), de David Lodge.

Esta reflexividad no solo tiene que ver con las personas y sus posibilidades de vida, sino con conjuntos de procedimientos de evaluación, sistemáticos y regulados, que permiten a cada “lugar” controlar, modificar y maximizar su ubicación en el marco del turbulento orden mundial. Estos procedimientos “inventan”, producen, comercializan y distribuyen, especialmente a través de la televisión global y de Internet, lugares nuevos, diferentes, presentados de un modo distinto o dependientes de un nicho de mercado, así como sus correspondientes imágenes visuales. Y la distribución de estas imá-



genes contribuye a conformar la misma idea del “globo” o planeta (véase Franklin, Lury, Stacey, 2000).

Como es evidente, no todos los miembros de la comunidad internacional participan en el turismo global de forma idéntica. Así pues, en muchos de esos “lugares de reunión vacíos” o “no lugares” de la modernidad, como son la sala de espera del aeropuerto, la estación de autobuses, la terminal ferroviaria, la estación de servicio de la autopista o los muelles, encontramos, junto a turistas y viajeros globales, infinidad de exiliados internacionales (MacCannell, 1992; Augé, 1995). Estos exiliados huyen del hambre, la guerra, la tortura, la persecución y el genocidio, ya que en los últimos años han aumentado las desigualdades económicas y sociales, así como los desplazamientos derivados de estas, lo que ha convertido la movilidad en un imperativo para muchos.

De forma significativa para la “mirada del turista”, una serie de acontecimientos está llevando el “turismo” desde los márgenes del orden global, y de hecho de lo académico, hacia prácticamente el centro de este mundo emergente de “modernidad líquida”. Para empezar, se han construido

infraestructuras turísticas en los lugares que, a primera vista, parecerían más improbables. Aunque claramente la mayoría de las personas del planeta no sean turistas globales en tanto que visitantes, ello no significa que los lugares en que viven y las imágenes asociadas de naturaleza, nación, colonialismo, sacrificio, comunidad o patrimonio histórico no constituyan poderosos componentes del voraz turismo global. Algunos destinos inesperados que en la actualidad han sido incorporados de forma significativa a las pautas del turismo global son Alaska, Auschwitz-Birkenau, la Antártida, Changi Jail en Singapur, las zonas ocupadas por los nazis en las Islas del Canal, Dachau, minas de carbón extintas, Cuba, y en especial su patrimonio “colonial” y “estadounidense”, Islandia, Mongolia, el monte Everest, Irlanda del Norte, Chipre del Norte bajo la “ocupación” turca, Pearl Harbour, la Rusia poscomunista, la isla Robben en Sudáfrica, las “huellas de la masacre” de Sarajevo, el espacio sideral, el Titanic o Vietnam (véase Lennon y Foley 2000, sobre el “turismo oscuro”; O’Rourke 1988, sobre las “vacaciones en el infierno”). En algunos casos, la conversión a destino turístico forma parte de un



“El aspecto crucial consiste en estar ahí uno mismo, con independencia de que el lugar en cuestión ocupe una posición central en la industria turística o solo haya sido recomendado por un amigo”.

proceso reflexivo por el cual las sociedades y lugares pasan a “integrar” el orden global (o “reintegrarlo”, como en el caso de Cuba durante la década de 1990).

De forma adicional, se han producido grandes aumentos en el volumen de turistas procedentes de países muy diferentes, sobre todo de “Oriente”, en lo que antaño eran lugares visitados y consumidos por los ciudadanos de “Occidente”. El aumento del nivel de renta de la clase media asiática (y los viajes de estudios realizados por estudiantes y el turismo “mochilero”) ha generado un fuerte deseo de ver “por sí mismos” los lugares de “Occidente” que parecen haber definido la cultura global. Sin embargo, Hendry también describe cómo se están estableciendo parques temáticos llenos de características exóticas de “occidentalismo” dentro de países asiáticos (2000). Es lo que esta autora describe como “el contraataque de Oriente”: la exposición de numerosas características de la cultura occidental para la admiración y exotización de los asiáticos, una especie de orientalismo inverso.

Además, estos circuitos de turismo global integran en la actualidad numerosas modalidades de trabajo. Resulta difícil no sentirse implicado o afectado por uno o varios de estos circuitos que, cada vez más, se solapan con una “economía de signos” de carácter más general, que se extiende a través de múltiples espacios de consumo (Lash y Urry, 1994). Entre estas modalidades de empleo se encuentran el transporte, la hostelería (incluido el turismo sexual: Clift y Carter, 1999), los viajes, el diseño y la asesoría; la producción de “imágenes” de lugares turísticos globales, iconos globales (la Torre Eiffel), modelos icónicos (la playa global) e iconos vernáculos (danzas balinesas); la mediatización y distribución de imágenes a través de medios impresos, televisión, Internet, etc.; y la organización a través de la política y de campañas de protesta a favor o en contra de infraestructuras.

Por otra parte, cada vez más, recorren el planeta marcas o logotipos ubicuos y enormemente poderosos (véase Klein, 2000). Su poder, de carácter fluido, deriva de la forma en que, durante las dos últimas décadas, las corporaciones de mayor éxito han pasado de la manufacturación real de productos a convertirse en productores de marcas, con un nivel ingente de gasto en marketing, diseño, patrocinio, relaciones públicas y publicidad. Estas compañías de marca, entre las que se incluyen muchas sociedades del sector del turismo y el ocio como Nike, Gap, Easyjet, Body Shop, Virgin, Club Med o Starbucks, producen “conceptos” o “estilos de vida”: “liberadas de las rémoras del mundo real, como las tiendas y la fabricación de productos, estas marcas tienen toda la libertad necesaria para crecer, no tanto como proveedoras de bienes y servicios, sino a modo de alucinaciones colectivas” (Klein, 2000: 22).

Así pues, existen innumerables formas por las que enormes cantidades de personas y lugares quedan atrapados en la vertiginosa vorágine del turismo global. No existen dos entidades independientes, el “turismo” y lo “global”, que mantengan conexiones externas entre sí, sino que ambas nociones forman parte integrante del mismo conjunto de procesos complejos e interconectados. Es más, estas infraestructuras, los flujos de imágenes y personas y las prácticas emergentes de “reflexividad turística” deberían conceptualizarse como un “híbrido global” que, en su conjunto, es capaz de expandirse y reproducirse por todo el planeta (Urry, 2000: capítulo 2). Esto es análogo a la movilidad de otros híbridos globales como Internet, la automovilidad o las finanzas globales, que se propagan por el planeta reconfigurando y reconfigurando lo “global”.

#### La “incorporación” de la mirada

En ocasiones he hecho referencia al viaje como viaje “corporal”, en un intento de enfatizar algo tan evidente que a menudo se pasa por alto: que los turistas que se mueven de un lugar a otro constituyen cuerpos voluminosos, frágiles, de una cierta edad, género y raza (Veijola y Jokinen, 1994; Urry 2000: capítulo 3). Estos cuerpos se encuentran con otros cuerpos, con otros objetos y con el mundo físico de forma multisensorial. El turismo siempre implica movimiento y formas de placer corporales, y estos aspectos deben ocupar un lugar central en cualquier sociología que trate de dar cuenta de las diferentes modalidades de turismo. La mirada del turista siempre implica relaciones entre cuerpos que, de por sí, se mueven como mínimo de forma intermitente.

Además, los cuerpos se representan a sí mismos interactuando con la sensación directa del “otro” y diversos paisajes sensoriales (Rodaway, 1994), navegan hacia detrás y hacia adelante, moviéndose entre la sensación directa del mundo externo al moverse corporalmente en el mismo y a través de él (o al yacer inertes para broncearse), y paisajes sensoriales mediados discursivamente que denotan gusto y distinción social, ideología y significado. Estos cuerpos, al tiempo sentidos y sensores, realizan diferentes acciones. Los cuerpos no constituyen entidades fijas y dadas, sino que implican actuaciones destinadas a expresar nociones de movimiento, naturaleza, gusto y deseo dentro y a través del cuerpo. Así pues, existen conexiones complejas entre las sensaciones corporales y los “paisajes sensoriales” socioculturales mediados por el discurso y la lengua (Crouch, 2000 y Macnaghten y Urry, 2000). Esto puede apreciarse en gran parte del turismo tropical, como por ejemplo en el Caribe, donde los primeros visitantes podían probar nuevas frutas, oler flores, sentir el calor del sol o

El concepto de “viaje corporal” enfatiza el hecho de que los turistas son cuerpos que se encuentran con otros cuerpos, con otros objetos y con el mundo físico de forma multisensorial. El turismo siempre implica movimiento y formas de placer corporales.





sumergir su cuerpo en la húmeda exuberancia del bosque tropical, además de ver nuevos lugares (Sheller, 2003).

El cuerpo siente mientras *se mueve*; posee sinestesia, el sexto sentido que nos informa de lo que el cuerpo está haciendo en el espacio mediante las sensaciones de movimiento registradas por articulaciones, músculos, tendones, etcétera. Para este sentido del movimiento, la “mecánica del espacio”, reviste una importancia especial el sentido del tacto: los pies sobre la acera o el sendero montañoso, las manos sobre una superficie rocosa o un volante (Gil, 1998: 126; Lewis, 2001). Diversos objetos y tecnologías mundanas fomentan este sentido sinestésico ampliando sensorialmente las capacidades humanas en y a través del mundo externo. De esta forma, se producen ensamblajes de humanos, objetos, tecnologías y códigos que producen de forma contingente durabilidad y estabilidad en la movilidad. Estos ensamblajes híbridos pueden recorrer campos y ciudades, reelaborando los paisajes rurales y urbanos a través de su movimiento.

Uno de los efectos de las tecnologías móviles consiste en modificar la naturaleza de la visión. Las modalidades “estáticas” de la mirada del turista se centran en la forma bidimensional, los colores y los detalles de la vista presentada ante nosotros, y pueden desplazarse con nuestra mirada (Pratt, 1992: 222). Esta mirada estática se capta de forma paradigmática con una cámara inmóvil. En contraposición con lo que Schivelbusch denomina la “movilidad de la visión”, tenemos panoramas de tránsito rápido, un sentido de apresuramiento multidimensional e interconexiones fluidas de lugares, personas y posibilidades (1986: 66). Existen multitud de “miradas turísticas”: la captación de vistas desde un tren, a través de la ventanilla de un coche, la portilla de un barco a vapor, la cámara de vídeo o el visor de la cámara digital (Larsen, 2008).

El avance del ferrocarril en el s. XIX constituyó un hito para el desarrollo de esta mirada más movilizadora. Desde el vagón de ferrocarril, el paisaje comenzó a visualizarse como una serie de panoramas enmarcados sucediéndose de forma rápida, como una “percepción panorámica” en vez de algo sobre lo que uno debería detenerse o que debería esbozar, pintar o captar de otra forma (Schivelbusch, 1986). Como dice Nietzsche en su célebre frase: “Todos somos como el viajero que conoce una tierra y su gente desde un vagón de ferrocarril” (citado en Thrift, 1996: 286). El desarrollo del ferrocarril tuvo consecuencias específicas sobre los inicios del turismo dentro de las fronteras de los Estados Unidos. Los viajeros se referían de forma específica a cómo el ferrocarril aniquilaba el espacio mediante su excepcional velocidad, que no se percibía totalmente gracias a la inusual comodidad del vagón ferroviario. El viaje en ferrocarril generaba una profunda sensación de vastedad, escala, grandeza y dominación del paisaje surcado por el tren (Löfgren, 2000: 3; Urry, 2007: capítulo 5).

Del mismo modo, la perspectiva desde la ventanilla del coche ha repercutido de forma significativa en la naturaleza de la “mirada” visual, permitiendo una apreciación clara de

la *materialidad* de la ciudad o el paisaje (Larsen, 2008). Ya he abordado anteriormente algunos momentos de la historia de la automovilidad, incluyendo la motorización de la Europa de entreguerras, que implicaba una especie de “travesía por la vida e historia de un territorio” (Urry, 2007: capítulo 6). La clase media, cada vez más domesticada, “comenzó a viajar por Inglaterra y a hacer más fotografías que nunca antes en la historia” (Taylor, J., 1994: 122, véase 136-45, sobre la “kodakización” del paisaje inglés). Mientras, en los Estados Unidos de la posguerra, ciertos paisajes se alteraban sustancialmente para producir un paisaje recreativo. El Estado convirtió la naturaleza en algo “que solo se apreciase a través de los ojos” (Wilson, 1992: 37). La perspectiva desde la ventanilla del coche implica que, “cuanto más rápido conduzcamos, más plana parece la Tierra” (Wilson 1992: 33).

No obstante, esta corporalidad del movimiento sí produce momentos intermitentes de *proximidad física*: estar corporalmente en el mismo espacio que un paisaje rural o urbano, en un acontecimiento en vivo, con los amigos, familiares, colegas o pareja, o incluso en compañía de “extraños” deseados (todos esquiadores, todos con edades comprendidas entre 18 y 30 años y “solteros”, todos jugadores de *bridge*). Una parte importante de los viajes deriva de una poderosa “compulsión a la proximidad” que hace que el hecho de estar ahí con otros parezca totalmente “necesario” (Boden y Molotch, 1994; Urry, 2007: capítulo 2). Muchos trabajos incluyen un componente de viaje debido a la importancia de la conexión, a la necesidad del encuentro, de animar a otros, de mantener nuestras conexiones. El aspecto crucial en la mayoría de las modalidades de turismo consiste en estar ahí uno mismo, con independencia de que el lugar en cuestión ocupe un lugar central en la industria global del turismo o no sea más que un lugar recomendado por un amigo. Los lugares deben ser vistos “por uno mismo” y experimentados de forma directa: reunirse en una casa específica de nuestra infancia, visitar un restaurante concreto, pasear por un valle fluvial determinado, escalar con energía una colina específica o hacer una buena fotografía uno mismo. Así pues, la copresencia implica ver, tocar, oír, oler o saborear un lugar específico (véase Urry, 2007, sobre los múltiples sentidos implicados en la movilidad).

Otro tipo de viaje se produce cuando debe verse un acontecimiento “en vivo”, un evento programado para un momento específico. Algunos ejemplos serían acontecimientos políticos, artísticos, festivos y deportivos; el componente “en vivo” de estos últimos es especialmente acusado, ya que puede desconocerse el resultado (e incluso la duración). Se trata de acontecimientos que no podemos “perderlos” y que generan enormes movimientos en el marco de “ciudades globales”, como resultado del deseo de “presenciar” el megaevento en cuestión “en vivo” (véase Roche, 2000). Roche describe los megaeventos programados como “nodos” y ‘conmutadores’ espaciotemporales de carácter social que [...] canalizan, mezclan y redirigen flujos globales”





## “Asistimos al surgimiento de un escenario público global en el que casi todas las naciones deben aparecer, competir, movilizarse como espectáculo y atraer grandes volúmenes de visitantes”.

(2000: 199). Estos acontecimientos constituyen momentos espaciotemporales de condensación global e implican una “localización” particularmente intensa de dichos eventos globales en “lugares únicos, debido al hecho de que ponen en escena acontecimientos asimismo únicos”. Estos lugares pasan a ocupar un nicho nuevo y diferenciado en el seno del turismo global (Roche, 2000: 224).

La copresencia casi siempre implica viajar a estos lugares visualmente característicos con el objetivo de ver un acontecimiento en vivo, escalar una superficie rocosa específica, vagar “solo como una nube” (como decía el poema de William Wordsworth), descender por aguas bravas, hacer puenting, etcétera. Estas prácticas definidas corporalmente se ubican en “espacios recreativos” específicos y especializados, alejados geográfica y ontológicamente del hogar y el lugar de trabajo. En efecto, parte del atractivo de estos lugares, en los que los cuerpos pueden sentirse corporalmente vivos, aparentemente “naturales” o rejuvenecidos, radica en que, desde una perspectiva sensorial, son “otros” lugares, diferentes de los lugares y rutinas cotidianas.

Estos lugares incluyen un componente de “aventura”: son islas de vida generadas a partir de una excitación corporal intensa, de cuerpos en movimiento que encuentran su complejo camino en el tiempo y el espacio (véase Lewis, 2001, sobre el “aventurero” escalador). Algunas prácticas sociales implican un fenómeno de resistencia corporal en cuyo marco el cuerpo materializa su relación con el mundo exterior. A finales del siglo XVIII, el surgimiento del paseo como acción de resistencia, la “libertad” de la calzada y el desarrollo del paseo como actividad de ocio constituyeron modestos actos de rebelión contra la jerarquía social establecida (Jarvis, 1997: capítulos 1 y 2 sobre el “paseo radical”). Del mismo modo, el “turismo extremo de aventura” en Nueva Zelanda pone de manifiesto formas de resistencia física ante el trabajo y la rutina diaria (véase Cloke y Perkins, 1998). El deseo hedonista de adquirir un cuerpo bronceado, por su parte, se desarrolló como resistencia a la ética protestante, la domesticidad de las mujeres y el “ocio racional” (véase Ahmed, 2000).

Hasta ahora he considerado el cuerpo desde el punto de vista del cuerpo-espectador o del cuerpo-en-movimiento. Sin embargo, el turismo a menudo está relacionado con el cuerpo-visto, que se exhibe, actúa y seduce a los visitantes mostrando habilidades, encantos, fuerza o sexualidad. Desmond pone de relieve cómo la industria turística integra actuaciones en vivo y exhibiciones corporales de forma ordinaria (1999). A menudo es el cuerpo en movimiento el que recibe la atención, a medida que el turismo global se caracteriza cada vez más por una “corporalidad espectacular”. La actua-

ción del cuerpo en danzas y bailes es algo común, como las danzas de guerra maoríes, las ceremonias de danza balinesas, la samba brasileña y la danza hawaiana hula.

Estos ejemplos implican lo que MacCannell denomina “etnicidad reconstruida” y “autenticidad representada” (1999, 1973). En la representación corporal de la danza hula, se ofrecen para su consumo visual nociones específicas del cuerpo femenino mestizo (blanca-indígena). Estas danzas parecen ser “actuaciones auténticas” y su atractivo deriva de la impresión de un encuentro no mediado, de la representación genuina de una tradición ancestral, y no de algo realizado simplemente para el visitante. Las bailarinas de estas danzas se convierten en signos de lo que el público turista cree que son.

En algunos casos, cuando las actuaciones se han convertido en el significante predominante de la cultura en cuestión, este tipo de danzas se convierten en significantes muy poderosos. De esta forma, en las culturas maorí y hawaiana, la danza equivale a la cultura, al anegar todos los demás significantes y ser reconocible en todo el planeta. Desmond describe la historia racial y de género relativa a la formación de la bailarina de hula, desde los primeros años del siglo pasado hasta el momento actual, en que seis millones de visitantes acuden cada año a un Edén naturalista denotado por exhibiciones corporales de bailarinas “originales” de hula. Este lugar-imagen ha llegado a reconocerse a nivel global y a redistribuirse de forma infinita (1999: Parte 1).

### Un mundo móvil

En el apartado anterior he puesto de manifiesto la existencia de interconexiones de una potencia enorme entre el “turismo” y la “cultura” en el marco de un mundo móvil (véase Rojek y Urry, 1997): no solo viajan los turistas, sino también los objetos, las culturas y las imágenes. Asimismo, parece existir una “cultura móvil” de carácter más general derivada de una “compulsión por la movilidad”. La obra *Questions of Travel* de Kaplan aborda esta cultura de la movilidad (1996). Su “familia” en sentido amplio residía en diversos continentes. Para ella, los viajes y el turismo eran “inevitables, indiscutibles y necesarios en todo momento para la familia, el amor y la amistad, así como para el trabajo” (1996: ix). Kaplan “nació en una ‘cultura’ que daba por sentadas las ventajas nacionales de viajar”, además de asumir que los “ciudadanos estadounidenses [podían] viajar allí donde quisiesen” (1996: ix). Esto lleva implícita la idea de que uno tiene *derecho* a viajar porque ello constituye una parte esencial de su vida. Las culturas se hacen tan móviles que se considera que los ciudadanos contemporáneos (¡no solo los estadounidenses!) tienen derecho a pasar por otros lugares y culturas, y dirigir-



La movilidad ocupa un lugar cada vez más central en las identidades de muchos jóvenes, y también en las de los desplazados por diáspora y de numerosos jubilados acaudalados que pueden vivir en movimiento, al mismo tiempo que los lugares turísticos proliferan por todo el planeta.

se a los mismos. Además, cuando los miembros de un hogar están en permanente movimiento, las diferencias entre el hogar y el exterior pierden su poder. Las culturas implican y requieren formas de movilidad diversas y extensivas. Ahora bien, no existe otra cultura que iguale el fenómeno del Hindu Kumbh Mela Festival de Allahabad, India, el 24 de enero de 2001. Probablemente se trató del mayor volumen de personas que han viajado a un único lugar durante un periodo de tiempo reducido: entre 30 y 50 millones de hindúes de todo el mundo acudieron a los márgenes del Ganges.

En efecto, pertenecer a una cultura casi siempre implica viajar. Los desplazamientos de desarrollo y mantenimiento cultural adoptan diferentes formas. Existen peregrinaciones a lugares sagrados de la cultura, al escenario de textos básicos visuales o escritos o a sitios donde tuvieron lugar hechos clave, así como desplazamientos para ver de forma específica a personas destacadas o sus registros documentales y para presenciar otras culturas con el objetivo de reforzar los vínculos culturales propios.

La importancia de viajar a una cultura y de cómo viajan las propias culturas puede apreciarse desde el punto de vista de la nacionalidad. El discurso de una nación sobre sí misma constituye un aspecto central. Las historias nacionales narran un relato, el de un pueblo discurrendo por la historia, que a menudo se remonta a tiempos inmemoriales (Bhabha, 1990). Gran parte de esta historia habrá sido “inventada” y derivará en la misma medida de olvidar el pasado y de recordarlo

(McCrone, 1998: capítulo 3). La Europa de finales del siglo XIX se caracterizó por una notable actividad de invención de tradiciones nacionales. Por ejemplo, en Francia, el día de la Bastilla se inventó en 1880, *La Marsellesa* se convirtió en himno nacional en 1879, el 14 de julio se declaró fiesta nacional en 1880 y la Iglesia Católica tan solo rescató a Juana de Arco de la oscuridad en la década de 1870 (McCrone, 1998: 45-6). Desde una perspectiva más general, la idea de “Francia” se amplió “mediante un proceso semejante a la colonización a través de la comunicación, de forma que, al finalizar el siglo XIX, se había unificado la cultura popular y la elitista” (McCrone, 1998: 46). Un elemento clave del proceso fue la producción masiva de monumentos públicos en la nación, que atraían viajeros y eran comentados y compartidos mediante pinturas, fotografías, películas y la industria turística.

Tanto esta participación colectiva como la función más general del viaje como productor de naciones se iniciaron con la Gran Exposición de 1851 en el Crystal Palace de Londres, el primer acontecimiento turístico nacional de la historia. Aunque la población británica tan solo ascendía a los 18 millones, seis millones de personas visitaron la Exposición, muchas de ellas haciendo uso de los nuevos ferrocarriles para visitar la capital de la nación por primera vez. En la segunda mitad del siglo XIX tuvieron lugar megaeventos similares en toda Europa; en algunos de ellos, el nivel de asistencia llegó a alcanzar los 30 millones de personas aproximadamente (Roche, 2000). Mientras tanto, en Australia se celebraba una





**Parece existir una "cultura móvil" derivada de una compulsión por la movilidad. Las culturas se hacen tan móviles que se considera que los ciudadanos contemporáneos tienen derecho a pasar por otros lugares y culturas y dirigirse a los mismos.**

Exposición Internacional Centenaria en Melbourne en 1888, a la que se cree que asistieron dos terceras partes de la población australiana (Spillman, 1997: 51). Por otra parte, la fundación de museos nacionales y la promoción de artistas, arquitectos, músicos, dramaturgos, novelistas, historiadores y arqueólogos nacionales han revestido una importancia especial en la genealogía del nacionalismo (McCrone, 1998: 53-5; Kirshenblatt-Giblett, 1998).

De forma adicional, la historia reciente ha presenciado el surgimiento de un escenario público global en el que casi todas las naciones deben aparecer, competir, movilizarse como espectáculo y atraer grandes volúmenes de visitantes. La ubicación en este escenario funciona de forma específica a través de los megaeventos ya mencionados, como son las Olimpiadas, los Campeonatos Mundiales y las Exposiciones (Harvey 1996). Estos eventos internacionales, basados en las premisas del turismo de masas y el cosmopolitismo, implican una creciente concepción de la identidad nacional en términos de su localización en el escenario global. Es la aparición en este escenario lo que promueve el viaje tanto corpo-

ral como imaginario a estos megaeventos del orden global, y especialmente a los "Juegos Olímpicos y las Exposiciones en el marco del crecimiento de la cultura global" (Roche, 2000).


Además, para muchas culturas una parte importante de los viajes implica cruzar fronteras nacionales. Los hogares situados en países en vías de desarrollo están desarrollando pautas de movilidad extensiva con el aumento de su nivel de renta. La proliferación de "diásporas globales" amplía la variedad, el alcance y la relevancia de todas las formas de viaje para las familias y hogares desplazados. Ong y Nonini también ponen de manifiesto la importancia de la movilidad transfronteriza en el caso de la masiva diáspora china, que se estima incluye entre 25 y 45 millones de personas (1997). Clifford resume: "una vez separadas de sus patrias por vastos océanos y barreras políticas, las personas desplazadas mantienen de forma creciente relaciones fronterizas con el país de origen gracias al continuo ir y venir posibilitado por las tecnologías modernas de transporte, comunicación y migración laboral. Los aviones, teléfonos, cintas, cámaras de vídeo y mercados de trabajo móvil reducen las distancias y facilitan

un tráfico de doble sentido, tanto legal como ilegal, entre los lugares del mundo” (1997: 247).

### Conclusión

Así pues, la globalización ha introducido algunas reconfiguraciones cruciales de la mirada del turista, tanto para los cuerpos en permanente movimiento que se detienen de forma intermitente, como para los cuerpos inmovilizados que se encuentran en alguno de estos “encuentros extraños” del nuevo orden mundial. Estos encuentros implican niveles excepcionales de “no interacción” o anonimato urbano, sobre todo en las curiosas “ciudades amuralladas” conocidas como aeropuertos (Gottdiener, 2001: 34-5; Cwerner, Kesselring, Urry, 2008).

Se ha producido una transición de dimensiones enormes entre una mirada del turista más o menos única en el siglo XIX hasta la proliferación actual de innumerables discursos, formas y encarnaciones de la mirada del turista. En un plano sencillo podríamos hablar de la globalización de la mirada del turista, ya que múltiples miradas se han convertido en un componente central de la cultura global, teniendo como impresionante consecuencia su propagación casi por todos lados. Existe un número innumerable de movibilidades: físicas, imaginarias y virtuales, voluntarias y coaccionadas.

Por otra parte, existe mucho menos “turismo” en sí que se dé en el marco de modalidades espaciotemporales de carácter específico y distintivo; se ha producido un “fin del turismo” en el marco de una “economía de signos” de carácter más general. Existen crecientes similitudes entre conductas características del “hogar” y de “fuera del hogar” (véase Shaw, Agarwal, Bull, 2000: 282). Con la mediatización masiva del turismo proliferan los lugares turísticos por todo el planeta, al tiempo que lugares de actividad cotidiana se rediseñan en clave “turística”, como ha ocurrido con numerosos entornos tematizados. La movilidad ocupa un lugar cada vez más central en las identidades de muchos jóvenes, de los desplazados por diáspora y de numerosos jubilados relativamente acaudalados que pueden vivir en movimiento. Y la “reflexividad turística” permite que prácticamente cualquier lugar (por “aburrido” que sea) pueda desarrollar una localización de nicho en los vertiginosos contornos del orden global emergente (véase la espectacular colección de postales aburridas de Martin Parr en *Boring Postcards*, 1999). 

### Nota

Este artículo se ha desarrollado a partir de *The Tourist Gaze*, segunda edición publicada en inglés en diciembre de 2002 (Londres: Sage). Edición castellana: *La mirada del turista* (Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2004).

### Bibliografía

- Ahmed, S.** (2000) *Strange Encounters*. Londres: Routledge.
- Augé, M.** (1995) *Non-Places*. Londres: Verso. Edición castellana: *Los no lugares* (Barcelona: Gedisa, 1995).
- Bauman, Z.** (2000) *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity. Edición castellana: *Modernidad líquida* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999).
- Bhabha, H.** (eds.) (1990) *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Boden, D. y Molotch, H.** (1994) “The compulsion to proximity”, en R. Friedland y D. Boden (eds.) *Now/Here: time, space and modernity*. Berkeley, CA: University of California Press. pp. 257-86.
- Cairncross, F.** (1997) *The Death of Distance*. Londres: Orion. Edición castellana: *La muerte de la distancia* (Barcelona: Paidós, 1998).

- Clifford, J.** (1997) *Routes*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Clift, S. y Carter, S.** (eds.) (1999) *Tourism, Travel and Sex*. Londres: Cassell.
- Cloke, P. y Perkins, H.** (1998) “Cracking the canyon with the awesome foursome: representations of adventure tourism in New Zealand”, *Environment and Planning D. Society and Space*, 16: 185-218.
- Crouch, D.** (ed) (2000) *Leisure/Tourism Geographies*. Londres: Routledge.
- Cwerner, S., Kesselring, S. y Urry, J.** (eds.) 2008 *Aeromobilities - Theory and Method*, Londres: Routledge.
- Desmond, J.** (1999) *Staging Tourism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Franklin, S., Lury, C. y Stacey, J.** (2000) *Global Nature, Global Culture*. Londres: Sage.
- Gil, J.** (1998) *Metamorphoses of the Body*. Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- Gottdiener, M.** (2001) *Life in the Air. Surviving the New Culture of Air Travel*. Lanham, Mass.: Rowman and Littlefield.
- Harvey, P.** (1996) *Hybrids of Modernity*. Londres: Routledge.
- Hendry, J.** (2000) *The Orient Strikes Back. A Global View of Cultural Display*. Oxford: Berg.
- Jarvis, R.** (1997) *Romantic Writing and Pedestrian Travel*. Londres: Macmillan.
- Kaplan, C.** (1996) *Questions of Travel*. Durham, US: Duke University Press.
- Kirshenblatt-Gimblett, B.** (1998). *Destination Culture. Tourism, Museums and Heritage*. Berkeley: University of California Press.
- Klein, N.** (2000) *No Logo*. Londres: Flamingo. Edición castellana: *No logo* (Barcelona: Paidós, 2002).
- Larsen, J.** (2008) “Practices and Flows of Digital Photography: An Ethnographic Framework”, en *Mobilities*, 3: 141-160.
- Lash, S. y Urry, J.** (1994) *Economies of Signs and Space*. Londres: Sage.
- Lencek, L. y Bosker, G.** (1998) *The Beach. The History of Paradise on Earth*. Londres: Secker and Warburg
- Lennon, J. y Foley, M.** (2000) *Dark Tourism*. Londres: Continuum.
- Lewis, N.** 2001. “The climbing body, nature and the experience of modernity”, en Macnaghten, P., Urry, J. (eds.) *Bodies of Nature*. Londres: Sage.
- Lodge, D.** (1991) *Paradise News*. Londres: Secker and Warburg. Edición castellana: *Noticias del paraíso* (Barcelona: Anagrama, 1996).
- Löfgren, O.** (2000) *On Holiday: a history of vacationing*. Berkeley: University of California Press.
- MacCannell, D.** (1973) “Staged authenticity: arrangements of social space in tourist settings”, *American Sociological Review*, 79: 589-603.
- MacCannell, D.** (1992) *Empty Meeting Grounds*. Nueva York: Routledge.
- MacCannell, D.** (1999) *The Tourist*. Nueva York: Schocken (orig. 1976)
- Macnaghten, P. y Urry, J.** (eds.) (2000) *Bodies of Nature*, número doble de *Body and Society*, 6: 1-202.
- McCrone, D.** (1998) *The Sociology of Nationalism*. Londres: Routledge.
- Miller, D. y Slater, D.** (2000) *The Internet*. Londres: Berg.
- O'Rourke, P.J.** (1988) *Holidays in Hell*. Nueva York: Atlantic Monthly Review. Edición castellana: *Vacaciones en la guerra y otras historias* (Madrid: Temas de hoy, 1990).
- Ong, A. y Nonini, D.** (eds.) (1997) *Ungrounded Empires*. Londres: Routledge.
- Osborne, P.** (2000) *Travelling Light. Photography, travel and visual culture*. Manchester: Manchester University Press.
- Parr, M.** (1999) *Boring Postcards*. Londres: Phaidon Press
- Pratt, M.** (1992) *Imperial Eyes*. Londres: Routledge.
- Ring, J.** (2000) *How the English Made the Alps*. Londres: John Murray.
- Roche, M.** (2000) *Mega-Events and Modernity*. Londres: Routledge.
- Rodaway, P.** (1994) *Sensuous Geographies*. Londres: Routledge.
- Rojek, C. y Urry, J.** (eds.) (1997) *Touring Cultures*. Londres: Routledge.
- Schivelbusch, W.** (1986) *The Railway Journey. Trains and Travel in the Nineteenth Century*. Oxford: Blackwell.
- Shaw, G., Agarwal, S., y Bull, P.** (2000) “Tourism consumption and tourist behaviour: a British perspective”, *Tourism Geographies*. 2: 264-89.
- Sheller, M.** (2003) *Consuming the Caribbean*. Londres: Routledge.
- Spillman, L.** (1997) *Nation and Commemoration*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, J.** (1994) *A Dream of England. Landscape, Photography and the Tourist's Imagination*. Manchester: Manchester University Press.
- Thrift, N.** (1996) *Spatial Formations*. Londres: Sage.
- Urry, J.** (1995) *Consuming Places*. Londres: Routledge.
- Urry, J.** (2000) *Sociology Beyond Societies*. Londres: Routledge.
- Urry, J.** (2007) *Mobilities*. Cambridge: Polity.
- Veijola, S. y Jokinen, E.** (1994) “The body in tourism”, *Theory, Culture and Society*, 6: 125-51.
- Wilson, A.** (1992) *Culture of Nature*. Oxford: Blackwell.





Sobre turistas y turismo

# Falacias históricas

Tanto el arte como el turismo han devenido marcas y logos de una identidad construida a base de pergeñar historias que sólo sirven para bendecir a inversores financieros y políticos, que desdeñan las verdaderas necesidades e intereses de muchos ciudadanos.

# Turismo y arte: dos relatos paralelos del pasado reciente

Texto **Jorge Luis Marzo** Comisario de exposiciones, escritor y profesor<sup>1</sup>

Resulta sorprendente observar cómo la reflexión y el debate sobre el fenómeno del turismo en España son incapaces de alcanzar cierto grado de profundidad más allá de los tópicos de la sostenibilidad y de su valor en la economía. Y todavía es más inquietante ver cómo casi nadie desea acercarse a esta candente cuestión desde una perspectiva histórico-política o sociológica que no sea la meramente celebratoria de un país que fue capaz, hace ya cincuenta años, de ofrecerse como modelo pionero de desarrollo *avant-la-lettre* antes de la llegada de la globalización. Todo ello ocurre, desde mi punto de vista, por la congénita incapacidad de la clase intelectual y académica española de divorciarse de las preguntas originales que dieron pie al festival turístico en los años sesenta y por la insidiosa negligencia a sustraerse del innegable éxito social, político y económico que lo acompañó.

El franquismo creó el turismo y triunfó. Benidorm y Marbella fueron las apuestas claras de un régimen que buscaba fachadas tras las que ocultar una dictadura. Para que ello pudiera legitimarse, emplazó el discurso en una terapia social más amplia: la despolitización. El recurso a la prestidigitación social mediante términos como “apertura”, “desarrollo” y “bienestar” abrió la puerta para que un gran número de personas asumiesen que el turismo era una escapatoria al sistema, una especie de eslabón en la secuencia de hechos que ineludiblemente comportaban más libertad. Lógicamente, era una libertad sin directa impregnación política: una libertad a la que se podía acceder desde la despolitización. En esta dirección podemos comprender el nacimiento de los potentes contextos turísticos de Canarias, Baleares o la Costa Brava: entornos desarrollados ya no solamente desde los ministerios, sino desde la iniciativa privada; a menudo, meramente individual, como es el caso catalán.

El turismo, visto a través de los ojos de este relato interesante, puede aportar algo de luz para entender el hecho de que aquellas políticas no han sufrido variación alguna en las tres últimas décadas. Hay pocos países en el mundo en los que la política turística esté tan desregulada como en España. Incluso

los propios empresarios del sector así lo señalan. Eso se debe a la consideración, profundamente anclada en el imaginario sociopolítico nacional, de que el turismo promovió y permitió a los españoles acercarse a la democracia, aun “a pesar de” la dictadura. El turismo representó, en el marco de esta visión, un “caballo de Troya” en las anquilosadas estructuras franquistas; un soplo de aire fresco que canalizó las bases de un sistema plural de derecho: “libre circulación de personas”, “contacto con el mundo exterior”, “acceso a nuevos mercados y divisas”, “tráfico de ideas y costumbres”. Al mismo tiempo, el turismo proporcionó el acceso al bienestar, a la segunda residencia, al automóvil (Sociedad Española de Automóviles de Turismo, SEAT), a un espacio público ya exento de conflictos, a las primeras fortunas y, sobre todo, se legitimó como base financiera de la familia: la inversión inmobiliaria se convertiría en la garantía de futuro, al contrario que en el resto de Europa, en donde los capitales familiares encontraban cobijo en el ahorro, en la industria, en los bancos, o en las cuentas bursátiles. Además, ya en democracia, como en la dictadura, los intereses turísticos sirvieron de trampolín o cobertura a los más variados pelajes políticos, ya sea en forma de financiación partidista, ya sea como vía para generar clientelismo electoral.

La ausencia de contestación a la existencia y perdurabilidad de este relato sólo puede comprenderse por la negativa a aceptar el trasfondo político en el que se gestó. Si la democracia ha optado no sólo por aceptar ese modelo, sino por preservarlo y potenciarlo, ello se debe al esfuerzo por falsear el origen de las cosas en aras de sostener un discurso eminentemente económico, pero que implica cuestiones de otras muchas índoles: ¿cómo se ha constituido el discurso sobre lo público?, ¿cómo se ha casado la apelación al bienestar económico en relación al bienestar democrático? El relato del turismo en España ha ninguneado el papel que el franquismo tuvo en su creación para así poder blandir el modelo como eminentemente “civil”, resultado de la capacidad emprendedora de una sociedad que encontró en la primera línea de playa el recurso para superar, incluso socavar, el sistema político. Tal patraña ha servido para



## “La vanguardia artística de los años cincuenta fue un éxito del franquismo y de cientos de intelectuales y burgueses que vivieron el régimen de la forma más natural posible”.

que en 2008 sigamos funcionando como en 1960, casi como un calco. ¿Existe algún relato de otro ámbito de la actividad social, económica o cultural que pueda parangonarse con el del turismo en el sentido de haberse construido bajo tergiversaciones históricas tan fehacientes? Sí, y (no tan) curiosamente, ambos ámbitos han acabado dándose la mano para fortalecerse el uno al otro. Hablamos del arte contemporáneo.

¿Qué país europeo, o del mundo, despliega más de treinta museos o centros de arte moderno y contemporáneo? ¿Cómo se explica que tantas ciudades de 50, 100 o 150 mil habitantes tengan museos de inversión multimillonaria? ¿Cómo entender que España sea un país tan entusiasmado con el arte moderno cuando sus estructuras educativas y de formación cultural están a la cola de Europa? Algo hay que no acaba de cuadrar. Para entender esta compleja ecuación, será necesario atenderla desde perspectivas diferentes a las oficiales.

El relato de la gestación de la vanguardia de posguerra, pero especialmente de la política cultural que la acompañó, nos cuenta que hubo una serie de artistas, críticos y funcionarios tenaces que fueron capaces, a partir de los años cincuenta, de ofrecer, a contracorriente del régimen, bocanadas de libertad expresiva que, a la postre, consiguió reunir un determinado consenso a su alrededor en su lucha por los derechos civiles de los ciudadanos. Según esta historia, aquellos artistas e intelectuales estaban casi agazapados, y gracias a su monumental capacidad de llevar en sus hombros la llama de la libertad, se convirtieron en héroes de una cultura que el poder no pudo plegar a sus designios. Así, tal era la fuerza de aquellos creadores que incluso el propio franquismo tuvo que admitir su presencia y hacérselos suyos a fin de vender la falacia de que en España se respiraba libertad creativa. Estas son las conclusiones que recorren la mayoría de los textos académicos sobre la época. El arte moderno fue, pues, el “caballo de Troya” de las ansias de democracia y libertad individual. Nadie quiere detenerse demasiado a pensar que la vanguardia de los años cincuenta fue un éxito del franquismo, un triunfo de las políticas culturales franquistas; que fue responsabilidad del Instituto de Cultura Hispánica y de cientos de intelectuales y burgueses que, gracias también a la promesa de la despolitización, vieron y vivieron el franquismo de la forma más natural posible. El éxito de esa política cultural que llevó a la fama a aquellos artistas, que puso a España en el mapa cultural del mundo, pesa como una losa en la capacidad de discernir el verdadero papel del arte en el imaginario político español<sup>2</sup>.

“No hay ningún país en el mundo que gaste tanto dinero en arte como España, un gasto que además no tiene relación alguna con la importancia relativa del arte español en los circuitos internacionales ni con los efectos que esas producciones tie-

nen. Todo ello responde al mito creado acerca del papel que el arte moderno tuvo en la resistencia antifranquista. Era la representación de la libertad; además, gracias a una imagen del artista sin rol social, como abstracto puro. España padece una situación de excepcionalidad que no cuadra ni con el arte europeo ni con el arte global. El silencio de la obra, propia de la abstracción expresionista de los años cincuenta, se erigió en representación de la democracia. Se trata de una peculiaridad que quizás tiene cierto parangón en Alemania, cuando, después del régimen nazi, se crea la *Dokumenta* a fin de celebrar el arte abstracto como el arte de la libertad”<sup>3</sup>.

Estas palabras del crítico y comisario mexicano Cuauhtémoc Medina nos ponen en el camino adecuado. Con la llegada de los años ochenta, la política cultural española identificará el arte moderno como el espacio en el que pudo sobrevivir el alma de la libertad y de la izquierda durante la dictadura. Ese mito dará sentido a contextos como “la movida”, en el que se perseguía legitimar la cultura a través de su raigambre popular. Los museos se convertirán desde entonces en la seña de unas políticas que han defendido su importancia bajo la justificación de la educación y de la formación ciudadana, metáforas que buscan transmitir el valor otorgado al arte contemporáneo como hacedor de democracia. En esta dirección, cualquier intento de deconstrucción sería del franquismo corría el riesgo de acabar poniendo sobre el tapete la influencia de éste en la formación del arte moderno, o lo que resultaría aún más enojoso, la participación del arte moderno en la legitimación del régimen. El resultado de ocultar esa contradicción ha sido la creación de unos relatos falsificados, que, en nombre del “valor único” de la cultura, ha llevado a un vacío extraordinario a la hora de dilucidar el verdadero papel social que el arte y la cultura tienen en España. Y, de paso, ha camuflado lo que de verdad había detrás del relato: la celebración del éxito de la comunión entre arte y Estado a través de unas determinadas políticas culturales. En eso, las historias sobre el arte y el turismo se han conducido de manera análoga: una crítica de los fundamentos de ambos ámbitos choca frontalmente con unas complicidades que es mejor ocultar. Esto ha sido obvio en las diferentes políticas del Gobierno central, pero también se pueden hallar muchos rastros en políticas municipales y autonómicas, o en eventos como bienales o exposiciones temáticas (pienso concretamente en el Fórum 2004 de Barcelona).

Durante la última década del siglo XX y la primera del XXI, la comunión entre política turística y política artística ha sido manifiesta. Los museos y festivales de arte contemporáneo se han sumado a la riqueza patrimonial como activos en la oferta turística. No sólo eso, sino que los propios gobiernos hace ya años que indican la importancia de los centros de arte como



revitalizadores de estructuras urbanas y economías de servicio. Los pocos indicadores que hay sobre la influencia de esos museos no dejan lugar a dudas acerca de quién los visita: mayoritariamente turistas, lo que constituye una flagrante contradicción con el espíritu de “construcción ciudadana” que se aduce oficialmente en las inversiones de los mismos.

¿Hasta qué punto es natural esa comunión de intereses entre arte y turismo? En el caso español, y al hilo de las razones que aquí nos guían, esa confluencia de intereses responde perfectamente a una dinámica “tradicionalista”, dirigista, en la construcción y mantenimiento de determinadas lecturas del hecho nacional. Ambos ámbitos se han establecido como metáforas de la fuerza social frente a los vaivenes políticos; ambos terrenos se han constituido como ejemplos de la vitalidad ciudadana; pero ambos dominios se expresan por una clase política “intérprete” de esa vitalidad que ha sido capaz de generar las dinámicas necesarias para mantenerla y promoverla. En pocas palabras, los relatos del arte y del turismo se han construido en la manipulación y el secuestro de la expresión popular que pretenden celebrar. El Estado, desde la antigua monarquía hasta los actuales poderes públicos, ha velado siempre por la salvaguarda de las esencias y de las calidades de un pueblo eminentemente “creativo”. Al mismo tiempo, el turismo se ha convertido en uno de los pilares fundamentales del Producto Nacional Bruto, siempre también gracias a la atinada dirección del Estado y sus adláteres. Tanto el arte como el turismo han devenido iconos de lo nacional, marcas y logos de una identidad construida a base de pergeñar historias y relatos con medias verdades que sólo sirven para bendecir a inversores financieros y políticos, que desde posiciones ilustradas y tapadamente identitarias, desdeñan las verdaderas necesidades e intereses de muchos ciudadanos, quienes, a su vez, consideran que sus ciudades y museos puede que sean cultura, pero

en ellos no encuentran espejos en los que reflejar sus propios imaginarios culturales.

La respuesta a esa situación no es sencilla. Indudablemente, hay que empezar por deshacer esos nudos enquistados en un pasado mal digerido. Además, parece del todo necesario desvincular con claridad determinada política artística de la turística, en especial aquella que se dice al servicio estructural de los creadores, aquella que quiere poner el acento en las prácticas contextuales del arte y no tanto en las promocionales. Por otro lado, también parece urgente que cualquier tentativa de turismo “sostenible” tenga en cuenta que el perfil del visitante que con tanto ahínco se busca –según los responsables institucionales–, basado en “el reconocimiento y exploración de las realidades locales”, debe venir acompañado del mismo reconocimiento de las personas, grupos y redes que actúan localmente. Tampoco es menos importante que el flujo económico que va del arte al turismo sea recíproco: que los capitales derivados del turismo reviertan igualmente en la sostenibilidad de plataformas y estructuras locales de acción y pensamiento creativo, de forma que la promoción artística no acabe siendo un simple muro fotografiable, sino una pared en la que expresarse.

Todo ello podrá ser posible siempre y cuando seamos capaces de formularnos las preguntas con habilidad, pero con mucha franqueza. El resultado de vivir únicamente a expensas de las respuestas está claro que no ha funcionado. **M**

#### Notas

- 1 Co-comisario de la exposición *Tour-ismos. La derrota de la disensión*, Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, 2004. [www.soymenos.net](http://www.soymenos.net)
- 2 Para una lectura más detallada de la construcción del relato de la vanguardia de posguerra en España, véase J. L. Marzo, *Arte moderno y franquismo. Los orígenes conservadores de la vanguardia y de la política artística en España*, Fundación Espais, Girona, 2008.
- 3 Entrevista inédita del autor con Cuauhtémoc Medina, para la exposición *El (d)efecto barroco*, de próxima inauguración (CCCB, octubre de 2009).

Los indicadores existentes sobre la influencia de los museos en sus entornos urbanos no dejan dudas sobre quiénes los visitan: mayoritariamente turistas, lo que supone una clara contradicción con el espíritu de “construcción ciudadana” que se aduce oficialmente para justificar las inversiones. En la imagen superior, instalación de Francesch Torres en el MACBA. En la página 59, entrada a la Fundació Miró.





Sobre turistas y turismo

# Los efectos territoriales

Usando el turismo como coartada, se han destruido parajes naturales únicos y se ha actuado sin control sobre pueblos y ciudades. El resultado son espacios de gran dureza y faltos de las estructuras básicas. Sólo en el franquismo se vivió algo parecido.

# La sostenibilidad sólo soñada

Texto **Fernando Díaz Orueta** Sociólogo y urbanista

Si hay un territorio que refleje los efectos devastadores del último ciclo inmobiliario-especulativo, ese es, sin duda, el del litoral mediterráneo y, más concretamente, las franjas costeras valenciana, murciana y andaluza. Es cierto que en este tiempo ningún espacio costero ha sobrevivido indemne a la presión del ladrillo. Un simple paseo por las costas de Cantabria, Asturias o Galicia hace también evidentes las heridas provocadas en tantos y tantos municipios convertidos progresivamente en imitaciones septentrionales del desarrollismo mediterráneo.

Pero la intensidad de la destrucción causada en amplios espacios del litoral mediterráneo, y sobre todo en las comunidades autónomas ya citadas, no tiene parangón. Una larga etapa que coincide con el último ciclo expansivo inmobiliario, iniciado aproximadamente en 1997, y que, con momentos de mayor o menor euforia, se ha extendido durante casi diez años. En ese tiempo se han urbanizado miles y miles de hectáreas de forma descontrolada, aprovechando las “bondades” de la creciente liberalización en la legislación del suelo. Utilizando el turismo como coartada, no sólo se han destruido de forma irreversible parajes naturales únicos, sino que se ha actuado sobre los pueblos y ciudades de forma descontrolada, produciendo como resultado final espacios urbanos de una dureza difícilmente superable. En ellos, además, se vuelven a hacer patentes carencias estructurales en equipamientos y servicios básicos. Sólo en la etapa del desarrollismo franquista de la década de los sesenta y de los primeros años setenta del siglo XX se había vivido algo parecido.

Ciudades como Alicante o Marbella son claros exponentes de un modelo territorial en el que los gobiernos locales funcionan, en gran medida, como gestores de los intereses de los auténticos responsables del crecimiento urbano. Unos gestores que se mantienen lejos de cualquier control democrático, aprovechándose de una opacidad que, con frecuencia, se convierte en el caldo de cultivo ideal para la aparición de prácticas corruptas. Pueblos, ciudades, en los que la rehabilitación es una palabra casi desconocida, donde se destru-

ye conscientemente un patrimonio urbano que es sustituido por nuevas edificaciones de pésima calidad constructiva, aumentando simultáneamente las densidades urbanas.

Hasta la fecha esta forma de hacer ciudad, de (des)ordenar el territorio, ha sido escasamente confrontada. Eso no quiere decir que no haya ido surgiendo una conciencia creciente entre algunos sectores sociales que se expresa especialmente en la proliferación de plataformas y asociaciones ciudadanas. Desde dichos grupos se lleva adelante una labor fundamental para contrarrestar el esfuerzo realizado por los poderes públicos para despolitizar la agenda de las decisiones en materia territorial, tratando de situarlas al margen del debate sociopolítico.

Dicha despolitización ha permitido legitimar, evitando el debate público, no sólo determinados proyectos de desarrollo urbano, sino incluso las opciones globales por el crecimiento urbano y turístico más desafortunado y sostenido en el tiempo. En ese sentido, en el País Valenciano resulta inquietante comprobar como, a día de hoy, no sólo políticos de distinto signo, sino también un nutrido grupo de urbanistas, continúa defendiendo el “modelo” Benidorm, presentado además como un ejemplo de urbanismo sostenible. En función de ello, se anima a otros municipios costeros turísticos a seguir la senda iniciada por esta ciudad pionera. Del mismo modo, algunas autoridades del gobierno autonómico valenciano destacan en sus declaraciones las virtudes ecológicas de los campos de golf en las zonas semiáridas, puesto que aportarían verdor a un territorio que ellos ven colonizado por especies vegetales y animales autóctonas sin ningún valor.

## La estrecha relación con el “boom” inmobiliario

La fuerte especialización turística del litoral mediterráneo ha provocado que el *boom* inmobiliario que hoy toca a su fin haya sido vivido con una intensidad especial. Al calor de la creciente globalización de los mercados inmobiliarios y del crecimiento de las compañías aéreas de bajo coste, el peso





**La especialización turística del litoral mediterráneo ha hecho que el boom inmobiliario que hoy llega a su fin se haya vivido con una notable intensidad.**

de la inversión extranjera en segunda residencia (procedente, sobre todo del centro y norte de Europa y, particularmente, del Reino Unido) creció notablemente. Los aeropuertos se convirtieron en infraestructuras esenciales para asegurar este flujo constante de viajeros. En ese contexto, las empresas del sector acuñaron hace unos años el término “turismo residencial” para referirse a la adquisición de viviendas (fundamentalmente en propiedad) por parte de ciudadanos europeos que buscarían lugares turísticos en la costa. Con el paso del tiempo, muchos de esos ciudadanos llegarían a convertir estas viviendas en su residencia habitual<sup>1</sup>. Pero el proceso es de una complejidad cada vez mayor puesto que el estereotipo del jubilado británico o alemán que habría venido de vacaciones años atrás y que, finalmente, se retira en la costa española, resulta insuficiente para aprehender la realidad actual. En enero de 2007, y sólo en la provincia de Alicante, más de 100.000 británicos figuraban como empadronados, con una estructura de edades que rompe por completo el mito del Mediterráneo como lugar exclusivamente de retiro. La presencia de los ciudadanos británicos es cada vez más evidente en el mundo del trabajo y la llega-

da de parejas jóvenes con hijos se refleja en las cifras crecientes de niños escolarizados.

Otra parte nada desdeñable de la inversión inmobiliaria, tanto extranjera como española, ha tenido un carácter estrictamente especulativo. De ahí las espectaculares cifras de vivienda vacía, entre las mayores de España, de las que muchos municipios costeros hacen gala. Durante años el crecimiento de los precios de la vivienda se mantuvo muy por encima del alcanzado en otros lugares de Europa. Una demanda casi infinita de europeos en busca del sol en una zona eminentemente turística alimentaba los sueños de los promotores que creían haber encontrado un negocio seguro y muy estable. Sobre esa expectativa los especuladores hacían su agosto dejando sólo transcurrir los años (a veces los meses) para recoger los generosos frutos de su “inversión”. Las autoridades autonómicas y municipales cumplían con su parte al poner el territorio a disposición de los promotores sin atender a la más mínima racionalidad medioambiental.

De esta forma, las grandes urbanizaciones han colmatado prácticamente el espacio litoral y se extienden ahora hacia el interior. Las nuevas infraestructuras para el automóvil (auto-

“Por primera vez se percibe que el turismo puede también ser sensible a la calidad ambiental y que es urgente poner las bases para reorientar el futuro. La coyuntura de crisis en que nos adentramos podría resultar un escenario adecuado para afrontar este desafío”.

vías, nuevas carreteras o la mejora de las antiguas) abren el camino que permitirá garantizar el acceso a la urbanización de las sierras del interior. Así ha comenzado a ocuparse la montaña como décadas atrás se hizo con el litoral. Se construyen miles de viviendas en municipios habitados sólo por unos cientos de habitantes, rompiendo así cualquier escala sensata de crecimiento y destruyendo para siempre un paisaje humanizado y equilibrado, modelado lentamente durante siglos. Una gran parte de estos nuevos desarrollos inmobiliarios se acompañan ahora de campos de golf. A primeros de abril de 2008 la patronal alicantina, la COEPA, anunciaba que, de acuerdo con sus previsiones, sólo en esta provincia debían ponerse en marcha al menos 33 nuevos campos de golf hasta 2020. A su juicio, la apuesta por el golf sería una de las principales vías para desestacionalizar el turismo, preocupación donde las haya en el sector. Se suma así a la primera línea de playa, la segunda línea de golf. Más campos de golf a añadir a la petición de más puertos deportivos, más parques temáticos, proyectos de ciudades de vacaciones, etc. Todo ello en nombre del turismo.


Por tanto, la reacción empresarial, y en buena medida política, frente al fin del ciclo es la apuesta insostenible por una vuelta de tuerca más. No es casual que la mencionada petición de construcción de nuevos campos de golf fuera acompañada de la solicitud a la Administración de una (todavía) mayor agilidad para urbanizar el suelo y de una política de trasvases que asegure las nuevas “necesidades” de agua. Es decir, a pesar de la crisis del modelo, el futuro se afronta sin la realización de la más mínima autocrítica, insistiendo en las estrategias del pasado que han conducido al panorama territorial brevemente descrito con anterioridad. Sólo así se explica que todavía hoy en los balcones de muchas casas consistoriales de municipios murcianos y del sur del País Valenciano continúe expuesto el eslogan “Agua para todos”, acuñado en los tiempos de la batalla por el trasvase del Ebro.

### El precio de la insostenibilidad

En octubre de 2007, de la mano de los habituales episodios de lluvia torrencial que se producen en el Mediterráneo cada otoño, la comarca de la Marina Alta sufría unas graves inundaciones que afectaban de forma especial a importantes municipios turísticos, singularmente a Calp. Numerosas urbanizaciones de la comarca, incluso el casco urbano de Calp, se veían asoladas por la fuerza de las aguas que multiplicaba sus efectos dañinos como consecuencia del proceso

de urbanización caótica de los años anteriores. Coincidiendo con el cierre del ciclo económico se hacía presente este episodio que simbolizaba de forma rotunda el alto coste a pagar en los próximos años: el precio de la insostenibilidad.

La alarma ha terminado también por hacerse presente en el sector hotelero. Los problemas asociados a un modelo de desarrollo insostenible (saturación, contaminación, pésimos equipamientos y servicios, etc.), unidos a otros efectos no deseados como el encarecimiento de los precios, han hecho mella en las cifras de ocupación. Esto ha llevado a algunas voces del sector a plantear la necesidad de imprimir un giro notable en la política seguida hasta la fecha. Por primera vez parece percibirse que el turismo puede ser también sensible a la calidad ambiental y que es urgente poner las bases para reorientar el escenario futuro. La coyuntura de crisis en la que nos adentramos podría resultar un escenario adecuado para afrontar este desafío. Como planteaba José Manuel Naredo al referirse a las perspectivas inmediatas del sector inmobiliario<sup>2</sup>, también en este caso la asignatura pendiente es frenar aquellas políticas que continúan alimentando la expansión de un modelo insostenible, dando por fin paso a una auténtica reconversión de las mismas. Ahora bien, un giro global de estas características es inimaginable sin una presión ciudadana que trabaje abiertamente por repolitizar el debate sobre el territorio, el turismo y la sostenibilidad.

El modelo insostenible del pasado fue construido e impulsado sin la participación de los ciudadanos. La búsqueda de un nuevo modelo que responda a unos parámetros diferentes sólo será viable si cuenta con el respaldo y la participación de una ciudadanía finalmente concienciada de la necesidad del cambio y que apueste por alcanzarlo democráticamente. ¿Un sueño posible? 

### Notas

<sup>1</sup> En realidad el llamado “turismo residencial” debería ser entendido básicamente como un término introducido por los agentes del sector para favorecer sus estrategias de crecimiento. Sin embargo, su uso como categoría analítica es escasamente explicativo. Dice muy poco sobre los compradores extranjeros que adquieren su vivienda sin ningún tipo de expectativa turística y, además, no aporta elementos que pudieran permitir establecer una diferencia entre esta supuesta categoría y las segundas residencias en general.

<sup>2</sup> Naredo, J. M. (2004), “Perspectivas de la vivienda”, ICE, nº 815, pp.143-154.





Sobre turistas y turismo

# Culturas en diálogo

La práctica turístico-cultural es un fenómeno ambiguo en el que confluyen motivaciones, expectativas y comportamientos a menudo contradictorios. El viaje puede obedecer a la voluntad de conocer o a las ganas de coleccionar iconos y consumir productos de prestigio.

# Ciudad, cultura y modelos turísticos

Texto **Lluís Bonet i Agustí** Universidad de Barcelona

La ciudad ha sido tradicionalmente un destino natural del viajero con motivaciones culturales, puesto que concentra los servicios de acogida y buena parte del pulso vital de un país. Como dice Jordi Borja, la ciudad es vivencia personal y acción colectiva al mismo tiempo, y sus plazas, calles y edificios emblemáticos son los lugares en los que se hace la historia. Así, el actual *boom* del turismo cultural urbano empieza a cobrar protagonismo frente al mercado vacacional tradicional de sol y playa en la medida en que el coste del transporte aéreo se reduce, los períodos de vacaciones se segmentan y las excusas o los motivos para viajar a las ciudades se multiplican.

Pese a que el turismo cultural no es de momento más que un segmento del mercado turístico global, todo movimiento temporal de residentes de un espacio al otro implica entrar en contacto –de una manera explícita o implícita, involuntaria o consciente– con otra cultura y otros hábitos y formas de expresión. El simple hecho de comer en un restaurante de cocina local –creativa o tradicional–, pasear y observar a la gente a tu alrededor, o dejarte impactar por la estructura urbana y la forma de circular por la ciudad comporta una exposición a la cultura local. Más allá de la verdadera motivación inicial del viaje a una ciudad (por ocio, negocios, estudios o congresos), la cultura adquiere un protagonismo claro, en especial si eres consciente de ello.

Evidentemente, esta exposición aumenta cuando la motivación del viaje se centra en las expresiones culturales y existe una voluntad explícita de conocer y contrastar realidades diversas. A medida que los actores de la industria turística toman conciencia de este interés, se multiplican las formas de mediación para facilitar el contacto, con una explicitación creciente de una oferta de productos etiquetados como turístico-culturales. Esta mediación puede hacerse tanto a través de la creación y comercialización de productos específicos (visitas guiadas, webs especializadas, publicaciones con itinerarios turísticos, diseño de viajes o experiencias creativas a la carta, recuerdos, artesanías u obras de arte para turistas culturales), como con el aprovechamiento de productos preexistentes (la

lectura de guías o libros sobre la cultura local, la asistencia a espectáculos y exposiciones, o la visita a monumentos abiertos a residentes o foráneos) o, aún mejor, a través del contacto personal con amigos o familiares.

En este sentido, hay que tener en cuenta que la mayor parte del consumo turístico-cultural corresponde a productos culturales pensados originariamente para la población residente. La mayor parte de los museos, monumentos, fiestas o mercados artesanales, así como de la oferta de exposiciones, gastronomía tradicional o espectáculos, nacen para dar respuesta a una necesidad o a una expresión de la cultura local. En la medida en que esta oferta está disponible y es percibida como atractiva por el potencial turista cultural, o por sus intermediarios o mediadores (guías turísticos o productores de servicios complementarios), se convierte en un producto más a ofrecer junto a los otros servicios turísticos –transporte, alojamiento, restauración o animación turística–, de forma similar al resto de la oferta comercial, deportiva o de ocio.

En este contexto hay que situar las interacciones entre las demandas culturales de cada tipología de turista y la oferta cultural de las ciudades destinatarias de flujo turístico. En algunos casos, el aumento de la demanda generada por el flujo turístico prestigia el patrimonio local y justifica el incremento de la propia oferta y su accesibilidad horaria en beneficio también de los residentes. En otros, se da un secuestro del espacio y de los propios contenidos por parte del turismo. A menudo, se genera una autoexclusión de los residentes por colapso o vía precios (el turista tiene más poder adquisitivo y es un cliente temporalmente cautivo) de una oferta cultural que, a pesar de su creciente prestigio, es percibida para uso casi exclusivo de los visitantes.

Otro de los efectos culturales del turismo es el sistema cultural y de valores de turistas y residentes locales. La disponibilidad momentánea de tiempos, el interés explícito por la vivencia o por comprender la cultura del otro, e incluso la posibilidad de acceder a propuestas costosas gracias a una mayor capacidad adquisitiva, permiten al turista concienciado un encuen-





“El turista cultural pasa de momentos de amor y contemplación por lo más sublime a sentirse atraído por prácticas del todo banales; del respeto por la cultura del otro a la depredación de unos recursos intangibles en peligro de desaparición”.

tro más explícito con la cultura del territorio visitado. En cambio, para la comunidad receptora, el contacto con las culturas diversas de los visitantes es menos buscado y consciente, pero a largo plazo puede llegar a ser más profundo. Mientras que los turistas tan sólo pasan fuera de casa unos cuantos días en un contexto de excepcionalidad que rompe con la cotidianidad diaria, para los trabajadores turísticos y en general para la población que vive en ciudades turísticas, los valores culturales inherentes de los visitantes y sobre todo de la cultura del ocio que la rodea pueden llegar a modificar el propio sistema cultural y la percepción de uno mismo y de los demás.

No obstante, para entender realmente los modelos y estrategias de la industria turística en relación con la cultura local, hay que partir de los valores y hábitos culturales de los principales mercados turísticos emisores, hasta ahora mayoritariamente procedentes de los países occidentales desarrollados. En ellos el acceso al turismo internacional engloba grupos sociales cada vez más amplios, pese a que el turismo cultural consciente es practicado por un grupo mucho más reducido de estudiantes y personas con un alto nivel de estudios.

Ahora bien, incluso para este, la práctica turístico-cultural es un fenómeno socialmente ambiguo. Hay que tener en cuenta que confluyen motivaciones, expectativas y comportamientos a menudo contradictorios. En cuanto a las motivaciones, el viaje puede comportar la voluntad de conocer, experimentar o interactuar (comportamientos con implicaciones cada vez más exigentes, y por tanto minoritarias), y así mismo ser el resultado de las ganas de coleccionar iconos o de consumir un producto de prestigio reconocido. A la vez, hay que tener en cuenta las expectativas que el viaje comporta. Buena parte de los turistas culturales buscamos un producto atractivo y prestigioso, en un marco de ensueño, evitando incomodidades y conflictos con el entorno o sus hábitos cotidianos, y a ser posible en temporada alta y a buen precio. Lógicamente, todas estas expectativas a la vez son difícilmente compatibles.

Finalmente, el turista cultural sintetiza comportamientos contradictorios: pasa de momentos de amor y contemplación por lo más sublime a sentirse atraído por prácticas del todo banales (por ejemplo, comprar un recuerdo convencional desligado de la cultura visitada), del respeto por la cultura del otro a la depredación de unos recursos intangibles en peligro de desaparición. En determinados momentos, los más conscientes, el turista cultural puede ser el paladín de la máxima contemplación o respeto, o el catalizador de una nueva conciencia que permite la sensibilización local y la preservación de un recurso cultural en peligro. En otras, la búsqueda fácil

de la comodidad, la tendencia a usar y tirar los productos una vez consumidos, o el consumo masivo de un recurso cultural frágil pueden comportar la destrucción irreversible de un patrimonio cultural heredado.

La tendencia homogeneizadora que afecta al paisaje de las ciudades, con la colonización de plazas, calles y otros espacios públicos por parte de una publicidad, un mobiliario público y una oferta de restauración y comercio sin carácter ni sabor local, reduce la singularidad y el atractivo cultural del espacio urbano. A las franquicias comerciales o de restauración que se instalan en ciudades emblemáticas para aprovecharse del flujo turístico generado por la fama y el atractivo patrimonial creado a lo largo de los siglos no les importa mucho ser corresponsables de su degradación. Si la ciudad pierde valor simbólico y deja de ser un destino turístico interesante para ellos, simplemente se trasladan a otro lugar. Tener en cuenta el paisaje cultural como parte del patrimonio urbano es una forma de no destruir la gallina de los huevos de oro que convierte a una ciudad en un enclave turístico-cultural.

Sin embargo, hay que decir que muchos turistas confunden lo auténtico con la réplica o la recreación fantasiosa (el abuso del *trencadís* modernista kitsch en la decoración de muchos locales de restauración u ocio barcelonés es un buen ejemplo de ello) o buscan la comodidad de un Starbucks o de un Hard Rock Café, que les dan seguridad. Saber encontrar una verdadera granja catalana y arriesgar con un chocolate suizo requiere unas dosis de atrevimiento cultural poco habituales. Lógicamente, es más sencillo visitar el Museu Picasso o la Fundació Miró, puesto que ambos forman parte de los referentes culturales contemporáneos compartidos. Hay que tener en cuenta que las manifestaciones culturales no escapan al fetichismo de lo simbólico ni al olfato comercial.

El turismo cultural no deja de ser un comercio de identidades (reales, ficticias o soñadas) hambriento de clichés, pero también de curiosidad y ganas de interactuar. En el fondo, la demanda cultural de los turistas depende fundamentalmente del capital cultural acumulado, iniciado durante el período formativo y completado a través de experiencias sucesivas a lo largo de la vida. Pero dicho capital contiene una mezcla de estilos, valores y niveles que al entrar en contacto con la cultura de otra ciudad da todo tipo de comportamientos en función de las circunstancias. En un mundo interconectado y complejo, el turismo cultural no es más que una de las tantas formas de diálogo cultural. El reto consiste en que todos sepamos sacar provecho de él sin perder por el camino aspectos fundamentales de la personalidad individual y colectiva. **M**

**El turismo cultural es un comercio de identidades reales, ficticias o soñadas, hambriento de clichés pero también de curiosidad y ganas de interactuar. La mayor parte de los productos culturales que se ofrece a los turistas fueron pensados originariamente para dar respuesta a una necesidad de la comunidad local o como expresión de su cultura.**





Sobre turistas y turismo

# Entre el amor y el odio

El turismo se considera siempre desde una de estas visiones opuestas: la paranoica, según la cual culmina el proceso de masificación, mercantilización y frivolidad de la sociedad, y la utilitaria, que lo ve como un fenómeno enriquecedor.

# La efervescencia de la “turismofobia”

Texto **José Antonio Donaire**

Profesor de la Facultat de Turismo de la Universidad de Girona

Asumámoslo. El turismo no disfruta de buena reputación. Hasta el punto de que las empresas turísticas se presentan a sí mismas como antiturísticas: “Vaya adonde no van los turistas” nos sugieren los nuevos catálogos de las agencias de viajes. Por eso, cuando Duane Hanson caricaturiza la imagen de la cultura occidental con sus esculturas hiperrealistas, entre la mujer de la limpieza de color, la obesa clienta de un supermercado o el vigilante de museo con el rostro desfigurado por la vacuidad, encontramos también a los turistas. Su obra *Tourists II*, creada en 1988, representa al prototipo de turista, camisa floreada, sandalias con calcetines y una mirada perdida en un punto del horizonte. La pareja deformada por la mediocridad contempla con un ademán indiferente un elemento cualquiera, quizás una catedral, quizás una plaza. Es esta parodia turística, esta simulación simplista del consumidor medio, la que se opone a la imagen elevada de la experiencia cultural. Por eso, turismo y cultura son concebidos a menudo como antagónicos: cuando entra el primero, desaparece el segundo.

Naturalmente, también hay quien defiende el turismo. Tradicionalmente, las interpretaciones sobre el turismo (en Barcelona, en Florencia o en Malta; en todo el mundo) han marcado una línea Maginot entre los paranoicos y los utilitaristas, según la definición de García Canclini (2006). Es la versión turística del debate entre apocalípticos e integrados que propone Eco (2004), en su estudio clásico sobre la cultura de masas, la batalla intelectual entre los que repudian la creciente mercantilización de la cultura y los que celebran la democratización del acceso a la cultura (da lo mismo si se trata de un cómic de Superman o del arte digital), entre el pesimismo de Walter Benjamin y la indiferencia del *pop art* de Warhol. Las aproximaciones al turismo siempre se han realizado desde una de las versiones maniqueístas: los paranoicos, para quienes el turismo (y sobre todo el turismo cultural) culmina los procesos de masificación, mercantilización y frivolidad de la sociedad y la cultura, y los utilitaristas, que ven en el turismo un mecanismo de acceso universal a la cultura y una forma de enriquecimiento de las comunidades receptoras.

Curiosamente, en un contexto en el que la interpretación paranoica predomina entre los medios de comunicación, la crítica social e incluso los programas políticos, la vía turística ha sido la vía esencial de las estrategias de las localidades, las regiones, las naciones e, incluso, los continentes (como en los casos europeo y americano). Es difícil encontrar un plan estratégico redactado a partir de los años ochenta que no considere de forma más o menos directa la alternativa turística como un eje estratégico del territorio. Del Guggenheim de Bilbao a los Caminos de Sefarad, del Taller del Tiempo de Lorca a la musealización del complejo industrial de Zöllverein, de la Ruta de la Seda a la recreación de la atmósfera decimonónica en Brighton, los lugares contemporáneos juegan, de una manera u otra, al juego del turismo.

## La ciudad escenario

La ciudad de los turistas no es la ciudad real. Esta es la tesis de los ideólogos del antiturismo. Si tiramos de este hilo, llegaremos tarde o temprano al concepto de la autenticidad teatral que propone Dean McCannell (2006). Brevemente, McCannell considera que los espacios turísticos tienen tendencia a crear un espacio frontal de relación entre visitantes y residentes, que preserva el espacio de atrás (el espacio bastidor). La creación de un escenario turístico responde a dos propósitos complementarios. Primero, permite que los lugares se puedan adecuar a las imágenes que se han proyectado de ellos. Los turistas llegan a un destino atraídos por una imagen idealizada del espacio visitado y los espacios procuran adaptarse a esta imagen. Por eso, los lugares turísticos son como sus imágenes y no a la inversa. Segundo, la existencia de un espacio que centra la atención de los visitantes y la relación entre huéspedes y anfitriones permite dejar un espacio fuera de la mirada *voyeur* de los visitantes. Los espacios bastidor serían aquellos espacios en los que los residentes no se ven forzados a representar una dramaturgia, porque la mirada turística no llega. De esta manera, los espacios turísticos estarían permanentemente expues-





tos a su adulteración, en procesos muy diversos: la deformación, la fosilización, la escenografía, el pesebrismo...

Es verdad que la ciudad de los turistas no es la ciudad real. Pero es que ninguna ciudad lo es. Los turistas han construido unos itinerarios urbanos que siguen como un ritual, a pesar de su percepción de libertad. Es cierto que consumen un fragmento de la ciudad y la toman por un todo: los turistas que transitan por Barcelona en realidad solo transitan por unas pocas calles. Pero los barceloneses han creado también su geografía urbana particular, y si vamos siguiendo sus pasos, veremos un gran vacío, espacios ignorados por los propios residentes. Todas las ciudades vividas son necesariamente una minúscula parte de la ciudad real, que en realidad no existe. Ni siquiera es la suma de sus fragmentos.

Pero la crítica contra la ciudad fingida cuenta con una segunda variante. Algunos dicen que el turismo ha creado una realidad virtual, que se ha alejado de la identidad de Barcelona. Dirían que el turismo cultural ignora la verdadera identidad de la ciudad y ha creado una versión *light*, sencilla, inmediata y falsa. Sin embargo, ¿cuál es la identidad de Barcelona? Y, es más: ¿quién es el cronista acreditado para desvelar dicha identidad? El antropólogo Delgado ve la “verdad” en el conflicto social y por eso constata más vida fuera del MACBA que dentro de él. Yo creo que la Barcelona de los okupas, de los locutorios y de las whiskerías no es necesaria-

mente la ciudad real. Como tampoco lo es la ciudad obrera, la ciudad burguesa o la ciudad de los estudiantes.

El error esencial de la crítica contra el turismo es creer que existe una ciudad de verdad, real, al margen de los flujos turísticos. La identidad de la ciudad es en realidad una construcción social. Y el turismo es un agente más (un agente importante) en la construcción de esta identidad. Como lo pueden ser el cine, la literatura, la experiencia personal o la evocación. El turismo no es un agente contra la identidad de Barcelona, sino un elemento más de dicha identidad. Primero, porque contribuye a crearla y difundirla. Y segundo porque los turistas forman parte del paisaje urbano: son una pieza más de la realidad. Por eso, cuando Woody Allen filma una película en Barcelona no esconde a los turistas, sino que los integra dentro de su mirada, porque no es posible imaginar la Barcelona contemporánea sin turistas de igual modo que no podemos dibujar la ciudad del cambio de siglo sin las fábricas más allá de la Ciutatella.

#### **La ciudad banal**

En febrero de 2007 el Distrito de Ciutat Vella del Ayuntamiento de Barcelona inició una campaña promocional, llamada *Viatja a la teva Ciutat Vella* (Viaja a tu Ciutat Vella). La campaña ofrecía a un precio moderado una noche de hotel, una comida y una cena en un restaurante y diversas ofertas culturales: una visita

**El turismo no es un agente contra la identidad de Barcelona, sino un elemento más de esta identidad. En primer lugar, porque contribuye a crearla y difundirla, y también porque los turistas forman parte inseparable del paisaje urbano.**



guiada por el casco antiguo, el acceso al monumento de Colón o una entrada al Museu d'Història de la Ciutat.

El programa no estaba dirigido al público escandinavo, a los visitantes del País Vasco o al emergente mercado oriental, sino a los residentes del casco antiguo, de modo que el adjetivo “tu” tiene en tal caso un sentido literal. ¿Se puede ser turista en la propia ciudad? Como recuerda Xavier Antich (2006), el escritor Vázquez Montalbán no lo ve posible: “[...] al cuarto güisqui mi extranjería es casi total, *voyeur* de mi ciudad desde el balcón de un hotel en el que dispongo de una habitación que no pienso pisar. Presumo que si entrase en la habitación de un hotel de mi ciudad nunca jamás volvería a casa”<sup>1</sup>. Probablemente, la mirada turística solo puede ser una mirada extravertida, desde fuera. Existe, por lo tanto, una forma turística de mirar los lugares y, en consecuencia, de mirar la cultura. Por eso, si fuera posible seguir los pasos de los residentes de Ciutat Vella que juegan a ser turistas en su propia ciudad y pudiésemos descifrar sus gestos, sus itinerarios, sus perspectivas e, incluso, sus silencios, y los comparásemos con los comportamientos de los turistas que sí son turistas reales, podríamos trazar los límites imaginarios del turismo.

Debemos considerar las relaciones turísticas como una forma específica de relaciones sociales. Como todas las construcciones sociales, dispone de su propia lógica y sus mecanismos internos. En síntesis, podemos considerar que el turismo

es una forma de transgresión, en busca de los elementos reconocidos. Antes que nada, el turismo es una actividad de transgresión que se guía por unos mecanismos similares al Carnaval: transgresión, inversión de valores, nuevas conductas. El turista proyecta sobre el espacio que visita todas sus utopías personales, sus anhelos, sus expectativas: las ciudades turísticas son el negativo de las ciudades convencionales, porque son los receptáculos de los sueños y las evocaciones proyectadas desde el origen. Es cierto que algunos turistas (pocos) pasean por la Rambla vestidos con un grotesco sombrero mexicano. Pero es absurdo pensar que estos turistas están haciendo un ejercicio de etnología, sino que simplemente se disfrazan, como nos disfrazamos todos durante el Carnaval. Leer la actitud del turista ignorando la liminalidad de su comportamiento es un error de perspectiva.

Asimismo, los turistas van en busca de los espacios reconocidos, aquellos que ya han conocido en sus lugares de origen, de modo que la práctica turística es a menudo un efecto de *déjà vu*. La mayor parte de los espacios turísticos están acondicionados por la sombra alargada de sus nodos. No es posible pensar en el Dublín turístico sin considerar el Trinity College, la catedral de Saint Patrick, Kilmainham Gaol, el Templo Bar o la Christ Church Cathedral, la Guinness Storehouse o la Hugh Lane. Florencia es, ante todo, la Santa Croce, el Duomo, los Uffizi, el Ponte Vecchio, el Palazzo Pitti o



## “Un autor norteamericano propuso una teoría según la cual la relación entre huéspedes y anfitriones pasa inexorablemente por cuatro etapas: euforia, apatía, irritación y antagonismo”.

Santa María Novel. Los espacios turísticos parecen estar formados por la adición de nodos o *sights*, que orientan los recorridos y domestican la mirada de los visitantes.

Los nodos desempeñan un papel capital en la experiencia turística ya que condicionan la selección del destino, marcan los flujos de los visitantes y orientan el comportamiento de los turistas *in situ*. Los *sights* tienen una fuerte influencia en el complejo proceso de selección del destino. El visitante selecciona el espacio turístico, no a partir de sus atributos efectivos, sino de acuerdo con la imagen previa que se ha creado del espacio. En la composición de la imagen de un destino cultural, los nodos ejercen un poderoso efecto de atracción, un factor clave para discriminar los espacios anónimos y los espacios imaginados. En el momento de escoger entre un destino u otro, también entra en juego la selección entre unos nodos u otros. Cuando un turista duda entre Barcelona y Venecia, duda realmente entre los nodos más representativos de las dos ciudades. No es extraño, por lo tanto, que la imagen proyectada de los destinos esté a menudo desmenuzada en una serie de nodos evocadores, como en un *collage* de piezas turísticas.

El peso de los nodos es tan relevante en la construcción de las imágenes, en el proceso del previaje, que es lógico que influyan también de forma decisiva en los recorridos de los turistas por el espacio. Muchos itinerarios turísticos son, en realidad, una forma de conectar de manera eficiente los principales nodos que configuran un destino. De hecho, las guías turísticas dedican una parte importante de su estructura a configurar los caminos óptimos que faciliten el acceso rápido de un punto a otro. Eso explica el peso de los autobuses *sight-seeing* en las principales ciudades turísticas europeas: un sistema de transporte que crea una red paralela a la red de los residentes y que facilita un acceso inmediato a los principales nodos del destino. Por eso, visto con cierta perspectiva, los itinerarios de los turistas parecen seguir una especie de guión colectivo, una pauta geográfica que marca los vacíos y los llenos, los espacios de tránsito y los espacios olvidados.

Finalmente, los nodos también condicionan el comportamiento de los turistas en el destino. Si la imagen previa del nodo es muy poderosa, los visitantes tienden a reproducir la mirada a priori. Buscan el ángulo preciso, la perspectiva conveniente que sitúa la realidad en el mismo punto que la imagen capturada por los medios turísticos o genéricos. Con gran dosis de ironía, el dibujante de grafiti inglés Banksy escribió “*This is not a photo opportunity*” en el puente que marca la visual del Parlamento inglés y el Big Ben. Es una manera de denunciar la reiteración de la perspectiva, una especie de invitación a buscar ángulos inéditos. Y por eso, en el portal [www.flickr.com](http://www.flickr.com), uno de los espacios de la red más utilizados

para compartir fotos, hay más de 100.000 *Sagrades Families*. Sea como sea, podríamos considerar que existe una forma turística de acercarse a los nodos que condiciona la forma en que se relacionan los objetos culturales y los visitantes.

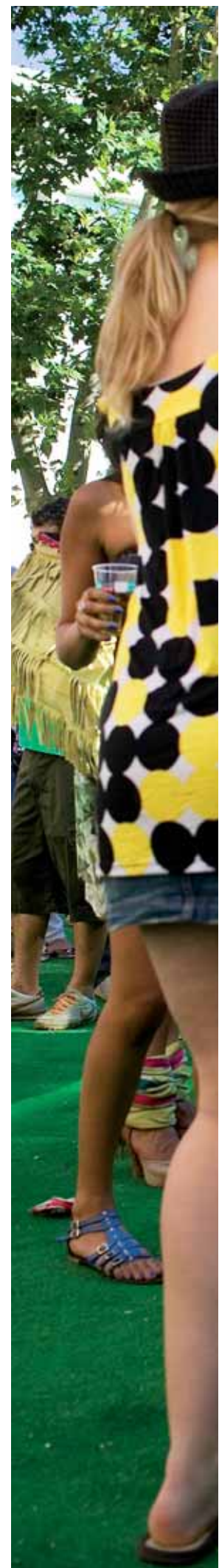
Pero más allá de la liminalidad y la captura de los nodos turísticos, no existen “los turistas” como tampoco existen “los residentes”. No es lo mismo un inglés adolescente que ha llegado a la ciudad en viaje de fin de curso que los ocupantes del BassiBus (de Leo Bassi) en busca de la “Barcelona real”. Por eso, la oposición residentes – turistas es falsa, como la mayoría de las oposiciones, por otro lado. Es fácil imaginar grupos de turistas con intereses y demandas similares a grupos de residentes y, probablemente, en contraposición a los intereses y las demandas de otros residentes y otros turistas.

### La ciudad vacía

“El turismo vacía las ciudades de residentes y las convierte en un espacio museo, un parque temático para el consumo turístico”, escribe Delgado. Creo que hay atribución causal equivocada. Los centros históricos de la ciudad han sido durante el XIX y buena parte del XX los receptáculos de la miseria, los espacios *underground* de las capitales europeas, porque la máquina urbana parecía más eficiente en los nuevos espacios urbanos que en la vieja ciudad abandonada. Mientras la ciudad crecía en los nuevos ámbitos metropolitanos, el centro pasaba a ser un espacio urbano marginal y degradado. Es sabido que desde los años cincuenta, la ordenación y la planificación urbana europea se ha centrado en la recuperación de los centros históricos, como una estrategia de mejora integral de la ciudad y, en cierta medida, también como una forma de recuperación de la identidad colectiva. Conviene recordarlo. Todos los planes especiales de reforma interior (también los de Barcelona) son un intento contemporáneo de dotar al viejo centro urbano de la dignidad perdida. Si releemos estos planes de los ochenta, apenas veremos referencia alguna al turismo y a los turistas.

Los efectos de la *restauratio* varían de una ciudad a otra y dependen de muchos factores: el precio del suelo, las políticas activas de vivienda, la política comercial, la gestión de la vialidad, la ubicación del CBD o la localización de los centros administrativos. Sin embargo, en todos ellos podemos encontrar un denominador común: el incremento del precio de la vivienda. Aquello que ha sustituido a los residentes no han sido los turistas, sino unos nuevos residentes.

La desertización de los centros de muchas ciudades europeas se ha dado por un proceso de gentrificación y no por un proceso de turistificación. El Barri Gòtic no se ha vaciado por la presencia de turistas, ni tampoco por la competencia de suelo de los establecimientos turísticos. La cartografía de los







hoteles de la ciudad de Barcelona demuestra una notable dispersión. Al contrario que otras ciudades europeas, Barcelona no ha creado un barrio turístico donde se localizan la mayor parte de los establecimientos hoteleros. Los hoteles forman parte del paisaje urbano como los mercados, las inmobiliarias o las franquicias de cafés.

Podemos interpretar la ciudad vacía en otro sentido: la ciudad turística en oposición a las demás ciudades posibles. De acuerdo con esta interpretación, el turismo sería una especie de cangrejo americano que ahuyenta todas las opciones vitales de la ciudad, como en una ruleta rusa: o todo o nada. Si la ciudad es turística, ya solo le queda asumir su condición exhibicionista y ahuyentar el resto de actividades económicas que ya no tienen cabida. Excepto las fábricas de sombreros mexicanos, claro está. En realidad, el turismo metropolitano no es nunca hegemónico, porque la mirada turística se proyecta precisamente sobre la diversidad de las actividades de la ciudad y es incompatible con el monocultivo turístico. Conviene precisar, además, que no existe el turismo. Barcelona atrae muchos turismos, con intensidades y efectos muy diferentes. No se puede ignorar el peso del turismo de cruceros, el deportivo, el médico o el de negocios y sus efectos en otros subsectores.

La “turismofobia” forma parte de los mecanismos propios del turismo. Un autor norteamericano ya propuso muy precozmente una teoría (Irridex), según la cual la relación entre huéspedes y anfitriones, entre turistas y residentes, pasa inexorablemente por cuatro etapas: euforia, apatía, irritación y antagonismo. Según G. Doxey, la “turismofobia” forma parte del ADN del proceso turístico que acaba inevitablemente con el antagonismo. Y, de este modo, hemos vuelto de nuevo al debate de García Canclini entre utilitaristas y paranoicos. El turismo es un factor de deformación urbana y cultural versus el turismo es una fuente de ingresos y de rehabilitación urbana. Es un debate sin puentes. Un diálogo de sordos.

El turismo no precisa de debates existenciales, sino de instrumentos de gestión. Puede tener efectos demoledores sobre el espacio de acogida de la misma forma que favorecer los procesos de reactivación económica o remodelación urbana. Todo depende de la gestión. Por eso conviene actuar en cinco ámbitos complementarios: los estudios de capacidad de acogida, especialmente en los recintos privados, que fijen umbrales máximos de afluencia y restrinjan (directa o indirectamente) su acceso; una eficiente gestión de la información, orientada a la ampliación del espacio visitable, incluso más allá de los límites del área metropolitana; el incremento de los nodos (*sights*) visitables, preferentemente en nuevas áreas urbanas, que sean capaces de romper la frontera entre espacios escenario y espacios bastidor; la limitación de la actividad turística en las zonas urbanas de máxima concentración (como los apartamentos turísticos de Ciutat Vella); y la aplicación del *know-how* en gestión de la movilidad a los flujos turísticos. **M**

#### Nota

**1** Xavier Antich, “On són les ferides? Post-imatges i ficcions de la rosa de foc”, en *Tour-ismes. La derrota de la dissensió. Itineraris crítics*. Barcelona: Fundació Antoni Tàpies y Fòrum Barcelona, 2004.

#### Bibliografía

**Donaire, José Antonio.** *Turisme cultural. Entre l'experiència i el ritual*. Bellcaire: Vitel·la, 2007.



La imagen cinematográfica de Barcelona, en el imaginario internacional, es endeble. Ningún cineasta ha hecho suya la ciudad de manera tan afortunada que haya sido capaz de universalizarla a través de su obra.

# La imagen de Barcelona a través del cine

Texto **Andrés Hispano** Realizador

La ciudad, como paisaje y sistema, ha necesitado al cine para gustarse. No es que las pantallas le devuelvan una imagen mejorada, es que su *fealdad* ha resultado en ellas fotogénica.

Las ciudades serenas, elegantes, limpias, con numerosos parques y jardines, no han merecido la suerte cinematográfica de la que han gozado las densas, informes y agitadas urbes del globo.

Y, gracias a su influjo, las ciudades que convienen al cine han devenido nuestras ciudades favoritas. Piénsenlo, hasta capitales de innegable belleza, como París o Londres, han destacado en el cine a través de sus periodos, leyendas y personajes más oscuros y antisociales. Hasta las más bellas ciudades-museo italianas, como Florencia o Venecia, tienen su representación más recordada en películas en las que sus tesoros y callejuelas han sido utilizados como espacios de ansiedad, desamor, enfermiza melancolía o terror puro.

Recuerdo esto porque, en tiempos de mercadotecnia como éste y en ciudades que ambicionan una gran proyección como Barcelona, parece inevitable la tentación de promocionar la ciudad a través de películas-postal, de institucionalizar incluso la aventura o de idear rutas turísticas a partir de localizaciones cinematográficas. En general, se considera, erróneamente, que una imagen amable de la ciudad contribuye mejor a su universalización.

No hay que ser muy cinéfilo para comprobar que no es así. Nada sienta peor a las pantallas que la ausencia de conflicto. Se trate o no de ficción. Y, en la medida en que la ciudad desee coprotagonizar la cinta, deberá aparecer con los contrastes o la espontaneidad de los mejores personajes secundarios.

Ningún esfuerzo es cinematográficamente tan inútil, por ejemplo, como el de maquillar en exceso unas calles que “ya están puestas”. Tan sólo hay que saber mirarlas. Que no es poco. La imagen cinematográfica de Barcelona, en el imaginario internacional, es endeble. Barcelona no cuenta con un cineasta que haya hecho suya la ciudad de manera tan afortunada que haya sido capaz de universalizarla a través de su obra, a la

manera en que Guédiguian, Allen o Lynch han sabido adueñarse de Marsella, Nueva York o Los Ángeles. Ha habido, ciertamente, quienes insisten en rodar en Barcelona, como si en la repetición hubiese mérito, pero sin lograr que se produzca esa magia asociativa, o el cuño definitivo de su *sky-line*.

La ciudad, su espectro en las pantallas, ha dependido así de títulos aislados que sí la han honrado sin idealizarla, testimoniando facetas y momentos de su historia y fisonomía.

Quizás no todos los títulos que compondrían su álbum sean grandes películas, siendo algunos de ellos rodados por *amateurs*, pero son obras vinculadas a la capital catalana en el imaginario de cualquiera que las haya visto, y deberían considerarse parte de su patrimonio. Aunque ningún archivo las reúna todavía.

En los años en que trabajé para Barcelona Televisió (BTV) como programador, existía el empeño de constituir ese archivo, un deseo que el entonces director de la cadena, Manuel Huerga, ya había manifestado cuando trabajaba en el departamento audiovisual del CCCB. Junto con Josep Rocafort, productor, y Joaquim Romaguera, historiador cinematográfico, en BTV se localizaron y programaron multitud de títulos rodados en Barcelona, muchos de los cuales no se emitieron íntegramente, pero pasaron a formar parte de un archivo que nutrió multitud de reportajes y documentales.

El empeño que especialmente se puso por recuperar imágenes de cineastas y *amateurs* –las más propicias a desaparecer o permanecer invisibles– fue el esfuerzo más provechoso. Muchas provenían de la Filmoteca de Cataluña, otras tantas de archivos familiares que Romaguera rastrea y conseguía para *la causa*. Desde aquella posición, pude observar perfectamente el modo en que aquellas imágenes eran revisadas y apreciadas por una nueva generación de realizadores que, lógicamente, estaban forzados a trabajar sobre Barcelona como tema una y otra vez.

Y, desde aquella mirada, la Barcelona que afloraba, la que emergía del celuloide como interesante, poco o nada tenía



que ver con los más sonados títulos a los que la ciudad ha prestado su palmito, como la firmada por Almodóvar.

Por el contrario, la Barcelona que aparece en *Furia española* (Betriu, 1975), *Los Tarantos* (Rovira Beleta, 1963), *El último sábado* (Balañá, 1966), *Ocaña, un retrato intermitente* (Pons, 1978) e incluso la que se adivina en *Apartado de correos 1001* (Salvador, 1950) o *Vida en sombras* (Llobet, 1952), constituían siempre un sabroso descubrimiento para cualquiera que las viese por primera vez, a pesar de no ofrecer una estampa almibarada de la ciudad. O precisamente por ello.

Desde luego, se trataba de una experiencia más intensa que la proporcionada por Antonioni (*El reportero*, 1975), Ferreri (*Dillinger ha muerto*, 1969) o Stillman (*Barcelona*, 1994), tras rodar entre nosotros.

Por otra parte, el *pesebrismo* con que es recreada la Barcelona del pasado en *La ciutat cremada*, *La plaça del Diamant*, *La ciudad de los prodigios* o *La dama de Shanghai*, difícilmente contribuirán a que la ciudad componga una huella cinematográfica propia, aunque por razones obvias siempre formarán parte de toda lista encabezada por un “Barcelona en el cine”.

La importancia que el cine *marginado* adquiere en el retrato de la ciudad quedó refrendada en la serie televisiva *Crònica d'una mirada*, emitida por el Canal 33 y en la que, con orden y presupuesto, pude reconocer el anhelo documental de BTV por *el otro relato* de un tiempo y un lugar. La serie recorría las décadas grises en Cataluña (60-70) mediante formatos cinematográficos no profesionales o, cuando menos, no pensados para la explota-

ción comercial. Inevitablemente, Barcelona centraba casi todo el metraje y lo hacía con imágenes e historias que ya son documentos excepcionales, como *Un Viernes Santo* (Tharrats, 1960), *El alegre Paralelo* (Ripoll-Freixes, 1963) o las ácidas crónicas de Carles Barba (*Aspectes i personatges de Barcelona*, 1964).

La serie incluía también documentales que eran verdaderos manifiestos, cuando no mazazos, contra el sistema o las instituciones. Y, sobre todo, eran pedazos de realidad que ahora cobran un valor innegable, como los testimonios de Llorenç Soler sobre la inmigración que recibíamos (*Largo viaje hacia la ira*, 1969).

Barcelona ha tenido en el documental un espejo crítico que, en los últimos años, ha articulado mejor que ningún otro medio las inquietudes de una ciudad viva y en transformación: *En construcción* (Guerín, 2001), *De nens* (Jordà, 2003) o *Can Tunis* (Toledo y González Morandi, 2007) serían ejemplos de ello, pero podrían sumárseles otros ejercicios en los márgenes del género, como *El Taxista Ful* (Sol, 2005) o *Waha* (Lapuente y Romero, 2002), en las que se recorre la piel de la ciudad junto a personajes tan excéntricos que acabamos tomándolos por reales.

El porqué de la inclinación que las pantallas muestran por la *incomodidad urbana* no es fácil de entender, quizás sea una de esas leyes que definen su sentido de la fotogenia.

Creo que no me atrevería a combatirla. En la medida en que el conflicto hace atractivo al cine, hay motivo para creer que las pantallas siguen agitando más de lo que adormecen. **M**

**En ciudades que ambicionan una gran proyección como Barcelona, parece inevitable la tentación de promover la ciudad a través de películas-postal. En realidad, una imagen amable y la ausencia de conflicto no contribuyen a la universalización de un lugar.**



A menudo el viaje es una huida y, por tanto, una de las formas de la cobardía. Es una vestimenta con que ataviamos de colores rutilantes la incapacidad de resolver nuestros problemas, lo que demuestra que es un acto muy humano y potencialmente entrañable.

# Viajero cobarde, viajero quimérico

Texto **Joan-Lluís Lluís** Escritor

No me muevo a menudo y, cuando me muevo, me muevo a mi pesar. Al regresar de moverme estoy contento de haberlo hecho, pero cuando me tengo que volver a mover, lo hago a mi pesar. Así, la satisfacción provocada *in fine* por el hecho de haberme movido no es un aliciente suficientemente placentero para incitarme a pensar que moverme sea un propósito entusiastamente capaz de reservarme una dosis quizás imprevisible de felicidad. No tengo ganas de volver a empezar. Sin embargo, no creo ni quiero hacer creer que la inmovilidad sea superior o preferible al movimiento. Creo, simplemente, que la literatura, el cine, el pensamiento y la publicidad han revestido el movimiento, es decir, el viaje, de unas virtudes pretendidamente superiores. Y que estas virtudes no son a menudo sino una de las coartadas que tenemos los humanos para no mirar dentro de nosotros, por miedo a ver el vacío que todos, poco o mucho, llevamos dentro. Y no creo ni quiero hacer creer que la inmovilidad sea en sí una manera más eficaz de mirar dentro de nosotros, de enfrentarnos con el vacío interior y de intentar llenarlo, ya que hay mil y diez mil maneras de evitar mirar allí donde no tenemos ganas de mirar...

Pero el viaje sólo tiene las virtudes que le han dado aquellos que quieren excusar su propia incapacidad a la inmovilidad. Desde este punto de vista, el viaje es frecuentemente una huida y, por lo tanto, una de las múltiples formas de la cobardía. Es una vestimenta con la que ataviamos de colores rutilantes nuestra propia incapacidad de resolver nuestros problemas, y ello demuestra ante todo que el viaje es un acto profundamente humano y, por tanto, potencialmente entrañable... Esta cobardía explica que el viaje se haya convertido en una industria de masas, una industria que genera mercancías que se nos anima a consumir. "El año pasado me compré un cortacésped y fui a Túnez, este año, como tengo más dinero, me compraré un televisor mural e iré a Tailandia". Nos venden el viaje como nos venden aspiradores y nosotros lo compramos, no porque nos atraiga especialmente tal o cual lugar del planeta, sino, únicamente, porque

tenemos los medios económicos para comprarlo. Cuando la tecnología del viaje aéreo haya avanzado lo suficiente, los *tours operators* nos podrán proponer la vuelta al planeta en cinco días (escalas en Roma, Moscú, Tokio, Las Vegas y Dublín la noche de Saint Patrick); nos entregaremos a ello, persuadidos de estar a punto de vivir una experiencia única de descubrimiento y de convivencia. El descubrimiento y la convivencia son tan sólo excusas. Y las legiones de turistas que pasan de avión a tren, de tren a autobús y de autobús a barco no hacen nada más que poner en práctica su derecho no de ciudadano de visitar el mundo para disfrutarlo y entenderlo, sino de consumidor de alquilar una parcela por unos fugaces momentos. Vamos a ver *in situ* lo que hemos visto en la televisión, para comprobar si corresponde, y reemos para que se corresponda, puesto que estos viajes no están pensados para descubrir sino para tranquilizar, son un sedante. El cristal del autobús a través del cual se contempla el paisaje es la transposición móvil de la pantalla del televisor, que se mira vagamente esperando la hora de comer... El turista contempla el paisaje y, naturalmente, observa a los autóctonos como parte integrante del mismo, pero no por ello el turista tiene ganas de comunicar con los autóctonos. Por esta razón las pretendidas promesas de encuentros, intercambios de experiencias, de momentos tan profundamente humanos no son nada más que eslóganes publicitarios ideados para hacernos creer que somos personas curiosas, ávidas de descubrimiento y de enriquecimiento interior. Muchos turistas viajan para hacer encuentros humanos, pero no de autóctonos, sino de vecinos de asiento, que hablen la misma lengua con el mismo acento y sean nativos del mismo país, si es posible de la misma ciudad; vecinos con los que encontrarse en puntos comunes y quizás a quienes enviar alguna postal en un viaje futuro realizado con otros vecinos de la misma ciudad.

De vez en cuando, naturalmente, pasa algo que nos conmueve. Como dijo Goethe al cabo de unas semanas de deam-



bular por Italia: “Casi no me conozco, diría que soy otro hombre”. Pero este algo que pasa a menudo es apenas más que una anécdota que apuntamos mentalmente para poder explicarla, y eso significa que viajamos pensando ya en el momento del regreso, vivido como el punto álgido del viaje. Viajamos con frecuencia solo para calmar la sed de tener algo de nosotros que contar a los demás, y por ello el regreso es el momento crucial, esperado y anticipado. Y si algún mesías condenase a un nuevo judío errante al eterno vagabundeo, el sufrimiento del desagraviado sería insoportable porque este viajero, como inmortal consumidor moderno de rutas turísticas, nunca podría volver a su casa para explicar todo lo que ha visto y hecho, abriendo el baúl de recuerdos de vacaciones delante de sus parientes, aliados y compañeros de trabajo. Sería privado –cruel tormento– de la inefable gracia del regreso, cuando nos descubrimos supervivientes de aquella gran aventura que nos han vendido y que podemos presentarnos a los demás como casi heroicos, Ulises de comarca, Indiana Jones de planta baja, Marco Polo del tres al cuarto...

No puedo negar que las vivencias viajeras pueden ser magníficas, divertidas, conmovedoras o aventureras. Y yo mismo podría, aquí, explicar algunas, tomadas de mi memoria de viajero a mi pesar. El paseo en barca que tomamos prestada clandestinamente en una cala de Irlanda, una borrachera monumental alrededor de un fútbol en una aldea de Cerdeña, los canes gigantes de los vendedores de

hachís de Copenhague, un marroquí de Londres enfurecido porque creía que yo era italiano, el amor hecho a la sombra de unos pinos de Malta, un baile tradicional en Bretaña en el que el hecho de ser catalán me permitió entrar gratis (¡alabado sea san Francesc Pujols!), los taxistas estafadores de México... ¿Y qué más...? ¿Estos recuerdos son algo distinto del equivalente mental de las fotografías que intentamos enseñar a todo el mundo y que, inexplicablemente, parecen aburrir a todo el mundo? ¿Sirven para algo más que para ritmar nuestra vida y convencernos de que mientras vivíamos aquellas experiencias estábamos, precisamente, vivos? ¿Nos ha alimentado, nutrido, abrevado, todo esto? ¿O no será que el viaje nos ha servido para escapar a nosotros mismos durante seis días y cinco noches a pensión completa?

Seguro que me dirán que es todo lo contrario, que los ejemplos pululan de viajeros formidables que han dejado constancia escrita de las increíbles riquezas que les ha ofrecido el viaje. Y que, además, podemos sumar a ello un montón de autores de quienes quizás no sabemos si viajaron, pero que describieron tan bien el ritual del movimiento que crearon auténticas vocaciones de viajeros entre sus lectores. Podríamos, por tanto, convocar aquí mismo a Bruce Chatwin, Blaise Cendrars, Josep Pla, Homero, Joachim du Bellay, Jim Harrison, Montaigne, B. Traven, Ernest Hemingway, Malcom Lowry, Jules Verne, D.H. Lawrence, Jack Kerouac... Todos ellos han marcado los espíritus, en algunos





“Nos venden el viaje como nos venden aspiradores y nosotros lo compramos, sólo, porque tenemos los medios económicos para comprarlo”.

casos incluso los espíritus de gente que no les ha leído y, hoy, participan directamente en enriquecer las compañías de aviación de bajo coste. Sí, Arthur Rimbaud es un aliado objetivo de Ryanair. Pero el viaje, dicen tantos de estos autores y tantos lemas publicitarios, el viaje es una iniciación. De acuerdo. Pero si admitimos que esta iniciación vivida en el transcurso de un viaje consiste casi exclusivamente en encontrar soluciones de supervivencia –menor o mayor– en medio desconocido, entonces quizás hay que reconocer que el viajero que pretende iniciarse no tiene mucho más mérito que una rata de laboratorio metida en un laberinto y cronometrada por científicos bostezantes. ¿Se puede decir que la rata que ha encontrado la salida, que ha sabido tropezar con el trozo de queso o ha podido evitar la descarga eléctrica y que se ha reintegrado a su jaula se siente como Jàson cuando, después de haber conquistado el vellón de oro, “se volvió, lleno de uso y de razón, a vivir entre los suyos el resto de su edad”? Con toda evidencia alguna rata debe volver al cubil con el sentimiento de haber vivido una gran aventura y de estar mejor pertrechada para comprender el resto de su vida. Con toda evidencia. Así pues sería absurdo y loco negar que entre las decenas de millones de personas que se desplazan cada año bajo la etiqueta *viajero* un cierto número, probablemente bastante cercano al cero coma uno por ciento, vuelve a su casa con un sentimiento similar de realización personal. Debe de ser un número más o menos equivalente al de personas inmóviles o, simplemente, sedentarias, que consiguen un sentimiento equivalente sin haber viajado.

Naturalmente, la maduración realizada en estado sedentario –aquellos que van “de la ventana a la butaca y de la butaca a la cama”– es bastante menos espectacular que las grandes conmociones identitarias sufridas en ciudades tentaculares, pistas polvorientas y oscuros callejones, y hace que se vendan menos libros, menos DVD y menos billetes de avión. Entonces viajamos porque pensamos que los milagros son más fáciles allí, al otro lado de nosotros, porque queremos creer que el destino nos elegirá con más benevolencia si lo vamos a buscar fuera, porque suponemos que nuestra estrella está hecha para brillar bajo cielos inmensos y no sólo bajo el techo descolorido de nuestro comedor. **M**



Piriápolis posee rasgos comunes con territorios turísticos del Cono Sur americano, y particularidades que lo distinguen como ejemplo singular de construcción, desarrollo y mutación de un modelo.

# Piriápolis: modelo territorial y turístico en tres tiempos

Texto **Mabel Olivera**, **Salvador Schelotto** y **Álvaro Soba** Taller Schelotto. Montevideo

Piriápolis es un pequeño centro balneario de la costa del departamento de Maldonado, Uruguay; con poco más de 7.000 habitantes permanentes y más de ciento veinte años de existencia. La excepcionalidad de su geografía, formada por el encuentro del litoral platense con las estribaciones de la Sierra de las Ánimas (jalonada por los cerros Pan de Azúcar, San Antonio, de Las Flores, del Burro, del Toro y de los Ingleses), determina una conformación topográfica inusual en el contexto uruguayo, en la que las serranías descubren la secuencia de playas arenosas y puntas rocosas, en las que se ubica una urbanización de neto corte turístico. A las cualidades escénicas del paisaje se agrega un clima marítimo, playas de arenas

blancas y aguas oceánicas que formalmente pertenecen al Río de la Plata<sup>1</sup>, áreas naturales de gran valor ecológico y un ambiente aún poco alterado.

La proximidad con Montevideo y su Región Metropolitana (poco más de 90 km de la ciudad capital), así como su relación con el conglomerado Maldonado-Punta del Este-José Ignacio (aproximadamente 40 km), marcan ventajas y desventajas de la conectividad de Piriápolis y su micro-región con las áreas dinámicas del territorio nacional y la región sur del MERCOSUR.

Cuando Francisco Piria comenzó a delinear -hacia 1890- su sueño de desarrollar en el litoral platense de Maldonado



## “La ambición de Piria le llevó a levantar de la nada una ciudad turística enmarcada en un proyecto territorial, con chalets, palacios y hoteles, congruente con la construcción identitaria del país”.

una arcadia turística que acogería el turismo argentino, no imaginó las alteraciones y las mutaciones que en más de un siglo registraría el modelo primigenio.

Piria, un empresario, especulador inmobiliario y propagandista, signó con sus remates de solares a plazos la expansión de Montevideo en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

Su ambición lo llevó a levantar de la nada una ciudad turística enmarcada en un proyecto territorial, con chalets, palacios y hoteles, congruente con la construcción identitaria del país.

Piria se describe a sí mismo y muestra su visión del mundo en el panfleto de 1898 *El Socialismo Triunfante. Lo que será mi país dentro de 200 años*. En él aparece un futuro deseado, a partir de una crítica a la ética, política y costumbres de su tiempo y se describen con sorprendente anticipación situaciones como el ascenso económico de Asia, armas de gran poder destructor que darían fin a las guerras, y cambios en la estructura urbana de Montevideo a partir de la intervención en el espacio público. La tecnología con un papel protagónico, permitiría cambios notables en el transporte y las infraestructuras (conexión total del país a través de canales y carreteras), posibilitado por el desarrollo de instituciones de enseñanza que darían notables científicos y profesionales al país.

Su máspreciado sueño, la ciudad de Piriápolis, es descrita e imaginada en el 2098. Luego de haber dormido 200 años, Piria despierta del sueño “cataléptico” y ve su obra transformada en una ciudad majestuosa. “Aquella ciudad, que los que más benévolamente hablaban de ella calificándola de ciudad ilusoria, una quimera, pronosticando que no pasaría de un villorrio, estaba allí ante mi vista, extendida voluptuosamente en el espléndido valle, llena de movimiento, llena de vida, y rebosando progreso”.<sup>2</sup>

Su empresa, “La Industrial”<sup>3</sup>, que perviviera hasta avanzada la década de los años 50, fue una suerte de emporio inmobiliario. Piriápolis constituyó la mayor apuesta del original promotor y desarrollador inmobiliario: su legado es un acervo de gran valor económico y cultural.

Varias piezas de ficción se inspiraron en la costa serrana y en Piriápolis tanto en la literatura como en el cine, desde el genial cuento de Juan José Morosoli *El viaje hacia el Mar* (1952) (y el film de Guillermo Casanova que lo versionó en 2003), pasando por la novela *Asesinato en el Hotel de Baños* de Juan Grompone (1993) hasta la desolación del Argentino Hotel en la premiada *Whisky*, de los cineastas Rebella y Stoll (2004).

### Uno. Génesis de una arcadia platense

La propuesta primigenia de Piriápolis constituye un ejemplo de estructuración territorial compleja fuertemente articulada.

Ambiciosa conjunción de propuesta productiva: plantaciones forestales, de vides y de tabaco, bodegas, canteras de granitos y materiales de construcción, escuelas e iglesias, infraestructura portuaria y ferroviaria propias; “pueblo obrero”, equipamientos turísticos, hoteles y chalets; embalses, jardines, monumentos, parques y plazas; trazado urbano monumental en el que se destaca su pieza más glamorosa: la *comiche* litoral que al modo de la *Côte d’Azur* hilvana la orla costera desde la Punta Fría, pasando por el Puerto hasta la Playa Grande.

La escala del “Vapor de la carrera” que la unía con Buenos Aires y Montevideo, la construcción e inauguración hacia 1930 del Argentino Hotel sobre la Rambla de los Argentinos, jalonan el apogeo de una visión tardía muy Belle Époque.<sup>4</sup>

En este tiempo se desplegó en toda su complejidad la utopía de Piria, desarrollando emprendimientos turísticos junto con el negocio de la urbanización, venta de solares a plazos y construcción de casas, a la vez que se explotaron recursos minerales y actividades agroindustriales que complementaron la diversificación del modelo.

### Dos. Crisis del “modelo de país balneario”

La celebración del Centenario nacional en 1930 encontró a Piriápolis en su apogeo, así como en los límites de sus propuestas más audaces. Ya en los años 40 del siglo XX la oferta turística de Piriápolis queda relegada a un segundo plano frente a la pujanza y atraktividad de Punta del Este, ostentando un esplendor propio. Testimonio de ello son la multiplicidad de chalets, *petit hotels* y edificaciones de dos o tres plantas de estilo Art Déco destinadas a hoteles (muy similares a las de los 30 y los 40 en Miami Beach, hoy objeto de culto).<sup>5</sup>

El modelo se desarrolla en amanzanamientos con predios pequeños en el área central y más generosos a medida que se alejan del mismo, destinados a pequeños hoteles, comercios y a vivienda individual de temporada. La tradicional “casa de veraneo” o de “fin de semana”, propia de las capas medias y medias bajas urbanas, encontró su lugar en Piriápolis junto con residencias de mayor suntuosidad.

Los argentinos continuaron llegando, tanto para alojarse en sus hoteles como para ocupar viviendas de temporada, sea bajo la modalidad de alquiler o en propiedad. En ese tiempo, Piriápolis conservó atraktividad para el turismo regional, fundamentalmente argentino, convocando a sectores de menor poder adquisitivo que los que procuraron el destino Punta del Este. Tales condiciones estigmatizaron al público de la propuesta de Piriápolis (de “medio pelo”), contrastando con la glamorosa Punta del Este.

Tales características conformaron una oferta relativamente estable, que se mantuvo hasta los años 50 y 60 del siglo XX



© Yuri M.Rothschuh

**El modelo de “país balneario”, que llegó a su apogeo en los años treinta, empezó a declinar un cuarto de siglo después.**

**El dinamismo de las transformaciones turísticas de Uruguay sitúan hoy a Piriápolis ante nuevas perspectivas y potencialidades.**

a partir de los cuales comenzó a declinar. Será con la crisis del país, el estancamiento productivo de mediados de los 50 y de los procesos simultáneos de redistribución regresiva del ingreso y de escalada autoritaria en los 60 y los 70 cuando comience la decadencia del modelo.

No es un dato menor la obsolescencia del equipamiento hotelero y la pérdida de atractividad en relación con otras ofertas en la región. El deterioro de la infraestructura turística conjugado con intervenciones desafortunadas en la ladera del Cerro San Antonio y Rambla de los Argentinos, con severas afectaciones visuales y pérdida de calidad paisajística, marca la alteración del equilibrio entre áreas edificadas y condiciones escénicas del paisaje.

Un hecho no menor es la pérdida de calidad de las playas urbanas, severamente erosionadas y afectadas en tramos importantes por la estructura de la Rambla de los Argentinos (la *corniche* afrancesada) y la ampliación del puerto. Gradualmente se van abandonando los proyectos agroindustriales y se desactivaron el ferrocarril y el transporte fluvial de pasajeros. A su vez el puerto se volvió un factor de deterioro.

Los 80 y 90 fueron para Uruguay años de recuperación de las instituciones y de desarrollo de nuevas miradas sobre las ciudades y territorios, al tiempo que banco de ensayo de políticas económicas y sociales neoliberales que condujeron a hondas fracturas sociales (así como en otros países latinoamericanos) y a importantes afectaciones a los activos territoriales. En ese tiempo, Piriápolis registró expectativas frustradas y se mantuvo en una suerte de latencia, a la espera de iniciar un camino nuevo.

### **Tres. Reconversión del modelo turístico del litoral platense**

En el tiempo presente, el dinamismo de las transformaciones en los territorios turísticos en Uruguay es señal de fuertes cambios en su sociedad, su economía y su cultura, así como de su nueva inserción internacional.

El albor del siglo XXI encuentra a Piriápolis y a su microregión en una encrucijada. Las nuevas conformaciones territoriales plantean la continuidad “rururbanizadora” que conforma un sistema litoral que va de oeste a este desde el Balneario Solís (en la desembocadura del Solís Grande, límite entre Canelones y Maldonado), pasando por los balnea-

rios Bella Vista, las Flores, Playa Verde, Playa Hermosa y Playa Grande, incluye a Piriápolis y se proyecta al este por la Punta Fría, los balnearios San Francisco y Punta Colorada hasta la Punta Negra, donde se abre un amplio arco de playa que culmina en Punta Ballena, que pertenece al sistema Maldonado-Punta del Este.

Este sistema territorial de fuerte determinación lineal costera se interna en el territorio rebasando las trazas de las rutas 10, 93 (actual ruta Interbalnearia) y 9 (antiguo Camino a Maldonado), incluyendo centros poblados, atractivos turísticos y territorios serranos (Pueblo Gregorio Aznárez, estaciones Solís y Las Flores, ciudad de Pan de Azúcar, urbanizaciones de alto estándar en el Cerro Betete).

Tales proyecciones apuntan a diversificar la tradicional oferta de “sol y playa” y se complementan con alternativas de agroturismo, turismo ecológico, posadas y hoteles de campo y formas de segunda residencia no asociadas con el fraccionamiento balneario (“chacras marítimas” y urbanizaciones residenciales de alto estándar).

Las perspectivas de desarrollo portuario, ampliando las actuales instalaciones deportivas para albergar un mayor número de amarras, volver a recibir el flujo de transporte fluvial de pasajeros y vehículos (para el cual el Puerto de Punta del Este es inadecuado) y además ser parte del circuito de cruceros, muestran su potencial como nodo regional y de intercambio modal.

De esta manera, se perfila como un *cluster* turístico asentado en una fuerte estructura territorial que se proyecta en el siglo XXI como opción de desarrollo de turismo sostenible. **M**

#### **Notas**

- 1 Convencionalmente el Río de la Plata llega hasta Punta del Este, donde comienza el Atlántico.
- 2 Francisco Piria, *El Socialismo Triunfante. Lo que será mi país dentro de 200 años* (edición original de 1898); 2a ed., Montevideo: Rutrin, 2006.
- 3 En la cual trabajó como administrativo Mario Benedetti y en la que dicen se inspiró para sus “Poemas de la oficina” y los cuentos de “Montevideanos”.
- 4 Ver, entre otros, Raúl Jacob, *Modelo Batllista: ¿variación sobre un viejo tema?*, Montevideo: Proyección, 1988, y *La Quimera y el oro*, Montevideo: Arpoador, 2000.
- 5 Otra analogía con Miami Beach es que la comunidad judía montevideana eligió como uno de sus lugares de veraneo Piriápolis e impulsó su auge constructivo. Los hoteles familiares de Miami y de Piriápolis son testimonios en dos hemisferios de similares respuestas tipológicas y constructivas a un turismo de bajo costo y masivo.



# Propuestas/ respuestas

Para Josep Maria Bernadas, reducir el turismo a su dimensión mercantil es un planteamiento empobrecedor. Pese a los avances teóricos sobre el tema, a las ofertas existentes les sigue faltando un proyecto integrador en el entorno.

Mario Gaviria considera, frente a la hostilidad de la progresía ante el turismo, que las playas y ciudades españolas son unos laboratorios de convivencia alegre y pacífica aún no lo bastante valorados.

Por su parte, Joan Ramon Resina situa el turismo en el marco de una estrategia de globalización, el llamado “modelo Barcelona”, que define como un proyecto de reconstrucción de la ciudad al margen de sus raíces culturales.

## ¿Qué turismo queremos?

Texto **Josep Maria Bernadas** Editor de la revista *Altair*

¿Qué le pedimos al turismo? ¿Qué espacio le reservamos en nuestra vida? ¿Y en nuestro entorno? ¿Por qué nos atrae viajar o hacer de turistas, que para el caso es lo mismo? ¿Qué nos desagrada de la actividad turística? Más allá de otras consideraciones, nuestra opinión sobre estas cuestiones dependerá siempre de cómo las contemplemos.

Si lo hacemos desde una perspectiva individual, es fácil darse cuenta de que el viaje, o el turismo, tanto da, es un instrumento que sirve para todo lo que nos apetezca. Para romper la rutina, conocer gente nueva, acercarnos a otros territorios, pueblos y culturas, formarnos un criterio propio de los lugares que visitamos o descubrir nuevas inquietudes que ni tan sólo esperábamos. Pero también se hace evidente su vertiente negativa. Sólo hay que evaluar la erosión que siempre conlleva la afluencia de grupos y las distorsiones que puede originar la irrupción excesiva de transeúntes en la dinámica de la sociedad que los acoge.

Si, en cambio, observamos cuáles son los fines visibles de las empresas del sector turístico y cómo actúan las instituciones y los organismos que se relacionan con ellos, también se constata que, a menudo, el único horizonte que les mueve es alcanzar resultados económicos inmediatos, descuidando otras opciones que serían trascendentes para el interés general. Desde estas instancias no se tiene suficientemente en cuenta lo que, desde una política ambiciosa e imaginativa, se podría alcanzar a medio y largo plazo, en beneficio del interés público y del impulso empresarial.

Reducir la percepción del turismo a su dimensión mercantil es un planteamiento limitado y empobrecedor, en total desacuerdo con las directrices que defienden los buenos especialistas, tanto los que trabajan en círculos académicos como los que constituyen la vanguardia de la planificación responsable. Y hay que subrayar que casi todos ellos las fundamentan en unas estimaciones similares. Parten de la evidencia de que el desarrollo del turismo repercute, directa o indirectamente, en todos los ámbitos de la sociedad que la experimenta; entienden que sólo se puede alcanzar un crecimiento global armónico de la sociedad si se concilian las conveniencias reales de todos los grupos de intereses que tienen que convivir en su seno y, debido a su incidencia tan amplia y transversal, apuestan por convertir la planificación turística bien hecha, elaborada con la participación de todos estos grupos, en una ocasión privilegiada para definir de manera compartida las características del futuro colectivo que consideran deseable para todos. El segundo paso


es determinar colectivamente qué hay que hacer para llegar a la situación deseada y evaluar cuál tiene que ser el papel del turismo en la construcción de este proyecto común.

Después de estos antecedentes no deja de ser curioso que, al cabo de un montón de años de hilar fino en aportaciones teóricas, la aplicación de unos principios tan claros no sea perceptible en el panorama real. Se habla mucho de la consolidación de modalidades especializadas de turismo, como la cultural o la ecológica, que sólo por su denominación ya son prometedoras; pero, en realidad, la oferta existente sólo está formada por una suma de productos dispersos que se guían por criterios diferentes y responden a iniciativas igualmente fragmentadas, huérfanas de un proyecto integrador que las inserte como es preciso en su entorno. Pese a todo, la bondad de estas prácticas es indudable porque cumplen una función innovadora. Abren un espacio inédito de colaboración entre operadores que gestionan el turismo y estudiosos que aportan una interpretación en profundidad de los recursos del patrimonio natural y cultural que sirven de base a las propuestas de esta naturaleza. La suma de dos contribuciones tan complementarias se traduce en un valor añadido en forma de ideas, junto con una manera más ajustada de comunicarlas, y eso les da una efectividad insospechada. Hace posible una divulgación conceptual de calidad, amplía el horizonte laboral de profesiones que tenían una proyección más limitada, puede favorecer el desarrollo endógeno de lugares que así lo decidan, orienta las aplicaciones del turismo hacia la promoción de un ocio estimulante y creativo y convierte su oferta en opciones más deseables para los potenciales consumidores. En un momento en el que, desde la Administración, se quieren revertir resultados negativos de un modelo de sol y playa agotado, que es el que aún impera, tantas potencialidades aún hacen más incomprensible que no se otorgue a estos aspectos del turismo la atención que merecen. Si hay técnicos capacitados para hacerlo, ¿por qué no se utiliza como una herramienta de planificación?

Sin embargo, también hay que admitir que no todas las iniciativas que llevan el adjetivo de culturales son de fiar. A veces, las referencias al patrimonio, el arte, los conocimientos o el medio natural sólo son un barniz que oculta productos de lo más convencional, igual que ocurre a menudo con otras propuestas, como las que se autodenominan de turismo solidario. No basta con visitar unas comunidades determinadas, o ponerse a la sombra de quienes trabajan en la cooperación internacional, para citar abusivamente la solidaridad. Primero, se tiene

que garantizar que el dinero que mueve este turismo vaya a las manos de sus destinatarios y, es más, que sean ellos quienes controlen esta actividad y que existan unos mecanismos reguladores de sus efectos que lo hagan beneficioso para un desarrollo colectivo equilibrado. Esto lo saben muy bien las organizaciones que se implican de verdad en lo que hacen.

También es sugestivo apreciar que las preferencias de los posibles clientes del mercado turístico se acercan más a la expectativa de futuro que marcan las nuevas tendencias que a la oferta tradicional. Entonces, si las empresas turísticas pueden adaptarse a los cambios con más rapidez que las instituciones, ¿por qué todavía no han dado una respuesta proporcionada a lo que se espera de ellas? Posiblemente por las inercias que, en todos los ámbitos, el turismo arrastra desde sus orígenes, concentradas en la explotación de instalaciones hoteleras y en los grandes negocios inmobiliarios y de recalificación del suelo que lo acompañan. Muchos de los responsables políticos de encarrilar el turismo aún lo entienden de este modo y actúan en consecuencia, a la vez que las grandes empresas que pesan en el sector no hacen nada más que vender pernocaciones, comidas, transportes o servicios. De hecho, al final de cada temporada, el éxito o el fracaso sólo se mide con estos parámetros, y cuando los encargados del marketing turístico exponen sus objetivos, hablan exclusivamente de vender. Se proponen *vender* Barcelona, *vender* sol y playa, *vender* reconstrucciones históricas, *vender* festivales de música y danza, *vender* espacios naturales..., cuando está claro que una ciudad no se puede vender, ni la luz del sol, ni el azul del mar, ni las catedrales góticas, ni el vuelo de las águilas. Es un modo de hablar, fruto de una alteración inconsciente del lenguaje; pero el sentido que deja entrever es revelador.

Estamos ante un reto que debería modificar la noción que tenemos del turismo. ¿Somos capaces de seducir a los visitantes con toda la riqueza de planteamientos que se pueden hacer desde una ciudad viva como es Barcelona? ¿Sabemos utilizar el patrimonio histórico, o el paisaje urbano, para ir más allá de los tópicos? ¿O expresar desde un claustro románico la singularidad del mundo que lo hizo posible? ¿O transmitir todo lo que nos puede decir el bosque mientras oímos las pisadas de un rebeco? Si podemos fundamentar el turismo en una oferta intangible y estimulante de este tipo y, además, incentivamos la cohesión del territorio, la prestación de los servicios que le tienen que dar forma arrancará el vuelo de manera automática. Ahora lo hacemos al revés. 





## Propuestas/respuestas

# La España turística imprescindible e insustituible

Texto **Mario Gaviria** Sociólogo.  
Premio Nacional de Medio Ambiente 2008

Hemingway solía decir que Cuba y España eran los dos últimos grandes países donde vivir y divertirse, tierras de *gozadera*. Parece sencillo, pero el hecho de que España haya llegado a ser el segundo país turístico del mundo según ingresos y según número de visitantes ha requerido cincuenta años de esfuerzo titánico en el que se han dejado la piel tres generaciones. Es más difícil un éxito turístico rotundo, recibir 60 millones de turistas al año, que enviar un hombre a la luna o fabricar un misil. La demanda turística crece, de manera constante, al 5% anual desde hace cincuenta años. Muchos son los turistas y poco los destinos elegidos masivamente. Faltan destinos que no sean eternos...

El turismo produce y consume espacio y tiempo con la promesa, siempre latente, de llegar a producir emociones. Me refiero aquí al turismo urbano que suele ir de ciudades ricas a ciudades ricas, que tiene vocación universal, y es laico (no me refiero ni al turismo religioso ni al turismo de la naturaleza). En múltiples ocasiones el turista es un pobre diablo que no lo sabe: lo llevan, lo traen, va y viene, a veces en paquetes, y, a pesar de lo agotador del esfuerzo, reincide, repite una y otra vez. El turismo de masas es como el refresco de cola de dos litros: los cambios e innovaciones, a pesar de Internet y los vuelos baratos, no están siendo significativos. Las vacaciones, el domingo de la vida, sirven, como el turismo, para reproducir el buen funcionamiento del "sistema". El triunfo generalizado del capitalismo y el Estado de bienestar son los que generan el triunfo turístico.

Entre la progresía española ha habido una tradicional hostilidad hacia el turismo cuyo gran ideólogo y estratega pionero fue Fraga. Ningún otro político ni investigador ha vuelto a interesarse a fondo por el tema. Para la aristocracia y la alta burguesía el turismo de masas se vio como una competencia y se desprestigió con un argumento jerárquico y clasista: "se ha convertido a España en un país de camareros", que por fin han recibido el homenaje de Arias Cañete. Los turistas que vienen a España ya no van a los toros; los tablaos flamencos cerraron al enriquecerse e integrarse los gitanos, y los atletas sexuales ibéricos para nórdicos desaparecieron por gatillazo.

A pesar de todo, los turistas siguen viniendo. En mi libro *España a Go-Gó* (Ediciones Turner, 1975) acerté al afirmar que: "A medio plazo, para los europeos, España era imprescindible e insustituible". La misma previsión me atrevo a hacer para los próximos 35 años. Nuestras playas y nuestras ciudades son nuestra aportación al Estado de bienestar europeo. Hay dos temas clave, además del incremento del capital del conocien-

to y la formación de los jóvenes, para el futuro de España: el turismo (el 15% del PIB) y las energías renovables, especialmente la eólica, nuestra posibilidad energética sostenible.

El éxito de España, tierra comprometida sin pueblo elegido, es que compite globalmente como sociedad de servicios, especialmente de servicios personales, los más delicados. El turismo demanda y consume espacio. Tenemos que equipar y dotar de infraestructuras la franja litoral española de 50 kilómetros de fondo y las islas para llegar a acoger a una población total en España de unos 60 millones de habitantes. Algunos vienen como turistas, y de los que pasan, algunos se quedan repoblando el país. El turismo es alta tecnología social y antropológica, algo imposible de imaginar en Corea del Norte, en Argelia, Oriente Medio, Chechenia u Osetia.

El turismo es redundante y endogámico, va de ciudad en ciudad... en busca de la buena vida perdida... Parte de las ciudades, especialmente en los espacios más históricos, simbólicos o monumentales, se convierten, inevitablemente, en parques temáticos que horrorizan a los propios residentes. El error de los escasísimos investigadores en materia de turismo en el mundo es creer que con promociones adecuadas cualquier ciudad puede ser turística, y no es así. El turista elige y los hoteleros de las ciudades que triunfan son los que se adaptan mejor a la demanda, no los más agresivos.

Estoy de acuerdo con el gran sabio Oriol Bohigas en que no existe de manera formalizada el llamado “modelo Barcelona” que ahora es objeto del deseo de medio planeta. Es una de las mejores ciudades del mundo, por eso está saturada y es la única que ha recibido el premio del Instituto Real de Arquitectos Británicos. Es la mejor ciudad, y a pesar de que ya está entre las veinte más caras del mundo (junto con Madrid), los visitantes llegan cada vez en mayor número, y lo van a seguir haciendo en los próximos treinta años salvo catástrofe nuclear. Barcelona le ha robado clientela a París, a Venecia, a la Costa Brava, e incluso a Benidorm. Una ciudad bellísima, con calles todavía permisivas y seguras en las que al final el precio del paraíso acaba siendo lo de menos. Yo, que nunca me he sentido ni autoconsiderado turista, tengo cuatro ciudades preferidas: La Habana, Benidorm, Barcelona y Londres. Esta última, donde estudié Sociología hace cincuenta años, la he redescubierto recientemente con más edad y dinero y menos aventura. Una buena ciudad es aquella en la que te lo pasas bien y te despierta la libido... A partir de ahí, aterriza como puedas.

Cuentan que Camilo Sitte era un ingeniero austriaco que

escribió en los años diez del siglo pasado un maravilloso libro sobre *El arte de construir las ciudades según las normas de la belleza*. Cada invierno se iba a vivir a una ciudad italiana distinta, iba bien documentado sobre los mejores restaurantes, la torre más alta y el mejor plano. Otro sabio.

El turismo cordial y tolerante, la Champions League, el Estado de bienestar y el euro son, por este orden, los grandes éxitos de los que nos eligieron como destino para divertirse y tumbarse al sol, nos ayudaron a traer la democracia y nos europeizaron para siempre.

El turismo en las playas y ciudades españolas y especialmente en Benidorm y Barcelona son laboratorios de convivencia alegre y pacífica insuficientemente valorados y evaluados. Los europeos vienen, callejean, toman el sol y cerveza, a veces compran chalets, pero sin ningún tipo de colonialismo. Los británicos y alemanes van a salvar el litoral mediterráneo denunciando ante el Tribunal Europeo los desmanes urbanísticos.

En los próximos lustros podrían tomar importancia la creación y producción no sólo de emociones, sino de acontecimientos comunes y grandes fiestas convivenciales. Ello requeriría un turismo de inmersión, de larga estancia, contrario, por ahora, a los insostenibles energéticamente y frustrantes turísticamente vuelos de bajo coste. El turismo de inmersión requerirá tiempo, que es de lo que menos disponen, por ahora, los europeos, excepto los jubilados. En el sur y en el País Valenciano escaso de agua insisten en que la mejor lluvia es la lluvia de turistas sin prisas, y tienen razón.

En cuanto a Barcelona, habrá que esperar unos años a que pase el subidón, ya que es víctima de su propio éxito. Una ciudad magnética y una gente maravillosa que atrae a turistas e inmigrantes pobladores voraces. Barcelona está en un proceso doble de *benidormización* y *marsellización*.

Barcelona comienza a sufrir, sin que nadie se atreva a decirlo, del “malestar francés”, de la islamización *somarda*. Este tema es tan delicado que lo dejamos para otro artículo más incorrecto. Mientras tanto, aquí va mi propuesta estrella: comenzar los estudios y las gestiones para conseguir declarar ciudades patrimonio de la humanidad a Barcelona y Benidorm (La Habana Vieja ya lo es) y tratar a los barceloneses y benidormenses y a sus clientes como especie protegida sin peligro de extinción. Dejarlos como semilla para que otras ciudades aprendan y nos ayuden a compartir y sobrellevar el éxito, a salvar los muebles de la buena vida mediterránea. **M**





## Propuestas/respuestas

# Barcelona, ciudad de todos

Texto **Joan Ramon Resina** Jefe del Dep. de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos. Stanford University

Hace pocos días, saliendo del aeropuerto de San Francisco, oí a una pareja de jubilados que explicaba su viaje: “Empezamos por Barcelona y terminamos en Estambul”. Punto de partida (o de llegada) de muchos itinerarios, Barcelona tiene que ser referente de un importante microsistema turístico que engloba la arqueología del mundo antiguo y medieval, el arte del Renacimiento y los artefactos de una modernidad atenuada, pero al fin y al cabo homologable con la del centro y norte europeo. Barcelona ocupa una posición turísticamente estratégica en la medida en que es el lugar donde estos dos sistemas se intersectan. Y aún se observa un esfuerzo notable para incorporarla al sistema hispanoamericano, convirtiéndola en el punto más oriental del espacio geopolítico edificado por la conquista y colonización castellana de América del Sur.

La promoción de Barcelona como referente mundial del turismo y de la inmigración (puesto que es imposible pensar los dos fenómenos independientemente uno del otro) no deja de ser paradójica. Barcelona posee *elementos* de complejidad mediterránea: un posible origen cartaginés que se vislumbra en el nombre de la ciudad, un pasado romano medianamente recordado por un cercado de murallas, un románico resumido en las iglesias de Sant Pere y Sant Pau, y un gótico vistoso en el Tinell, las Drassanes y Santa Maria del Mar, además de un gótico postizo en los alrededores de la catedral, que puede pasar por genuino a los ojos de los turistas. Sumemos algunos palacios tardomedievales de la nobleza urbana y ya lo tenemos todo. Nada que ver con los imponentes conjuntos de Florencia, Venecia, Atenas, o la magnificente Estambul. Ni con los museos de metrópolis imperiales como Londres, París, Roma, Berlín o Madrid. Barcelona es pobre en museos y en conjunto arquitectónico, por lo menos hasta llegar a finales del siglo XIX, cuando los arquitectos locales adaptaron un estilo, el Modernismo, concediendo un valor de conjunto al espacio urbano. De aquel conjunto, mucho ha desaparecido víctima de la especulación, pero quedan muestras bastante interesantes –algunas geniales–, que muy bien justifican una visita.

En definitiva, Barcelona tiene entidad histórica, pero le cuesta darle relieve, entre otras razones porque ha destruido (o le han destruido) las formas materiales. Sin referentes objetivos es imposible ubicar el presente en el equilibrio entre retención y protensión, o sea, en aquella elasticidad del instante de la que surgen simultáneamente la historia y el futuro. Otra razón del déficit de escenarios historiables es el hecho, no por celebrado menos dramático, de que Barcelona es una ciudad de


aluvión, más campamento que ciudad, como lamentaba Joan Maragall a comienzos del siglo XX. Cataluña, se ha dicho muchas veces, es tierra de paso, encrucijada de etnias y naciones, y, muy significativamente, escenario de ocupaciones y violencias. Pensamos, sin ir más lejos, en la demolición del centro de la ciudad al final de la Guerra de Sucesión, en los bombardeos de Espartero, o en las quemadas de conventos e iglesias, especialmente dramáticas en 1836, 1909 y 1936. Estos hechos han marcado profundamente el imaginario colectivo de los barceloneses, como lo marcó la bárbara represión entre 1939 y mediados de los años cincuenta. Estos hechos se interiorizaron traumáticamente a la vez que se borraban del paisaje exterior, reducidos a una realidad fantasmagórica que los vuelve discutibles. Solo hay que recordar la polémica sobre las ruinas del Born, iniciada por unos autodesignados defensores de los libros ante las piedras, partidarios de enterrar uno de los pocos testimonios físicos de la destrucción del Estado catalán con el pretexto de dedicar el edificio a “lo que de verdad interesa a la gente”. Libros contra piedras; tesis contra hechos. Una polémica resuelta con la decisión de integrar el espacio en el circuito turístico, amenizándolo con un área comercial.

No nos engañemos. Los detractores de las piedras también lo eran de la historia. Abominaban del pasado –más exactamente, del conocimiento de unos episodios concretos– en nombre del progreso, lo que en Barcelona, desde 1939, ha significado el borrado de la historia. Ciudad receptora de enormes flujos humanos, que cristalizan en barrios de inquilinos provisionales o de gente que vive en provisionalidad, Barcelona ha acabado siendo un nombre de referencialidad dudosa. Poco a poco, ser *de* Barcelona ha ido convergiendo con ser *en* Barcelona, topónimo universal y cosmopolita. Ciudad de todos en sentido no figurado. Barcelona es una de las pocas ciudades del mundo donde *ser* sólo tiene inconvenientes. Antes uno era de Barcelona en contraste con otros que eran de Mollerussa, o de Maçanet, y eso daba tono e incluso algún privilegio. Ahora la situación se ha alterado. Ser de estos sitios aún quiere decir algo, confirma unas expectativas, sitúa. Ser *de* Barcelona es una *utopía*, un no-lugar. Los barceloneses *de toda la vida* están (estamos) diseminados por el mundo, constituyendo una diáspora inoficial e invisible, mientras que el mundo está en Barcelona.

Esta desvinculación en el tiempo y en el espacio, este no estar en su sitio, que nos afecta a todos los que tenemos Barcelona como referente en nuestro movernos por el mundo –y eso vale tanto para mí como para la pareja de jubilados que,

como yo, volvían a San Francisco– es intrínseca al “modelo Barcelona”.

Este modelo puede haber sido muchas cosas, algunas puramente retóricas, pero sin duda ha sido una estrategia de globalización. Los resultados están a la vista: hiperexplotación del suelo, densificación y expansión desbocada del espacio urbano, transición de una economía productiva a una de servicios con el turismo como sector *vedette*, liquidación de la intimidad cultural en aras del consumo. Sirva como ejemplo la transformación de Gràcia en espacio de ocio en poco más de veinte años. Gràcia es el paradigma de lo que sucedido en toda de Cataluña. Irónicamente, su carácter catalán y menestral ha sido el imán del cosmopolitismo corto de miras que se ha cebado en él. Antes, ser cosmopolita quería decir adaptarse a todos los lugares, no adaptarlos a la propia particularidad. Pero el “modelo Barcelona” perseguía crear un inconsciente histórico. Esta ideología, segregada por el municipalismo a lo largo de tres décadas, ha aplicado a la historia (y a la lengua y a la cultura) la misma política de expropiaciones que ha aplicado a los barrios reurbanizables y recalificables. Tanto es así que el llamado “modelo Barcelona” puede considerarse en justicia una enorme recalificación de todo lo que, habiendo resistido el embate del franquismo, había entrado vivo en la etapa democrática. En este contexto, el obsoleto conflicto entre ciudad y territorio, con que se disfrazó una lucha de muy distinto cariz entre Generalidad y Ayuntamiento en los años ochenta y noventa, resultó en un nuevo asedio, no por ideológico menos eficaz, de la tradición no reconvertida al catecismo socialista. Barcelona se reconstruía en clave de sociedad futurizable desprendida de sus raíces culturales.

Volcada en la economía del ocio y la construcción *locatis*, Barcelona se ha reflejado en los paraísos artificiales, a medio camino entre Miami y Las Vegas. En cuanto a oferta cultural, más bien poca y muy gestionada. Ahora, dicen que apuesta por la economía del conocimiento y el valor añadido. Uno no puede evitar preguntarse: ¿a qué se añadirá valor? Y, sobre todo, si aún quedan valores por añadir. 



## Exilio

**Clementina Arderiu**  
(1893-1976)

© CLEMENTINA ARDERIU  
OBRA POÈTICA  
EDICIONS 62 S.A., 1973

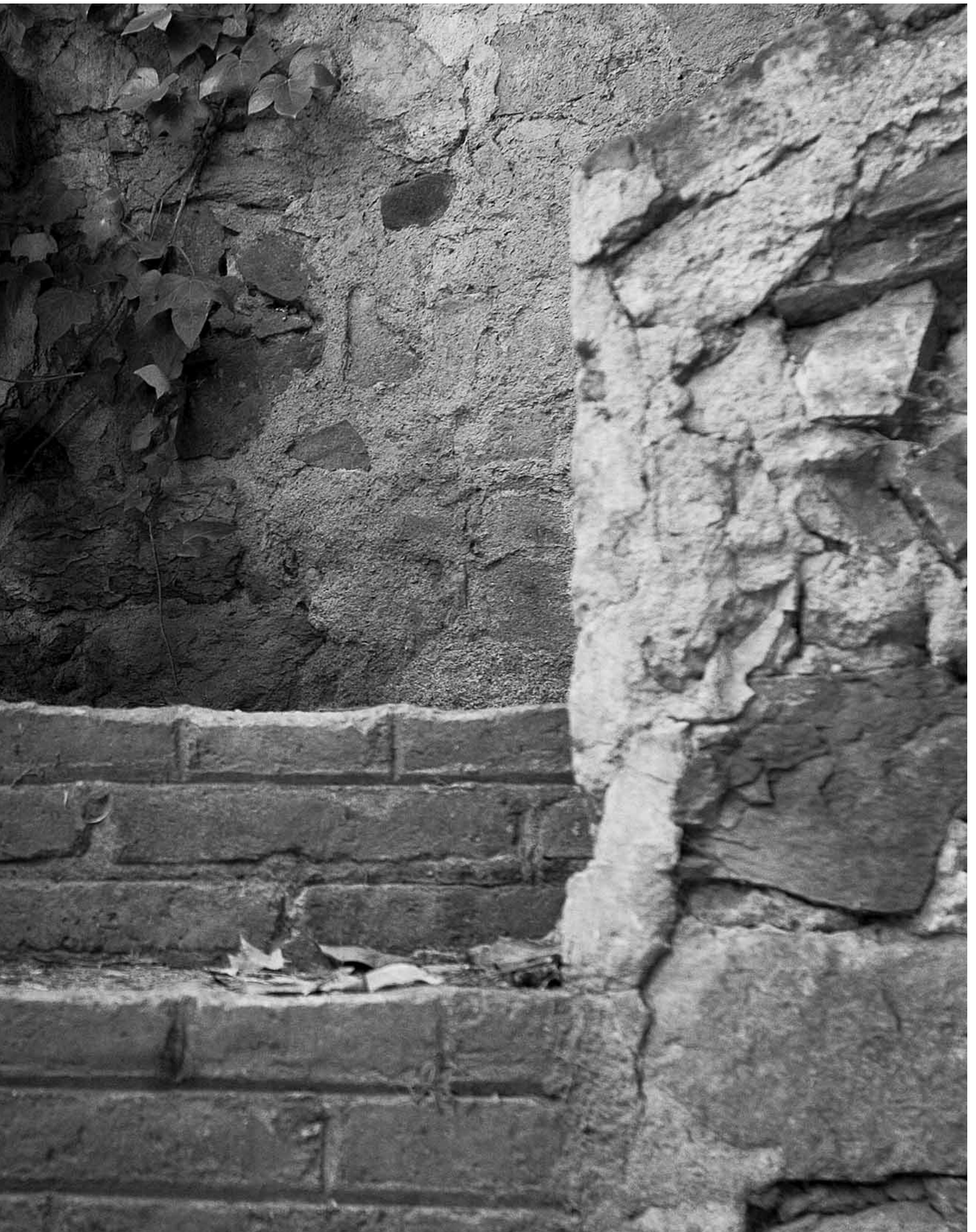
Traducción de Daniel Alcoba

Aunque guerreara  
guerra no hago  
contra quien amo  
¿quién me ha desviado?  
Estaba quieta  
y ha sido el viento,  
viento en la cara  
de descontento  
que me apartara  
de mi camino  
corriendo huía  
por mi destino.  
Voy aterida  
buscando abrigo  
soy extranjera  
cual vuestra vida.  
Lejos de viñas  
y de olivares  
no soy cobarde.  
Si nada digo  
es que no queda  
fuerza en mi voz  
que ocultar pueda  
las añoranzas,  
diáspora y veda  
de mi tesoro:  
la mar tan fina  
¿quién la viera,  
las extensiones  
de paseos, calles!  
Barcelonesa  
soy más que nunca.  
¿por qué me ha dado  
en pensar los sauces,  
en arboledas  
junto a los cauces?

¿Del agua dócil  
del río, qué fue?  
¿Sin los verdes  
de abril, qué haré?  
¿Y el aire tibio  
de mi jardín?  
Tú deberías  
ser la primera  
bella glicina,  
que floreciera,  
cerca del muro;  
donde aquel pino  
callado oscuro  
vela y suspira  
por tu follaje,  
cuando en el aire  
como en recelo  
todo el ramaje  
apunta al cielo.  
Y la higuera  
planta de miel,  
antigua y nuestra,  
y al mar fiel,  
vemos que brota  
dándose prisa  
por ser puntual.  
Y temblorosas  
manchas de sol  
rodean la sombra  
de la palmera.  
Yo la cuidaba  
como a una niña;  
y cada año  
“¿Cómo ha crecido!”  
decía encantada  
de sus progresos

con las regadas,  
dentro del cerco  
de las violetas.  
¡Pendula palma  
en aire tenue!  
Ahora la casa  
ya me es hostil.  
¿Te he perdido!  
¿Por siempre? No.  
Me veo, un día  
claro llegar  
a la gran costa  
del pinar nuevo  
que yo veía  
desde mi hogar.  
A media altura  
he de virar.  
El bello espacio  
que es Sarrià  
con la cintura  
de sus jardines  
que tantas rosas  
adentro celan  
ante mis ojos  
se mostrará.  
“Hola, palmera,  
¿sentirás tú  
mi despedida  
honda, dolida?”  
Las palmas tuyas  
asentirán.







## OBSERVATORIO





## La ciudad guapa

Barcelona ha de buscar la cohesión social respetando los derechos ciudadanos y a la vez evitando la idea de que el presente y el futuro derivan legítimamente del decreto de Nueva Planta. El eje de su “guapura” debe tener memoria, si no se la quiere convertir, y con ella a toda Cataluña, en un suburbio de otra cosa.

Texto **Jordi Coca**. Escritor

Cuando hace ya algunos años se inició la campaña de limpieza de fachadas de Barcelona, los responsables de nuestro municipio eligieron, para publicitarla, una palabra que constituye un barbarismo en catalán: guapa. De hecho, la elección fue muy consciente y diría que fue incluso oportuna, ya que pretendía destacar lo que ahora se ha dado en llamar, con intenciones no demasiado claras, la ciudad o la Cataluña reales. Al decir que la ciudad tenía que ponerse guapa, se proclamaba de forma subliminal que la catalanidad y la presencia castellana –mayoritariamente derivada de la inmigración de los años veinte y treinta, y que aumentó hasta la desmesura después de la guerra– eran complementarias. Y también algo esencial: que la cohesión social estaba por encima de cualquier otro valor. Ahora bien, también podía parecer que la injusticia histórica con relación al catalán, a los catalanes y a Cataluña era casi un hecho natural, una realidad indiscutible. En realidad era consecuencia de las políticas de la dictadura, y aceptando la primera como hecho consumado, las segundas quedaban legitimadas automáticamente.

Cuando se inició la campaña “Barcelona, posa’t guapa”, existía un amplio acuerdo que iba más allá de un partido concreto. En la nueva situación democrática todos parecían compartir el deseo de paz que posibilitaría la consecución de algunas grandes esperanzas. Desempeñó un papel histórico, por ejemplo, la opción estratégica que se había adoptado para evitar la partición “oficial” de Cataluña en dos realidades educativas. Pero también es cierto que, dadas las circunstancias concretas, una de las dos partes, la catalana, tenía que hacer acopio de paciencia y admitir que muchos problemas derivados del franquismo quedaban pendientes *sine die*. En otras palabras: la nueva realidad autonómica no constituía el reconocimiento real de unos derechos nacionales ni una rectificación histórica; no era más que una política de tira y afloja que no corregía las injusticias en el orden económico, social, lingüístico y cultural y que, en muchos sentidos, incluso las incrementaba. Con los años, ese panorama ha ido

derivando en la situación actual: el nacionalismo templado, pactista y más lírico que real de CiU ha pasado a la oposición; Maragall ha sido defenestrado de la presidencia de la Generalitat por haber intentado jugar una carta de futuro desde el socialismo; Montilla se ha convertido en presidente de Cataluña con ERC e IC, y el nacionalismo siempre impreciso y vago del PSC se ha evaporado, quedando únicamente un discurso retórico que sólo es catalanista cuando conviene a los intereses circunstanciales, al tiempo que los diputados catalanes son invisibles en las Cortes españolas. Sin embargo, el hecho de gobernar la Generalitat junto con los dos partidos citados ha acabado imponiendo unas lógicas que pasan por un relativo, puntual y testimonial enfrentamiento del Gobierno de Cataluña con la hegemonía del Estado.

Ahora la ciudad que tenía que ser guapa ha ampliado hasta el delirio su diversidad cultural y lingüística, y se ha convertido en un mundo que ya no tiene nada que ver con la integración y la cohesión que se pretendía al comenzar a limpiar las fachadas. Entonces constituía una paradoja que, al retirar la mugre acumulada durante el franquismo, se tuviera que admitir la realidad de la inmigración como un hecho consustancial, casi como una fuerza natural; y ahora, cuando el gobierno del país está casi totalmente en manos de los capitanes socialistas y declarados no nacionalistas, también resulta paradójico que surja calladamente, aunque con fuerza y por razones que no son nostálgicas ni folklóricas, el problema de quiénes somos o, si se prefiere formular de otro modo, la necesidad identitaria para definir el futuro. Esta paradoja la alimentan constantemente, tal y como ha recordado varias veces el propio presidente Montilla, las mentiras sistemáticas de Madrid, los desequilibrios fiscales, la financiación injusta, el desencanto político, la sensación de estafa y de expolio sistemático, las infraestructuras en estado cata-tónico, las injustas autopistas de pago, el empobrecimiento progresivo, las dilaciones interesadas en la aprobación de las grandes leyes, las lecturas tendenciosas de la realidad...



**El autor considera que de cara al futuro no es suficiente confiar en una especie de "mestizaje simpático". En la imagen de la página 96, establecimientos regentados por inmigrantes en Ciutat Vella.**

Naturalmente, hay que tener siempre en cuenta tres aspectos de gran calado que nos determinan y sin los cuales cualquier acercamiento a la realidad es provisional e interesado: el primero es que el problema de la relación de Cataluña y España tiene, como mínimo, trescientos años. A veces, la casuística cotidiana nos hace perder la perspectiva, pero conviene recuperarla para no errar el tiro: lo que hace o dice el presidente Zapatero hoy no se entiende sin situarlo en la articulación histórica que arranca del Decreto de Nueva Planta. El segundo aspecto que hay que tener presente es cómo se negoció la transición política y cuál fue el final del franquismo después de cuarenta años de dictadura sanguiñaria: sin ningún juicio, sin pagar ningún peaje, sin perder nunca el control real de la situación, con una democracia temerosa y vigilada. El tercer aspecto nos llevaría a preguntarnos qué han supuesto los veintitrés años de gobiernos pujolistas, a dónde nos ha conducido su pactismo, y a analizar si el haber contribuido a la gobernabilidad del Estado y a la redistribución de la riqueza, a nuestra costa básicamente, puede haber supuesto un paso definitivo en el proceso, hasta entonces forzado, de asimilación con la cultura y la lengua hegemónicas del Estado. Dicho de otro modo: a preguntarnos si el llamado nacionalismo de CiU no ha sido, en la práctica, un regionalismo que nos ha convertido en una provincia alejada, casi pobre, profundamente diglósica y que, además, a los ojos de los demás, resulta molesta y pedigrüeña. Naturalmente, aún se podrían añadir otros factores que enmarcan la situación actual, como, por ejemplo: la fuerza que tienen los estados en la Unión Europea o la disimetría que se ha aplicado entre el norte y el sur de Europa en el momento de resolver los problemas nacionales.

Dicho esto, se trata de saber qué pasa actualmente en Barcelona y en Cataluña con la guapura. La cuestión es cómo se tiene que administrar la situación que vivimos actualmente para preservar la cohesión social evitando, no obstante, que se consoliden las viejas injusticias o se creen otras nuevas mientras intentamos averiguar de cara al futuro cuál es el factor actual de integración que tiene que hacerlo posible. Se sabe, por experiencias ajenas, que la multiculturalidad no lleva a ningún sitio, que es una falacia vacía de sentido, y que en las sociedades democráticas y de mercado libre ese rompecabezas suele desembocar en conflictos graves y en una degradación social con bolsas de marginación potencialmente letales.

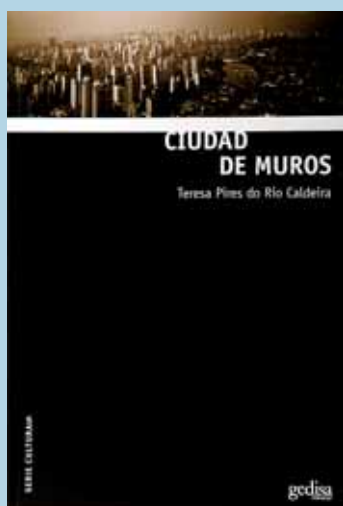
No podemos olvidar un hecho incontestable: la lengua catalana se enseña en los colegios, pero se ahoga en la calle; y es oficial, pero no tiene mecanismos legales para imponerse. Y naturalmente no es sólo la lengua. Con la lengua se vehiculan conceptos legales, valores estéticos, registros éticos muy profundos, tradiciones culturales diversas, unas determinadas jerarquías, la memoria histórica, unas actitu-

des espirituales... Porque resulta que la mayoría de recién llegados usan el castellano como lengua vehicular, desconocen completamente nuestra tradición cultural y también la castellana. Si fuese posible, que no lo es, Cataluña se convertiría en cuatro días en un territorio con habitantes y nada más. Y, como esto no es posible, hay que preguntarse: ¿qué será, pues? ¿Cómo tenemos que trabajar para que sea algo? ¿Basta con una especie de mestizaje simpático de cara al futuro? Grandes problemas los que se le plantean a la ciudad guapa.

Repasemos algunos datos. Por ejemplo: en Barcelona hay actualmente unos 300.000 residentes extranjeros (y cuidado con el término extranjero, que es delicado en sí mismo), mientras que en el año 1980 no llegaban a los 100.000. Ahora parece ser que hay unos 15.000 paquistaníes, y por aquel entonces había 250. Ahora hay 14.000 marroquíes, y entonces, la mitad. Ahora hay 23.000 ecuatorianos, y entonces sólo había 1.000... Es igual, todos sabemos de lo que estamos hablando, y ciertamente esta nueva población es positiva y nos enriquece en muchos sentidos. Pero se tiene que canalizar, se tiene que gestionar desde unos puntos de vista concretos y a partir de una legalidad que permita diseñar el futuro. Y el nuevo Estatuto de Cataluña se revela precisamente en esta cuestión como herramienta imprescindible, a pesar de los recortes previos a la sentencia del Constitucional. Necesitamos los instrumentos del Estatuto, al menos tal y como está ahora. Necesitamos un marco para gestionar la inmigración, la integración lingüística en una sociedad trilingüe, la financiación, la realidad territorial...

La Barcelona guapa del futuro plantea retos importantes que, una vez resueltos, deberían llevarnos hacia la cohesión social con las mínimas paradojas de legalidades posibles, respetando los derechos de los ciudadanos y sin consolidar la idea de que el presente y el futuro derivan legítimamente del Decreto de Nueva Planta. Este espíritu, heredado por el franquismo, mantenía que el hecho catalán es idealmente abolible, en cualquier caso prescindible y, como mínimo, secundario. Y que si, a pesar de todo, sobrevive, le basta con hacerlo en un subsistema lingüístico, cultural, mediático y económico. Dicho también de otro modo: lo que se haga con la guapura tiene que tener un eje y no un *pal de paller* ni una casa grande o pequeña... Un eje que no puede ser injusto si queremos una sociedad justa. Un eje que, según parece, únicamente puede ser de izquierdas, porque se tiene que basar preferentemente en la idea de ciudadano y en sus derechos. Un eje que debe tener memoria, si no queremos convertir Barcelona, y por extensión Cataluña, en un suburbio de otra cosa. Y acabaré recordando lo que publicaba la prensa en mayo de este mismo año: el 45% de los extranjeros que viven en Barcelona son de habla castellana, y sólo un 13% de los inmigrantes sabe hablar y escribir en nuestra lengua. ¡Qué guapa la hemos puesto! **M**

## OBS ZONA DE OBRAS



### Ciudad de muros Teresa Pires do Rio Caldeira

**Gedisa**  
**Barcelona, 2007**  
**479 páginas**

No suele ser frecuente traducir al español obras de referencia de las ignoradas ciencias sociales brasileñas, y por ello hay que congratularse de que la editorial Gedisa haya traducido este estimulante libro de la antropóloga brasileña Teresa Caldeira. La autora es profesora de la Universidad de California y, por tanto, miembro de la ciencia social “internacional”, es decir, la que se escribe en inglés, idioma en que fue escrita la primera versión del libro. Pero, como ella señala muy acertadamente, la suya es una “antropología con acento”. A diferencia del “estar allí” y “escribir para aquí” de la antropología metropolitana al uso, la suya está a caballo entre ésta y el estilo de las antropologías periféricas, preocupadas por buscar proyección pública (y no sólo académica), y contribuir así a debates de interés general en sus países. Y a ello se dedica *Ciudad de muros*, una aproximación a los avatares y paradojas de la consolidación de la democracia y la ciudadanía en Brasil a través del análisis

crítico de las relaciones entre violencia, segregación urbana y clases sociales en la ciudad de São Paulo.

Aunque se trata de un libro que tiene como embrión la tesis doctoral defendida en el departamento de antropología de Berkeley, la obra se ubica en un terreno transdisciplinar o en el de una antropología renovada que escapa a muchas de las convenciones disciplinares. En primer lugar, por la escala de su objeto de estudio: una ciudad del tamaño de São Paulo. Aunque se centra en algunos barrios, no es para hacer una etnografía de estas áreas, sino que éstas aparecen como casos que le permiten mostrar las posiciones de diferentes clases sociales con relación al tema tratado. En segundo lugar, el estudio cubre y sintetiza un periodo dilatado de la historia reciente que va desde finales de los setenta hasta principios de los noventa, periodo en que la autora intercaló diversos trabajos de campo. En tercer lugar, entre la variedad de datos y fuentes que utiliza, destaca la profusión de datos estadísticos que proporcionan un marco necesario para comprender las dinámicas sociales a escala metropolitana y según una secuencia longitudinal. En cuarto lugar, la autora no se apoya en una epistemología de la alteridad, y ello no tanto porque se trate de un estudio sobre su ciudad, sino porque su clase y entorno social forman parte central del análisis, en el que incluso no faltan detalles autobiográficos. Por último, se trata de un estudio pormenorizado de São Paulo que, no obstante, se esfuerza por tender una mirada comparativa atenta a los paralelismos que los procesos descritos en esta ciudad mantienen con una tendencia internacional de aumento de la segregación social y urbana.

Podríamos decir que *Ciudad de muros* trata de dos grandes cuestiones. Por un lado, el crimen y la violencia desde la perspectiva de la victimización y de las políticas, las prácticas y las narraciones en torno a la misma. Por otro

lado, el de las transformaciones urbanas y la segregación residencial y convivencial. El primer tema conduce al segundo, puesto que la inseguridad es lo que, para los paulistas, justifica la segregación. Y ambas cuestiones pivotan sobre un problema mayor, a saber, las posibilidades de construir una ciudadanía democrática. En Brasil, país con enormes desigualdades y donde la herencia esclavista todavía se deja sentir en muchos aspectos de la vida social, después del régimen militar el término “ciudadanía” se extendió como un concepto dotado de una gran densidad política (evocando respeto por la dignidad humana y el derecho a tener derechos), y cuyas posibilidades de realización han venido (pre)ocupando a las ciencias sociales del país.

En el periodo histórico analizado por el libro, a la vez que se consolida la recuperación de las libertades democráticas, se produce un intenso deterioro económico. Es la “década perdida” de América Latina, y Brasil no es una excepción. Esta larga crisis invierte la autoimagen de un país que se veía a sí mismo en constante progreso, al tiempo que bloquea las expectativas de movilidad ascendente y hace inestable la posición social de las clases medias. En paralelo, aumenta la criminalidad, la victimización y la violencia.

En lo que la autora denomina el “habla del crimen” (las narraciones omnipresentes sobre victimizaciones delictivas), el miedo al crimen es un idioma en el que también se expresa la ansiedad sobre la crisis económica y la zozobra ante la propia posición social amenazada. El habla del crimen se basa en dicotomías rígidas y simplificadoras entre el bien y el mal, y refuerza categorías sociales jerárquicas. Reforzar las diferencias y clasificaciones sociales es una manera de lidiar con la inseguridad ante la propia posición social amenazada. En el habla sobre el crimen, las clases medias confunden a menudo pobres con delincuentes. Pero esto no

“Tras el régimen militar, en Brasil el término ‘ciudadanía’ se extendió como un concepto de gran densidad política, que ha preocupado a las ciencias sociales”.



pasa únicamente entre las clases medias y altas. Según un mecanismo de distanciamiento que se extiende *ad infinitum*, los pobres se esfuerzan por describirse a sí mismos como honrados trabajadores y diferenciarse así de los delincuentes, criminalizando a quien se encuentra inmediatamente por debajo.

Por su parte, la policía y las instituciones de control penal también operan con los mismos estereotipos criminalizadores de los pobres y los trabajadores. La clase trabajadora es estigmatizada como clase peligrosa por las prácticas (violentas) de la policía. Las reacciones a la violencia se vuelven violentas y carentes de respeto hacia los derechos, y ayudan a deteriorar el espacio público y a segregar a los grupos sociales.

Si hasta la década de los cuarenta, São Paulo era una ciudad compacta donde los ricos vivían al lado de los pobres, en las décadas siguientes aumenta la población y la segregación urbana según el modelo centro-periferia: los más ricos en edificios de apartamentos en el centro, los más pobres en casas de autoconstrucción en la periferia. Pero a partir de los ochenta comienza una nueva reestructuración de la geografía social de la ciudad.

Comienzan a extenderse los llamados *condominios*, esos enclaves fortificados donde los sectores más opulentos buscan la homogeneidad social, protegidos por muros, guardias de seguridad y todo tipo de tecnologías de vigilancia. En muchos casos estas fortificaciones se localizan fuera del centro, en nuevas áreas de expansión, de manera que no es infrecuente que los condominios estén rodeados de favelas, como ilustra una foto aérea que se ha hecho célebre de un edificio de Morumbí, dotado de piscinas individuales por apartamento y rodeado de una inmensa favela, donde viven muchos empleados del condominio, quienes se ven sometidos a rituales diarios de humillación cuando entran y salen de trabajar. Ahora las clases sociales están más



próximas físicamente y a la vez más distantes, ya que los contactos interclases se reducen al mínimo. En el contexto del creciente miedo al crimen y de preocupación por la decadencia social, los residentes no muestran interés por otros grupos ni por encontrar soluciones comunes para los problemas urbanos. En vez de eso, adoptan técnicas cada vez más sofisticadas de distanciamiento y división social.

Esta arquitectura de la seguridad no afecta sólo a los más opulentos. Para protegerse del crimen, la gente de todas las clases sociales cambia sus hábitos de vida y aumenta las medidas de autoprotección. Si los condominios forman la ciudad de muros, los barrios trabajadores forman lo que bien podríamos llamar la ciudad de rejas. Pero la vivencia de este enclaustramiento presenta importantes diferencias de clase a las que Caldeira presta debida atención. Mientras que los residentes de los condominios ven sus enclaves fortificados como espacios de libertad y los valoran positivamente, los de clase trabajadora sienten a sus casas enrejadas como prisiones y tienden a evaluar negativamente estas transformaciones.

En todo caso, a pesar de que el lenguaje de la seguridad tiene diferentes dialectos de clase, también tiene características generales que atraviesan todas las clases. Vivir tras muros y rejas es una experiencia cotidiana y los elementos asociados a la seguridad constituyen un lenguaje a través del cual las personas de todas las clases expresan no sólo el miedo y la necesidad de protección, sino también su propia posición social. En cuanto confiere una determinada apariencia pública, la arquitectura de la seguridad tiene su propia "estética", proporcionando sus propios códigos de buen gusto, estrechamente ligados a los símbolos de estatus y movilidad social. Toda la parafernalia de la seguridad es a su vez un potente marcador de distinción.

La inseguridad también moldea la experiencia del espacio público. El acto de pasear por las calles en medio de una multitud de personas anónimas y heterogéneas que simboliza la experiencia urbana moderna entra en crisis en la ciudad de muros. Los residentes de estos núcleos residenciales de homogeneidad social sólo entran y salen con vehículo privado, se sociabili-

zan en clubes y parques temáticos de todo tipo y hacen las compras en centros comerciales donde rige el derecho de admisión. En los barrios centrales que aún tienen una apariencia urbana reconocible, a menudo se intentan privatizar los espacios públicos. Sólo en los barrios periféricos de trabajadores hay todavía cierta sociabilidad de calle, aunque sea deteriorada.

El espacio público urbano es concomitante con la esfera pública liberal democrática. Por ello es pertinente la pregunta que traspasa toda la obra: ¿cómo es posible que en el periodo de recuperación de las libertades democráticas, de consolidación de los movimientos sociales sindicales y urbanos que tantos logros sociales consiguieron, aumente el clasismo, la segregación entre clases y el deterioro del espacio público? La autora sugiere que la paradoja o contradicción puede no ser tal. En verdad, la democratización puede haber ayudado a acelerar la construcción de muros y el deterioro del espacio público. En la imaginación de aquellos que abandonan el estilo de vida urbano, el miedo al crimen se entrelaza con otras ansiedades, particularmente el miedo a que los pobres no puedan ser mantenidos en su lugar. “La desestabilización de fronteras es perturbadora, especialmente para la elite”, señala Caldeira, en lo que tal vez sea la tesis más potente del libro. La segregación y el proceso de ostensiva separación social pueden verse como una reacción al proceso de democratización por parte de las elites.

La interpretación en clave local de estos procesos no impide a la autora buscar paralelismos en otras metrópolis donde se están produciendo fragmentaciones similares. Especialmente incisiva es la comparación que establece con Los Ángeles, paradigma de la fragmentación urbana, y que también ha visto aumentar la segregación a medida que los afroamericanos accedían a los derechos civiles y que se incor-

poraban nuevos inmigrantes. En este sentido, Caldeira dialoga críticamente con Make Davis, quien atribuía estas transformaciones urbanas en Los Ángeles a las políticas del ciclo Reagan-Bush I. Para Caldeira, el caso de São Paulo muestra cierta autonomía de la lógica social de la segregación respecto a las formas políticas, ya que los avances políticos contrastan con los retrocesos urbanos.

A pesar de señalar el carácter paradjico del proceso democrático y reconocer la autonomía de esferas, para la autora la segregación urbana sólo puede conducir a tendencias sociales menos democráticas: “Cuando el acceso a ciertas áreas es negado a algunas personas y cuando grupos diferentes no actúan en el espacio público, las referencias ideales de apertura, igualdad y libertad como principios organizadores de la vida social ya no son posibles, incluso como ficción”. Y en última instancia, la autora expresa su deseo de que la democratización política lleve también a una democratización de la forma urbana.

Una reflexión personal que ha suscitado la lectura del libro es que esta ciudad de áreas residenciales y áreas de sociabilidad amuralladas, donde las clases están separadas unas de otras, contrasta fuertemente con ciertas fantasías de democracia racial y cordialidad entre clases a través de las cuales la sociedad brasileña tradicionalmente se ha imaginado a sí misma. Mientras escribo estas líneas reviso las acuarelas de Cicero Dias que ilustraban una de las ediciones de *Casa Grande & Senzala* de Gilberto Freyre, el forjador del (internacionalmente) conocido mito de la democracia racial brasileña. La familiaridad, cercanía y promiscuidad entre los señores y sus esclavos que presentan las acuarelas de Dias y el libro de Freyre, y que capturaron la imaginación de la identidad brasileña, se encuentran seriamente desdibujadas en la ciudad de muros. Cuando el esclavo

deja de serlo, o deja de ser percibido como tal, este imaginario de desigualdad cordial se viene abajo.

En *Ciudad de muros*, como en la sociedad brasileña en general, el lenguaje (blando) de las clases domina sobre el hecho (duro) de que las clases tienen color. La autora es plenamente consciente de ello, pero escribe al modo brasileño dejando en un segundo plano las categorías raciales. Y es difícil imaginar cómo pudiera haberse hecho de otra manera. En una sociedad que piensa sus contradicciones en términos de ricos y pobres, ¿por qué sería más adecuado construir el análisis en términos de blancos y negros? Sin embargo, uno de los fenómenos más interesantes y hasta cierto punto revolucionarios que han ocurrido en los últimos años en Brasil ha sido la visibilidad y reconocimiento que ha ganado la discriminación racial, como muestran los programas de acción preferencial en el acceso a las universidades, algo impensable hasta hace poco tiempo. A tenor de estas transformaciones recientes, uno se pregunta si no habrá alguna conexión entre el creciente reconocimiento público de la discriminación racial y el deterioro de la desigualdad cordial que escenifica la ciudad de muros.

Uno de los modelos recurrentes que han utilizado muchos analistas para pensar la realidad sociopolítica brasileña (o latinoamericana o “tercermundista”) es verla como un proceso de modernización o democratización incompleto, inacabado, deficitario, con relación a un supuesto modelo ideal. Caldeira se distancia de esta tradición señalando que no existe un único modelo de democracia, ya que todas las sociedades viven una serie de tensiones entre sus diferentes componentes. La noción de “democracia disyuntiva” que la autora ha acuñado junto con James Holston le permite articular este tipo de contradicciones, como la que hemos visto antes entre proceso político y forma urbana.

“En São Paulo, la segregación y la ostensiva separación social se pueden ver como reacción al proceso de democratización por parte de las elites. El miedo al crimen se une a otras ansiedades”.



Otro elemento de tensión de la democracia disyuntiva que recorre el libro es la que hay entre los diferentes componentes de la ciudadanía (político, civil y social) identificados por Marshall. Así como los derechos políticos y sociales están razonablemente legitimados, Caldeira muestra la fragilidad del apoyo a los derechos civiles. En el último capítulo, la autora muestra que muchos paulistas no aceptan de buen grado los derechos humanos de los “criminales”. El apoyo social nada desdeñable a la violencia policial e incluso a la tortura o las ejecuciones sumarias se basa en la idea de que el dolor y el abuso sobre el cuerpo son legítimos por cuanto contribuyen a mantener el orden y el progreso moral, algo totalmente incompatible con la idea liberal de la inviolabilidad del cuerpo humano. Esto lleva a la autora a elaborar el concepto de “cuerpo incircunscrito”, según el cual es legítimo manipular e intervenir sobre el cuerpo, concepción corporal que también explicaría la extensión de, por ejemplo, la cirugía estética o la sensualidad y corporeidad de las relaciones interpersonales en Brasil. La idea es sugerente, hace pensar, pero tal vez se lleva demasiado lejos cuando Caldeira se pregunta cómo acabar con la tortura manteniendo al mismo tiempo la sensualidad brasileña.

*Ciudad de muros* es un libro bien escrito y tremendamente sugestivo, que además se mueve muy bien entre lo empírico y lo teórico, y que resulta convincente a la hora de analizar las siempre complejas relaciones entre la acción del Estado y la acción social o entre procesos materiales y elaboraciones ideológicas y simbólicas. Por ello, no sólo resulta de interés para los estudiosos de Brasil o América Latina, sino para quienes se interesan por el modo de vida urbano contemporáneo en general, pues permite explorar lo que de común y diferente tienen los procesos de São Paulo con relación a otras latitudes urbanas. **Mikel Aramburu**



## Habíamos ganado la guerra

Esther Tusquets

**Ediciones B**  
**Barcelona, 2007**  
**288 páginas**

Exultaba porque él, como tantos, había ganado la guerra. El 17 de febrero de 1939, Carles Sentís lo manifestaba en la reconquistada *La Vanguardia Española*. El periodista impugnaba a los que muy pronto, a raíz de la ocupación de Cataluña por parte del ejército rebelde, postularon que iba a quedar finiquitada. “Las últimas horas de Cataluña’... la de Companys... la de Negrín... ¡Perfecto! Pero Cataluña es algo más y algo más eterno que eso”. La tesis de Sentís en el programático “¿Finis Cataloniae?” era que la victoria franquista iba a posibilitar un nuevo amanecer de “la Cataluña real”. La tesis resultó errada, pero miles de catalanes quisieron creerla. Porque lo cierto es que aunque una mayoría transversal –la que había convertido el catalanismo progresista en fuerza dominante durante la primera mitad de la década– sintió que había perdido, muchos, miles, la habían ganado o, en cualquier caso, no la habían perdido.

Aparte de los que habían acabado por desear que los franquistas pisasen

sus ciudades para acabar con el caos convertido en norma desde julio de 1936, también los hubo que oraron y lucharon por el triunfo de los insurrectos. Su apuesta no buscaba tanto la victoria de una ideología, como fundamentalmente el descuaje de la “rebelión de las masas” y la posibilidad de reinstaurar unas formas de vida que los laicistas padres de la II República había tratado de ir laminando. Unas formas clasistas y reaccionarias que la Iglesia del “Alzamiento” y la “Cruzada” se encargaría de volver a legitimar durante la guerra y buena parte de la posguerra. El nuevo amanecer, en su versión catalana, iba a ser éste: una revolución pendiente pero al revés. La familia de Esther Tusquets (Barcelona, 1936) encajaría como pocas en este paradigma de los vencedores.

Ya en 1932, su tío –el cura Juan Tusquets– había publicado el delirante ensayo *Orígenes de la revolución española*, tratando de demostrar que el comunismo, el judaísmo y en especial la masonería estaban detrás del advenimiento de la República y que su propósito mefistofélico era la destrucción de la civilización cristiana. Para combatir la confabulación, otros dos de sus tíos tomaron las armas el 18 de julio, y los dos murieron. No es extraño que la familia abandonase el piso del centro de Barcelona para refugiarse junto al monasterio de Pedralbes (“nadie salía a la calle a buscarse la vida y pasaban un hambre atroz”, recuerda ahora la escritora). Y aún lo es menos que celebrasen con júbilo la llegada del ejército rebelde. El día que los sublevados ocuparon su ciudad “mi madre gritaba el nombre de Franco con un entusiasmo que yo le vería manifestar en muy contadas ocasiones a lo largo de su vida”. Se posesionarían otra vez de su Eixample burgués. “La calle era nuestra, la ciudad era nuestra, el país era nuestro” porque, como enfatiza el título de la nueva entrega autobiográfica de Tusquets, *Habíamos ganado la guerra*.

“Con voluntad didáctica y estilo liviano, el libro relata cómo una niña vivía la costumbre de la victoria. Es un planteamiento atrevido, resuelto con honestidad”.

Con voluntad didáctica, estilo liviano y algo apresurado, el libro relata cómo una niña vivía la costumbre de la victoria. Es un planteamiento atrevido, resuelto con honestidad, un ejercicio atípico en la literatura del memorialismo barcelonés, emparentado con algunas pocas páginas de *El día más feliz de mi vida*, de Luís Carandell, el fastuoso retablo de la *droite diabolique* que Jaume Boix y Arcadi Espada pintaron en su biografía de Juan Antonio Samaranch o la descripción somera que Xavier Febrés y Jaume Fabre hicieron del hedonismo de la alta sociedad catalana en su biografía de Alberto Puig Palau. No es, decía, un ejercicio común. Como si estuviese tabuizado y debiese permanecer oculto en un agujero negro del pasado colectivo, este episodio vergonzante parece haber sido postergado de la crónica oficial.

El relato de infancia de Tusquets, en cambio, con naturalidad, consigna que a mediados de los cuarenta, en el microcosmos de la burguesía de la victoria, no era infrecuente escuchar a grupos de hombres que coreaban himnos filonazis y los filmes bélicos que se contemplaban en los cines eran siempre favorables al Eje. Con el nuevo régimen, su familia introdujo algunos cambios en la antigua cotidianidad. Los padres hablaron en castellano a su hijo Óscar –el futuro arquitecto– y colocaron una fotografía del Caudillo en el recibidor del piso. Pero para su tribu, la de los ricos vencedores, cambió algo más profundo. La diferencia entre clases se extremó y la exhibición descarada de la desigualdad se normalizó en una ciudad encharcada de miseria. Los recuerdos de aquellos años van trenzándose con la rememoración de los colegios por los que pasó, la fragancia del perfume de su madre, los rezos para conseguir que una gerifalte nazi se convirtiera antes de ser ajusticiada, las palabras de las criadas en las habitaciones de servicio, los veraneos interminables en la costa o las primeras visitas al

palco del Liceo (“el templo más auténtico de mi raza, de una burguesía mediocre y decadente”). Son estampas de un territorio de comfortable superioridad, escuela privada y desconocimiento de la cartilla de racionamiento, blindado contra la pobreza, completamente al margen de la represión. El mundo bien hecho que había amanecido con la victoria y que a la pequeña sólo podía parecerle sin pecado concebido.

El principal mérito del libro es haber descrito ese mundo y, al mismo tiempo, haber mostrado las grietas por las que afloraba la carcoma y la podredumbre, la doble moral y la institucionalización del abuso de poder, en casa y fuera de casa. En aquella Barcelona la Iglesia detentaba la verdad, de acuerdo, pero el cura de su parroquia cargaba contra la burguesa feligresía que lo escuchaba impávida. La moral católica era la única posibilidad, sí, pero sus padres no se querían, no comulgaban y no pasaba nada. El sexo era el peor de los pecados, pero ella padeció agresivos “contactos furtivos” en cines y transportes públicos. La “querida” era una figura asumida en las mejores familias y si alguien arrojaba un plato sobre las criadas (como hizo en casa un colega de su padre) los comensales no se daban ni cuenta. El descubrimiento de la imposición fue progresivo, paralelo a la traumática aceptación de la averiada relación con su madre. Luego el veto de su cariñosa amistad con un chico pobre que había conocido en el Instituto del Teatro, como cuenta en los capítulos finales, la espoleó a buscar formas de indudable autenticidad. “Yo andaba buscando a ciegas algo en lo que creer”. Primero creyó haberlo encontrado en el catolicismo social que se experimentaba en el Cotelengo, después en el falangismo revolucionario. Pero esta búsqueda terminaría en decepción. Había concluido una etapa con la conciencia de que para poder ser debía alejarse de los suyos e incorporarse al bando de los vencidos. **Jordi Amat**



## **Barcelona y la modernidad.** **La ciudad como proyecto de cultura** *Ferran Mascarell*

**Gedisa**  
**Barcelona, 2007**  
**96 páginas**

En marzo de 1981 entrevisté para *El Correo Catalán* a Giulio Carlo Argan, prestigioso historiador de arte que entre 1976 y 1979 había sido alcalde de Roma, al frente de una lista del Partido Comunista Italiano. Reflexionando sobre su experiencia de munícipe, Argan me apuntó que “la cultura en una gran ciudad debe constituir el elemento de cohesión entre los ciudadanos, influidos por una larga tradición de convivencia degradada. Hoy, en la ciudad moderna, la comunicación cultural no existe y hay que crearla (...) Hemos buscado poner en contacto a los poetas y pintores modernos con la población. Nuestra tesis, como política cultural de izquierda, consistió en desarrollar la cultura de vanguardia como cultura popular”.

En esta idea podría reflejarse también buena parte del desarrollo de la Barcelona reciente, así como la tarea desempeñada en el Ayuntamiento barcelonés por Ferran Mascarell y las reflexiones que realiza en su libro



*Barcelona y la modernidad. La ciudad como proyecto de cultura.*

Ferran Mascarell es, desde mi punto de vista, el más sólido político dedicado a la cultura que ha dado Cataluña en el periodo democrático. Impulsor de dos publicaciones emblemáticas –la revista de historia *L’Avenç* y la de pensamiento *Saber-*, forma parte, junto con Josep Ramoneda y Pep Subirós, de un grupo de intelectuales que se han movido en torno al PSC, fascinados en buena medida por la figura de Pasqual Maragall, y que han timoneado algunos de los proyectos culturales claves del socialismo catalán.

Mascarell fue concejal de cultura entre 1999 y 2006, periodo en el que reconvirtió la concejalía en el Institut de Cultura de Barcelona; puso en marcha el Plan de Bibliotecas, que ha duplicado el número y volumen de estos equipamientos en la ciudad; impulsó, entre otros, el Año Gaudí, y desbloqueó contenciosos varios. En cierta época sonó a menudo como la persona que podía suceder a Joan Clos al frente del Ayuntamiento de Barcelona. Sin embargo, Maragall apareció en escena ofreciéndole la *Conselleria* de Cultura de la Generalitat de Cataluña. Aceptar la oferta le apartó de la línea sucesoria en el Ayuntamiento. Y su mandato en la Generalitat acabó cuando acabó el Gobierno de Maragall. Poco animado a pasar los siguientes años calentando un escaño del Parlament sin responsabilidades demasiado concretas, Mascarell aceptó una oferta del grupo editorial RBA y se fue a la empresa privada.

Mascarell ya plasmó parte de su discurso en un libro anterior, *La cultura en la era de la incertidumbre* (Roca editorial). Desde hace años trabaja en una teoría general de la cultura urbana. Por eso no le debió resultar difícil aceptar la propuesta que le formuló Gedisa, editorial dedicada al pensamiento y las

ciencias sociales fundada en Barcelona en 1977 por el argentino Víctor Landam. Con motivo de su treinta cumpleaños, Gedisa encargó ensayos a siete autores para lanzar una colección conmemorativa. El de Mascarell es uno de estos títulos iniciales.

*Barcelona y la modernidad* se abre y se cierra con sendas notas enciclopédicas dedicadas a esta ciudad y datadas en 1977 y 2007. No son únicamente los datos dedicados a la emigración y al uso de las lenguas lo que varía, sino que también lo hacen, y radicalmente, la noción que los habitantes de la ciudad se hacen de ella y la imagen que proyecta en el ámbito internacional. La metrópolis mediterránea que ha sabido ser siempre “innovadora y avanzada”, que en el siglo pasado vio nacer “la primera imprenta peninsular, los primeros vapores industriales, el primer ferrocarril, el primer funicular o la primera iluminación callejera con gas”, ha atestiguado más recientemente en la época democrática cómo se plasmaba “un singular proyecto de desarrollo urbano, económico, social y cultural todavía hoy admirado por los teóricos urbanos y dirigentes de muchas ciudades del mundo”.

Para Mascarell, en un tiempo en que los grandes discursos entraban en crisis, Barcelona supo dotarse de un “gran discurso” lo suficientemente maleable que le ha permitido cerrar las vías de evolución iniciadas en la época de esplendor de la burguesía y truncadas posteriormente por distintas razones, entre ellas las derivadas de la Guerra Civil española y la larga posguerra. En el desarrollo de este proceso el nervio conductor ha sido, contra lo que las apariencias pudieran hacer creer, el cultural, por encima del social o del económico.

Pues esta urbe que ha transitado “sin grandes rupturas desde su origen romano a su condición metropolitana contemporánea”, pertenece a la escogida tipología de ciudades “que han

sido mucho más permanentes que las propias naciones y estados que las cobijan”. Ello lo ha conseguido combinando casi siempre proyectos de escala muy pequeña, “de ambición siempre contenida”, con un tono extremadamente innovador y cosmopolita. Su capitalidad “suspendida” –la de la nación sin Estado catalana, pero también la compartida de España– explica su pasión por “grandes acontecimientos” (las exposiciones de 1888 o 1929, los Juegos Olímpicos, el Fórum), que constituyen en realidad “excusas a plazo fijo de desarrollo urbano”. Hija y cobijadora de una sociedad civil de la que “salió la energía imponente del Modernisme y el Noucentisme”, la ciudad halló en la cultura “una corriente de fondo que ha alimentado su simbolismo, su identidad, su continuidad y su progreso”.

El autor insiste en que la Barcelona democrática no ha aplicado un *modelo*, sino que ha desarrollado un *proyecto* que ha demostrado “que una ciudad puede construirse sin violentar los elementos que han configurado su identidad histórica, sobreponiendo tejidos urbanos, sin borrar la memoria colectiva”.

Ferran Mascarell, en fin, ha aplicado sus dotes analíticas para brindarnos esta breve teoría de la Barcelona democrática que explica con pulcritud y claridad las circunstancias de una transformación que hoy nos parece irreplicable y a cuyo legado aún nos acogemos. Quedan para otra ocasión las anécdotas, las tensiones y el factor humano que el ex concejal, sin duda, conoce bien y que revelarían la otra cara del *Proyecto Barcelona*.

**Sergio Vila-Sanjuán**

“Ferran Mascarell insiste en que la Barcelona democrática no ha aplicado un ‘modelo’, sino que ha desarrollado un ‘proyecto’”.

# Albert Serra, único en su género

“Todo el mundo hace películas pequeñoburguesas, de gente normal en ambientes normales con estética normal, y eso me molesta mucho. Parece que estés mirando la tele. No me interesan los problemas de la gente normal”. Por eso el gerundense Albert Serra se ha decidido en sus dos últimas obras, *Honor de cavalleria* (2006) y *El cant dels ocells* (2008), por personajes singulares, únicos e irrepetibles: don Quijote y su inseparable Sancho en la primera y los tres reyes magos en la segunda, cuyo estreno está previsto para después del verano.

No obstante, y más concretamente en *El cant dels ocells*, su tratamiento es desmitificador: rompe con la imagen física de la tríada y crea pasajes en los que otorga a los protagonistas rasgos cotidianos. Se les ve dudando, hablando mucho rato sin decidir nada, caminando perdidos por paisajes áridos, explicándose sueños...: “No es tan desmitificadora.

Hay momentos realmente serios, como podría ser la escena de la adoración, filmada con respeto y honestidad, mezclados con un punto desmitificador, o humanizador, llámalo como quieras. Es como si cogieses el personaje mítico, le pusieses carne y le sacases el componente dramático y psicológico”.

*El cant dels ocells* navega entre el rigor formal y la irreverencia de su tratamiento: “La gracia de mi estilo es la mezcla. Aquí, tenemos esos



© Christian Maury

momentos absurdos de comedia, pero también momentos más graves. Y lo que me gustaba mucho era que los dos aspectos fuesen más separados, más exagerados porque, además, eso me ligaba con el tema: el cristianismo no había nacido aún, y estamos hablando de unos pioneros que pueden ser absurdos, grotescos, incluso ridículos, que no saben dónde van ¡y van a adorar a un niño pequeño!”.

Antes de este *díptico*, que ha tenido, en ambas ocasiones, su estreno mundial en la Quincena de Realizadores del Festival de Cannes, Albert Serra ya había hecho otra película: *Crespià, the film not the village* (2003), un *agromusical* hilarante. “Yo tengo la influencia, no del cine, sino de la vida, de hacer locuras, cosas diferentes. Es mi obsesión”. Esta heterodoxia le lleva a romper con los gustos mayoritarios del público y ofrecerle propuestas formales alternativas: “La puesta en escena de *El cant dels ocells* es semejante a los retablos medievales. La estructura de la película se basa en planos autónomos: ahora uno sucede en un lugar, el siguiente en otro totalmente diferente y sin ningún tipo de transición. Tenía la idea de poner la cámara fija, con planos muy compuestos, sin subrayar nada. Quería un montaje con menos continuidad e intentaba hacer una escena en un solo plano”. Para su próxima película, Serra trabaja con varias ideas, pero una de ellas destaca sobre las demás: una biografía inventada del director alemán Rainer W. Fassbinder, de nuevo una interpretación sobre personajes ya existentes: “Si la gente sabe quién es Fassbinder, ya no lo tienes que explicar y te puedes centrar en lo que a mí me gusta: los detalles absurdos, las combinaciones extrañas o tipos de tonos diferentes”.

## “El cine va atrasado”

Albert Serra (Banyoles, 1975) habla de manera llana, sin complejos, maximalista y rotunda. Con solo tres películas, ya tiene las cosas claras: “Si ahora haces cine narrativo, no puede ser bueno. Es como si te pones a pintar un cuadro impresionista como Van Gogh. No tiene sentido hacer algo que ya se ha hecho. El mundo del arte se

basa en el criterio de unos cuantos, los críticos y los coleccionistas. El cine, no: aún se basa en el gran público y, por supuesto, va atrasado”. Serra, que reivindica a cineastas como el ruso Alexánder Sokurov, el austriaco Ulrich Seidl, el coreano Hong Sang-soo o el japonés Shinji Aoyama y rechaza a Eastwood, Coppola, Haneke o Von Trier, considera que la española es “una de las cinematografías más

atrasadas, con la excepción de algunos directores de Barcelona”, como Marc Recha o Isaki Lacuesta, con los cuales, sin embargo, dice que tampoco conecta.

*Honor de cavalleria* fue escogida como una de las mejores películas del año pasado por *Cahiers du Cinéma*. En cambio, en España, pasó desapercibida. En Cannes *El cant dels ocells* recibió los elogios de la crítica autóctona, pero aquí,

por ejemplo, Oti Rodríguez Marchante, del *ABC*, en su blog, la definió como “un montón de estiércol cinematográfico”. Pero a Serra no le molesta tanto que hablen mal de él como el hecho de que no se hable en absoluto: “Para *El País* impreso, esta peli no existió. La única película cien por cien española en Cannes durante todo el festival, y ni una sola línea. Un gran misterio”.



## Dos dramaturgias, una ciudad

Hace unos años Toni Casares, director artístico de la Sala Beckett, tuvo la idea de proponer a varios dramaturgos la creación de textos que serían puestos en escena durante la temporada 2003/2004 con una sola condición: “la acción tiene lugar en Barcelona”. Se buscaba acercar el teatro a sus espectadores, tras muchos años de una dramaturgia autóctona donde casi todo tenía lugar en una especie de no-lugar, y entre personajes que a menudo sólo eran “él” o “ella”.

*Barcelona* de Pau Miró y *Barcelona mapa d'ombres* de Lluïsa Cunillé. La obra de Pau Miró tuvo una muy buena acogida de público y crítica (pronto se convertirá en una *movie* de televisión, dirigida por Carles Torrens). *Barcelona mapa d'ombres* es uno de los textos más valorados de la ya larga trayectoria de Lluïsa Cunillé, y ha sido llevado al cine por Ventura Pons, con el título de *Barcelona un mapa*. Si “todo lo importante sucede en las ciudades”, resulta estimulante tratar de averiguar si la

tiene su esposa a las puertas de la muerte, la conduce a un replanteamiento de vida. Tras la muerte de su mujer, el librero le ofrece trabajo, pero lo que quiere de verdad es que las cosas no cambien. Con Carlos pactará secretamente la nómina de Lali, que incluirá la continuidad de sus servicios como prostituta.

Lali va adquiriendo una necesidad de ser “normal”, lo que quiere decir pasar desapercibida en los grandes centros culturales icónicos de la ciudad. Quien expide los “pasaportes de normalidad” es el Caixaforum, adonde la prostituta desea ir a ver una exposición, y antes de marchar pregunta a su chulo: “¿parezco normal?”. Si dejamos de lado la arquetípica historia de la prostituta que busca la redención, lo que nos queda es una ciudad que limita geográficamente la diferencia. Ciudad de escaparate deslumbrante con una trastienda fea, pero, en el extremo inferior, una ciudad que podría ser otras muchas.

En *Barcelona mapa d'ombres*, de Lluïsa Cunillé, la ciudad es mucho más, es un personaje: un matrimonio mayor habla con cada uno de los realquilados que viven en su casa, un piso del Eixample, con la intención de que se vayan y poder vivir solos los últimos meses que les quedan de estar juntos. El viejo tiene una enfermedad terminal. Los realquilados son todos perdedores: un guardia de seguridad y futbolista de tercera, una profesora de francés (una lengua sin valor de cambio) y una inmigrante suramericana que trabaja de camarera. Están refugiados en un baluarte que se derrumba sin remedio. El piso de los viejos los ampara, nadie quiere marchar; son resistentes en una ciudad que los obliga a un cambio inaceptable, porque sólo esta destaralada expresión de solidaridad puede hacer posibles sus opciones solitarias. Cunillé logra convertir a Barcelona en un personaje que, al transformarse, aplasta alternativas de vida no mayoritarias.

Pretexto, contexto o algo más, decíamos. La concreción del conflicto en nuestro teatro va de la mano con el aumento del protagonismo de la ciudad.



© Sala Beckett

Haya sido importante, o no, la influencia de aquella operación, lo cierto es que la dramaturgia catalana, que vive un excelente momento creativo, ha confirmado una cierta tendencia hacia la creación de personajes y lugares más identificables, y la atención a conflictos más concretos. Son ejemplo de ello *Molta aigua* de Carles Mallol, *Germanes* de Carol López, *Saló Primavera* de Lluïsa Cunillé y *Dia de partit* de David Plana, todas ellas ejemplos de la presente temporada.

Pero aquí nos interesa rescatar dos montajes de aquella operación 2003/2004, *Plou a*

ciudad es pretexto, contexto o algo más, en estas dos propuestas. Contestar una pregunta sobre la presencia del fenómeno urbano en la dramaturgia catalana nos puede dar algunas claves sobre la naturaleza de los conflictos planteados (más o menos anecdóticos), los niveles de compromiso y los posicionamientos ideológicos.

*Plou a Barcelona*: en un piso paupérrimo de una finca lúgubre de Ciutat Vella, afectada por *mobbing* inmobiliario, una prostituta, Lali, vive con Carlos, su compañero y chulo. Su relación regular con David, un librero que

# Dani Nel·lo, etiqueta negra

Dani Nel·lo cree por encima de todo en la capacidad de la música para evocar mundos. Así, en su último espectáculo, estrenado recientemente con gran éxito en el Auditori, este saxofonista de etiqueta negra sitúa su imaginario creativo en los años cincuenta, y lo enriquece con elementos de la novela negra, atmósferas de *thriller* y unos toques de cabaret. “En cuanto a la música –explica Nel·lo–, es un viaje de ida y vuelta de la influencia afroamericana en Europa. No hay que olvidar que fueron los italoamericanos en los Estados Unidos, como Louis Prima o Sam Butera, los que inspiraron a los europeos de los cincuenta como Renato Carosone, Fred Buscaglione o Henry Salvador”.

Nel·lo, que da un valor especial al *swing* y al *blues*, comparte protagonismo vocal en escena con Myriam Swanson (espléndida cantante dotada de una expresiva gestualidad), y dirige un *nonetto* de alta cilindrada con una potente y lujosa sección de viento. Todo ello hace que se aproxime al espectáculo total. Según Nel·lo, “lo que he querido hacer es una especie de compendio de las diferentes propuestas en las que he trabajado en los últimos cuatro o cinco años. Un modo de juntarlo todo”.

En este sentido, fue toda una revelación su espectáculo *Negra y criminal*: “En él había la voluntad de mezclar dos pasiones como son la novela negra (o el *film noir*) y la música. Escribí el texto con Andreu Martín y Jaume Ribera. Esencialmente, se trataba de recoger la tradición del *spoken word* ligada con el jazz (de Boris Vian, Babs Gonzales...)”. Sin embargo, desde hace unos años, Nel·lo ha trabajado de forma regular con el escritor Andreu Martín haciendo bandas sonoras para novelas negras. “Todo empezó –recuerda– cuando Andreu Martín quería escribir un libro en el que el *protá* era un saxofonista; y me preguntaba por los hábitos, venía a mis conciertos y tomaba notas desde el *backstage*. Entonces, tuvimos la idea de acompañar la novela con una banda sonora, de modo que las canciones quedasen integradas en la trama. Y ya vamos por la tercera (*El blues de la ciudad inverosímil*), que transcurre en Venecia y está llena de referencias a Fred Buscaglione”. Entre el material que recupera de este desafortunado y sensacional cantante italiano de los cincuenta se encuentra una pequeña perla tragicómica llamada *Teresa non sparare*, en la que una mujer enfurecida apunta con una pistola a su marido adúltero.

El teatro es otro campo en el que Nel·lo incide a menudo: “Desde el año 2004 he participado en siete montajes teatrales, fundamentalmente con Carme Portacelli, como, por ejemplo, en *El perseguidor*, de Julio Cortázar, o últimamente en *Qué hizo Nora cuando dejó a su hombre*. Funcionó en equipo con Jordi Soto (guitarra) y Jordi Prats (saxo alto), y realizamos composiciones nuevas y música incidental”. Nel·lo cree que el aspecto teatral está bajo mínimos dentro de nuestra música popular: “No hay verdaderos *entertainers*, que es lo que espero ver, personajes capaces de conducir una velada, y me refiero especialmente al ámbito del pop-rock, donde la cosa es muy pobre”. Un mundo que el



© Christian Maury

saxofonista conoce muy bien, puesto que inició su carrera con Los Rebeldes en la segunda mitad de los ochenta, para continuar durante la década siguiente con La Banda del Zoco. En la actualidad se inclina más “hacia un jazz bailable, divertido y mediterráneo, con esencia claramente europea. El jazz tiene una paleta de sentimientos enorme”.

Nel·lo, que vive un renovado idilio con su instrumento (“amor máximo al saxo”), está haciendo las mezclas de su nuevo disco, representativo del magnífico espectáculo que estrenó con Myriam Swanson en el Auditori. Lejos de quedar anacrónica, su inmersión en el mundo *noir* de los cincuenta es una de las experiencias más exitosas y revitalizadoras de nuestra música popular.



# Momu y No Es, disfrazadas de arte (pop)

En una encuesta realizada en el año 2007 por el periódico *El Punt* en la que se consultó a 75 críticos de arte catalanes sobre los nombres que consideraban el futuro de la escena artística del país, la pareja formada por Lucía Paula Moreno (Basilea, Suiza, 1982) y Eva Nogal (Barcelona, 1979), llamada artísticamente “Momu & No Es”, fue elegida entre los diez primeros creadores jóvenes con más proyección de Cataluña, lo que el diario denominaba *top ten* de los artistas emergentes. Y lo lograron sin que se pueda hablar, en su caso, de una obra muy extensa. Lo que los críticos seguramente valoraron, más que la cantidad de obra realizada, es la percepción de una actitud y una manera de entender el arte, que, si bien no podríamos clasificar de totalmente innovadora, porque bebe de fuentes como el arte conceptual, las acciones y las *performances*, sí que puede considerarse como de una fresca alentadora. El arte del siglo XXI necesita de artistas que, sin afectación y en libertad, sepan interpretar el imaginario fantástico, los anhelos y la cotidianidad del público. Y que lo hagan de una forma personal, próxima, comprensible y, al mismo tiempo, genuina.

Este planteamiento es, poco más o menos, el que tienen Momu (Lucía) y No Es (Eva), que se conocieron en la facultad de Bellas Artes de Barcelona. “Primero notamos que había sintonía, que teníamos cosas en común, como, por ejemplo, que pintábamos con colores muy parecidos. Pronto supimos que trabajaríamos juntas”, explica Lucía. El hecho que activó su colaboración, más allá de la buena conexión entre ellas, fue la propuesta de Antonio Ortega de realizar un *work-shop* en el Centre d’Art Santa Mònica. Su primera obra fue *Hermanas de Olívia*, que tomó la forma de desplegable de papel. Esta obra, narrativa, explicaba la historia de Olívia, una mujer obsesionada con explicarlo todo. Cuando ya no sabía que más decir, optó por narrar su propia historia. Por este motivo buscó una empresa de tasación, pero como era tuerta, cuando consultó las páginas amarillas confundió la tasación con la taxidermia. Este error llevó la desgracia a Olívia, que acabó siendo embalsamada.

Este discurso delirante y surrealista, pero que podría tener parentesco con las fábulas de La Fontaine, forma parte de la esencia artística de Momu & No Es, que no renuncian al carácter juguetón de su trabajo.

Otro salto importante de su trayectoria, que aún se encuentra en fase emergente, fue su paso por Hangar, el centro de producción artística del Poblenou. En esta etapa dieron forma al proyecto *La Reina de las Fiestas*, que consistió en hacer realidad el sueño de Momu de ser la máxima representación, en el año 2006, de las fiestas de Mave, un pueblo de Palencia. En el anuncio en la prensa leyeron que para ser reina de las fiestas las condiciones eran no estar casada y no superar los veinticuatro años, y entonces se pusieron manos a la obra antes de que se le pasase el arroz. Para alcanzar el éxito había que montar una estrategia que muy pronto encontraron: Momu ofrecería a la alcaldesa una estrella del fir-



mamento comprada a [www.globalsterregistre.org](http://www.globalsterregistre.org) y bautizada con el nombre del pueblo. A su vez, No Es se disfrazaría de *pop* (palabra polisémica en catalán, que además de designar la tendencia artística, significa “pulpo”), un disfraz que se ha convertido en un icono de sus intervenciones, y se presentaría al concurso de disfraces. Ambas ganaron: Momu tocó el cielo al ser nombrada reina de las fiestas y No Es triunfó con su caracterización de *pop*. Todo este proceso fue documentado y presentado en forma de vídeo en la edición de 2008 del festival de videoarte Loop celebrado en Barcelona. Su última presencia en la ciudad ha sido en la Sala Montcada, el espacio alternativo de Caixaforum, donde durante todo el verano de 2008 se ha presentado un montaje que vincula su trabajo artístico con un universo fantástico en el que aparecen los elfos.

No es extraño que la tendencia a vincular realidad y fantasía haga de ellas también unos personajes. Tanto es así que el artista Jordi Ribes las incorporó como protagonistas de sus cuadros en la exposición *Momu & No Es en la tierra de los hombres barba*, presentada en la galería Senda de Barcelona en 2007.

## OBS ARTES EN LA CALLE

Martí Benach



## Ciutat Vella, taller de creación artística

© Albert Armengol

Histórica sede de oficios tradicionales, Ciutat Vella conserva un intenso magnetismo entre los nuevos artistas y artesanos que se han instalado aquí en los últimos tiempos. Pese a los cambios urbanísticos, sigue siendo el distrito con más creadores –hay más de trescientos–, que han encontrado en él el territorio propicio en el que canalizar toda su energía. Año tras año, lo han ido demostrando con su trabajo diario y, especialmente, con ocasión de los Tallers Oberts, impulsados por ellos mismos para enseñar al gran público su proceso creativo, que este año han llegado a su decimoquinta edición.

A través de ellos, los ciudadanos han podido descubrir cómo, de hecho, los artistas de Ciutat Vella forman un colectivo singular, heterogéneo y enormemente diverso. Mayoritariamente aplicados a las artes plásticas, abarcan todas las disciplinas posibles: pintura, escultura, grabado, cerámica, encuadernación, diseño gráfico, fotografía, vídeo, joyería, moda... El abanico es tan amplio y cambiante como las mismas entidades. Así lo entiende Jordi Vidal, presidente del A-FAD (Asociación de Artistas y Artesanos del FAD), para quien el colectivo, cuando menos, destaca por ser “muy heterogéneo y activo, con un perfil medio de treinta años para arriba y un proyecto creativo maduro”. Ello hace que Ciutat Vella acoja desde artistas de fama internacional, como Ignasi Aballí, Peret y Marcel·lí Antúnez, “hasta gente más desconocida pero que ya despunta en su ámbito”.

A todos, desde el taller personal o en espacios colectivos, les une un sentimiento de herencia histórica y cultural, y la atracción por el entorno físico y la idiosincrasia local, pero también la voluntad de relación directa con los vecinos y el público interesado en su obra. “La vinculación con los barrios es más que evidente, no estamos aquí por casualidad –afirma Vidal–, sino por motivos históricos y otros más relacionados con el entorno: el ambiente, el formato de las calles, la topología arquitectónica...”. Para potenciar la interacción con el público nacieron los Tallers Oberts, que han cumplido quince años con resultados desiguales: por un lado, ha crecido la oferta de actividades; por el otro, han disminuido los estudios que participan en ellos, una paradoja asumida por el A-FAD como reflejo del carácter cambiante de la actividad artística.

En cualquier caso, la situación apunta hacia una realidad inquietante, como es el éxodo silencioso de artistas y artesanos debido al alto precio de los alquileres y a la presión inmobiliaria. “En el Born, por ejemplo, ya no queda casi nadie”, admite Jordi Vidal. Falta saber si se trata de un trasvase al Gòtic o al Raval, en plena pujanza, o de una pérdida absoluta. Como no existe ningún censo detallado de artistas, parece difícil precisarlo. Sería bueno obtener estos datos cuanto antes mejor y establecer medidas para garantizar el mantenimiento de los talleres y la estabilidad de los artistas, sin los cuales Ciutat Vella perdería gran parte de su riqueza cultural e intelectual.

### Estilos personales, propuestas singulares

En Ciutat Vella conviven artistas y artesanos de todos los colores. Desde talleres tradicionales, como Marionetas Travi –la única tienda-taller de Barcelona especializada en marionetas– o Vidalglass –dirigido por Jordi Vidal, tercera generación de una familia de vidrieros y grabadores– hasta espacios compartidos por asociaciones y colectivos de arte contemporáneo, como, por ejemplo, Siesta, donde Mercedes Rodrigo reúne sus composiciones minimalistas entre objetos de otros artistas.

Entre los seleccionados por Tallers Oberts, sobresalen Paul Chitchley y Vanessa Linares (pintura), Karen Foix (escultura), Gemma Pampalona (joyería de gancho) y Fiona Capdevila, con originales creaciones de moda reciclada con jerséis antiguos, cortinas de casa y sacos de ropa de cama de los ferrocarriles franceses. Nicolás Spinosa, que se impregna el cuerpo de aceite y lo impresiona sobre lienzo o papel, es otro de los destacados.

Y también Karol Bergeret, creadora del personalísimo proyecto de las Santes Mestresses de Casa (Santas Amas de Casa), serie de esculturas realizadas con tablas de planchar y materiales reciclados en homenaje a la que denomina “especie en extinción”.





# Tertulias con rigor en el café filosófico de Can Resolís

Texto **Gregorio Luri** Fotos **Ana Portnoy**

La plaza del Raspall fue, según unos, el solar de una antigua fábrica de cepillos, pero otros defienden que recibe su nombre, como el bulevar más largo de París, del socialista e higienista francés François Raspail. Tiene siete plátanos, más altos que robustos, que cobijan bajo su sombra diez bancos, una fuente, un buzón de correos y cuatro farolas. No hay aquí nada monumental o meramente decorativo. A esta plaza le basta con una farmacia a un lado y un restaurante al otro. La calle del Profeta la comunica con la plaza del Poble Romani, que tiene *arbres de l'amor* que florecen en abril y un monumento dedicado al argentino Gato Pérez, con un texto que dice: “*Al barri de Gràcia hi ha un munt de gent / que porta a la sang el ritme calé*” (“En el barrio de Gràcia hay un montón de gente / que lleva en la sangre el ritmo calé”). Una mano anónima ha dejado también una gran pintada en un muro: “*Quan parlo amb algú el primer reclam que faig és ‘Mira’m’ o ‘No et tapis la boca’*” (“Cuando hablo con alguien mi primer reclamo es ‘Mírame’ o ‘No te tapes la boca’”). A un tiro de piedra está la plaza de John Lennon.

Al atardecer, cuando se enciende la cruz de la farmacia con sus intermitencias rojas y blancas, las gitanas se levantan de los bancos y comienzan a llamar a sus Tatianas, Nereas y Manolis. Es la hora de la cena. Son mujeres alegres, candidatas a modelos de Botero. Cuesta creer que sean tataranietas de aquellas que pintara Nonell, enfundadas en la tristeza de su miseria. Bajo la luz de una farola se sienta un muchacho con una guitarra y poco a poco va siendo rodeado de adultos que hablan, con una altivez impoluta, el catalán más musical de Barcelona, tan melodioso que parece natural acompañar su dicción con el ritmo de las palmas. Aquí al lado, en la calle Fraternitat, nació Antonio González, *el Pescailla*, que creó la rumba catalana ligando con acierto los palos tradicionales del flamenco y la rumba cubana.

El restaurante Can Resolís parece vacunado contra cualquier afección contagiosa del diseño. Se mantiene fiel a su excelente bacalao de toda la vida y a sus callos. Aquí no se viene a comer en reclinatorio ni a andarse con remilgos de calorías o colesterol. Sus clientes son, mayoritariamente, vecinos de por aquí. Pero no todos. Los viernes, a eso de las nueve, Can Resolís se llena de filósofos. Se distinguen de la clientela habitual por un cierto aire bohemio sugerido por el cuidadoso desorden de sus ropas. Al encontrarse se saludan, piden una consumición en la barra y se adentran con un vaso o una jarra en la mano por un pasillo mal iluminado que los conduce, a través del comedor principal, hasta un segundo comedor interior, más pequeño y rústico. Este es el lugar de reunión del “Café Filosófico Mismamente”.

Los cafés filosóficos nacieron en 1992, en París, a partir de la experiencia pionera del Café des Phares, que se encuentra en la plaza de la Bastille. En estos momentos hay unos doscientos *cafés philo* en Francia y bastantes más repartidos por más de treinta países, cuya pretensión es unir lo mejor de las tertulias tradicionales y el rigor dialéctico de la filosofía. A un café filosófico no se va a hablar por hablar o a intercambiar anécdotas divertidas y opiniones eruditas, sino a buscar la razón común en un espacio público y con una bebida en la mano.

A Barcelona han tardado en llegar, pero ya están aquí. El de los viernes por la tarde en Can Resolís suele reunir en torno a las veinte personas, y ya va por el medio centenar de encuentros. Sus impulsores y dinamizadores son el filósofo aragonés Raúl Muniente y el lógico turinés Lorenzo Baravalle. Raúl se licenció en la UAB y se declara seguidor de Maristany. Lorenzo vino a la Rovira i Virgili procedente de Turín gracias a un Erasmus y está especializado en Lógica. Actualmente se mueve entre Barcelona y Lisboa, en cuya universidad está colaborando. Desde el principio tenían muy claro lo que que-



rían y lo que no. Sabían, por ejemplo, que el principal enemigo de un café filosófico es esa figura, tan habitual en las tertulias hispanas, del gracioso, a quien, con tal de hacer una broma fácil, no le importa esterilizar un debate.

“Ese humorista improvisado, que podemos ser cualquiera de nosotros, canjea la posibilidad de una conversación emotiva y verdadera por un giro en el vacío que finaliza en mudez. Y entonces todos sonrían como tontos, sin saber que en el fondo ese chiste los ha dejado sin raíces. En un alucinante ejercicio de masoquismo. En el *Café Filosófico Mismamente* hay irónicos, pero no graciosillos”.

Raúl y Lorenzo pusieron el café en marcha el 15 de septiembre de 2006 con una estructura que básicamente se ha mantenido intacta. Los “cafeteros” reciben la convocatoria por *mail*, con el tema a discutir y un par de frases e imágenes que sugieren posibles direcciones. Por ejemplo, en la sesión del 25 de abril se trató sobre la jerarquía y se propusieron estas dos citas: “Si dos cabalgan en un caballo, uno debe ir detrás”, de William Shakespeare, y “Las jerarquías expresan de forma dramática algo: que el individuo es, por una parte, todopoderoso, y por la otra que está irremediamente amenazado de no ser nadie”, de Louis Dumont. Otras cuestiones tratadas en las últimas sesiones han sido la inspiración, la normalidad, la ira, el viaje, la política, la curiosidad, la felicidad, la religión, la intimidad, el mal, el tiempo, la ironía, la fantasía, las emociones, la realidad, la rebeldía...

El café tiene dos partes bien diferenciadas, de una hora cada una. En la primera, de carácter narrativo, se cuentan experiencias, autobiográficas o no, relacionadas con el tema propuesto. La comunicación es fluida y no tardan en salir a la luz anécdotas profesionales, eróticas, infantiles... Después, durante un paréntesis de unos diez minutos, los “cafeteros” abandonan la caverna y salen a la luz de la barra a por la segunda consumición. Mientras tanto deben buscar una posible definición de la cuestión que los ha convocado que sea capaz de englobar el conjunto de experiencias relatadas. Cuando vuelven a reunirse encuentran las mesas bien surtidas de tortillas, patatas bravas, croquetas, ensaladillas y pan con tomate. “Esta –pienso al ver la comida– es la aportación catalana a los cafés filosóficos”. Ahora comienza la parte crítica. Se ponen sobre la mesa –también– las diferentes propuestas de definiciones y se discuten, tratando de enmendarlas recurriendo a los casos presentados en la primera hora. Lorenzo y Raúl intervienen con cierta frecuencia, bien para moderar el debate, bien para suge-

rir direcciones inesperadas. Hay que hilar fino para someter el narcisismo del relato biográfico a la coherencia de una definición compartida... y a estas horas ya van –como mínimo– por la segunda cerveza. No es inusual que el café concluya con más dudas que respuestas, porque no es fácil recoger el conjunto de experiencias singulares en la unidad de una definición. Pero a esta dificultad nos expone el diálogo. Basta leer a Platón para comprobarlo.

“Por regla general –me dice Raúl– los cafés rompen esquemas. El día del humor todos hablaban en serio, el día del erotismo nadie flirteaba, el día de la soberbia todos hacían comentarios modestos, etcétera. En cuanto a los participantes, cada día es una sorpresa. Cuando tratamos de la ira vinieron sobre todo chicas; al tratar del aburrimiento y la soledad, se presentaron exclusivamente chicos, y cuando hablamos del desarraigo o de la nostalgia vienen sudamericanos, especialmente argentinos. Los argentinos son muy buenos en la primera hora, cuentan bien. Pero escuchan mal. Hay de todo, desde abogados hasta actrices, y de profesores a técnicos”.

Son las once bien dadas cuando salgo de Can Resolis. En la plaza del Raspall hay dos corrillos de gitanos. El paisaje es un estado del alma. Y una ciudad viva crea estados del alma imprevisibles. Abandono a los filósofos que siguen con su noche y sus disquisiciones mientras pienso que la filosofía tiene por misión limpiar el alma de estereotipos. Así nos ayuda a desprendernos de los prejuicios que con frecuencia nos ocultan los paisajes. Y el paisaje, ciertamente, es un estado del alma. **M**

#### Lugar de encuentro del **Café Filosófico Mismamente**:

**Can Resolis**, Carrer Tordera 30, Plaça Raspall, en el barrio de Gracia entre el Torrent de l'Olla y Bailén. Precio: 10 euros, que incluyen dos consumiciones a elegir y un abundante tapeo a base de patatas bravas, tortillas, croquetas, etcétera.

#### **Café Filosófico Mismamente**:

<http://cafemismamente.wordpress.com/>

Sobre el **Café des Phares**, pionero de los *cafés philo*:

<http://www.cafe-philo-des-phares.info/>



En tránsito

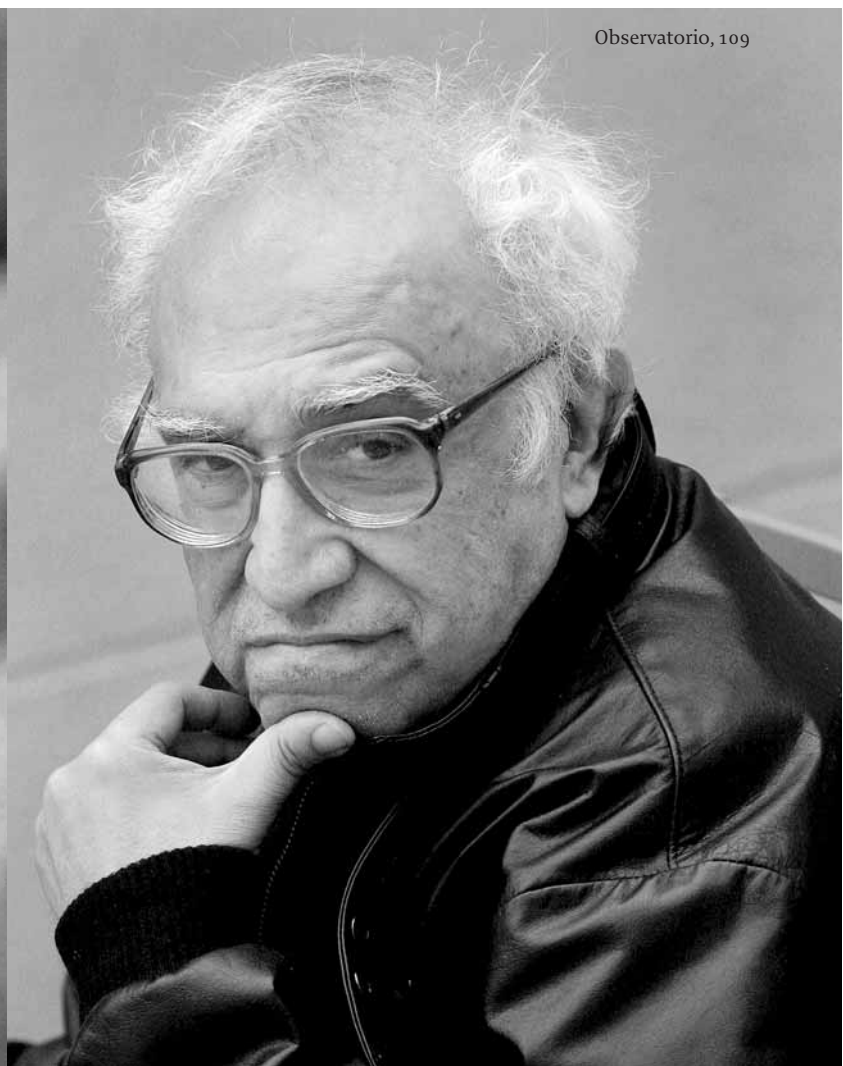


“No comprendo el desplazamiento de la literatura por la cursilería que ni siquiera se toma la molestia de la complejidad”.

Carlos

**Monsiváis**

Entrevista **Sergi Doria**  
Fotos **Pere Virgili**



Antes de meternos en harina de varios costales, dos testimonios sobre Carlos Monsiváis (México, 1938) de dos personas que le conocen bien. Su editor, Jorge Herralde, advierte sobre la falsa impresión ágrafa que puede exhibir nuestro entrevistado: en realidad es un gráfomano que sólo ha publicado una pequeña parte de lo que ha escrito. Monsiváis –sostiene Herralde– “es el responsable de posiblemente millones de artículos, textos, conferencias y *tutti quanti*: la pluma más rápida del Oeste (según dicen en México).”

El segundo testimonio proviene de un compatriota, el escritor Juan Villoro. Ve a Monsiváis “como un turista japonés que llega antes que tú a todas partes”. Gracias a la insistencia de admiradores como Villoro o Sergio Pitol, y los oficios de Herralde para incluirlo en su contundente escudería hispanoamericana, Monsiváis se alzó como ganador del premio Anagrama de Ensayo en el 2000 por *Aires de familia*, un volumen que compendia sus preocupaciones sobre la cultura y sociedad en América Latina. El ensayista mexicano analiza el proceso que se abre en la segunda mitad del siglo XX, cuando los países hispanoamericanos se incorporan –tarde– al cosmopolitismo, eso sí, con una energía que insufla una savia cultural que revitaliza la Vieja Europa. En ese libro, fundamental para conocer el *modus operandi* de Monsiváis como pensador de lo moderno, asistimos al momento en que “la cultura deja de ser lo que separa a las elites de las masas y se vuelve, en teoría, el derecho de todos”. La revolución cosmopolita nutre el índice onomástico de un canon hispanoamericano que Monsiváis glosa en sus crónicas *Días de guardar*, *Amor perdido*, *Escenas de pudor y liviandad*, *Los rituales del caos* o las dos antologías sobre el calado de la literatura mexicana: *La poesía mexicana del siglo XX* y *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*.

“Cronista de todas nuestras desventuras y prodigios, más de las primeras”, en palabras de Sergio Pitol, Monsiváis es el “documentador de la fecundísima fauna de nuestra imbecilidad nacional”. Bajo la mirada de Monsiváis, la sociedad y la política latinoamericanas reaparecen presididas por la telenovela. Presidentes como Carlos Menem o Salinas de Gortari, nos comentó durante la presentación barcelonesa de *Aires de familia*, “se comportan como personajes de telenovela, que es el género que actualmente modela los comportamientos de nuestros políticos, junto con la mercadotecnia”. Ese afán de identificación icónica impregna las actuaciones de los violentos sicarios que emulan a los personajes de un *thriller*, mientras que los *narcos* cantan sus *corridos* y evocan los westerns de John Wayne. Ambos roles delictivos son contemplados por nuestro pensador como “un pacto fáustico de vivir la vida con intensidad”. Otro elemento distintivo de América Latina es lo que Monsiváis denomina la “opresión urbana” que deriva de un brutalizado determinismo social. El abandono del campo se generaliza en Centroamérica: “Para evitar el aislamiento, la gente emigra a las ciudades o a los Estados Unidos”.

Para contradecir la maldición de que “nadie es profeta en su tierra”, Monsiváis obtuvo en 2006 el más prestigioso galardón de su país, el *Juan Rulfo* de Literatura. Él, precisamente, él, que había proclamado al realismo mágico enemigo de los nuevos novelistas, recogió en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara el galardón del autor de *Pedro Páramo*. El jurado había valorado en la obra de Monsiváis “las formas de la crónica periodística, el ensayo literario y el pensamiento contemporáneo de México y América Latina”. Una crónica y un lenguaje alejado de las solemnidades para acercarse con fiabilidad descriptiva a la cultura popular, el espectáculo de la moderniza-



“Los nombres de los clásicos se han memorizado y se siente una falta inexcusable de las personas no haber leído a Borges, Cortázar o Philip Roth, autores que, por supuesto, los que recriminan tampoco han leído”.

ción urbana, los códigos de poder y las mentalidades. Lo proclamó Octavio Paz en 1978 y lo confirma, tres décadas después, José Emilio Pacheco: “Carlos Monsiváis es un nuevo género literario”.

**¿Cómo ha cambiado la mirada de Carlos Monsiváis sobre el mundo desde 1956, cuando publicó su primer ensayo sobre literatura policial en una revista estudiantil?**

Ha cambiado tanto y tantas veces que el mundo que conocí ya no existe y el que ahora padezco se está desvaneciendo. Mi consigna al respecto es muy sincera: o ya no entiendo lo que está pasando o ya pasó lo que estaba entendiendo. En 1956 yo era un izquierdista confiado, resentido con la Unión Soviética por la invasión de Hungría, y muy indignado con el Gobierno mexicano por su persecución de los izquierdistas. Ahora, sin que la indignación cambie, al contrario, estoy muy indignado con el neoliberalismo y, también, no entiendo por qué insisten en decir que el régimen de Fidel Castro no es una dictadura. Esto no quiere decir que crea en la inmutabilidad de las cosas, sino en los siglos que lleva entender la persistencia del horror.

**Dice José Emilio Pacheco que usted es el más público de los escritores mexicanos y al mismo tiempo el más secreto, el más elocuente y el más reservado, el más famoso y el más incógnito...**

José Emilio es muy generoso y sus palabras me confunden al punto de que por momentos me siento otra persona, pero todavía no me proporcionan su nombre.

**“Nunca hay arte contemporáneo sin tradición”. ¿Qué comentario le merece esta frase suya?**

Nada surge de la nada excepto la mentalidad de Bush y su equipo, y la formación cultural de la gran mayoría de los políticos latinoamericanos y de otras nacionalidades pertinentes. El arte contemporáneo viene en gran medida, en enorme medida, de la formación de sus espectadores o lectores que ya, desde Picasso y los surrealistas, desde Dadá y Andy Warhol, se han preparado para las sorpresas y para las lecturas de lo desconocido o lo infrecuente. Así, la gran tradición del arte contemporáneo se escinde: por un lado, es la crisis sucesiva de las vanguardias y la necesidad de fomentar las crisis sucesivas; por otro, es la necesidad de los espectadores/lectores (espectadoras/lectoras) de no desconfiar en principio de lo que ven, porque lo nuevo, antes que ninguna interpretación, requiere de su público la confianza en que están a la altura de las experimentaciones. Un público experimental para un arte contemporáneo.

**Una de las grandes preocupaciones de la sociedad española es la deficitaria preparación escolar de los jóvenes y su bajo nivel lector. ¿Sucede de igual manera en otras latitudes?**

En todas partes se cuecen habas que no se dejan leer. En materia de lecturas, como lo señalan una y otra vez las indagaciones de la ONU, los países nórdicos se llevan los primeros diez lugares. Estados Unidos, no obstante su impresionante sistema universitario, ocupa el lugar decimotercero. Y en lo tocante a América Latina, la situación es dolorosa. Se lee poquísimo, aunque gracias a Internet esto ha

cambiado drásticamente. Pero la lectura en la red tiene otras características y no implica el diálogo entrañable de los lectores frente a los libros. También puede ser que la lectura que conocimos vaya en declive irreversible, pero eso dará lugar a nuevas formas expresivas.

**Usted ha estado en diversas ocasiones en España y en Barcelona, concretamente. ¿Percibe muchas diferencias con Latinoamérica en la forma de hablar el castellano?**

Bastante menos que las previsibles. Cambian el acento y las modalidades; cambian los énfasis y los depósitos profundos que le suministran a las palabras los secretos o los pactos íntimos. Pero en cuanto al vocabulario general, las transformaciones no son tantas. Para empezar, la industria editorial española rige en toda América Latina, y es desde luego la proveedora de los términos que en esta etapa constituyen el todo de las ciencias sociales, la madre del lenguaje de los movimientos; para continuar, mucho del refranero se ha perdido, y las metáforas ahora vienen cada vez más de las encuestas, de los filmes de moda, de los programas televisivos. Queda algo del refranero clásico, pero el nuevo refranero se arma sobre todo con temas internacionales, o con errores de políticos. Así, los acentos persisten, pero sin que el lenguaje tienda a unificarse, depende cada vez más, para certificar su condición singular, de la memoria lingüística, tal y como la retienen las viejas películas en la televisión.

**Octavio Paz afirmó que usted era más cronista que novelista o ensayista, porque compatibilizaba diversos registros culturales. ¿La crónica es el género del momento presente?**

Es uno de los géneros, sin duda, y esto se prueba, por ejemplo, con la condición de clásico que se le otorgó de modo unánime a Ryszard Kapuscinski, quien practicó una mezcla perfecta de reportaje y crónica, o el hecho de que a Norman Mailer se le reconozca sobre todo por sus grandes crónicas, mejores sin duda que sus novelas. Si no es el género del momento presente, sí es una de las maneras de llevar la literatura al periodismo, y la vida presente a la literatura.

**En sus ensayos, el poeta Rubén Darío convive con Agatha Christie y los cómics. En una ocasión, Francisco Ayala afirmó que, al final, la lengua común de Hispanoamérica sería la de los culebrones...**

Espero que don Francisco se equivoque. Si por “culebrones” se entienden las telenovelas o simplemente “novelas”, como las de México, Argentina, Puerto Rico, Miami, etcétera, ahí la desdicha es completa. Se ha perdido el énfasis del melodrama, y esa manía de revisar los diccionarios que volvía tan divertidos los momentos de clímax. Todo ahora es burocracia del sentimiento, la clonación de la primera frase inocua de las conversaciones en camas gemelas. En algo o bastante difieren los culebrones de Brasil y Colombia, y eso explica el éxito interminable de *Betty la Fea*, pero sigo confiando en que los culebrones no sean el fin del mundo acústico conocido.

**George Steiner lamenta que en las universidades británicas los alumnos desechen las humanidades y aspiren a ser millonarios antes de los treinta años y usted recuerda que la Biblia y la mitología han**

### **dejado de ser referentes narrativos. ¿En qué pararán esas carencias culturales? ¿Pueden ser sustituidas por el mundo audiovisual?**

Ya han sido sustituidas, ese futuro ya nos pertenece, pero en rigor las situaciones culturales nunca han sido muy distintas. Sería una ilusión de novela rosa de 1952 imaginarse a generaciones lectoras que citaran indistintamente a Eurípides, Sófocles, San Pablo, el salmista David, Dante, Shakespeare y Cervantes. La diferencia con lo actual es obvia: los nombres de los clásicos se han memorizado y se siente una falta inexcusable de las personas no haber leído a Borges, a Cortázar o Philip Roth, autores que, por supuesto, los que recriminan tampoco han leído. A este respecto no puedo evitar la mención chovinista: cuando Vicente Fox fue –digo es un decir– presidente de México, en un discurso que leía por vez primera, mencionó a *José Luis Borges*. Todos lo criticaron, y en su programa de radio para disculparse, dijo: “Bueno, me criticaron porque dije ‘*José Luis Borges*’. Ni modo, cualquiera puede tener un lapsus bilingüe”.

### **El gran Kapuscinski denunciaba en sus ‘lapidariums’ que el periodismo estaba siendo sustituido por los ‘media workers’. ¿Quedan buenos escritores en las páginas de los diarios, o son sólo escribidores atados a la columna de los intereses coyunturales?**

Cada vez menos se exige la escritura como requisito periodístico. Lo común es decir “basta con que se entienda”. Esto forma parte de la devaluación general no sólo del lenguaje sino también de la información, al aceptarse que el lector se conforma con lo que le den y las creaciones verbales le dan igual.

### **Una pregunta al Monsiváis lector. ¿Por qué Paulo Coelho cuenta sus lectores por millones?**

Tan sólo he leído un libro de Paulo Coelho y no entiendo por qué apasiona, como no entendí el megatriunfo de *El código Da Vinci*, como no comprendo el desplazamiento de la literatura por la cursilería que ni siquiera se toma la molestia de la complejidad. Supongo que Paulo Coelho convence por la revelación de secretos que sólo quien lee ese libro en ese momento comprende.

### **Vamos a hablar de política. ¿En qué anda el subcomandante Marcos?**

Dice aparatosos lugares comunes ante cada vez menos gente, se indigna porque hay izquierda que no lo reconoce y apoya la autonomía vasca, sin precisar.

### **En 2007 se conmemoró la muerte del Che Guevara. Hasta los niños bien llevan su rostro estampado en las camisetas y el capitalismo lo ha incorporado al merchandising. ¿Una cruel ironía de la historia?**

No sé. Guevara insistió en la guerra popular prolongada, en crear dos, tres, muchos Vietnams, en “amar a nuestros enemigos con odio revolucionario”, en el castigo ejemplar para los traidores (ahí están los fusilamientos en La Habana en 1959). Las ironías crueles de la historia, antes que sobre Guevara cayeron sobre los cientos o miles de jóvenes que creyeron en la teoría del foco revolucionario y murieron o se degradaron en consecuencia. El heroísmo no está en duda, pero se precisa una definición crítica de ese heroísmo.

### **Otro aniversario luctuoso. En 2008 se cumplen cuarenta años de la matanza en Tlatelolco. ¿Cómo ha evolucionado México?**

No veo la transformación crítica de la sociedad mexicana, entre otras cosas por el peso de la impunidad que, junto con la desigualdad, es la característica sobresaliente del país. Ya no hay un autócrata como Díaz Ordaz, que decidió la matanza del 2 de octubre de 1968; hay

burócratas malignos y destructivos como Carlos Salinas de Gortari, o indiferentes y destructivos como Ernesto Zedillo; hay burócratas que fingen no ser de ultraderecha como Felipe Calderón.

### **Dos políticos mexicanos. Fox y López Obrador. Defínalos.**

Vicente Fox es un hombre portentosamente ignorante, que entre los conocimientos que desechó en su Gobierno incluyó la honradez y la honestidad, es un ultraderechista sin mucha idea de lo que significa una idea, es un enemigo convulso del Estado laico. Andrés Manuel López Obrador es un líder carismático con errores y limitaciones, pero con una honradez y una valentía que no dejo de admirar. Es el líder de la gran resistencia al neoliberalismo, alejada por completo de las vulgaridades y manotazos de autoritarismo que distinguen a Hugo Chávez. López Obrador es un líder responsable al que se puede y debe criticar, pero al que no se puede minimizar con calumnias y chistes estúpidos.

### **Castro aparece enfermo en apariciones dosificadas por la televisión junto al líder bolivariano Hugo Chávez. ¿Cómo será, a su juicio, la transición cubana?**

No puedo profetizar el rumbo de la transición cubana. Lo que sí creo es que, además de las ventajas que aportó la Revolución Cubana (educación, salud), le ha negado siempre la mayoría de edad al pueblo, ha proscrito las libertades democráticas, ha llenado la cárcel de presos políticos, ha llevado buena parte de la izquierda latinoamericana al elogio de la dictadura.

### **El bolivarianismo de Chávez, el indigenismo de Evo Morales, Correa en Ecuador, el sandinismo en Nicaragua... ¿Populismos democráticos o personalismos autoritarios?**

Chávez ha sido elegido democráticamente tres veces, y una parte importantísima de la población lo considera su líder. Es un autoritario, un hombre obsesionado con el monopolio del poder. Sin embargo, una parte considerable de la crítica que se le dirige no es sino un maniobreo patético de los defensores del neoliberalismo, por lo demás racistas.


### **El escritor chileno Roberto Bolaño acostumbraba a ironizar. Decía por ejemplo que gracias a seguir al pie de la letra los libros de Marta Harnecker sobre el materialismo histórico fracasaron todas las revoluciones en los setenta.**

Si uno sigue al pie de la letra las enseñanzas dialécticas de Marta Harnecker, lo más probable es que se extrañe porque en cualquier frase con tesis, antítesis y síntesis no se encuentren las claves del ascenso revolucionario. Sé que estoy caricaturizando sus tesis, pero sé también que ella caricaturiza, y muy aburridamente, la realidad y que lo hace a favor de las mentalidades autoritarias.

### **¿Cree en la utopía o ésta desemboca, casi siempre, en totalitarismo?**

Creo en la utopía, creo que el totalitarismo es el asesinato de las utopías y creo que ante la distopía del neoliberalismo, mantener la utopía en el mapa de las convicciones es un requisito de salud mental.

### **Si hemos perdido las alusiones en la cultura, ¿también perderemos las metáforas? Escoja una para este siglo XXI.**

La esperanza es un I-Pod con toda la música de Mozart. Si esta metáfora no funciona, diré que la esperanza es un programa de *Big Brother* en donde sólo participa Robinson Crusoe. 



## Carme Pinós: una artesana de “atelier” del siglo XXI

Fue a finales de los años ochenta cuando la Generalitat puso en marcha una campaña que decía así: “*La feina mal feta no té futur. La feina ben feta no té fronteres*” (El trabajo mal hecho no tiene futuro. El trabajo bien hecho no tiene fronteras). Una afirmación que resulta muy apropiada para Carme Pinós, una arquitecta que proviene de una generación en la que las mujeres han dejado huella. En un mundo globalizado en el que se tiende a la producción a gran escala y al consumo constante, Pinós ha sabido encontrar su espacio, entrando en el juego, marcando sus límites y consolidándose como una arquitecta que marca tendencia. El hecho diferencial es que aún concibe este oficio como si fuera una artesana. Una artesana de *atelier* del siglo XXI.

“El arte en general, y la arquitectura en particular, es reflejo del espíritu de la sociedad”. Esta afirmación de Carme Pinós muestra su manera de entender su oficio. La observación y el trabajo de campo son dos de las herramientas que más utiliza Pinós a la hora de idear un proyecto. Gracias a la observación se puede evidenciar que la sociedad es dinámica y está en constante movimiento. Además, observar permite transgredir las reglas establecidas, es decir, la tendencia que se ha seguido en las últimas décadas ha sido precisamente esta, romper los cánones establecidos y olvidarse de las jerarquías. Juntamente con su equipo, Pinós ha traducido esta nueva manera de hacer de la sociedad en sus edificios: “Buscamos que los edificios

sean experimentados, es decir, que estén estructurados pero que no haya jerarquías. Huimos de los cánones preestablecidos y buscamos estructuras que por sí solas hablen de más movilidad y dinamismo”.

Un ejemplo de este pensamiento es la futura remodelación de la plaza de la Gardunya, encargada a Carme Pinós. Un *collage* urbanístico que acogerá a la escuela Massana, viviendas y el mercado de la Boqueria, rodeados por pequeñas plazas. Una representación resumida “de nuestra realidad, formada por mil capas, por mil realidades diferentes que se mezclan y se cruzan y que están en constante movimiento”. Así, como una cuidadosa artesana de *atelier* que va encajando las pequeñas piezas del proyecto, intenta tener en cuenta el contexto social para reflejar el movimiento y el dinamismo en sus obras.

En el barrio de La Mina, en Sant Adrià de Besòs, destaca otra obra suya –un proyecto que hizo junto con Enric Miralles– y que también sigue su patrón. A finales de los ochenta, remodeló el Centro Social de La Mina para transformarlo en un espacio multiuso. “Las cosas requieren ser interpretadas desde diferentes puntos de vista. En aquel espacio tenían que convivir diferentes asociaciones que venían de diversas realidades”, recuerda. De hecho, la subutilización del centro llevó al Ayuntamiento de Sant Adrià de Besòs a decidir reconvertirlo en una biblioteca que aún no se ha inaugurado.

Carme Pinós, ganadora de la IX Bienal de Arquitectura y Urbanismo gracias a la torre Cube en Guadalajara (México), ha demostrado saber nadar entre las aguas de este mar arquitectónico de hoy en el que destaca el espectáculo, y las coordenadas a seguir son la producción y el consumo. Según Pinós, a partir del Guggenheim de Bilbao se abrió una etapa de arquitectura-espectáculo. “Todo el mundo se dio cuenta de que realizar una obra de estas características es rentable y es capaz de transformar una ciudad”, comenta. Para la arquitecta eso es fruto de la globalización y “pasa allí donde vayas”. El fenómeno ha dejado huella en Barcelona, donde destacan nombres como Jean Neauvel, David Chipperfield, Toyo Ito o Richard Rogers. Pese a ello, Pinós cree que “hay una idea de ciudad y se sabe qué se quiere conseguir con cada intervención, sea más o menos acertada”. Eso sí, considera que sería oportuno abrir una reflexión sobre los modelos que se quieren llevar a cabo y puntualiza que “para un problema global hace falta una solución global”.

Y mientras pide que “se abra el debate y se afronte con una mente abierta”, Pinós reconoce que ella misma forma parte de este mundo globalizado en el que destaca la hipocresía, pero en el que “cada uno tiene la oportunidad de fijar sus límites”. Mientras tanto, en su taller de investigación, elige sus proyectos rodeada de un equipo de jóvenes arquitectos que observan cada una de las piezas necesarias para crear obras únicas. El mundo gira, se hace global, pero Pinós mantiene su esencia... de artesana de *atelier*.

